ELLA LUCHA POR SOBREVIVIR.
ÉL POR OBEDECER.
NINGUNO PUEDE ESCAPAR.

us dark few

ALEXIS PATTON

LOS OSCUROS 1

MOLINO

ALEXIS PATTON

us dark few

Traducción de
Ángela Esteller García

MOLINO

A todos los soñadores e inadaptados.
Y a los que prefieren bailar en la oscuridad.

Advertencia

Us Dark Few sucede en un mundo posapocalíptico y tiene como escenario una peligrosa prisión en el subsuelo. Incluye descripciones violentas, ideas suicidas, lenguaje explícito, asesinatos en masa, agresiones y actos sexuales que podrían herir la sensibilidad de los lectores. Por favor, cuida de tu salud mental y, si estás listo, prepárate para entrar en el apasionante mundo de *Us Dark Few.*





1

Si la vida se midiera por las lecciones que he aprendido, sería inmortal.

KHALANI KANES

La primera persona que dijo eso de que «ya no se puede ir a peor» mintió. Las cosas siempre pueden empeorar. Siempre. Siempre puedes seguir despeñándote entre grietas y hendiduras sin que ningún fondo rocoso detenga tu descenso hacia la desgracia. Khalani Kanes lo sabía mejor que nadie.

Unos pesados grilletes le irritaban las muñecas y los tobillos. Cada vez que se movía, sentía una punzada de dolor en el lugar en que el frío metal le rozaba la piel. Sin embargo, fue el imponente estrado en el centro de la sala lo que la sacó de su ensimismamiento.

La justicia prevalece.

El Himno del Apolo, tallado con esmero en el estrado de piedra, le devolvía la mirada, mofándose con su hipocresía. La justicia no existía en el panorama dantesco de Apolo. Al menos, no para los que más la necesitaban. Dicha noción había sido distorsionada y convertida en arma mucho antes de que Khalani naciera.

Un guardia enorme con unas cicatrices profundas que le surcaban el rostro tiró de ella hasta el centro de la sala del tribunal.

En las paredes, unas antorchas formaban un enorme círculo y proyectaban unas trémulas sombras que le conferían al espacio un aspecto amenazante y perturbador. No cabía duda de que era eso precisamente lo que se pretendía.

La embargó un miedo tan profundo que casi podía sentirlo junto a ella. Olía su amarga fragancia, lo saboreaba en los labios agrietados. Trató de inhalar algo de oxígeno, pero incluso el denso aire estaba corrompido con los gritos y el arrepentimiento de todos aquellos que habían muerto en el suelo que ahora pisaba con pies temblorosos y encadenados.

Tap. Tap. Tap. Tap.

Las pisadas de unos zapatos lustrados la obligaron a prestar atención.

Un hombre corpulento ataviado con una toga negra se acercó al estrado de piedra. Pese a la penumbra que reinaba en la caverna, la luz se le reflejaba en la cabeza rapada. Al verlo, los guardias se enderezaron.

El juez supremo acababa de hacer su aparición.

Desde el estrado, escudriñó la sala con el ceño fruncido y posó su mirada enloquecida en Khalani, que se encogió hasta convertirse en el blanco más pequeño posible. Si las miradas mataran, la suya ya la habría desmembrado y sus extremidades habrían acabado en una hoguera.

El juez supremo tomó asiento, aún cerniéndose sobre ella.

—¿Sabe qué es esto, señorita Kanes? —preguntó, sin borrar la equis permanente que se le dibujaba en la pálida piel entre las cejas y sosteniendo un libro negro de aspecto familiar.

Khalani se retorció los dedos, lo que hizo sonar los grilletes. No lograba articular palabra; era como si ya le hubiesen cortado la lengua.

—Esto es traición —continuó diciendo el juez supremo—. La forma más grave de traición contra Apolo. ¿Con quién ha compartido esta información?

Khalani alzó la mirada con incredulidad. No lo sabían…

Un estremecimiento le recorrió la espalda y sus débiles músculos se encorvaron con el peso de la decisión que había tomado. Sin embargo, no tenía otra opción. Khalani sabía lo que tenía que hacer.

—Con nadie —afirmó con un nudo en la garganta.

—¿Sabe lo que se solía hacer en Apolo con los mentirosos, señorita Kanes?

Se estremeció visiblemente y el corazón amenazó con salírsele del pecho. El juez esbozó una sonrisa satisfecha.

—Los abandonábamos en la superficie —susurró en un tono perturbador—. Sus cuerpos se chamuscaban y se derretían a causa de la alta radiación mientras golpeaban las puertas suplicando que los dejáramos entrar. Usted no tiene familia. Nadie que esté con vida la quiere. Si la sacáramos de Génesis y dejáramos que se quemara y se desintegrara, no le importaría a nadie. Así que se lo preguntaré otra vez. ¿Ha hablado con alguien sobre la existencia de este libro?

«Nadie que esté con vida la quiere».

Las palabras rebotaron contra los muros de piedra y se clavaron en Khalani como cuchillos dentados. Aunque apretó los puños, nada podía negar la cruda verdad de aquella afirmación.

Antes creía que el amor era como el sol. Invisible para los que vivían en el subsuelo. Inquebrantable. La luz en un universo lúgubre. Pero el amor no era como el sol.

El amor era como la gravedad: te arrastraba al abismo, exponiendo las partes más vulnerables, derribando fronteras invisibles y dejando solo vacío.

El amor era lo que la había empujado a abrir la puerta esa

fatídica noche.

Un mes atrás, cuando Douglas irrumpió en su casa después del toque de queda como si lo persiguiera una plaga de ratas rabiosas, Khalani no le cerró la puerta en las narices como habría hecho cualquier persona en su sano juicio. Cuando, con manos temblorosas, le mostró aquel libro negro y deteriorado que parecía siglos más viejo que ella, no lo puso de patitas en la calle. Cuando él dijo: «Tienes que guardar esto durante unos días», su respuesta debería haber sido un rotundo no. En cambio, ignoró una tras otra las claras señales de alarma y se convenció de que no eran más que sirenas lejanas. Douglas era su único amigo en Apolo, y no le importaba que tuviera sesenta y nueve años ni que oliera a libros viejos y whisky aguado: la amistad no tiene por qué tener sentido para quienes no forman parte de ella.

Lo primero que había advertido fue que él la miraba con curiosidad cuando comía en el suelo polvoriento ante su edificio. Se pasó un año entero merodeando ante ella y observándola allí sentada. Y, de repente, un día le habló.

—¿La calle te parece más cómoda que una silla?

Ella alzó la mirada, sorprendida de que el anciano le hubiera dirigido la palabra. Hasta se volvió a mirar por encima de su hombro por si había otro tipo raro comiéndose los cereales deshidratados sobre los adoquines.

—No creo —respondió mirándolo de nuevo—. Pero prefiero tener el trasero cerca del suelo. Me recuerda dónde acabaré.

—Eso es macabro.

—No, es solo una perspectiva diferente. El lugar en el que comes debería ser una zona de confort, así que he decidido comer en el suelo para sentirme más cómoda con esta mierda de vida. Deberías probarlo —respondió ella, y siguió comiendo, pensando que el

anciano dejaría en paz a esa muchacha tan extraña que comía en medio de la calle.

Sin embargo, se vio obligada a enarcar las cejas cuando él se sentó a su lado y estiró las piernas con un gruñido.

—¿Y bien? —le preguntó después de un largo pero nada incómodo silencio.

El anciano rio para sus adentros.

—Bueno, mis huesos han visto cosas más agradables. Aunque quizá no te falta razón y para que se produzca el cambio tiene que haber dolor.

Tras ese día, Douglas comió con ella en la calle todas las semanas. Le contó que trabajaba en los Archivos, el edificio misterioso en el que se conservaban artefactos del Gran Colapso, pero no le reveló más detalles. Ni a ella ni a su familia. Esa debería haber sido la primera señal de alarma para alejarse de cualquier cosa que él le pidiera que ocultara.

Douglas insistió en que no tardaría en regresar para recoger el libro.

—Por favor, solo tienes que guardarlo durante unos pocos días —le rogó.

Fue la vehemencia con que lo dijo lo que la convenció. Así que accedió a guardar el libro de forma temporal y esperó a que llamara de nuevo a su puerta. Pero nunca lo hizo. Cuando un día fue a la ciudad y vio su cuerpo colgado en la plaza de Apolo con la palabra «ladrón» grabada en la frente, comprendió lo que el anciano había hecho.

Khalani debería haber devuelto el libro en ese momento. De haber sido inteligente, hasta habría podido evitar acabar asesinada, como él. Sin embargo, la sensatez y la cordura no iban con ella.

Y estaba sola: la clase de soledad que nadie quiere, la que te

empuja de forma horrible a querer hundirte, cuando, en realidad, lo único que deseas es que te salven.

La palabra «poesía», garabateada en la cubierta del libro, no le decía nada. Sin embargo, cuando encontró el valor para abrirlo, comprendió enseguida que lo que contenía no era hermoso, pintoresco ni amable. Era crudo, ingobernable. Cada una de aquellas palabras estaba impregnada de pasión, de energía, y despertaba en ella algo que ni siquiera sabía que existía. Siguió leyendo porque era la primera vez que el cerebro y el corazón se atrevían a coincidir, a ir de la mano. Lo guardó como vía de escape. Para sentir un atisbo de libertad. Lo leía para mantenerse en pie y gritar su desacuerdo.

Cuando, días después, los guardias irrumpieron en su casa y la detuvieron, acusándola de un robo que no había cometido, Khalani guardó silencio. No porque se considerase una mártir, sino porque ya no se sentía cómoda quedándose en el suelo.

—¡Conteste! —La voz del juez supremo la azotó como si fuera un látigo, devolviéndola de inmediato al presente.

—No se lo dije a nadie —respondió con firmeza y determinación.

Si revelaba la verdad —que le había mostrado el libro a la mujer de Douglas—, el juez supremo mataría a toda la familia. Y no pensaba permitirlo. Era una demostración de fortaleza final. El único ápice de bondad que le quedaba en el cuerpo.

El resto de ella estaba vacío. Que se lo llevaran todo.

El juez supremo se inclinó hacia delante y examinó su semblante ceniciento.

Pese al pánico que sentía, Khalani se obligó a sostenerle la mirada.

El juez supremo frunció el ceño y se recostó en el asiento.

—No tiene importancia —afirmó con serenidad, pese a que aquellos ojos astutos y venenosos prometían castigo—. Si alguien

más está implicado, lo oleremos como a las alimañas.

Ordenó a un guardia que se acercara al estrado y le tendió el libro. El guardia lo lanzó de cualquier modo a un bidón metálico y, a continuación, llenó el recipiente de un líquido oscuro. Khalani empezó a respirar de forma agitada mientras el acre olor a gasolina impregnaba el aire. El juez supremo curvó los labios hacia arriba al ver el pánico en sus ojos.

—Hazlo —ordenó.

El guardia tomó una antorcha y la lanzó al interior.

Khalani quiso gritar de dolor y desesperación. Pero nada salió de sus labios, ni siquiera el más mínimo aliento. Se quedó contemplando aquellas llamas rojas al tiempo que se mecía, como si estuviera en trance. Notó que un líquido se le acumulaba en las comisuras de los ojos. Ignoraba si era a causa del humo o de la consternación. Resultaba difícil saber qué estaba arriba y qué abajo. Qué era real y qué no.

El fuego consumía una de las últimas cosas dignas de ser salvadas en esta Tierra, la hacía chisporrotear y la desintegraba. Y en su fuero interno, en ese fuero interno harto y aterrador, deseó saltar hacia las llamas y arder con el libro.

—Si de mí dependiera, ordenaría destruir todos esos artefactos inútiles de los Archivos —señaló el juez supremo, limpiándose las manos con un paño—. Nada me gustaría más que ver su cuerpo colgado en las calles y que todos se enteraran de su traición, señorita Kanes. Sin embargo, el alcaide se ha puesto en contacto con el tribunal para informar de que los prisioneros siguen muriendo. Y es una lástima para usted, porque la muerte habría sido más rápida.

Sorprendida, asimiló lentamente aquellas palabras.

«No».

—La Corte de Apolo la sentencia a una pena de cadena perpetua, que cumplirá en la prisión de Braderhelm.

El mazo golpeó la losa de piedra y selló su destino.

2

Como los muertos no hablan, he pensado que
cantaré en su nombre.

—Muévete.

El guardia la empujó con brutalidad.

Khalani se tambaleó hacia delante y casi tropezó con aquellas zapatillas deportivas usadas que le habían dado y que le iban grandes. Habían quemado su ropa y la habían obligado a ponerse un mono fino y andrajoso. La tela gris apestaba a orina y tuvo que reprimir una arcada ante el hedor repulsivo que se adhirió a su cuerpo.

Una puerta gigantesca custodiada por dos guardias el doble de grandes que ella le dio la bienvenida a la prisión de Braderhelm. Los centinelas, vestidos con camiseta de manga larga y chaleco negro, le lanzaron una cruel mirada llena de desdén.

A medida que se adentraban en las profundidades del subsuelo, un aire gélido le azotó la piel, apenas protegida por la fina tela del uniforme, y le castañetearon los dientes. En la oscuridad, recorrieron lo que parecía más de un kilómetro hasta que el largo túnel se ensanchó y el guardia de cabeza rapada la empujó hacia una sección con varias plantas llenas de celdas.

Khalani alzó la mirada hacia el alto techo y vio unos

deslumbrantes fluorescentes en los muros de piedra que revelaron la presencia de cientos de prisioneros.

En Braderhelm no se separaba por sexo. Tanto hombres como mujeres se asomaron a las celdas al oír las pisadas, y un rugido sordo se extendió por la inmensa caverna. Los prisioneros vociferaban y golpeaban los barrotes.

Sintió que un centenar de ojos se le clavaban en los brazos y deseó que la tierra se la tragara.

Junto a ella, el guardia desenfundó la pistola y la apuntó hacia el techo. Del arma tronaron tres disparos consecutivos.

—¡Silencio! —gritó.

Todos los prisioneros callaron, y el guardia gruñó y enfundó la pistola. Respirando con dificultad, Khalani se levantó del suelo, donde se había acuclillado cubriéndose la cabeza. Miró de reojo hacia la izquierda y se fijó en un joven prisionero.

Con las manos pálidas aferradas a las barras de acero, la observaba con un desprecio absoluto reflejado en sus ojos pequeños, como si estuviera imaginando que le estrujaba la garganta y le exprimía hasta la última gota de vida.

Giró de golpe la cabeza y se apresuró a seguir el ritmo del guardia, que la condujo hasta un ascensor. El reluciente y moderno interior del aparato contrastaba con los muros de piedra de la prisión. Subieron a toda velocidad unos pocos niveles, hasta que el ascensor se detuvo de forma abrupta. Al salir, vio un letrero polvoriento sobre su cabeza.

«Bloque 7».

El guardia avanzó con determinación y los prisioneros empezaron a asomarse entre los barrotes.

—No va a durar mucho.

—Le doy una semana.

—Menos.

—Lo suficiente para que empiece a cantar —dijo otro, soltando una risotada.

—Nos han traído una rata de Apolo, una chivata.

Una chica se inclinó hacia los barrotes y le escupió en el rostro. La espesa saliva resbaló por la mejilla de Khalani mientras hombres y mujeres no dejaban de insultarla.

Trató de adoptar un semblante impasible; no podía permitirse ningún signo de debilidad, no en Braderhelm.

A cada paso que daba, el miedo y la oscuridad seguían su rastro.

El imperturbable guardia se detuvo ante una celda vacía y la abrió. Al entrar, distinguió un sucio catre individual, lo que parecían unas manchas de vómito en el suelo y un inodoro en un rincón. Eso era todo. Nada de ventanas virtuales, solo una celda decrépita y oscura y cierto hedor rancio que impregnaba el aire.

El guardia la obligó a extender los brazos con rudeza y le quitó los grilletes. La delicada piel de las muñecas tenía peor aspecto de lo que creía. O quizá se le había entumecido el cuerpo y ya no sentía nada.

—El recuento de prisioneros es a primera hora de la mañana. Cuando oigas el aviso, sal de tu celda, quédate en pie delante de ella y espera a que el capitán lo termine. Si te duermes, recibirás un castigo. Y si tienes alguna duda, dirígete al capitán —concluyó, justo cuando ella iba a abrir la boca para preguntar si había papel higiénico.

El guardia se sacó del bolsillo un dispositivo delgado y metálico, semejante a un brazalete de plata, en cuya parte interior emergieron unos pinchos aterradores tras un ligero pitido.

—Extiende el brazo izquierdo —ordenó.

—¿Qué es eso? —susurró.

El revés que le propinó el guardia hizo que girara bruscamente la cabeza hacia un lado. Sorprendida, lo miró boquiabierta mientras este se acercaba a ella.

—Si se te ordena algo, obedeces, prisionera. Y ahora, extiende el brazo izquierdo antes de que te lo rompa.

Khalani respiró entrecortadamente. El anillo que llevaba el guardia en uno de sus dedos le había golpeado en la comisura del ojo y un tibio hilillo de sangre le resbalaba por la mejilla. Despacio, extendió el brazo con manos temblorosas. El fornido guardia le sujetó el codo y acercó el brazalete a la muñeca.

Al ver cómo se acercaban aquellas púas afiladas, se le erizó la piel y la invadió el pánico. En un último intento desesperado, trató de apartar el brazo, pero el guardia lo sostuvo con firmeza.

Dolor.

Eso fue lo único que sintió cuando el guardia le colocó el brazalete en la muñeca y las púas le perforaron la piel.

No había nada en el mundo que pudiera calmar sus gritos. Sus lamentos rebotaron contra los muros y consumieron el aire a su alrededor mientras suplicaba inútilmente que terminara aquella agonía. Sin embargo, nadie respondió a su llamada de auxilio.

Estaba casi afónica cuando el guardia se apartó. Bajó la mirada hacia la muñeca, oprimida por aquel brazalete con el número 317 grabado en el metal.

—Has dejado de ser Khalani Kanes. Khalani Kanes desapareció en el momento en que pusiste un pie entre estos muros. Ahora ya no existe. Ahora eres la prisionera 317. Obedece o recibirás tu merecido.

Se había convertido en un número. Como si fuera ganado criado genéticamente. El cruel guardia se marchó, cerrando los barrotes con un estruendo metálico que rebotó contra las paredes y que se

unió al único sonido que se oía en la celda helada: el de su respiración. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas en un torrente tan impetuoso que su rostro no tardó en olvidar lo que era no llorar.

¿Era eso posible?

Khalani se encorvó ante el peso de la calamidad y la desgracia, que la abrazaron como si fueran viejas conocidas. Le cubrieron el rostro de besos y trazaron el húmedo recorrido de las lágrimas sobre su piel delicada.

Se lo habían arrebatado todo. Hasta el nombre.

Se dejó caer en el suelo. Estaba frío. Duro. La única cosa que era… de verdad, real. Lo demás no era sino un sueño. Una pesadilla de la que no podía escapar. Con gestos pesados, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el único objeto personal que se le había permitido. Una fotografía de sus padres.

Había heredado el pelo moreno y largo de su madre y los ojos verdes de su padre. En la instantánea, estaba sobre los hombros de su padre, y la cámara había captado el instante en que todos reían. Se había tomado apenas un día antes de que Génesis se volviera habitable. Una semana antes de que ellos murieran.

Cuando se terminó la inmensa cúpula que protegía la última ciudad de la superficie de la radiación letal, fueron muchos los que celebraron la extraordinaria hazaña de la ingeniería humana. Hasta que devolvieron los cadáveres. El Consejo de Apolo había ordenado que fueran los prisioneros de Braderhelm los encargados de construir la cúpula alrededor de Génesis, y todos habían muerto envenenados a causa de la radiación. Sus cuerpos sin vida recorrieron las calles hasta el pabellón médico.

Aún recordaba el olor.

Ese hedor a piel carbonizada —como si la hubieran derretido en

una olla— ante el que hombres hechos y derechos caían de rodillas, conmocionados.

Los manifestantes se reunieron en la plaza de Apolo para mostrar su desacuerdo con el Consejo, pero las fuerzas armadas pronto los sometieron. Sus cadáveres quedaron abandonados sobre el asfalto, entre ellos los de sus padres, brutalmente asesinados por el régimen.

Khalani solo tenía ocho años.

No comió durante una semana. Se sentaba a la puerta de su casa, esperando a que sus padres regresaran en cualquier momento y la abrazaran. Un vecino se inquietó por ella y, cuando fue a comprobar cómo estaba, se encontró a una niñita esquelética, desplomada en el suelo, que seguía mirando fijamente hacia la puerta.

Esperando. Confiando.

Porque no comprendía que no estuvieran allí cuando se despertaba. Que no hubiera besos, que no le dijeran que ordenara su habitación, que no la consolaran cuando tenía miedo, que no la cuidaran cuando caía enferma y que no se hubieran despedido.

Sus padres nunca habían vuelto a buscarla, y nunca volverían.

A veces, los odiaba por ello.

Sin embargo, es casi imposible odiar a alguien sin quererlo. Con el rabillo del ojo, vio una enorme cucaracha que salía de un agujero minúsculo en el muro de piedra. La criatura agitó las antenas y avanzó por el suelo. Khalani frunció el ceño al ver que esquivaba un trozo de tiza negra de la mitad del tamaño que su meñique.

Pasaron horas sin que se moviera. Lentamente, como si el cuerpo le pesara mil kilos, Khalani extendió el brazo y tomó la tiza. Alzó los ojos hacia los muros de la celda, cubiertos por completo de rayas negras.

No tenía que contar las marcas para saber que, fuera quien fuese la persona que la había ocupado antes que ella, no había durado mucho. Khalani apretó la tiza en la mano. Ella también podía dejar algo para el siguiente. Una mínima señal que le dijera al nuevo prisionero que una vez había estado viva.

Khalani contempló a sus padres una vez más antes de darle la vuelta a la fotografía y depositarla en el suelo de piedra. Quizá la poesía no estaba hecha para ser funesta y triste. Sin embargo, pese a que esas tragedias desgarradoras jamás deberían haber tenido lugar, eran su verdad. Desprovista de un nombre, lo único que le quedaba era su voz.

Deslizó unos dedos temblorosos sobre el espacio en blanco mientras desnudaba su alma ante la nada y ante nadie.

Las recuerdas, ¿no?
Esas noches de susurros
que aún iluminábamos
con esperanzas de futuro.

Las sientes, ¿no?
Las consecuencias que hay
en la muerte de los deseos
y en los sueños pospuestos.

Lo oyes, ¿no?
Otra vez ese silencio
más fuerte que cualquier grito
de corazones que se apagan
igual que lo ha hecho el mío.

Lo comprendes, ¿no?
Que con tu primer aliento
ya te entregas a la suerte,
que o lloras y aceptas la derrota
o le sonríes a la muerte.

3

El vacío es igual de delicado que una pluma, pero
soporta el peso de montañas.

Una aguda alarma resonó por toda la prisión y Khalani se incorporó de inmediato. No había pegado ojo. En un momento en concreto, había dejado de llorar porque ya no tenía más lágrimas. Vacía de emociones y energía, se había quedado tumbada en el suelo toda la noche, viendo cómo se reproducían escenas de su antigua vida en las grietas del techo de piedra. Exhausta, se restregó los ojos y advirtió que los barrotes de acero se habían abierto.

—¡Recuento! —gritó una voz grave y masculina.

Oyó a los otros prisioneros, que también abandonaban las celdas. Recordando las palabras del guardia, Khalani se puso en pie de un brinco y salió con cautela. La luz que emitían los fluorescentes la deslumbró y tuvo que hacer visera con la mano.

—¡Pssst! ¡Eh, tú!

Se volvió hacia la izquierda. Una prisionera la miraba. Era bajita, con la piel blanca como el marfil, y llevaba el pelo de un intenso color azul peinado en trenzas.

—Tienes que pisar eso. —Señaló una banda amarilla en el suelo —. Es un sensor de movimiento.

Khalani se colocó rápidamente sobre la línea.

—Gracias —susurró.

Sin embargo, la extraña chica se apresuró a mirar al frente, sin hacerle caso.

Con un pie sobre la banda amarilla, Khalani se asomó por la barandilla de metal. En cada piso había una multitud de prisioneros de pie, en posición de firmes. En el pasillo de enfrente, un guardia vestido completamente de negro pasaba por delante de los prisioneros y los miraba de reojo. Aunque no podía verle el rostro, comprendió por lo corpulento y musculoso que era que podía romperle el cuello en un abrir y cerrar de ojos. Sintió que el corazón le latía desbocado. ¿Y si el guardia la asignaba a la superficie? Sin embargo, ya no se enviaba a los prisioneros a la superficie. No desde hacía diez años. Aunque circulaban rumores de que planeaban expandir la cúpula de Génesis. Khalani rezó para no estar viva cuando llegara ese día. Existían pocas maneras de morir más dolorosas que el envenenamiento por radiación.

Se balanceó hacia delante y hacia atrás, retorciendo las mangas del uniforme. El sonido de unas fuertes pisadas que arañaban el metal la obligó a erguirse de repente. Siguió mirando al frente cuando vio al corpulento guardia con el rabillo del ojo. Medía más de un metro ochenta. El chaleco se le pegaba al amplio y musculoso torso, que parecía tallado en piedra. Llevaba una pantalla táctil en la que iba anotando a medida que dejaba atrás a los prisioneros. El guardia se detuvo frente a ella, y Khalani, haciendo de tripas corazón, lo miró.

Sus ojos eran del color de la medianoche.

Nunca había visto unos ojos tan negros; era como si se le hubiera derramado la pupila y le hubiera invadido todo el iris. Había supuesto que todos los guardias se afeitaban la cabeza, pero a este le caían sobre la frente unos finos mechones negros como el carbón.

El imponente guardia parecía unos pocos años mayor que ella y tenía la piel bronceada y tersa, y unas largas y espesas pestañas que le enmarcaban esos ojos fascinantes. Sin embargo, cuando los posó en ella, Khalani se puso rígida al ver que estaban cargados de agresividad.

El guardia tensó la mandíbula cuadrada mientras paseaba la mirada glacial por su atuendo. Hizo una mueca de asco cuando le llegó el hedor pútrido que emanaba de su mono y que impregnaba el aire.

—Repugnante —murmuró con repulsión mientras anotaba algo en la pantalla táctil.

Khalani torció el gesto y reparó en la delgada placa plateada que llevaba debajo del hombro izquierdo. «Capitán».

—Mira al frente, Kanes —ordenó sin levantar la vista del dispositivo.

Ella obedeció de golpe.

Ni siquiera se dio cuenta de que no se había referido a ella como «prisionera 317». Aunque tampoco es que fuera necesario. El metal que le rodeaba la muñeca era más humillante que cualquier palabra o apelativo.

—¡Todo el mundo a sus tareas! —gritó el guardia.

Los prisioneros del bloque empezaron a desfilar. Khalani miró a la derecha y a la izquierda frenéticamente.

¿Adónde demonios se suponía que tenía que ir?

—Escucha con atención —dijo el guardia con voz grave y hosca.

Khalani se puso rígida y movió los pies. Él se acercó. Demasiado. Su cuerpo la hacía sentir más pequeña; dominaba el espacio casi asfixiándola.

—El bloque 7 es ahora tu hogar. Estás aquí para pagar por lo que has hecho, y si no quieres que tu vida se convierta en un infierno,

harás lo que yo te diga. ¿Entendido?

El guardia la fulminó con una mirada amenazante.

No veía armas por ningún lado.

Por alguna razón, eso resultaba aún más aterrador. Ante la energía estoica y desapegada que desprendía, Khalani solo deseaba volver a su celda.

—S… Sí —balbuceó.

Carraspeando, reprimió el miedo que sentía y trató de recobrar la compostura.

—Cada mañana te presentarás ante Marcela en los túneles del extremo norte. Trabajarás medio día allí y luego irás a la cantina, como el resto de los prisioneros. Esa será la única comida del día, nada de holgazanear. Después, te presentarás ante George en el Ala Sur A. Él te asignará la tarea de la tarde.

Khalani asintió para sus adentros, repitiéndose las palabras en silencio para memorizar todo lo que decía. Sintió un leve alivio en el pecho. No la habían asignado a la cúpula.

Todavía no.

—Después del turno de la tarde hay un descanso de una hora en el foso —continuó el guardia con evidente fastidio—. Luego, regresa a la celda para el recuento nocturno. Y no llegues tarde, porque lo sabré, y te aseguro que pagarás las consecuencias.

Frunció el ceño de manera inquietante, como si comiera niños pequeños para desayunar.

—¿Entendido, Kanes?

—Sí —logró decir ella con voz firme.

—Bien. Nada de peleas entre prisioneros. Si tienes un problema con otro interno, lo resuelves en el foso. Y no me vengas con historias porque no tengo tiempo para lidiar con tus problemas personales.

Khalani estuvo a punto de preguntar qué era el foso, pero él siguió hablando:

—Obtendrás una ficha para ducharte dos veces por semana si cumples bien con tus tareas. Si fallas, tu hedor no será lo único que se esparza por esta prisión. —Arrugó la nariz—. No esperes simpatía ni piedad porque no las recibirás. Ni de mí ni de nadie más aquí abajo. ¿Queda claro?

Los rasgos afilados del guardia se torcieron en un gesto de desprecio, como si ella no fuera más que un bichito repugnante al que le encantaría ver aplastado.

Douglas le había hablado una vez de las cinco etapas del duelo: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. No le había costado entender las cuatro primeras. Era la aceptación la que siempre la rehuía. Era incapaz, igual que era incapaz de atrapar el aire con las manos.

La amenaza velada del capitán y su mirada cruel se le clavaron en la piel como si un cuchillo romo la perforara y royera el poco autocontrol que le quedaba.

—Muy claro —respondió fríamente.

Aunque ese guardia fuera la última persona viva en la tierra, antes desenterraría tumbas y pediría compasión a los esqueletos.

El capitán entornó los ojos y se inclinó hacia ella hasta quedar a tan solo unos centímetros.

—Si crees que tolero a las listillas, estás muy equivocada. Sigue las reglas o me ocuparé personalmente de que lo pagues caro —la amenazó, marcando las sílabas.

Khalani sintió que se le erizaba la piel de la nuca, pero asintió lentamente, más cómoda con sus amenazas que con mentiras de supervivencia. El imponente capitán siguió rígido junto a ella, observándola mientras la advertencia que le acababa de lanzar

flotaba en el ambiente, cargado de electricidad.

—Vamos —ordenó, dándole la espalda y empezando a recorrer el pasillo a grandes zancadas.

Khalani se esforzó en seguirle el ritmo. Él ni siquiera se molestó en mirar atrás. Sabía que no tenía otro lugar adonde ir.

La condujo hasta el ascensor, y bajaron lentamente, pasando junto a otras celdas. Ella se situó lo más lejos posible de él, pero su presencia imponente hacía que la cabina pareciera pequeña. A diferencia de los otros guardias, el capitán no llevaba ningún fusil colgado al hombro. Sin duda, las armas estaban ocultas bajo el chaleco, pero destilaba una confianza silenciosa. Como si no las necesitara.

Caminaron en silencio por los lúgubres túneles. La única fuente de luz provenía de unos cables incrustados en el techo que emitían un resplandor blanco. Aunque tenía que ir el doble de rápido para seguirle el ritmo, Khalani aprovechó el tiempo mientras recorrían las cuevas para estudiar al enemigo.

Pese a su corpulencia, se movía con gracia y examinaba cada rincón y esquina con mirada calculadora. Su piel cálida y bronceada era toda una rareza comparada con la de la mayoría de los que vivían en el subsuelo. Sin embargo, los rasgos enigmáticos del capitán y esos párpados caídos no hacían más que acentuar su semblante adusto. Khalani era de ascendencia hispana, pero las raíces del guardia parecían orientales y, en cualquier otro hombre, la nariz afilada, los pómulos definidos y la mandíbula marcada habrían resultado atractivos.

Aunque el capitán no era atractivo, ni siquiera apuesto. Ambos términos se quedaban cortos.

Era una fatalidad de la que no podías apartar la mirada. Era la calma y la serenidad cuando te asomas al precipicio de la muerte.

—¿Tengo monos en la cara, Kanes?

—No —respondió ella, mirando enseguida al frente.

«Visión periférica de locos», también anotado.

—El túnel del extremo norte está por allí. —El guardia señaló hacia un pasillo en ruinas—. ¿Alguna duda? Si quieres hacer alguna pregunta, ahora es el momento.

—¿Tienes nombre?

No encontraba en absoluto fascinante referirse a él como «el aterrador y estirado hombre musculoso» durante lo poco que le quedaba de vida.

—Soy el capitán de Braderhelm.

—¿Los capitanes no reciben un nombre?

—No necesitas saber nada más. No vivirás lo suficiente para pronunciarlo.

Sus palabras se quedaron flotando en el vacío que los separaba.

Khalani sintió que hervía de rabia y que esa emoción anulaba todo comportamiento lógico.

—Claro, qué tonta. Aquí abajo numeran a los humanos y dan nombre a los monstruos.

Trató de apartarse, pero unos dedos rígidos la agarraron del brazo, justo por encima del brazalete. Con el ceño fruncido, el capitán apretó con fuerza la herida sin cicatrizar. Khalani se estremeció, pero él no cedió e hizo una mueca en la que se apreciaba cierta malicia.

Y también vacilación.

Como si le hubieran cortado todas las capas de la piel, la violencia se hubiera grabado en lo más profundo de su alma y apenas pudiera contenerse.

—Repite eso.

El capitán ladeó la cabeza y le torció la muñeca. Khalani reprimió

un grito ante el agudo dolor.

Temblando, miró esos ojos sombríos. La inquietante energía del guardia activó su instinto de huida y le gritó que corriera.

—¿Ahora ya no dices nada? —preguntó el capitán, entornando la mirada y paseándola por su pequeña figura—. La única razón por la que no te rompo la muñeca es porque la necesitas para el próximo turno y porque no soportaría tus patéticos gritos. No tengo paciencia para eso. Así que, a menos que estés lista para las consecuencias, mantén la boca cerrada o me aseguraré de que un hueso roto sea el menor de tus problemas.

El capitán la soltó. Ella se frotó la mano y torció el gesto, pero él no le dio oportunidad de hablar.

—Hay algo que debes aprender, Kanes: Braderhelm no perdona, y a nadie le importan tus problemas. Obedece o encontrarás una muerte cruel y despiadada.

—¿Y por qué no me matas ahora? —soltó ella con voz ronca.

El capitán le clavó una mirada gélida que parecía un puñal y bajó la cabeza hasta casi rozarle la nariz.

—Buen intento —ironizó—, aunque confío en que antes completes unos cuantos turnos de trabajo. Pero, si sigues así, tus deseos serán concedidos. Ahora, desaparece de mi vista.

Entre ellos, el aire glacial parecía estar cargado de electricidad. Khalani crispó los dedos, como si se dispusiera a plantarle cara, pero dio media vuelta y se apresuró a alejarse antes de sucumbir a esos instintos fatales.

Tras dar unos pasos, se atrevió a mirar atrás, pero él ya no estaba; lo único que quedaba era aquella sensación persistente de peligro. Suspirando, se obligó a relajarse y se peinó el pelo con dedos temblorosos.

Algo en ese capitán le helaba la sangre, pero también la

impulsaba hacia una colisión frontal. Y las partes más oscuras de ella disfrutaban jugando con la muerte.

De hecho, la anhelaban.

Porque tenía que terminar. De una forma u otra.

Necesitaba que todo terminara.

4

Podemos no ser nada juntos.

Siguió los cables luminosos del techo, haciendo caso omiso a la ampolla que sentía en uno de los talones. Cuando el túnel se abrió hacia una vasta caverna polvorienta, le llegaron los sonidos del metal arañando la piedra. A más de tres metros de altura colgaban unos focos cuya luz iluminaba unas enormes rocas.

Se detuvo de repente en el suelo de grava, tratando de localizar de dónde procedía el ruido. Un grupo de prisioneros formaban una hilera y clavaban unos pesados picos contra el muro de piedra vista, tallando un nuevo pasadizo en el túnel. Una capa de polvo flotaba en el aire, y se obligó a reprimir un estornudo.

—¡Deja de holgazanear! —le gritó un guardia corpulento a un anciano con uniforme de prisionero que había caído de rodillas, exhausto.

El prisionero le dijo algo inaudible al guardia, y este le golpeó la cabeza con la culata del arma. El anciano se desplomó bocabajo en la grava, inmóvil.

—¡A trabajar! —gritó el guardia a los otros prisioneros, que ni siquiera se molestaron en mirar al viejo.

Con rostro impasible, como si hubiesen visto cosas mucho peores, continuaron blandiendo los picos y clavándolos en la pared

de roca.

Apareció una chica que empujaba una carretilla llena de grava. El pelo rubio claro se le pegaba a la frente por el sudor y tenía ojeras; a través de los muchos agujeros del uniforme gris, se le veían las costillas. Khalani abrió los ojos de par en par al percatarse de su fragilidad.

La muchacha no podía tener más de trece años y parecía que el mínimo soplo de brisa la tumbaría. Seguro que la carretilla pesaba más que ella. Khalani se acercó.

—Hola —susurró.

La frágil chica se volvió despacio, y Khalani se quedó inmóvil al ver su rostro. Tenía los ojos vacíos, sin expresión, como si un fantasma se hubiese metido en su cuerpo y la hubiese poseído.

—¿Qué quieres? —preguntó la chiquilla con voz monótona.

Khalani se quedó inmóvil. ¿Cómo se llamaba? No era capaz de recordar el nombre de la mujer a la que el guardia le había ordenado buscar. Su mente se negaba a recordar ante la terrible visión que tenía ante los ojos.

¿Acabaría Khalani igual que ella, como un mero contenedor que ni siquiera atestiguaba haber sido habitado por el aliento de la vida?

¿Ya tenía ese aspecto?

—¿Por qué no estás trabajando, prisionera?

Un fornido guardia se acercó a ellas con grandes zancadas y aire amenazante. Con los ojos celestes ardiendo de rabia, sacó una porra de acero y golpeó en la zona lumbar a la muchacha, que se desplomó con un grito lastimero.

—¡No! ¡Basta, por favor! —gritó Khalani, horrorizada.

—¿Qué has dicho?

El guardia la encaró, lanzándole una mirada despiadada.

—Lo… Lo siento, señor —balbuceó con manos temblorosas—. No

es culpa suya. He sido yo, que le he hecho una pregunta. El capitán me ha enviado aquí y me ha dicho que me presente ante… —Hizo una pausa y, al recordar en ese preciso momento el nombre, añadió —: Marcela.

El guardia la miró de arriba abajo con recelo. Khalani tragó saliva y no movió ni un solo pelo. Apenas se dio cuenta de que se le habían escapado unas gotas de orina.

—Muévete —le ordenó el guardia a la chiquilla.

La niña se puso lentamente en pie, agarró la carretilla y retomó la marcha renqueando y con la espalda doblada por el dolor.

—Marcela está ahí abajo. —Señaló hacia el extremo opuesto de la caverna—. Y ya puedes darte prisa, prisionera, a menos que quieras que te dé una razón de verdad para llegar tarde.

El corazón le iba tan rápido que los latidos se fundían en una vibración única. Mientras se dirigía al fondo de la cueva, las fuertes pisadas del guardia resonaron a su espalda, siguiéndola como un demonio.

Marcela era una mujer corpulenta de pelo cobrizo que llevaba un moño alto y tirante. Vigilaba escrupulosamente a los prisioneros con ojos de acero, lista para saltar ante el más mínimo error, como si fuera la encarnación humana de un buitre buscando a su presa. Ante la idea, un recuerdo emergió de repente.

—Ojalá no hubieran muerto todos los animales en el Gran Colapso —le decía una Khalani de quince años a su profesor de historia.

—Bueno, creo que en eso te equivocas —respondió el señor Harroway—. Los animales no se han extinguido del todo, y no me refiero a los clones y a los que han criado genéticamente para servir de alimento. Te olvidas de nosotros. Los humanos somos animales.

Por supuesto, nos gusta pensar que somos leones, el antiguo rey de la Tierra. Pero yo creo que somos más bien aves carroñeras que nos agrupamos y colaboramos para llegar a la cima aprovechando aquello que encontramos. Somos buitres que no nos reconocemos como tales —concluyó, pensativo y con la mirada perdida.

—Vaya, suena un poco sombrío y deprimente —dijo Khalani.

El señor Harroway rio entre dientes.

—Así es la historia de la humanidad, más sombría que una noche sin luna. ¿Por qué crees que tuvimos que huir al subsuelo?

—¡Moveos! —chilló Marcela a varios prisioneros.

El áspero grito devolvió a Khalani al presente con un respingo. Al igual que los guardias, Marcela iba vestida completamente de negro, pero el brazalete plateado en su muñeca la identificaba como empleada. Al ver que Khalani se acercaba, Marcela alzó de repente la cabeza de la pantalla táctil, la escudriñó de arriba abajo y torció el gesto con aire reprobatorio.

—Ya les dije que aquí abajo necesitábamos gente musculosa. ¿Y qué es lo que me dan? A ti.

Khalani frunció el ceño y se dispuso a decir algo, pero la mujer levantó el dedo índice, haciéndola callar.

—No, no. Tú hablas si yo te pregunto. ¿Qué número eres?

—¿Número?

—El que llevas en la muñeca —soltó Marcela con impaciencia.

Khalani miró la cicatriz y rechinó los dientes.

—Prisionera 317. Me han ordenado que me presente ante ti.

Marcela comprobó la pantalla con aire irritado, deslizando los dedos con rapidez por el dispositivo electrónico.

—Al menos esperaba que me enviaran a un albañil o un granjero, no a una muchacha escuálida que trabajó como

repartidora de comida. Tendré que ir a ver al alcaide —murmuró.

Khalani sintió que se le tensaban los músculos, como si se estuviera preparando para echar a correr. Si Marcela la transfería, podrían asignarla a un lugar mucho peor, como la superficie.

—Cuando trabajaba como repartidora de comida, me pasaba el día levantando cajas pesadas.

No pudo evitar que las palabras salieran de sus labios.

Marcela resopló y le dio la espalda sin añadir nada más.

—Puede que no lo parezca, pero soy muy trabajadora y puedo levantar mi propio peso. No oirás ninguna queja sobre mí —afirmó con rotundidad, alzando las manos para recalcarlo.

Marcela ladeó la cabeza y la examinó. Tras unos instantes, dio su brazo a torcer.

—De acuerdo, veremos qué tal lo haces. Ve allá y preséntate ante el prisionero 189. —Marcela señaló hacia un prisionero que colocaba unos bloques de roca maciza en una carretilla—. Cada mañana, él será tu compañero en los túneles. No lo pierdas de vista.

Justo cuando Khalani se disponía a ir hacia allí, Marcela la agarró con fuerza del hombro.

—No me des motivos para arrepentirme. Si lo haces, te enviaré a la superficie a recabar información sobre Génesis.

La amenaza quedó suspendida en el aire como si fuera una bala que se dirigía a ella a cámara lenta. Khalani asintió enseguida y se zafó de ella.

El prisionero 189 era alto, de piel oscura y muy delgado, algo habitual entre los prisioneros. Aunque no debía de ser mucho mayor que Khalani, tenía un rostro dulce de facciones aniñadas cubierto de suciedad. Se incorporó, llevándose una mano a la zona lumbar y secándose con la otra el sudor de la frente, al tiempo que hacía una mueca.

—Ejem… Disculpa, ¿eres el prisionero 189? —le preguntó Khalani mientras se restregaba las manos.

El prisionero 189 se volvió hacia ella y la observó con ojos cansados.

—¿Nueva?

Se encorvó para coger otra enorme roca del montón.

—Sí. Marcela me ha dicho que eres mi compañero en los túneles. Soy Khalani.

No pensaba presentarse como «317». Se negaba a concederles más poder. Era una pequeña forma de rebelión, pero para ella tenía importancia.

Reparando en la mano que le tendía Khalani, el prisionero le lanzó una mirada impasible.

—Será mejor que pongas esas manos a la obra y empieces a ayudarme con estas rocas. Coge esa carretilla de allí.

Khalani se apresuró a tomar la carretilla vacía. Maniobrar las toscas ruedas y mantenerla en línea recta le resultó complicado, y eso que no llevaba peso.

—Carga esas rocas de ahí —le ordenó su compañero.

Zigzagueando con la carretilla, se dirigió hacia donde le había indicado.

Las piedras eran mucho más pesadas de lo que parecían, y al cabo de varios minutos, ya le dolían los brazos. El prisionero reparó en que le temblaban y empezó a ayudarla con la carga.

—Gracias —susurró Khalani.

—El primer día siempre es el peor —refunfuñó en voz baja—. Pero, por mucho que te duela, tienes que seguir. Seguro que se inventan razones para hacerte daño, así que no les des ninguna.

Colocó la última roca en la carretilla y se sacudió el polvo de las manos, que estaban cubiertas de llagas abiertas, algunas

sanguinolentas. Sin embargo, él parecía no darse cuenta. A continuación, llevaron las carretillas a la unidad de gestión de residuos metálicos, en la parte más alejada de la caverna.

La tarea era penosa y complicada. Las horas fueron transcurriendo y Khalani se frotó varias veces los brazos para aliviar los dolores y calambres que sentía, con la advertencia de Marcela siempre en mente. Cabizbaja y en silencio, siguió trabajando pese al dolor. Cuando su mirada se cruzó con la del prisionero 189, este asintió en un gesto de respeto.

—Esperaba que a estas alturas ya te hubieras derrumbado, pero has cumplido con tu parte —dijo con cierto tono de sorpresa.

—No tengo por costumbre darme por vencida —fue lo único que respondió.

Con cautela, su mirada calculadora se posó tras Khalani, al otro lado de la caverna, donde estaba Marcela gritándoles a los prisioneros.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, clavando los ojos en los suyos.

—¿Cómo? —gruñó, dolorida, mientras dejaba caer un voluminoso pedrusco en el barril, que tan solo medía una cuarta parte de su tamaño.

—Me refiero a por qué has terminado aquí. No pareces una asesina, aunque me he equivocado en cosas peores.

—No soy una asesina —soltó.

—Tenía que preguntarlo —dijo encogiéndose de hombros con despreocupación—. Braderhelm está plagado de asesinos, y no se puede confiar en mucha gente. Si quieres sobrevivir aquí dentro, más te vale tener ojos en la nuca.

—Gracias por el consejo —respondió Khalani, apretando los labios—. Y supongo que tú estás entre esos pocos en los que se

puede confiar, ¿verdad?

—No. Es mucha responsabilidad tener la confianza de alguien. Pero, si así estás más tranquila, no tienes nada que temer por mi parte —aseguró.

Khalani frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Me sentenciaron hace 262 días.

—¿Recuerdas el día exacto?

—La mayoría de los prisioneros no lo recuerdan. —Se pasó una mano sucia por el rostro—. Pero yo prefiero recordar mi último momento de libertad antes que el futuro devastador en un abismo eterno que compartimos. Es mi manera de no perder el control.

—¿Qué control? Ya lo hemos perdido todo.

Irritada, Khalani dejó caer una pesada roca en el carrito. Con más ímpetu del necesario. La ausencia de respuesta le recordó el motivo por el que la gente la dejaba sola: su alma estaba demasiado rota.

Khalani cerró los ojos al experimentar esa angustia que tanto conocía, que la embargó hasta el punto de casi paralizarla. Había perdido todo lo que era importante para ella y ahora vagaba sin propósito en un cuerpo vacío.

¿Qué sentido tenía la vida para ella?

No podía responder a esa pregunta, y ese pensamiento la aterrorizaba.

—No digo que, con el tiempo, el dolor sea más fácil de soportar… —Su compañero la sacó de su ensimismamiento, como si pudiera sentir la devastación que había en su interior—. Pero no te das cuenta de lo duro que puedes llegar a ser hasta que necesitas todas tus fuerzas.

Khalani apretó los labios y se aferró a los mangos de la carretilla

hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Las imágenes acudieron a su mente. Los ojos vacíos de sus padres mirándola desde una fría mesa. Douglas cerrando la puerta de su piso, echándole un último vistazo y dedicándole unas palabras esperanzadas que no tardaron en extinguirse.

Las pocas fuerzas que le quedaban habían volado como una paloma extinta cuando los barrotes de acero de su celda se cerraron de golpe, encerrándola en la prisión.

Había seguido respirando porque tenía que respirar. Había obligado a su cuerpo a seguir porque el dolor físico servía como distracción temporal de aquel vacío que retumbaba en su interior.

—¿En qué bloque de celdas estás? —preguntó su compañero, interrumpiendo el silencio sepulcral.

—En el siete —susurró Khalani, tratando de olvidar el inútil pasado.

—No está tan mal. Hay muchos bloques que son peores. Pero vigila con Steele —murmuró.

—¿Steele?

—Sigue trabajando —dijo, mirando de reojo hacia la izquierda justo en el momento en que un guardia pasaba por allí.

Khalani se apresuró a cargar unas pesadas rocas, jadeando al hacerlo.

Cuando el guardia se hubo alejado, su compañero continuó en voz baja:

—Takeshi Steele. Es el capitán y dirige tu bloque. Es famoso por su temperamento agresivo. Incluso ha matado a algunos de sus guardias. Mi mejor consejo es que bajes la cabeza y te alejes de él.

Así que el diablo tenía nombre.

Estaba segura de que Takeshi Steele ya la había incluido en su lista mental de prisioneros que había que eliminar.

Un zumbido fuerte y estridente reverberó por las paredes de piedra y la obligó a dar un respingo. A su alrededor, todos los prisioneros dejaron los picos y las carretillas y se dirigieron hacia la salida del túnel.

—Es la señal de que el turno matutino ha terminado. —El prisionero 189 se encaminó también hacia allí y, al ver que Khalani no lo seguía, añadió por encima del hombro—: Vamos, a los criminales no se les permite rezagarse. A menos que te gusten los azotes y que te den cucarachas para comer.

En ese momento, Khalani comprendió que habitaba, de forma oficial, en el infierno.

5

No trates de comprenderme. Ni siquiera yo soy
capaz de recorrer mis abismos escarpados.

—¡Mueve el culo y ponte al final de la cola! —gritó un hombre de pelo castaño y desaliñado al que le faltaban unos pocos dientes mientras tiraba a un chiquillo flacucho al suelo.

El niño, que llevaba un ojo a la funerala y un pelo que no había visto un peine en años, se levantó tambaleándose.

No pronunció palabra ni hizo nada para defenderse. Cabizbajo, se dirigió lentamente al final de la cola de la comida.

Khalani frunció el ceño y observó por encima del hombro al pálido muchacho. Algo en su lenguaje corporal y en su expresión facial indicaba que ese trato no le era ajeno. Sus miradas se encontraron, y ella se apresuró a desviarla al sentir una involuntaria punzada de culpa.

La cantina estaba en una cueva espaciosa, hecha por la mano del hombre, con unas columnas de piedra que sostenían los altos techos. Todos los prisioneros se alineaban para recibir la comida, avanzando con apatía. La chica que tenía delante no dejaba de frotarse la zona lumbar, quejándose de dolor. Khalani tampoco es que tuviera la espalda mucho mejor.

Varios guardias se apostaban por toda la cueva, pero de Takeshi

Steele no había ni rastro por ningún lado. Lo que era de agradecer, puesto que temía las potenciales repercusiones de la última conversación que habían mantenido.

Lentamente, llegó al inicio de la cola y cogió una bandeja verde. Una mujer corpulenta con el pelo recogido en un moño despeinado y cicatrices que le desfiguraban todo el rostro levantó un cucharón y le echó un amasijo de comida.

—¡Siguiente! —gritó la mujer sin tan siquiera mirarla.

Khalani se detuvo y se inclinó para oler la mezcla húmeda de carne procesada: del pegote marrón emanaba un hedor a heces quemadas, y sintió una repentina arcada. Contuvo la respiración, reprimiendo la oleada de náuseas.

De pronto, una punzada aguda, como una descarga eléctrica, le recorrió la espalda y la obligó a encorvarse. Tembló sin control mientras unas motas blancas le nublaban la vista.

—¡Muévete, prisionera! ¡Estás entorpeciendo la cola! —gritó uno de esos guardias rapados, sosteniendo una táser sin atisbo de culpa en los ojos.

Tuvo un espasmo y se le contrajeron los músculos de la espalda, como si de repente se hubieran enroscado sobre sí mismos. Apretó los dientes y siguió adelante, sujetando la bandeja con dedos visiblemente temblorosos. Lo único que tenía que hacer era moverse.

Una trabajadora le entregó el suplemento de vitamina D que tomaban a diario todos los ciudadanos de Apolo. Aún temblando, engulló la pastilla naranja mientras el guardia se daba golpecitos en la palma de la mano con la táser, como si estuviera disfrutando de una dulce espera.

Se apresuró a alejarse y ocultó la mitad del rostro tras el pelo castaño, como si fuera una cortina protectora. Aquellos gruesos

mechones eran el único escudo que tenía.

—¿Estás bien? —preguntó el prisionero 189, poniéndose a su lado.

—Sí —murmuró ella.

—Ven, siéntate conmigo.

—No hace falta. Prefiero estar sola —admitió, reacia a entablar amistad.

Él bajó la cabeza.

—Los prisioneros suelen burlarse de la carne fresca, en especial el primer día. Es mejor que no comas sola.

Khalani vio en sus ojos que decía la verdad y finalmente cedió; no deseaba buscarse más problemas.

No había mesas en la espaciosa cueva. Todos los prisioneros se sentaban en el suelo polvoriento.

Respiró hondo, tratando de reprimir el dolor que le recorría la columna a causa de la táser y del turno agotador. Se abrieron paso entre la gente, y él la condujo al rincón más alejado de la sala, donde aplastó una cucaracha gigante.

¿Por qué las criaturas más feas tenían que ser las más difíciles de extinguir? Ni siquiera el apocalipsis nuclear había podido con ellas.

—La mayoría de los días no sirven un almuerzo tan bueno —comentó él mientras se sentaba y miraba el plato con avidez.

Khalani lo miró con incredulidad y bajó los ojos hacia aquella carne tan sospechosa. Decidió concentrarse e imaginar que se transformaba en algo, en lo que fuera menos en eso.

—Si la observas un buen rato, hasta puedes ver cómo se mueve —comentó una chica por encima de su hombro.

Se volvió y vio a su vecina de celda: la chica con el pelo azul.

—Serene, no la asustes. Así nunca se lo va a comer.

Serene se encogió de hombros y se sentó.

—Pues mejor. Más para mí —espetó, engullendo un bocado de aquella repugnante comida.

El tono de piel de Serene era aún más pálido que el de los ciudadanos de Apolo. Tenía una figura menuda, pero era guapa, excepto por una profunda cicatriz que le recorría el rostro desde la parte superior de la nariz hasta la mandíbula izquierda.

Serene levantó la vista, enojada.

—¿Qué?

—Gracias por ayudarme antes. No sabía adónde ir —se apresuró a decir Khalani.

Serene le quitó importancia con un ademán.

—No te preocupes. El primer día es el más duro. Soy Serene, por cierto. Y ese capullo sabelotodo es Derek.

Serene señaló con el mentón al prisionero 189, que le respondió con una peineta y siguió comiendo. Khalani asintió y volvió a concentrarse sin ganas en la grotesca comida que tenía en el plato. Cuando agarró la masa viscosa con las manos (no les habían dado cubiertos), hizo una mueca.

Conteniendo la respiración, dio un bocado, pero un sabor amargo le inundó la boca y le puso la piel de gallina. Tosió y rápidamente se llevó una mano a los labios y se obligó a tragar aquella comida que sabía a vómito. La cucaracha muerta habría sido una mejor opción.

Serene rio entre dientes.

—Te acostumbrarás.

Lo dudaba. Khalani siguió tosiendo y escupiendo. Parecía una anciana moribunda. Derek le dio una palmada en la espalda para evitar que vomitara.

—Sabe fatal, pero tiene un buen aporte proteico. Algunos días ni

siquiera dan comida, así que aprovecha mientras puedas.

Otro recluso se sentó con ellos y colocó la bandeja en el suelo con un movimiento rápido. Era más mayor, de unos veintitantos años, y parecía nervioso: fruncía los labios al tiempo que se peinaba el cabello castaño cenizo con los dedos. Tenía una complexión más robusta que la mayoría de los prisioneros y se le marcaban unas venas prominentes en los brazos cuando apretaba los puños ante el plato de comida, al cual miraba como si fuera su peor enemigo.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? —se quejó Serene.

Una sombra siniestra cruzó los ojos del recién llegado. Metió la mano en el bolsillo, sacó un par de gafas rotas y colocó los pedazos destrozados en el suelo con una mirada hostil.

—Joder, Adan. ¿Otra vez?

Serene recogió el material hecho añicos. La montura estaba machacada, y las patillas, retorcidas, como si fueran un intrincado *pretzel*.

—Ha sido el guardia Harken. Es la segunda vez en lo que va de mes. Ha dicho que iba muy lento, cuando sabe perfectamente que soy el más rápido del turno —refunfuñó Adan.

—¿Puedes arreglarlas? —murmuró Derek, comiendo como si fuera lo último que fuera a hacer en este mundo.

—Pues claro que puedo. Pero es malgastar esfuerzos. Volverá a hacerlo. Es lo que pasa cuando se les da poder a los estúpidos, que hacen lo que les da la gana.

Con rabia, Adan le arrebató las gafas rotas a Serene y se las metió de nuevo en el bolsillo.

Todos guardaron silencio mientras la cruda verdad que acababa de pronunciar flotaba sobre sus cabezas. Khalani tomó otro bocado de aquel mejunje hediondo reprimiendo las náuseas. Esta vez no se atragantó ni se quedó sin aliento.

Estaba progresando.

Se movió y Adan por fin pareció advertir su presencia.

—¿Quién eres? —preguntó, mirándola con recelo.

Iba a contestar, pero Serene se le adelantó.

—Se llama Khalani Kanes. Es su primer día en prisión, así que déjala tranquila. Ya ha tenido bastante por hoy. Khalani, este es mi hermano mayor, Adan —dijo, señalándolo con un ademán despectivo.

Khalani arrugó la frente.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—He robado la lista de los nuevos —dijo Serene, encogiéndose de hombros—. Es prácticamente imposible robarle nada a Takeshi Steele, pero uno de sus nuevos asistentes bajó la guardia demasiado tiempo.

—Cuidado, Serene —advirtió Derek, frunciendo el ceño—. Un día te cogerán, y los guardias no dudarán en matarte.

—Por eso siempre ando con mil ojos —le aseguró a Derek. Acto seguido, se volvió hacia Khalani—. Y bien, ¿qué fue?

—¿Cómo? —preguntó Khalani.

En los ojos verdes de Serene apareció un destello de curiosidad y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Qué cogiste de los Archivos? Lo único que decía tu expediente era que robaste un artefacto de los Archivos, pero no especificaba cuál…

Al oír mencionar los Archivos, tanto Derek como Adan se enderezaron y se quedaron inmóviles, como si les hubieran insertado una barra de acero en la columna.

—¿Robaste algo de los Archivos?

Consternado, Adan tragó con fuerza y la fulminó con la mirada.

Khalani abrió la boca para responder, pero dudó un segundo.

Aunque ella ya estaba prisionera, la familia de Douglas aún podía sufrir si descubrían que había compartido la información con ellos.

—Supongo que no soy muy buena ladrona teniendo en cuenta dónde estoy. Bastó con una inspección sorpresa para… —Khalani enmudeció, y sintió que el pulso se le aceleraba—. No cogí nada importante. Solo era un libro.

Apartó la mirada, tratando de quitarle peso a su historia con el fin de no tener que revelar más detalles.

Derek se inclinó hacia delante y concentró su atención en ella.

—¿Qué decía el libro? ¿Hablaba de Apolo o de los planes que tienen con Génesis?

—No… Era un libro de… poesía.

Su respuesta se encontró con unas miradas de perplejidad. Khalani se mordió el labio e intentó aclararlo:

—Bueno… Son historias sobre la vida, pero escritas con pasión y emoción. La poesía es… hermosa.

Todos arquearon las cejas, como si hablara en otro idioma.

—Ya os he dicho que no era muy interesante, y ahora ya ni siquiera tiene importancia. Ha desaparecido —afirmó.

Derek se recostó con aire decepcionado. Sin embargo, algo en su mirada calculadora llamó la atención de Khalani: había una expresión extraña en sus ojos, aunque no sabía decir el qué.

—Un grupo de muertos escribe un libro sobre las miserias de la humanidad, ¿y te meten aquí por cogerlo? —preguntó Serene, frunciendo el ceño.

—Mira a tu alrededor, hermana. En Apolo siempre ha reinado la locura. Solo nos hemos insensibilizado —murmuró Adan con voz apagada, devolviendo un pedazo de comida a la bandeja.

«Insensibilizado». Era la palabra perfecta.

Siempre había sido consciente de las acciones despiadadas del

Consejo, pero nunca había osado levantar la voz. No contaba con poder ni influencia. Y ya tenía bastante con sobrevivir.

Con el tiempo, se había vuelto más fácil no ver el sufrimiento de los demás, como si tuviera la mente entrenada para ignorar a aquellas personas que no conocía y todo aquello que no la afectara directamente.

Quizá eso fuera peor.

—¿Y vosotros? ¿Por qué acabasteis aquí abajo? —preguntó, señalando a Serene y Adan para tratar de desviar la atención.

—Antes de Braderhelm, Adan era uno de los mejores ingenieros mecánicos de la División de la Superficie de Apolo —reveló Serene.

Khalani miró a Adan enarcando las cejas. La División de la Superficie había creado la cúpula de Génesis y los pocos trajes que existían capaces de resistir la letal radiación.

—Vaya… Es impresionante —exclamó.

—Sí. Ya ves —soltó Adan, resoplando—. Me adoraban hasta que me negué a trabajar en el Laboratorio de Armas de Génesis.

Las líneas de la frente se le marcaron aún más. Era de chiflados o de idiotas rechazar la oportunidad de vivir en Génesis.

—Sé lo que estás pensando —dijo Adan al reparar en que Khalani lo miraba con incredulidad—. Pero me resultaba bastante difícil saber que daba todo mi tiempo a una estructura responsable de cientos de muertes.

—No tenías elección —le recordó Derek.

—Siempre hay elección. Siempre —afirmó con la voz teñida de arrepentimiento—. Me negué a construir armas para ellos y ser responsable de más muertes. Presenté la dimisión y, al día siguiente, me acusaron de insubordinación y me sentenciaron a Braderhelm. Y mi hermana pequeña, pese a todas mis súplicas, no supo quedarse en casa.

Adan apretó los labios con firmeza, pero no podía ocultar el amor con el que miraba a Serene.

—Eres mi hermano —afirmó ella, dando por zanjado el tema.

Como si esa fuera la única explicación posible.

A continuación, se volvió hacia Khalani.

—Cuando éramos pequeños, nuestros padres no estuvieron muy presentes, así que me convertí en una excelente ladrona. Empecé con cosas pequeñas…, como ese tinte azul para el cabello que, como después descubrí, era permanente. —Se rio entre dientes, pero enseguida bajó la mirada—. Con el tiempo, tuve que robar comida y dinero cada semana para que no pasáramos hambre. Cuando arrestaron a Adan, intenté colarme en la oficina del juez supremo para robar dos pases para Génesis. El plan era escondernos allí antes de que lo transfirieran a Braderhelm, pero nos atraparon y me metieron aquí con él.

—Era una mierda de plan —interrumpió Adan—. ¡Al menos, el mío era bueno! ¿Por qué no me hiciste caso y te quedaste en casa?

—¿Y desde cuándo te hago caso? —replicó Serene con sorna.

—Eres parte del sexo femenino, así que nunca.

Serene puso los ojos en blanco y volvió a mirar a Khalani.

—¿Tú no habrías hecho lo mismo? ¿No irías hasta los confines del subsuelo por tu familia?

Otra vez esa palabra. «Familia». Por muchos fracasos, peleas o decepciones, eran los cimientos, lo que se suponía que te mantenía con los pies en el suelo. La familia podía hacerte perder el juicio y devolverte la cordura al mismo tiempo.

Khalani admiraba a Serene porque era capaz de llegar adonde fuera por su hermano. Sin embargo, en su caso, siempre prefería estar sola. Se sentía más cómoda. Era más seguro. Aunque resultaba evidente que una parte innegable de sí misma anhelaba

ese vínculo. Habría movido cielo y tierra para hablar con sus padres otra vez, aunque solo fuera durante un segundo.

—Mi familia está muerta, pero, si estuvieran aquí…, haría lo que fuera por ellos.

Khalani soltó un suspiro de amargura y desvió la mirada.

Se hizo el silencio, y Serene asintió con comprensión.

Incluso Adan la miró con otros ojos, con respeto.

—Me gustas, Khalani —declaró Serene, haciendo que la tensión se disolviera—. Aquí sobrevivimos manteniéndonos unidos. También cuidaremos de ti.

Khalani sintió unas mariposas en el estómago. Había pensado que, en la prisión de Braderhelm, todo se resumiría en un sálvese quien pueda, pero Derek, Serene y Adan tenían algo en común.

A todos les habían arrebatado el derecho a vivir.

Estaban conectados por los finales entrelazados de sus sombríos destinos. No era una conexión que hubiesen deseado, pero allí estaba.

Si ellos habían conseguido sobrevivir hasta ahora, quizá ella también podría hacerlo. Era una probabilidad ínfima, pero real. Como la de un corazón que se aferra con cada latido a la vida, que no está aún listo para enfrentarse al final.

6

Soy una calamidad. Igual de dolorosa, inmensa y terrible.

Las dimensiones de Braderhelm, con su gigantesca red de túneles, todavía impresionaban a Khalani. Apolo era un extraordinario portento de la ingeniería en el que se mezclaban las cuevas naturales con extensas cavernas excavadas por la mano del hombre con el fin de albergar a cientos de miles de personas. El término «impresionante» no le hacía justicia. Sin embargo, en cuanto pisó el foso junto a Serene, se quedó boquiabierta.

No se esperaba una caverna tan grande.

Dirigió la vista hacia el alto techo. En los muros de piedra había unas luces blancas que iluminaban el espacio con un resplandor suave que contrastaba fuertemente con el tosco interior de los bloques de celdas. La persistente sensación de opresión seguía flotando en el ambiente, pero los prisioneros conversaban y paseaban con aire relajado, disfrutando del magnífico espacio. Una gran multitud rodeaba un cráter circular, un hoyo en la tierra de varios centímetros de profundidad, como si se tratara de una piscina vacía y poco profunda. Varios prisioneros vociferaban con la mirada cargada de adrenalina y entusiasmo clavada en el foso.

La curiosidad la obligó a acercarse a la multitud, que respondió

con una serie de gruñidos y codazos. Khalani fue abriéndose paso hasta que, finalmente, encontró un hueco desde donde se veía el interior del cráter.

Dos prisioneras se estaban peleando y había sangre por todas partes. Una, de tez pálida, llevaba las mangas subidas hasta los hombros y el cabello oscuro recogido en una trenza lateral. La otra prisionera tenía el cabello pelirrojo corto y un destello letal en los ojos que se intensificó cuando lanzó un puñetazo.

Khalani se estremeció cuando la chica de cabello oscuro, esquivando el golpe, hundió el puño en la mandíbula de la otra prisionera y la derribó de inmediato. El rostro se le llenó de sangre, casi del mismo color que su cabello. Khalani pensó que la pelea había terminado, pero entonces la chica de cabello oscuro se inclinó para darle el golpe de gracia. Sin embargo, la otra le barrió las piernas y cayó al suelo.

La pelirroja lo aprovechó, subió a horcajadas sobre ella y empezó a golpearle el rostro. Tres puñetazos. Cuatro. Cinco. En el suelo, la chica de cabello oscuro dejó de moverse, y la pelirroja se puso en pie alzando los brazos en señal de victoria.

Los prisioneros silbaron y aplaudieron, y se intercambiaron unos endebles pases en los que se podía leer «Ficha para la ducha»; por lo visto, en Braderhelm, era con lo único con lo que se podía apostar. Incluso algunos guardias que se encontraban fuera del círculo sonrieron ante el cruel espectáculo.

La chica del suelo se incorporó lentamente, haciendo una mueca con cada uno de sus movimientos. Le brillaba la piel, cubierta de sangre y sudor, y el pelo negro se le pegaba a la frente. Arrastrándose, alcanzó el borde del hoyo y la luz le iluminó los labios ensangrentados y los ojos hinchados. Sin embargo, cuando intentaba subir por el montículo, le falló una pierna y se desplomó

de nuevo en el interior. Khalani miró a su alrededor, confiando en que alguien ayudaría a la pobre chica, pero nadie se movió. Todos prestaban atención a los dos nuevos prisioneros que habían saltado al foso, listos para pelear.

Desvió la mirada de nuevo hacia la chica derrotada. Aunque habría preferido no llamar la atención, fue incapaz de quedarse allí fingiendo que no la veía.

Se apartó del lado de Serene.

—¡Khalani, espera! —gritó su compañera entre el bullicio.

Haciendo caso omiso, Khalani se abrió paso hasta el borde del foso. Cuando encontró un hueco, se asomó y vio a la magullada chica, que aún luchaba por salir.

—Deja que te ayude —dijo Khalani, inclinándose y extendiendo una mano.

De fondo, advirtió que las ovaciones se detenían y los murmullos crecían. Sintió que todos los ojos se clavaban en ella, pero hizo caso omiso. La chica derrotada la miró con profundo odio mientras unas lágrimas de rabia asomaban al único ojo que no estaba hinchado.

—No necesito tu puta ayuda.

Khalani retrocedió. Impulsándose con las manos, la chica se puso en pie despacio, visiblemente dolorida. Tambaleándose, avanzó con una pierna renqueando y logró salir del foso. Tomó aliento e hizo una mueca, incapaz de erguirse por completo. Tras lanzarle otra mirada iracunda a Khalani, desapareció entre la multitud.

En el borde del cráter, Khalani seguía inmóvil, con la mano extendida como una idiota. ¿Qué acababa de ocurrir?

Miró a su alrededor; un par de prisioneros la observaban con aire compasivo… ¿o más bien era lástima? La mayoría de los presentes negaron con la cabeza, como si hubiera cometido un acto bochornoso, una metedura de pata social.

Una prisionera más mayor que Khalani, que le sacaba una cabeza y que llevaba rapada la mitad del cráneo y varios piercings en la nariz y las cejas, se puso a aplaudir lentamente.

—Así se hace, novata. Tú sigue ayudando a los que pierden en el foso y acabarás ocupando su lugar. No aguantarías ni diez segundos —la advirtió, sonriendo con sorna.

—Que venga conmigo. Yo sí que no tardaré ni diez segundos en darle lo que se merece —se burló un tipo corpulento al que le faltaban algunos dientes.

Todos a su alrededor prorrumpieron en carcajadas.

Khalani apretó los puños y se ruborizó, avergonzada. Se apresuró a abrirse paso hacia la parte de atrás del círculo, tratando de salir de allí lo más rápido posible. Si hubiese podido tener algún superpoder en ese momento, le habría gustado ser invisible.

—¡Khalani!

La voz de Serene la sacó de sus pensamientos. Finalmente, logró atravesar la muchedumbre y divisó el cabello azul de su compañera a sus espaldas.

—Lo siento. Tenía que alejarme de allí —dijo atropelladamente al ver a Serene.

—Debí habértelo dicho. No puedes intervenir en las peleas del foso ni ayudar a los perdedores. Es tabú —explicó Serene.

Khalani negó con la cabeza, maldiciéndose para sus adentros. Debería habérselo imaginado. En Braderhelm, la compasión era un tumor que había que extirpar.

—No te lo tomes tan a pecho —la animó Serene al ver su expresión—. Pero la próxima vez no te entrometas, ¿vale?

Khalani lo consideró en silencio y, al cabo de un momento, asintió. La idea no le gustaba, pero no podía convertirse en un blanco en prisión. Era fácil tener principios, pero mantenerlos y

actuar conforme a ellos, aun a riesgo de exponerse, era una cuestión completamente distinta.

—Voy a dar una vuelta —anunció—. Necesito un poco de aire.

El foso de combate parecía ser la principal fuente de entretenimiento en Braderhelm, y Khalani ya no tenía ganas de seguir observando aquel sangriento espectáculo.

Serene iba a objetar algo, pero finalmente la dejó hacer. Khalani agradeció no tener que dar más explicaciones. Estaba mejor sola.

Caminó por el foso, observando a su alrededor, y fue entonces cuando divisó a Takeshi Steele en un rincón apartado. Tenía los musculosos brazos cruzados sobre el pecho y estaba apoyado contra la pared. Aunque parecía calmado y tranquilo, en su rostro se veía que contenía la agresividad. Paseaba una mirada atenta por la caverna como una víbora dispuesta a atacar.

De repente, la vio. Clavó los ojos oscuros en ella y los entornó, como si la retara a dar un paso más. Khalani tuvo la impresión de que había caído en una trampa.

Pese a su temor y aversión, tomó la repentina decisión de acercarse a él. No era necesario que le dijeran que enemistarse con Takeshi Steele no era bueno.

Si quería sobrevivir, tenía que paliar el daño que había causado con su primera conversación.

Hecha un manojo de nervios, fue hacia él retorciendo las manos y envuelta en un velo de ansiedad. Él la escrutó con cuidado, apartando un poco la espalda de la pared.

Acercarse a él podía ser una decisión brillante o un movimiento muy mal calculado. A cada paso que daba, Khalani tenía que reprimir el impulso de darse la vuelta. Sin embargo, siguió avanzando con aire indeciso. Se detuvo a unos pocos centímetros de distancia, sin atreverse a acercarse más.

Takeshi permaneció inmóvil y tranquilo, examinándola con el ceño fruncido y esos ojos siempre amenazadores.

—Hola —lo saludó con un hilillo de voz.

Carraspeó y esperó unos segundos. Y unos segundos más. Takeshi se limitó a mirarla con fastidio, sin responder. El incómodo silencio hizo que se pusiera tensa.

—Quería disculparme por lo que te he dicho esta mañana —comenzó.

—Ah, ¿sí?

Khalani volvió a carraspear ante el claro tono de advertencia. Como si por debajo de aquella superficie tranquila corrieran unas aguas de lo más agitadas.

—Bueno, como puedes imaginar, he tenido una semana difícil. Sé que no te importa, pero por eso hice algunos… comentarios desafortunados. No fue mi intención provocarte ni hacer que te enfadaras.

Él ladeó la cabeza y la examinó. Durante un breve y fugaz momento de locura, creyó que iba a aceptar sus disculpas.

—¿Has terminado? —preguntó con tono monótono.

Y, con eso, su ingenuo optimismo se desinfló como si le hubieran succionado todo el aire de los pulmones.

—Eh…, sí, sí —balbuceó con expresión desconcertada—. Supongo que he terminado.

Takeshi no movió ni un músculo y desvió la mirada, despachándola.

—Vale. —Ante el nuevo silencio, Khalani se retorció las manos, deseando que la tierra se la tragara—. Bien, entonces, espero que estemos en paz. Te dejo con tu… guardia.

Khalani reprimió el impulso de darse una palmada en la frente. La próxima vez, igual podía pedirle a Takeshi Steele que le disparara.

Seguro que sería mejor respuesta.

—No pierdas el tiempo y no esperes nada aquí abajo —dijo con voz grave e impetuosa a sus espaldas.

Ella se giró, sorprendida. Takeshi seguía contra la pared como una fuerza indomable. Inmóvil. Demasiado inmóvil.

—¿Qué pasa?, ¿esperar es de jóvenes? —preguntó con cautela.

—No. Esperar es de idiotas. Si lo que planeabas era ganarte mi simpatía para tu causa, siento decepcionarte.

La fulminó con esos ojos negros.

—Yo… Bueno…, yo solo intentaba ser amable —balbuceó.

—¿Y esperabas que yo fuera amable contigo?

—Sí. No sé. ¿Tal vez?

Takeshi negó con la cabeza.

—La amabilidad es un esfuerzo inútil que solo atraerá atención indeseada, lo que, por lo visto, te estás ganando a pulso.

—¿A qué te refieres?

—Yo lo veo todo. —La miró de arriba abajo con esos ojos penetrantes, sin que pareciera impresionado en lo más mínimo—. Te has metido en problemas por una prisionera a la que ni siquiera conoces. Es de idiotas.

—No sabía que ayudarse unos a otros era un tabú en Braderhelm.

—Entonces aún eres más ingenua de lo que pareces. Con esa clase de actitud, solo adelantarás tu muerte.

Sintió que se ruborizaba y le lanzó una mirada cruel.

—¿Por eso has matado a varios de tus guardias, porque nos ofrecieron ayuda?

Era la única explicación razonable que se le ocurría.

Las palabras captaron su atención. Se apartó de la pared y se encaminó hacia ella con pasos amenazadores. Era como una temible

tormenta, que enfría el aire segundos antes de la destrucción. Ella retrocedió, pero él entró en su espacio como si fuera suyo. Agarrándola del hombro, la empujó contra la pared. A continuación, apoyó la palma contra la piedra, a centímetros de su cabeza, cubriendo por completo su campo de visión.

—Será mejor que recuerdes esto —dijo, inclinándose sobre ella —. Todos los castigos que doy son merecidos. Si encuentras la muerte a mis manos, es porque te la has ganado…, y no tengo ningún problema en que sea dolorosa.

Takeshi pronunció estas últimas palabras con una voz baja que la acarició como si fuera el filo de una navaja. La sed de locura apareció en sus ojos negros, y sintió que la arrastraba.

—¿Tienes miedo ahora, Kanes? —Inclinó aún más la cabeza.

—Sí —admitió ella.

—Bien —asintió—. El miedo es esencial para comprender las consecuencias. Y aquí abajo abundan. Si no tuviera tanta experiencia, diría que deseas morir. ¿Es eso, Kanes? —le susurró al oído, como quien comparte un secreto—. ¿Quieres morir?

Ella contuvo el aliento. Tenía la sensación de estar sola con él en la caverna. El guardia desafiaba sus instintos más básicos.

La idea de acabar con todo ya se le había pasado por la cabeza —incluso antes de Braderhelm—, pero siempre había algo que la detenía. Cuando estaba rodeada de gente, el tormento era más llevadero. Pero, sola, la verdad se le colaba por la boca y resonaba en todos los vacíos de su alma.

«Estoy perdida».

«Olvidada».

«Sola».

Era como si otra criatura habitara su cuerpo, una con el mismo aspecto que ella y que hablaba igual que ella, pero que no era ella.

Se estaba ahogando en mares que no existían y viviendo una vida que ya no le pertenecía. Vivía el presente, minuto a minuto, y en algunos de esos minutos deseaba que el tiempo cesara por completo.

Aunque, a decir verdad, el peligro no estaba en las cicatrices que se veían. El verdadero enemigo estaba en las que se ocultaban.

—No lo sé —confesó, permitiendo que esas horribles palabras vieran la luz.

Takeshi la escrutó.

—Suicidarte sería la salida fácil. Si eres tan débil, hazlo y no malgastes más oxígeno. Si no, lucha por tu vida y deja de compadecerte de ti misma.

—No tienes ni idea de lo que siento —replicó, fulminando al guardia con la mirada.

—Aquí abajo, tus sentimientos no significan nada. Se alimentarán de tus lágrimas y te devorarán viva cada noche, cuando la celda se cierre. Te queda mucho por aprender antes de que Braderhelm te destroce.

—¿Y cuánto tiempo tardó Braderhelm en destrozarte a ti? —preguntó con insolencia y rabia, antes de que pudiera morderse la lengua.

Los ojos de Takeshi se oscurecieron y adoptó una expresión siniestra. Khalani se dio cuenta de su error demasiado tarde.

—Está claro que te gusta sufrir.

Takeshi sacó la táser del bolsillo trasero con tal rapidez que Khalani apenas se dio cuenta, y le clavó el dispositivo en el costado. La descarga eléctrica le dolió mil demonios y soltó un grito, estremeciéndose y con el corazón desbocado.

Mientras se sacudía, creyó ver cierta inquietud en los ojos del guardia, pero, si había sido así, enseguida la sustituyó por una

mirada distante.

—Tu tiempo del foso ha terminado, 317.

Sintió una aguda punzada en el pecho. La había despojado del nombre, y eso le dolió más que la descarga. La fulminó con una mirada de desprecio y, sin añadir más, se alejó.

Khalani se llevó una mano al costado y se secó una lágrima con la otra. Sentía como si el corazón se le fuera a partir en dos a causa de una emoción pura que amenazaba con hacerla añicos. Quería caer de rodillas y llorar, y también quería golpear a la primera persona que pasara por allí, aunque no tuviera motivo.

Odiaba su vida. Odiaba a Takeshi Steele. Odiaba ese lugar. Odiaba a Dios. Estaba rodeada de enemigos y no había dónde esconderse ni refugiarse.

Se había pasado la mayor parte de la vida ocultando y disfrazando esos pensamientos torturados, y, en un solo día, el capitán de Braderhelm había penetrado en su interior y había expuesto su alma dañada. Ni siquiera hacía falta gritarlo a los cuatro vientos; la fragilidad de sus huesos y la mirada perdida lo evidenciaban a cada segundo que pasaba.

Despojada de sus defensas, no era más que una calamidad débil y solitaria que no encontraba su lugar en el mundo.

Ni siquiera en prisión.

7

¿Alguien gana finalmente la carrera de la vida o
nos dan a todos un premio de consolación?

Con un gesto brusco, Khalani se secó una gota de sudor que le resbalaba por el rostro. Le temblaban las manos y, al mirarlas, advirtió que estaban teñidas de rojo. Las ampollas se habían reventado, y la suciedad negra se mezclaba con las gotas de sangre.

La fea mezcla se deslizaba por las palmas, y se quedó contemplando los colores, viéndose reflejada en aquella inmundicia. El dolor y la ira eran sus caleidoscopios.

Pensó en restregarse las manos en la ropa para hacer desaparecer esos horripilantes colores, pero vaciló ante la idea de mancharse el uniforme. Lo que era un pensamiento extraño. ¿A quién le importaba su aspecto ahora?

—¿Estás bien? —preguntó Derek, dejando la carretilla vacía en el suelo.

Al mostrarle las manos, soltó un silbido.

—Toma.

Se rasgó un trozo de tela de la manga y le envolvió las palmas con él.

Khalani apretó los dientes y cerró los ojos mientras Derek le vendaba las manos desgarradas. Aunque la presión sobre las heridas

era insoportable, había aguantado cosas peores, así que no se quejó.

—¿Mejor?

—Sí.

—¡Vosotros dos, seguid trabajando! —les gritó Marcela.

Sentía que le ardían los tríceps, casi como si chillaran de agonía. Era como si sus brazos suplicaran que los cortaran para sacarlos de la retorcida pesadilla en la que estaban sumidos. Si pudiera desmembrarse y seguir respirando, lo haría. La mente se le llenó de extraños pensamientos de automutilación, pero siguió cargando y depositando las pesadas rocas en la carretilla.

Khalani relegó el dolor a lo más profundo del cerebro, una habilidad que dominaba desde mucho antes de que la condenaran y la encerraran. Habían pasado dos semanas desde su primer día en Braderhelm.

No había vuelto a hablar con Takeshi Steele desde su último encuentro. Como a la peste, evitarlo resultaba difícil, dado que era él quien la encerraba en la celda cada noche, pero se había convertido en una experta.

El trabajo en los túneles nunca cesaba ni se volvía más fácil. Los gritos y los castigos iban de la mano, a veces sin causa aparente. Khalani aprendió a ignorar el hambre que le atenazaba el estómago y bebía agua siempre que podía. Ya debía de haber perdido casi cinco kilos como mínimo. Se le marcaban las costillas.

Lo peor eran las migrañas. Era como si alguien le golpeara el cráneo con un martillo neumático, dirigiendo una sinfonía interminable.

Derek, Serene y Adan la ayudaban a mantenerse cuerda. No se sentía tan sola cuando estaba con ellos. Al fin y al cabo, mal de muchos sí era consuelo de tontos.

Sin embargo, ni siquiera ellos podían aliviar la insondable tristeza que albergaba en su interior. Llevar a cabo los movimientos de su nueva y desolada realidad se había convertido en su dosis diaria de tormento. Despertar, dolor, comer, dolor, dormir, repetir. Una y otra vez. Como en un ciclo interminable. Como en un tiovivo.

Una vez construyeron un tiovivo en Apolo. Fue la primera vez que vio un caballo. Era un caballo falso, por supuesto, pero no le importó. Se subía después de la escuela, cientos de veces. Eran sesenta segundos de felicidad. Ojalá ese placentero minuto hubiese durado para siempre.

El Consejo de Apolo votó destruir el tiovivo después de un mes de funcionamiento, alegando que distraía a la gente del trabajo que debía hacerse para la ciudad. Una excusa conveniente. No podían permitirse que la gente fuera demasiado feliz ni que tuviera tiempo libre para hablar con el vecino.

Al fin y al cabo, el aislamiento era la mejor manera de hacer que la gente dependiera de ellos.

—No te distraigas —ordenó Derek, percatándose de que iba más despacio, ensimismada como estaba en sus pensamientos.

—¿Alguna vez la echas de menos? —preguntó ella, recolocando las rocas en la carretilla para hacer más espacio.

—¿El qué?

—Tu vida antes de todo esto.

—Echo de menos dormir en mi cama y hacer mis necesidades en mi retrete —soltó Derek.

A pesar del dolor que sentía, esbozó una sonrisa. Precisamente por eso le gustaba Derek. Siempre tan despreocupado, por muy severas o sombrías que fueran las circunstancias. Como si nada tuviera importancia.

Continuaron trabajando en silencio. Khalani pensó que no diría

nada más al respecto, pero Derek echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no había ningún guardia cerca.

—No tengo nada que echar de menos —susurró—. Ni familia ni amigos. Toda mi vida era mi trabajo en los Laboratorios de Investigación y Recursos de Apolo.

Khalani lo miró de reojo, sorprendida. Los Laboratorios de Investigación y Recursos supervisaban el suministro de alimentos y ensayaban nuevos métodos de cultivo subterráneo. Por su importancia crítica para la supervivencia de Apolo, solo se permitía el acceso al laboratorio a científicos del más alto nivel.

—Pero eres muy joven —exclamó ella.

—La edad no tiene importancia. Quieren nuevos talentos, y yo saqué las mejores calificaciones en todas las pruebas. El día que me aceptaron fue uno de los más felices de mi vida. Pero no duró mucho —dijo con tristeza.

La curiosidad la embargó.

—¿Por qué te condenaron, Derek?

Derek empezó a moverse más despacio y clavó los ojos en el suelo. Khalani no supo decir si era por vergüenza o arrepentimiento, pero reparó en que adoptaba una expresión atormentada y cambiaba de postura, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros y hubiese comprendido que no podía cargar con él.

Se aferró a los mangos de la carretilla con tanta fuerza que se le marcaron las venas.

—Encontré algo que no querían que encontrara.

Pronunció aquellas palabras con un susurro gutural y con el ceño fruncido.

Khalani ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

Derek abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo. Ella

esperó, pero él no pronunció palabra. Soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Da igual. Ya todo da igual. —Levantó los mangos de la carretilla—. Tú. Yo. Todo lo que nos rodea. No es más que una manera de alcanzar un objetivo.

Y se alejó con la carga.

Khalani se quedó boquiabierta. Apolo reverenciaba a sus científicos. No habrían encarcelado a Derek por cualquier nimiedad. Empezó a devanarse los sesos con las múltiples posibilidades, lo que era casi como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Podría preguntarle de nuevo, pero algo en su expresión le decía que no lo hiciera. Era algo que había reconocido en su mirada. Algo que también se reflejaba en la suya y en los ojos sombríos del resto de los prisioneros. Era la ausencia de esperanza, pero matizada con algo único. Era ausencia de esperanza, pero no porque no hubiera escapatoria, sino porque la escapatoria era mucho peor.

—Hoy vas a trabajar con Winifred —dijo con un hilo de voz George, el anciano prisionero que le encargaba las tareas vespertinas, al advertir las vendas empapadas de sangre. Khalani apenas las notaba—. Reúnete con ella en la biblioteca y ayúdala con las Directrices.

¿Había una biblioteca en Braderhelm?

Los prisioneros empezaban a incorporarse a los turnos de la tarde. De repente, alguien con una envergadura considerable chocó contra ella y la derribó. Khalani ahogó un grito de dolor cuando apoyó todo el peso del cuerpo en las palmas ensangrentadas.

Al alzar la mirada, se topó con una chica corpulenta y musculosa,

con piercings faciales y la cabeza medio rapada, en pie ante ella. Khalani la reconoció vagamente: era la que la había amenazado la primera vez que había pisado el foso de Braderhelm.

—Mira por dónde vas —soltó, saltando por encima de ella.

Khalani tomó aliento, con lo que las fosas nasales se le dilataron, y se puso en pie de un brinco, lista para plantarle cara. La chica, sin embargo, ya había doblado la esquina.

—¿Estás bien?

Serene apareció a su lado y le sacudió el polvo del uniforme.

—Estoy bien —siseó—. ¿Quién era esa?

—Dana. Está aquí por el asesinato de una mujer y su esposo. Y se ha juntado con gente bastante peligrosa. No sé qué has hecho para llamar su atención, pero yo me alejaría de ella. Lo último que quieres es acabar en el foso con ella como rival —le dijo Serene, reparando en la mirada agresiva de Khalani.

La rabia rugió en su interior casi con la misma intensidad que el odio que sentía por Takeshi. Casi. Dana era el doble de grande que ella. Y Khalani era lo bastante inteligente para saber que, si se enfrentaban, acabaría perdiendo. Lo único que podía hacer, lo más sensato, era pasar desapercibida. Pero, por lo visto, no se le daba muy bien.

Aunque nunca la habían asignado a la biblioteca, cada día le resultaba más fácil moverse por Braderhelm. No era exactamente algo de lo que alegrarse, pero celebraba la mínima victoria.

Khalani recorrió el laberinto de túneles hasta la escalera de caracol negra que George había mencionado. Al verla, se mordió el labio, consternada. Los escalones estaban oxidados y parecía que iban a desmoronarse en cuanto pusiera un pie en ellos. Debían de haberla construido cuando erigieron Braderhelm.

Retrocedió unos pasos y miró hacia arriba. La biblioteca estaba

en el último piso. Inquieta, tamborileó con los dedos sobre la barandilla negra. Ya llegaba con unos minutos de retraso. Aún con la mirada clavada en el techo, soltó un suspiro.

Qué demonios.

Si su destino era morir en Braderhelm, tampoco estaba tan mal que una escalera acabara con ella. Tal vez regresaría como fantasma para atormentar a los moradores de la funesta prisión.

Puso un pie en el primer escalón, tanteándolo. El tablón emitió un fuerte crujido, pero parecía estable. Khalani suspiró aliviada y continuó ascendiendo y girando en espiral. El sonido del metal oxidado resonaba por todas partes.

Tras varias vueltas, llegó a lo más alto y se topó con una puerta negra en una de cuyas esquinas se veía un pequeño símbolo blanco. Se acercó para examinarlo. Era una forma extraña con cinco puntas.

Qué raro.

¿Debía llamar?

En Apolo había unas pocas bibliotecas abiertas al público, pero ella rara vez iba debido a que la selección de obras era muy limitada. Todos los libros del Gran Colapso estaban restringidos. Los únicos libros permitidos por el Consejo eran textos escolares, manuales para varias ocupaciones o las Directrices de Apolo. No confiaba en que esta biblioteca fuera diferente.

Golpeó la puerta desvencijada varias veces y el polvo le cayó sobre los nudillos. Pasó un minuto entero, pero no apareció nadie.

—¿Hola? George me ha asignado aquí —gritó Khalani.

Silencio. Transcurrieron treinta segundos más, y Khalani golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Holaaa!

De repente, se encontró golpeando el aire. La puerta se acababa de abrir.

Ante ella había una anciana. Llevaba un gran monóculo plateado y tenía el cabello corto, oscuro, tan encrespado y espeso que parecía haber metido los dedos en un enchufe. Le llamó la atención el diminuto colgante de plata que lucía en el cuello, y el brazalete metálico, idéntico al suyo, que llevaba en la muñeca.

No vestía ropa de prisionera. Al contrario, iba ataviada con un vestido de color morado, largo hasta el suelo y con un sol dorado en la parte delantera que se extendía hasta unas mangas muy anchas. La mujer agarró rápidamente a Khalani del brazo con una agilidad inesperada y la arrastró hacia el interior.

—¡Nada de ruido, nada de ruido o la desconcentrarás! —gritó la anciana, cerrando de un portazo y adentrándose en la biblioteca.

Pasmada, Khalani frunció el ceño y miró a su alrededor en silencio. Dos enormes estanterías repletas de libros que llegaban hasta el bajo techo se cernían sobre ella. El aroma a cuero viejo invadía el ambiente. Unas sombras alargadas rodeaban la pequeña estancia y la única luz provenía de un candelabro al final de las estanterías.

La anciana de pelo encrespado se dirigió con paso rápido hasta una mesa redonda, sin apartar la mirada de un extraño objeto metálico. Khalani la siguió, acariciando las estanterías con la yema de los dedos.

Directrices de Apolo, volumen uno. Directrices de Apolo, volumen dos.

Cada lomo tenía el mismo título, parecidos a los que encontraría en cualquier biblioteca del subsuelo. Centró de nuevo su atención en la anciana, que murmuraba para sus adentros mientras trasteaba con aquel extraño dispositivo.

—Ejem…, disculpe, ¿es usted Winifred? —preguntó Khalani.

—¡Chist! —La mujer la animó a acercarse con un ademán—. Ven

a ver, ven a ver.

Una vez pasadas las dos largas estanterías, la estancia se ensanchaba. A la izquierda de la mesa, contra la pared, había un escritorio de madera sobre el que se apilaban papeles y libros.

Khalani echó un vistazo. No parecían ser las Directrices de Apolo. Ni ningún libro autorizado, a decir verdad. Dio un paso adelante para examinarlos más de cerca, pero otro objeto le llamó la atención. Era un cuadro de tamaño mediano con un marco dorado, perfectamente centrado en el muro de piedra: en él se veía a un hombre con una larga bata blanca en un desierto, caminando hacia un edificio metálico que se alzaba en espiral hacia el cielo. Unas hebras rojas y azules subían a ambos lados de la construcción y se entrelazaban como si fueran cadenas de ADN.

Khalani siguió observando la extraña imagen hasta que la mujer le tocó el hombro, sobresaltándola.

—Ven aquí y siéntate. Tienes que verlo —le dijo entusiasmada.

Khalani se olvidó de la extraña pintura cuando la anciana la empujó a una silla negra, que crujió al sentarse. En el centro de la mesa redonda había una pequeña caja de madera. La anciana de cabellos encrespados le dio la vuelta y trasteó con unas herramientas metálicas en la parte inferior. Trabajaba meticulosamente, con la cabeza tan cerca de la caja que el monóculo casi rozaba la madera.

—Bien —dijo la mujer depositando las herramientas—. Ahora debería funcionar.

Colocó la caja de madera bocarriba y giró una pequeña llave en la parte trasera, con lo que se activó un tenue tictac. Recelosa, Khalani se recostó en la silla, pero se enderezó enseguida al ver que la caja se abría y de ella emergía una diminuta figura de porcelana, una bailarina con un tutú rosa.

La dulce melodía invadió la estancia. Emocionada y pletórica, la mujer empezó a aplaudir y el pelo se le movió, como si rebotara.

—¡Funciona!

La figurita de porcelana giró despacio, con la pierna doblada y los brazos formando un círculo sobre la cabeza, mientras la dulce melodía seguía sonando.

Khalani abrió los ojos de par en par y se inclinó hacia delante, completamente hipnotizada por aquella niña inanimada que no dejaba de dar vueltas. La inquietante melodía resonó por la pequeña habitación, como si el mismísimo aire se alegrara de que la hubieran liberado de su contenedor y quisiera seguir oyéndola.

Alzó la mirada hacia la misteriosa anciana, que, con las manos entrelazadas, sonreía radiante.

—¿Qué es? ¿De dónde ha salido? —preguntó.

La anciana seguía saltando de emoción, esbozando una amplia sonrisa.

—¡Es una caja de música! Alguien en Génesis la tiró por el conducto de basura. Pensó que era basura. Pero Winnie intuyó que era especial —dijo, golpeándose el pecho con orgullo.

Perpleja, Khalani contempló la bailarina, que seguía girando sin cesar. A pesar de lo pequeña y oscura que era la biblioteca, reinaba en ella una delicada calidez que le hacía olvidar el desasosiego que imperaba en el exterior.

De algún modo, envidió a aquella diminuta bailarina y la base firme de su existencia. Inmutable. Segura. Lo único que tenía que hacer era seguir girando, incluso cuando las puertas oscuras de su vida se desmoronaban.

A la caja de música se le fue acabando la cuerda poco a poco, y la figurita se quedó inmóvil. La anciana dejó escapar un suspiro soñador, y Khalani la miró perpleja.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Khalani.

La anciana dejó de sonreír y palideció, como si acabara de advertir su presencia.

—Un momento, ¿quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

—George me ha asignado a la biblioteca para el turno de la tarde. Me llamo Khalani —se apresuró a aclarar.

La mujer se relajó visiblemente y soltó un profundo suspiro.

—Tú debes de ser Winifred, ¿verdad? —preguntó Khalani.

—No, no… Winifred es el nombre de una anciana. Llámame Winnie. Winnie Talbot —indicó.

Winnie tomó la caja de música con delicadeza y caminó hacia el otro escritorio. La guardó cuidadosamente en uno de los cajones, acariciando la mesa con ternura.

—Ya hacía tiempo que no enviaban a otro prisionero para ayudar a Winnie —añadió.

Khalani frunció el ceño.

—¿Eres una prisionera?

Winnie soltó una risita.

—Por el amor de Dios, querida niña, ¿a santo de qué iba Winnie a elegir este lugar? En estas paredes no hay color, ni vida en el aire. Y a Winnie le encantan los colores —dijo, mirándola como si fuera una estúpida que no se fijara en los detalles de algo tan evidente.

—Pero ¿y tu ropa?

Khalani señaló con un gesto el vestido morado y vaporoso.

—Ah, ¿te gusta? —Winnie giró sobre sí misma—. Winnie se lo ha confeccionado ella misma —dijo con un destello de orgullo en los ojos.

—Es… bonito.

Winnie entornó los ojos ante la espantosa vestimenta de Khalani y se llevó la mano al monóculo para examinarla mejor.

Hacía un par de días que se había duchado por última vez, y el sudor del duro trabajo físico se manifestaba con un desagradable tufo.

El maloliente uniforme gris era la antítesis de la esencia de Winnie. Era poco corriente, pero vivaracha. Extraña y, al mismo tiempo, fascinante. Encantadora, sin pelos en la lengua, y completamente enigmática.

—Hum…, esto no sirve. Ni hablar. —Winnie chasqueó los dedos —. Winnie te hará uno, no te preocupes. Pero ten paciencia. Tardará un poco.

Khalani frunció el ceño mientras miraba a su alrededor, como si esperara encontrar las respuestas escritas en las cubiertas de los libros.

—No lo comprendo… ¿Cómo has conseguido que esa caja de música entre en Braderhelm? ¿Cómo llevas esa ropa? ¿No tienes miedo de que los guardias lo descubran?

—Oye, oye. Frena antes de que empieces a pensar tan rápido que tu mente acabe retrocediendo. No es bueno para el cuerpo.

«¿Cómo?».

Winnie invitó a Khalani a sentarse y lanzo un dramático suspiro mientras se acomodaba frente a ella.

—Sentenciaron a Winnie a este lugar hace mucho, tanto que hasta resulta difícil recordar algo de antes. Pero Winnie se niega a olvidar. Winnie se encarga de las Directrices de Apolo y se asegura de que, cada pocos meses, lleguen a guardias y prisioneros para que no olviden quién manda. Tú conoces las Directrices, ¿verdad?

Por supuesto que sí. Todos los ciudadanos las conocían.

Las Directrices de Apolo eran el conjunto de normas que regían la ciudad, transmitidas de generación en generación desde que los humanos se habían visto obligados a refugiarse bajo tierra después

del Gran Colapso.

Eran de inapelable cumplimiento.

Contenían la historia de Apolo, la de las otras ciudades del subsuelo y los acontecimientos que habían llevado al Gran Colapso. Describían una sociedad dominada por la codicia y el poder y determinaban por qué debían obedecer al Consejo: para evitar la extinción de la humanidad.

Khalani asintió.

—Sí. El primer Consejo de Apolo redactó las Directrices para salvarnos de la rebelión y de la radiación de la superficie.

—¿Eso es lo que enseñan? —Winnie se dobló sobre sí misma, muerta de risa—. Qué estúpidos. Piensan que pueden reescribir la historia para que encaje con lo que más les conviene.

—¿A qué te refieres? —preguntó Khalani.

—Las Directrices de Apolo no son más que pura propaganda diseñada para mantenernos a raya. En los primeros años, algunos académicos protestaron contra ellas. Se esforzaron mucho para convencer a los ciudadanos de que el objetivo del Consejo de Apolo era acabar con cualquier tipo de democracia y que se convertiría en un régimen totalitario. Por supuesto, los ejecutaron a todos. Sus predicciones se cumplieron poco a poco y ni siquiera recordamos sus nombres.

»Los ciudadanos obedecieron porque habían perdido la voluntad de luchar. Lo único que recordaban era ver en sus televisiones las bombas nucleares que caían sobre sus queridas ciudades mientras sus seres queridos fallecían y la esperanza se extinguía. Olvidaron cómo era el sol y la sensación de bañarse en el océano. Los animales y las plantas murieron con sus almas. La humanidad se vio obligada a escapar de una pesadilla feroz en la superficie y, pensando que encontraría la esperanza en el subsuelo, solo se

acercó más al infierno. Qué bajo han caído los poderosos… —concluyó Winnie.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Khalani.

—Winnie trabajó en los Archivos, y los académicos escribieron algunos libros sobre ello —respondió con indiferencia, aún perdida en sus recuerdos.

Khalani abrió los ojos de golpe y entrelazó las manos, sentándose en el borde de la silla.

—¿Los Archivos? Igual conocías a un hombre que trabajaba allí… Se llamaba Douglas.

—¿Douglas? —Winnie se acarició el mentón y bajó la mirada hacia el suelo, como si contuviera una biblioteca de recuerdos—. Hum… Douglas. No puedo decir que lo recuerde, pero, por lo general, los trabajadores de los Archivos no hablan entre ellos. Guardamos demasiados secretos en la mente. Charles fue el único amigo que tuve.

Khalani se recostó, decepcionada, y sintió una nueva punzada de dolor en el corazón. Lo único que deseaba era compartir el recuerdo con alguien que lo hubiera conocido.

—Los guardias eligieron a Winnie como encargada de la biblioteca de Braderhelm por su trabajo en los Archivos. Nunca vienen por aquí ni obligan a Winnie a hacer nada. Prefieren dejarla con los libros. La llaman Winnie la Chiflada. La llaman vieja loca. —Winnie torció el gesto—. Pero a Winnie no le importa. Porque, como no le prestan atención, puede hacer entrar cosas. Pero hace mucho que no envían a ningún prisionero aquí arriba. Tú eres la primera. He estado… muy sola.

Winnie encorvó la espalda y bajó la mirada hacia las manos.

Khalani hizo una mueca al ver su expresión. No era una exageración decir que la anciana no estaba del todo bien de la

cabeza, o que, al menos, no era del todo normal. Sin embargo, no sentía miedo. Era difícil de explicar, pero emanaba una energía contagiosa y amable que la atraía.

—Pues hoy me han enviado a mí para ayudarte. Si lo pides, quizá puedan asignarme contigo más a menudo —ofreció Khalani con voz esperanzada.

Winnie centró su atención en Khalani y asintió con vehemencia.

—Sí, a Winnie le gustaría eso.

Khalani esbozó una sonrisa. Trabajar allí era mucho mejor que cualquier otra tarea que le hubieran asignado. Y había algo diferente en la biblioteca, como si aquel espacio olvidado aún conservara un atisbo de vida, como si las paredes desoladas de Braderhelm le fueran ajenas.

Allí dentro, Khalani sentía que podía respirar.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó, recorriendo la sala desordenada con la mirada y estremeciéndose al ver una cucaracha gigantesca que se escabullía por la esquina de una estantería.

A Winnie le brillaron los ojos al oír las palabras de Khalani.

—¡Magnífico! Alguien me hará compañía mientras termino el trabajo. Tal vez pueda ayudar…, pero… no, mejor que no. Es una vana ilusión, Winnie. No hay confianza. Pero, aun así, ¡compañía! Maravilloso, maravilloso —murmuró, paseándose por la estancia.

A Khalani le resultaba extraño que Winnie siguiera refiriéndose a sí misma en tercera persona, pero estaba segura de que acabaría por acostumbrarse.

Winnie continuaba murmurando.

—Oye, Winnie… —la interrumpió.

La anciana se detuvo y clavó su mirada en ella.

—¿Sí, querida?

—¿Te ayudo en algo? —le recordó Khalani.

—¡Oh, sí, sí!

Winnie alzó las manos con firmeza antes de desaparecer detrás de una de las estanterías. Reapareció unos segundos después, empujando un carrito con una docena de libros titulados *Directrices de Apolo, volumen uno*.

—Debemos llevar estos libros a los bloques de los guardias cada pocos meses. Ayudarás a Winnie con esto. Anota en uno de estos papeles el número de la habitación donde lo entregas —le dijo, acercándole un par de hojas blancas y un lápiz.

Temerosa, Khalani retrocedió; lo último que deseaba era pisar el bloque en el que dormían los guardias.

Winnie le dio unas palmadas en el hombro.

—No te preocupes, querida. Prefieren matar a los prisioneros en público. No te desvíes de tu camino y, sobre todo, no entres en las habitaciones. Hay cosas peores que la muerte.

8

Los demonios ya no descansan en los caóticos
sueños. Oigo sus pasos monstruosos acechando
en las profundidades.

Los aposentos de los guardias estaban ubicados en el nivel más bajo de Braderhelm. Las paredes de granito negro y las antorchas encendidas no ofrecían calor alguno, y los escalofríos le recorrían el cuerpo.

Khalani empujaba el carrito de libros por el oscuro pasillo, aferrándose al asa metálica con palmas sudorosas. El silencio inquietante, interrumpido por el chirrido de las ruedas sobre el suelo de piedra, no hacía sino acelerar su respiración entrecortada.

Era brutalmente consciente del peligro al que se exponía. Con la piel de gallina, observaba inquieta y de reojo cada esquina, grieta y puerta de acero por la que pasaba.

Un grito distante resonó por el pasillo desde una de las habitaciones cerradas. Khalani abrió los ojos de par en par y miró hacia atrás de golpe. No había ningún prisionero a la vista, pero aquellos bramidos desgarradores atravesaban el aire enrarecido con la fuerza de un réquiem. Se le heló la sangre, palideció y se estremeció. Los gritos se detuvieron de repente, y solo pudo oír el frenético latido de su corazón en el aire inmóvil.

Necesitaba salir de allí. Ya.

Se apresuró a depositar los libros ante las puertas. No se veían barrotes ni celdas por ningún lado. Al parecer, los guardias tenían un dormitorio propio. Aunque tampoco pensaba pedirle a ninguno que se lo enseñara. Con la adrenalina bombeando en las venas y sin apenas ya notar el dolor en las manos, se movió a una velocidad récord.

Cada puerta tenía un número grabado, y Khalani fue anotándolos rápidamente en la hoja que Winnie le había dado. Justo cuando se inclinaba frente a una de las puertas de acero, esta se abrió de golpe.

Unas botas negras aparecieron en su campo de visión.

Se quedó petrificada, y, al alzar lentamente la mirada, se topó con un ancho torso cubierto por un chaleco negro, unos hombros robustos y un rostro que la miraba con una sonrisa siniestra. La cabeza rapada del hombre brillaba tanto que la piel parecía encerada. Su mirada espeluznante hizo que a Khalani se le detuviera el corazón en seco.

—¿Has venido a ayudarme, prisionera?

El guardia sonrió aún más mientras observaba con sus fríos ojos azules la figura encorvada que tenía delante.

Khalani se incorporó de golpe, helada de miedo. Con manos visiblemente temblorosas, le tendió el libro al guardia.

—Su revisión anual de las Directrices de Apolo, señor —dijo, inclinando la cabeza y cubriéndose el rostro con el pelo.

El guardia dio un paso adelante, y su energía glacial y sanguinaria la puso en alerta. Khalani retrocedió con disimulo, preparándose para huir. Él sonrió con malicia y avanzó aún más. En su mirada penetrante no había bondad ni indiferencia, sino algo mucho peor: un cruel interés.

—Los prisioneros no deberían deambular solos por estos pasillos.

Khalani se mordió la parte interior del labio e intentó mantener la calma, aunque el corazón le latía desbocado.

—Me han ordenado entregar las Directrices en cada habitación —respondió.

Él se apoyó contra la pared y negó con la cabeza.

—Pues me parece que vas bastante despacio. Eso requerirá un castigo. Tienes suerte; estoy de buen humor. Si entras, olvidaré que esto ha pasado.

Khalani respiraba entrecortadamente. Recordó las palabras de Winnie, que resonaron en sus oídos como una campana de alarma.

—Lo siento. Debo terminar el trabajo —se apresuró a susurrar, con un nudo en la garganta.

Dio media vuelta, dispuesta a irse, pero sintió que una mano férrea la agarraba del hombro.

El guardia aumentó la presión, provocándole una mueca de dolor. Los ojos se le llenaron de lágrimas: la sujetaba con tanta fuerza que pronto se le marcarían los dedos en los huesos. Contuvo el aliento, con todos los músculos del cuerpo tensos, y sintió una oleada de terror.

—Por favor, deje que me marche —suplicó.

El guardia ignoró sus ruegos y sacó una navaja plateada con la otra mano. Los ojos verdes de Khalani casi se le salieron de las órbitas.

Como si fuera lo más normal, el guardia le acarició el brazo con el filo. Por instinto, Khalani lo apartó, y él le presionó la navaja contra la piel, trazando una fina línea roja. La adrenalina se le disparó al notar el reguero de sangre que le resbalaba por el brazo.

Iba a matarla. Iba a morir en esa mazmorra decrépita. Miró frenéticamente a su alrededor en busca de ayuda. En el pasillo no

había nadie más. ¿Qué ocurriría si gritaba? ¿Vendría alguien a socorrerla? Sin embargo, ya sabía la respuesta a esas preguntas nacidas de la desesperación.

En Braderhelm, la violación era una práctica habitual.

Pese a su resistencia, el guardia la atrajo hacia él y le rodeó el cuello con la otra mano. La navaja le acarició la piel al tragar saliva. Khalani se estremeció y trató de zafarse cuando el guardia la tocó, pero él la agarró de la mandíbula y la obligó a mirarlo.

—No tienes muy mal aspecto. Debes de ser nueva. Si no me das problemas, me portaré bien contigo. Te lo prometo —le susurró al oído.

El aire a su alrededor se volvió irrespirable. Cuando el guardia la atrajo aún más hacia él, el miedo la paralizó. Los músculos no le respondían. ¿Por qué no se movía?

El hombre le pasó la lengua húmeda y viscosa por el lóbulo. Khalani cerró los ojos y apretó los puños hasta clavarse las uñas, tratando de no pensar, de no sentir. Notaba su respiración pesada en el cuello y un bulto duro en sus pantalones, contra su estómago.

—Venga, arrodíllate —ordenó.

Khalani abrió los ojos de golpe. Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia él y le clavó un rodillazo en la entrepierna. El guardia lanzó un gemido y la soltó. Doblándose sobre sí mismo, se llevó las manos al abdomen.

—Jodida putita —maldijo.

Sin perder un segundo, Khalani aprovechó la oportunidad para escapar. Olvidándose del carrito, salió disparada escaleras arriba. Las piernas le iban más y más rápido, como si a sus espaldas se hubiera desatado un incendio abrasador.

Los prisioneros aún no habían terminado el turno de la tarde, así que nadie la vio correr para salvar la vida. No se detuvo hasta que

llegó al bloque de celdas. Sudorosa, apoyó las manos en las rodillas y empezó a toser.

Se pasó las manos por el pelo y se dio cuenta de que estaba temblando. Miró a un lado del pasillo y al otro, buscando frenéticamente cualquier señal del guardia. Pero no había nadie.

Su corazón se negaba a disminuir el feroz ritmo de los latidos. Mientras revivía mentalmente lo que acababa de ocurrir, Khalani comprendió la gravedad de sus acciones.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho? —se preguntaba una y otra vez.

Acababa de agredir a un guardia.

Enterró el rostro entre las manos y dejó resbalar la espalda por la pared, hasta quedar sentada en el suelo. Los peores escenarios se sucedían en su imaginación. El atroz castigo que, sin duda, recibiría. No importaba que él la hubiera agredido primero. No era más que una insignificante prisionera. Los guardias podían infligir todo tipo de sufrimiento sin consecuencia alguna.

Estaba muerta.

El aviso de que el turno de la tarde había finalizado sonó, sobresaltando a Khalani. Se llevó una mano al corazón y trató de inhalar y exhalar, pero le resultó imposible. Estaba sufriendo un ataque de pánico.

La sangre que aún le corría por el brazo la distrajo durante unos instantes. La limpió con suavidad en el uniforme y vio que tenía un corte considerable: una cruel línea le recorría todo el antebrazo. ¿Cuántas cicatrices más obtendría en Braderhelm?

¿Cuánto tiempo más tenía que vivir?

Sin embargo, de una cosa era muy consciente: fuera de la celda no había lugar donde esconderse. Lo único que podía hacer era ir al foso y, si el guardia aparecía, confiar en que la multitud lo disuadiera

de matarla en el acto.

Se restregó los dedos y se encaminó hacia allí, examinando cada recodo del túnel. El miedo de que el guardia emergiera de las sombras en cualquier momento y le rodeara el cuello con las manos le agarrotaba los músculos.

Antes de llegar al foso, ya oyó el eco distante de los vítores procedentes del ring de combate.

Veía borroso. Las voces de los prisioneros se mezclaban en un tumultuoso ruido blanco. Los pensamientos entrechocaban en su cerebro a toda velocidad. Le resultaba difícil concentrarse. No podía pensar, sentir. Ante el foso, fue presa de un pánico que creció y creció hasta volverse enorme.

¿Dónde estaba el guardia?

—Khalani.

¿Pensaba atacarla cuando menos lo esperara?

—Khalani.

¿Encontraría un final rápido o sería una muerte lenta y dolorosa? Si su destino ya estaba escrito, quizá la única manera de recuperar el control era provocándosela ella misma…

—¡Khalani!

Dio un respingo cuando la voz de Serene la sacó de su desasosiego.

—¿Qué te pasa? —preguntó Serene, frunciendo el ceño—. ¿No me has oído?

—Lo siento —dijo Khalani, pasándose la mano por el pelo y tratando de respirar, aunque solo fuera superficialmente—. Estaba distraída.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

Khalani escondió enseguida el brazo, tratando de ocultar el feo corte. No estaba preparada para hablar de lo sucedido. Había

crecido sin hermanos y la única manera que conocía de sobrevivir era enfrentándose a los problemas ella sola.

—Ha sido durante el turno de hoy —respondió, quitándole importancia con un ademán.

Serene entornó los ojos con suspicacia.

—¿En la biblioteca? Parece una herida reciente. ¿Te lo ha hecho un guardia?

Maldita sea. No se le escapaba una.

—No es nada —insistió.

Apartó la mirada, deseando de nuevo desaparecer. Ser invisible para siempre.

—Khalani… —dijo Serene en voz baja.

Ella la miró y reparó en que había adoptado una expresión preocupada. Experimentó una extraña sensación en el pecho, casi como si hubiera algo que le impidiera tragar.

—Me preocupo por ti. Sé que te gusta tener tu espacio y que no nos conocemos mucho, pero puedes hablar conmigo. No tienes por qué enfrentarte a todo sola —afirmó Serene.

Khalani se quedó inmóvil. Nadie se había interesado por ella ni se le había acercado, al menos desde la muerte de Douglas. Y, en cualquier caso, ella los habría alejado porque el dolor de perder a un ser querido era insoportable. El afecto era sinónimo de debilidad.

—Lo siento, Serene. Pero es mejor así. Las personas que se acercan a mí siempre acaban malheridas. Es lo que pasa conmigo. Hago daño a la gente. Y esta vez es mejor que el daño solo me lo haga a mí misma —dijo Khalani, negando con la cabeza y conteniendo las lágrimas.

No podía soportarlo. Quería gritar y que nadie la escuchara, nunca más.

Serene se aproximó un poco más, y Khalani casi retrocedió ante

la ternura y amabilidad que se reflejaban en su rostro.

—A las personas crueles les da igual el dolor que infligen. Tú no eres así —afirmó—. Lo comprendí enseguida el día en que hablaste de tu familia. Nos parecemos mucho más de lo que crees, y si mi hermano no estuviera aquí conmigo, me moriría, o mucho peor. Por eso estoy hablando contigo. Ya te dije que cuidaría de ti. —Serene hizo una pausa para tomar aliento, y añadió—: Sé por qué sigues apartándote, y lo entiendo. Pero no vamos a abandonarte. También nos han condenado a cadena perpetua, ¿recuerdas? En el fondo, sabes que no quieres estar sola. Así que háblame.

Como si fueran un cuchillo, las palabras de Serene hicieron mella en Khalani: quería huir, pero otra parte de ella, una parte más fuerte, anhelaba que alguien la abrazara y le dijera que todo iría bien. Aunque fuera mentira.

Presa de la incertidumbre, revolvió los pies mientras Serene esperaba pacientemente a que tomara una decisión.

—¿Estás segura de que quieres oír esta mierda? —preguntó Khalani, alzando los ojos con cautela y quitándose poco a poco la coraza que le servía de defensa.

—Sí, quiero —respondió sin dudar.

Esos ojos de un azul cristalino la miraban compasivos y parecían comprender las vicisitudes de la soledad.

Como si se dispusiera a saltar de un precipicio, Khalani soltó un largo suspiro. Aunque tenía dudas, decidió contarle lo sucedido en los aposentos del guardia. Cuando terminó, Serene estaba boquiabierta, sorprendida e indignada.

—Deberías haber matado a ese imbécil cuando has tenido la oportunidad.

—¡Chist! Baja la voz.

—¿Y lo has visto por aquí? —preguntó Serene, echando un

vistazo a su alrededor con los ojos llenos de rabia.

Khalani volvió a recorrer lentamente el foso con la mirada y negó con la cabeza.

—No. Pero acabará encontrándome. No tengo escapatoria.

Serene le posó una mano sobre el hombro.

—No te lo tomes como una sentencia de muerte. No es el guardia de nuestro bloque y creo que no intentará nada en público, como en el foso. Hace un tiempo que han endurecido las medidas contra los guardias que matan a prisioneros porque no somos suficientes. Solo hay que ir con cuidado de que no te encuentre sola —afirmó.

—Ya, claro, ¿y cómo lo hacemos? —preguntó Khalani con un escepticismo evidente.

—Estoy segura de que, si le cuentas a Winifred lo que ocurrió, no volverá a enviarte a los aposentos de los guardias. Mientras tanto, cuando vayas a tus tareas, no te despegues de nosotros. Solo el capitán puede acceder a todas las celdas, y, aunque Steele tenga una roca metida en el trasero, me parece que no permitiría que asesinaran a una de sus prisioneras en su bloque.

Magnífico. Su vida, en manos de Takeshi Steele. Estaba condenada y muerta a partes iguales.

Era evidente que estaba muy alterada y muerta de miedo, y Serene le dio un apretón para animarla.

—Lo superarás. Todos lo superaremos.

—¿Siempre has sido tan positiva? —preguntó Khalani.

—No. Pero ¿de qué sirve preocuparse por algo que aún no ha pasado? Es como sufrirlo por partida doble.

Khalani no encontró ningún argumento para oponerse a su lógica. Asintió, agradecida por la charla tranquilizadora. No hubo sonrisas ni abrazos. Solo un sentimiento de comprensión que llenó el

espacio entre ambas. La aceptación de que, ya fuera una muerte rápida o una vida larga y dolorosa, no la vivirían en soledad.

La idea, por muy insignificante y ridícula que fuera, bastó para ponerla en movimiento. Serene la guio hacia el foso de combate con la excusa de que la distraería.

Y, por primera vez, Khalani estuvo de acuerdo.

Alrededor del cráter se apiñaba más gente de lo habitual, que observaba atentamente la pelea. Al ver quién estaba en el foso, abrió los ojos de par en par. No eran prisioneros, sino dos guardias de Braderhelm.

—¿Los guardias tienen permitido pelearse entre ellos? —preguntó Khalani a Serene.

No reconoció a ninguno de ellos, pero, por lo que pudo ver, no reprimían los puñetazos. La multitud estalló en gritos cuando los dos hombres forcejearon, ambos tratando de golpear a su contrincante. Mientras uno intentaba hacer una llave de brazo, el otro le rodeaba el cuello con las piernas.

—Los guardias no pueden descargar toda su agresividad con nosotros porque se necesita mano de obra. Esta es una forma de canalizarla —explicó Serene.

Un puño impactó contra una nariz, con un crujido audible, y la sangre salpicó en todas direcciones. Los prisioneros no dejaban de gritar hacia los guardias, azuzándolos. El ruido la envolvió y se le nubló la vista de nuevo. Khalani se imaginó sangrando, muriendo a manos de una violencia sin sentido con el filo de una navaja cortándole el cuello.

Ese sería su destino si el guardia daba con ella. ¿Llegarían a encontrar su cuerpo?

En medio de la multitud que se agolpaba y empujaba para conseguir el mejor lugar para ser testigo de la brutalidad, empezó a

respirar más rápido.

La claustrofobia y el miedo se unieron en una combinación mortal. Empezaron a sudarle las palmas de las manos y se sintió como si la manosearan, como si algo se arrastrara bajo su piel. Le sobrevino una arcada y, al notar el sabor de la bilis en la garganta, comprendió que estaba a punto de sufrir otro ataque de pánico.

Se volvió hacia Serene.

—No me encuentro bien.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no, tranquila. —Khalani hizo un ademán para quitarle importancia—. Solo necesito un poco de aire. No saldré del foso. Lo prometo.

Serene la observó con el ceño fruncido.

—De acuerdo —accedió finalmente.

Sin perder un segundo, Khalani se abrió paso entre la multitud, alejándose del cráter. Todos tenían los ojos fijos en el combate.

—¡Venga, guardia Walker, derríbalo!

—Mason es un flojo. No duraría ni un segundo en la superficie.

Una cacofonía de voces la rodeó mientras avanzaba entre los prisioneros. Vislumbró una brecha entre los cuerpos y fue hacia allí. De repente, una pierna apareció ante sus pies. Sin tiempo de reaccionar, tropezó y cayó al suelo, golpeándose el codo. El dolor le recorrió todo el brazo.

—Acostúmbrate a quedarte ahí, en el suelo —dijo la voz arrogante de Dana desde arriba.

Otra vez no.

Khalani se levantó enseguida para enfrentarse a ella, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que sintió al apoyarse en la palma de la mano. Con los brazos en jarras, Dana esbozó una desagradable sonrisa.

—¿Qué mosca te ha picado? —gruñó Khalani, lista para explotar.

Dana resopló.

—Tú. Tú eres la mosca que me ha picado. ¿Crees que sacarás algún provecho por acostarte con los guardias? Ya te digo yo que no.

—Pero ¿de qué demonios estás hablando?

Dana dio un paso adelante con una mueca cruel en los labios.

—Te vi el primer día que viniste al foso, tratando de hacerte amiguita del capitán Steele. Te equivocas, y mucho, si piensas que tu situación mejorará acercándote a él.

Khalani no diría que el intercambio que había mantenido con el frío capitán había sido de «amiguitos». La mera idea de considerar a un guardia de manera positiva, y más a Takeshi, le provocaba náuseas.

—Entonces seguro que viste la descarga que me dio con la táser. Acercarme al capitán Steele es en lo último en lo que pienso, te lo aseguro. No entiendo por qué iba a gustarte un guardia, pero no te preocupes por mí, que no me tendrás como rival. Y, ahora, apártate —ordenó alzando las manos, en un último intento de hacerla entrar en razón y evitar la pelea.

—¿En serio crees que me gusta? —Dana hizo una mueca—. Eres aún más estúpida de lo que pareces. No tienes idea de lo que pasa entre estas paredes, de las intrigas y juegos que se llevan a cabo. Vuelve a cruzarte en mi camino y te mataré.

A Khalani le hirvió la sangre. Solo podían amenazarla de muerte cierto número de veces en un mismo día antes de que acabara por estallar. Y ese límite estaba muy cerca.

—Si hubiese nacido con más de dos dedos corazón, te diría lo que pienso de tus intrigas y juegos —espetó Khalani, poniendo fin a toda apariencia de cortesía.

Dana fue a decir algo, pero se lo pensó mejor. Se inclinó hacia Khalani y la miró fijamente.

—Yo de ti dormiría con los ojos abiertos, 317.

Al pasar junto a ella, le golpeó el hombro. Khalani no apartó la mirada de Dana hasta que se perdió entre la multitud.

Por mucho que se esforzara en pasar desapercibida, no dejaba de ganarse enemigos. Las cosas no estaban yendo nada bien. Frustrada, se pasó las manos por el pelo.

Espacio. Un espacio infinito. Eso era lo que necesitaba.

Se alejó de la multitud en busca de un lugar donde poder estar sola durante un momento. No saldría del foso, pero necesitaba respirar, recuperar un poco la cordura.

Khalani se volvió para asegurarse de que aún divisaba a los prisioneros alrededor del foso de combate. Sola, pero no del todo. Tendría que conformarse.

Seguía mirando por encima del hombro cuando chocó de repente contra un cuerpo sólido.

—Lo siento —murmuró, volviendo la cabeza.

—¿Adónde crees que vas?

La voz familiar era tan grave que parecía tener un timbre propio. Khalani sintió que el corazón le daba un vuelco. Al alzar la mirada, se encontró con Takeshi Steele. Con los gruesos brazos cruzados sobre el pecho, era como un muro infranqueable.

—Yo… —balbuceó—. Solo necesitaba un poco de aire fresco.

—¿Aire fresco? ¿En el subsuelo? —preguntó él.

Khalani frunció los labios con irritación.

—Pues sí. Los prisioneros tienen permiso para hacerlo, ¿no?

—Los prisioneros deben permanecer en el foso hasta que termine el descanso —respondió Takeshi, ladeando la cabeza y alzando el mentón, receloso—. No creo que se estén cumpliendo

esas órdenes cuando se va camino de la salida. Estoy seguro de que encontrarás suficiente diversión y entretenimiento en el ring de combate.

Con la barbilla, le indicó que regresara por donde había venido. Todo en Takeshi la enfurecía. Su voz. Su rostro. Incluso ese insoportable pelo la irritaba. Interactuar con él era un auténtico suplicio.

—Las peleas me han dado náuseas. ¿Se me permite vomitar en privado o eso también requiere público?

—Adelante.

Captando al instante que era un farol, Takeshi señaló el suelo. Mierda. No había dado resultado.

—¿Es que no puedo tener un poco de espacio? ¿Es demasiado pedir? —casi suplicó.

El capitán frunció el ceño, pero siguió cortándole el paso sin apartarse.

—¿Sueles hacer preguntas para las que ya tienes respuesta?

—No sabría decirte. ¿Te cuesta mucho aumentar la miseria en este lugar o te viene de nacimiento?

Khalani estaba tan agitada que el pecho le subía y le bajaba al respirar. Esperaba, hasta casi habría agradecido, una descarga de la táser, pero Takeshi se limitó a enarcar una ceja.

—¿Has terminado?

—Por favor. —Hizo un último intento desesperado—. No causaré problemas.

Él soltó una risa sarcástica que le provocó el deseo de desmembrarlo allí mismo.

—Llevas escrito «problemas» por toda la cara, Kanes.

—Bueno, quizá te equivoques.

—Yo nunca me equivoco.

Odiaba a los hombres. Especialmente a los musculosos. No eran de fiar.

Exasperada y renunciando a cualquier esperanza de que Takeshi albergara un ápice de compasión en aquel diminuto corazón del tamaño de un guisante, alzó los brazos.

—De acuerdo.

Takeshi se quedó inmóvil.

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

—No es nada —murmuró ella, girando rápidamente sobre sus talones.

Él reaccionó al instante.

Dio un paso y la agarró de la muñeca. Khalani sintió que se le aceleraba el pulso ante el movimiento repentino y trató de zafarse, pero fue en vano. Takeshi la sujetaba con fuerza. Un brillo salvaje le centelleaba en los ojos negros. El capitán le examinó la larga herida en la zona del antebrazo.

—¿Te lo has hecho tú? ¿De dónde has sacado el cuchillo? —espetó Takeshi, observándola con una mirada acusadora.

Sorprendida y boquiabierta, Khalani trató de apartarse, pero él se lo impidió.

—De ningún sitio. No he intentado suicidarme —resopló indignada—. Ha sido uno de tus guardias.

—¿Quién? —dijo con voz aún más grave, enfriando el ambiente, que ya era glacial.

—Eso no importa —soltó ella—. Suéltame.

Khalani no deseaba que lo supiera, no deseaba darle el gusto de que pensara que era demasiado débil para Braderhelm.

Con una vena palpitándole en el cuello y la mandíbula visiblemente tensa, Takeshi se inclinó hacia ella, como si fuera a estrangularla. Su expresión asesina se endureció, pero otra voz fría y

sanguinaria rasgó el aire.

—Vaya, qué sorpresa más agradable, ¿verdad?

9

Enséñame tus miedos para que pueda convertirme
en un monstruo.

Khalani se quedó inmóvil, con los pies clavados en el suelo. Palideció. Conocía esa voz. El repulsivo tono de barítono pertenecía al guardia que la había agredido en los niveles más bajos. Se quedó sin aire en los pulmones y se le revolvieron las entrañas.

Junto a ella, Takeshi se tensó y le soltó el brazo de golpe. Un miedo paralizante impregnó el ambiente. A regañadientes, se dio la vuelta y se encontró con una sonrisa sádica. El guardia rapado estaba de pie a pocos pasos de ella, mirándola fijamente como un peligroso depredador.

Sintió un escalofrío y se le erizó el vello de los brazos. Tuvo que reunir valor para no salir huyendo. Esos ojos fríos prometían castigo, y estaba claro que el guardia pensaba disfrutarlo. Hasta su forma de mirarla hacía que Khalani se sintiese violada.

¿Debía correr? ¿Debía enfrentarse a él o aceptar su destino sin más?

Un destello peligroso brilló en los ojos del guardia, revelando la sombría realidad de su situación.

La respuesta no tenía importancia.

Estaba atrapada entre dos carceleros de Braderhelm. No podía

enfrentarse a Takeshi Steele y al otro guardia al mismo tiempo.

No había escapatoria.

Apretó los puños a los costados del cuerpo. Si era el final, pelearía hasta el último aliento.

—¿Qué quieres, Barron?

La voz grave de Takeshi rompió el silencio.

Barron lo miró y esbozó una fría sonrisa.

—Capitán Steele. Me alegro de verlo, como siempre. En realidad, creo que puede ayudarme. Esta es la nueva prisionera de su bloque de celdas, ¿verdad? —Señaló a Khalani, sin apartar la mirada de Takeshi.

—Así es.

—¿Le importaría que hablara a solas con ella?

La sonrisa de Barron se ensanchó.

Las punzadas de miedo se intensificaron, eclipsando todo lo demás. Era el final. Takeshi la entregaría y acabaría sufriendo un destino peor que la muerte. Disimuladamente, ubicó la salida. Si salía corriendo, quizá tendría cierta ventaja.

—No sé qué quieres decirle a mi prisionera, pero puedes hacerlo aquí mismo.

Las palabras no admitían discusión.

Sorprendida y con los músculos rígidos, Khalani volvió la cabeza hacia Takeshi. ¿Intentarían matarla en público con el fin de transmitir un mensaje inequívoco? Takeshi no le devolvió la mirada. Con los brazos cruzados sobre el pecho, seguía observando al guardia con expresión impasible.

Con calma, Barron apoyó una mano en la porra que llevaba en la cintura. Sin embargo, cuando habló, no lo hizo con tono sereno.

—Debes saber que tu prisionera me ha agredido en los niveles inferiores. Me acompañará, sola, para recibir su castigo. Esto nos

concierne a ella y a mí, capitán Steele. A nadie más.

Khalani respiró con dificultad al ver que Barron dirigía su atención hacia ella y le ordenaba que se acercara con un ademán. Sin embargo, no se movió. Solo se marcharía con ese hombre pataleando y gritando.

—Soy tu capitán y, por tanto, es asunto mío —declaró Takeshi en voz baja y tono cortante, sin tan siquiera moverse.

Era perturbador: la calma demasiado silenciosa antes de la inminente carnicería.

La sonrisa cruel de Barron se desvaneció y entornó los ojos.

—Como no le he dado lo que me suplicaba, me ha atacado como un animal. Es una presa asquerosa que necesita disciplina.

La señaló con un dedo acusador y un odio miserable reflejado en el rostro.

Khalani palideció.

—¡Mentiroso! —escupió, dando un paso al frente.

Takeshi la sujetó y la hizo retroceder.

Barron chasqueó la lengua.

—¿Qué te he dicho? Un animal. Es una pequeña zorra como las demás y tiene que aprender un par de cosas sobre el respeto. Esta chica podría haberme causado daños permanentes.

Debería haberle causado más daño, sí. Debería haberlo matado cuando había tenido la oportunidad. Era evidente que Khalani no había sido su primera víctima. No podía ver el rostro de Takeshi, pero se fijó en que apretaba los puños a los costados del cuerpo.

—Lo que encuentro más indignante, Barron —declaró Takeshi, estoico y sereno—, es que bajaras la guardia hasta el punto de que una prisionera pudiera contigo. Creo que el alcaide estará más interesado en saber que hay un guardia demasiado débil para mantener a raya a una simple chiquilla. Eso significaría que no eres

apto para el trabajo.

Barron se ruborizó y abrió la boca para decir algo, pero Takeshi lo interrumpió.

—Ahora te diré lo que vamos a hacer: volverás a tus obligaciones y te mantendrás alejado de la prisionera 317. No podemos permitirnos que te supere otra vez, ¿verdad? Como está a mi cargo, seré yo quien le administre el castigo por sus acciones. Si haces lo que te digo, el alcaide nunca lo sabrá —ordenó Takeshi, con una mirada tan intensa como imperturbable.

Khalani apenas se dio cuenta de que lo observaba boquiabierta. No daba crédito a sus oídos: Takeshi Steele la estaba defendiendo.

—Esta maldita perra me ha atacado —dijo Barron, al tiempo que daba un paso hacia ella, amenazante y con un destello de rencor en los ojos—. Y debería estar muerta. Esta prisionera se viene conmigo.

—Voy a ser muy claro. —Takeshi avanzó y se encaró con él, con todos los músculos tensos—. Como tu capitán, tengo la última palabra. No estaría de más que lo recordaras, Barron. Te olvidarás del asunto. Si me desobedeces, yo mismo bajaré al foso de combate para darte tu castigo. Y, créeme, es lo último que deseas.

Incluso Khalani se estremeció ante la amenaza latente en sus palabras.

Barron fue encogiéndose con cada frase, desinflándose como si fuera un globo. Takeshi permaneció firme e inmóvil.

Khalani dejó de ser consciente de la presencia de otros prisioneros y guardias. El aire estaba tan quieto que podía sentir los latidos del corazón y el pulso en las venas del cuello. El nudo que se le había formado en la garganta se negaba a desaparecer mientras aguardaba su destino.

—Mis disculpas, capitán —soltó Barron sin atisbo de la arrogancia de la que había hecho gala hasta entonces.

El rostro se le tiñó de rojo de nuevo, pero, tras lanzarle a Khalani otra amenazadora mirada llena de odio, giró sobre sus talones bruscamente.

Durante unos instantes, mientras Barron se alejaba, Khalani y Takeshi no se movieron. En cuanto lo perdió de vista, Khalani soltó un profundo suspiro.

La adrenalina aún le corría por las venas a toda velocidad, y el corazón le latía tan desbocado en el pecho que estaba segura de que él podía oírlo. Miró a Takeshi, que, junto a ella, aflojaba los puños y estiraba los dedos. Lo último que habría esperado era que interviniera.

¿Por qué lo había hecho?

Cuando la miró, Khalani fue incapaz de interpretar su expresión, claramente sombría y distante.

—¿Y ahora viene cuando eres tú el que me mata?

Esperó. Takeshi apretó los labios hasta convertirlos en una firme línea mientras la miraba de reojo.

—Aún no.

Y pasó junto a ella sin añadir más.

Khalani frunció el ceño. No sabía qué pensar de Takeshi. Aunque era su peor enemigo, no había permitido que Barron la matara.

¿Podía tratarse de una estratagema para manipularla, desconcertarla y atacarla cuando menos se lo esperara?

—¿Vienes?

Sorprendida, Khalani miró con nerviosismo por encima del hombro mientras Takeshi permanecía inmóvil, observándola con expresión inescrutable.

—¿Adónde?

—A tu celda. Por esta vez, te lo permito. —Se cruzó de brazos—. Ya has causado suficientes problemas por un día.

Ella frunció el ceño y abrió la boca, dispuesta a discutir lo que acababa de decir, pero cambió de opinión. Anhelaba estar sola tras los barrotes, aunque todavía sentía miedo.

—¿Y si ese guardia viene a buscarme?

—No lo hará.

Su tono era tan seguro y siniestro que lo creyó.

Khalani se frotó las palmas de las manos y se las retorció con ansiedad. Había escapado de un depredador mortal, pero ahora estaba en las garras de otro.

No podía subestimar a Takeshi. En muchos sentidos, la asustaba más que Barron. Nadie le hacía sombra en una pelea, y él lo sabía. Sin embargo, había más. Esos ojos de ónix, atentos y calculadores, parecían traspasar todos los muros que levantaba a su alrededor y las mentiras que tejía.

—O te decides y vienes conmigo o te quedas aquí —dijo al ver que no se movía.

Khalani tragó saliva. Su cuerpo tomó la decisión por ella y dio un paso al frente.

Takeshi miró al suelo, sin añadir palabra, y emprendió la marcha. Ella se apresuró a alcanzarlo, acelerando el paso para seguir el ritmo de sus largas zancadas. Todos se encontraban en el foso, así que los únicos pasos que resonaban en el oscuro túnel que conducía al bloque 7 eran los suyos.

El silencio entre ellos se amplificó.

Khalani mantenía la mirada fija al frente, pero Takeshi acaparaba toda su atención. Era dolorosamente consciente de su imponente presencia. Aunque podía aplastarla como a un insecto —un final sin ceremonias para una vida sin ceremonias—, algo en él, una energía constante e implacable, hizo que dejara de clavarse las uñas en las palmas. Ya no necesitaba mirar a su espalda, temerosa de que

alguien la atacara.

Porque nadie en Braderhelm era más peligroso que el hombre que caminaba junto a ella.

—Ha sido él quien te ha cortado el brazo —concluyó Takeshi, mirando al frente.

—Sí. —No había motivo para ocultar algo que resultaba evidente. Lo miró de reojo—. Sabes que mentía, ¿verdad? Me han ordenado entregar las Directrices. No lo he atacado sin más.

—No me habría sorprendido viniendo de ti, Kanes. Pero siempre sé cuándo uno de los míos miente. He tenido problemas con él en el pasado y conozco sus inclinaciones. Creo que lo has hecho en defensa propia.

El tono macabro con que pronunció esas palabras la inquietó, y se mordió el labio.

—Entonces, ¿no recibiré ningún castigo?

—Yo no he dicho eso.

Khalani lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo?

—Has causado más problemas de los previstos, así que aún tengo que decidirlo. —Alzó los ojos, pensativo—. Quizá algo de trabajo duro para ganar músculo…, o puede que te mande a las alcantarillas, en vista del talento que tienes para meterte en marrones.

—¿Te estás haciendo el gracioso? —le espetó ella.

Takeshi le cortó el paso, sobresaltándola.

—Cuidado, Kanes. Hoy tu imprudencia me ha obligado a intervenir. O te controlas o mueres lentamente mientras yo observo. ¿Entendido?

El corazón le dio un vuelco.

—¿Y qué querías que hiciera cuando me ha agarrado del cuello y

me ha amenazado con una navaja? ¿Entrar en su habitación y dejar que me violara? ¿Me castigarás por no haber muerto? —gritó ella.

—Debería castigarte por buscar el peligro como si fuera un viejo amigo y no pudieses vivir sin él. —Un fuego indomable le ardía en los ojos—. No regreses a los aposentos de los guardias y no causes más problemas. ¿Crees que serás capaz?

—Sí —refunfuñó ella.

No hacía falta que se lo dijera dos veces.

—Bien. Ahora podría tranquilizarte diciéndote que no te castigaré por vengarte de ese patético guardia de pacotilla… —dijo Takeshi, e, inclinándose hacia ella, le susurró al oído—: Pero prefieres enfrentarte a la muerte, ¿verdad?

Pasó ante ella, dejándola allí, furiosa y con la boca abierta. Si Khalani hubiese tenido rayos láser en los ojos, Takeshi habría acabado salpicando todas las paredes.

Recorrieron en silencio el resto del trayecto hasta la celda. Una vez allí, Takeshi sacó la pantalla táctil para abrirla. Se había puesto de nuevo esa máscara inclemente mientras desplazaba los dedos por el dispositivo. Era tan difícil de interpretar, de entender… Aunque la había salvado de morir asesinada, no era su aliado. En absoluto.

Era un enigma. Un enigma muy peligroso.

Con un zumbido, los barrotes empezaron a deslizarse. Takeshi hizo un gesto con la cabeza.

—Adentro, Kanes.

Ella obedeció y se volvió hacia él.

—¿Por qué me has ayudado?

Él frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Con el guardia. ¿Por qué no me has obligado a acompañarlo? Ese es tu trabajo, ¿no?

Adoptó una expresión glacial.

—Como capitán, mi trabajo es tener a todo el mundo controlado. Los guardias también tienen límites. Y ese guardia los ha sobrepasado con la agresión y potencial intento de asesinato de una prisionera de mi bloque.

—Supongo que tiene todo el sentido. Solo me has ayudado porque ha cuestionado tu autoridad —dijo ella, retorciéndose las manos.

Tras unos momentos de silencio, Khalani levantó la vista, y la mirada de Takeshi la atravesó, como si fuera el filo de un cuchillo.

—Puede que sea el capitán de Braderhelm, Kanes, pero no soy un monstruo.

Tras eso, pulsó un botón en la pantalla y los barrotes comenzaron a deslizarse de nuevo con un zumbido sordo. Mientras el metal se movía despacio y se cerraba de golpe, ambos se sostuvieron la mirada. La firme barrera representaba las dos mitades de su mundo, completamente opuestas. Ella era la prisionera en una casa de barrotes, y él tenía la llave.

Takeshi soltó un suspiro de exasperación y se alejó, desapareciendo de su vista. Khalani se preguntó si él también se sentía como un prisionero. A veces, puedes tener todo el poder y, aun así, estar atrapado.

No quería usar el reverso de la fotografía de sus padres para escribir sobre ello. De repente, lo recordó.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el lápiz y las hojas de papel que Winnie le había dado para apuntar los números de las celdas de los guardias. Con cuidado, dobló las que estaban anotadas y las guardó de nuevo. Winnie las necesitaría.

Se arrodilló y colocó una hoja en blanco en el suelo ante ella.

Agarró el lápiz y las palabras surgieron como si fueran un

torrente, derramándose como una cascada hasta que conformaron un mar entero de su mente.

No soy un objeto ni una definición única.

De mi alma existen variaciones infinitas
que reflejan nuestro mundo
como corazones anotados en la memoria.
Ya nadie me verá igual.
El amor llega igual de impetuoso que el odio.
El juicio de los desconocidos es caprichoso y volátil.
Y, sin saberlo, compartimos destino.
Los limpios espejos no mostrarán tus deseos
porque las envolturas externas no reflejan el alma.
Los sueños siempre se quiebran al ascender al cielo,
y la codicia nunca se calma.
Entre susurros, este reflejo clama libertad
en la penumbra insistente.

«No es a mí», he comprendido al instante.
A quien observaba era a ti.

10

Mis verdades no hablan, sangran.

Número 65: lo mucho que duele.

Khalani confeccionaba una lista en la que iba apuntando todo aquello que no controlaba: lo que comía, cómo vestía, a qué hora se levantaba y dónde dormía.

El pelo que crecía en sitios inesperados, como en la barbilla. Ese en concreto era una mierda.

Sin embargo, poco a poco, la lista se iba volviendo más descarnada, como la incapacidad de controlar el hecho de haber nacido. O que cada mañana, al despertar, estaba veinticuatro horas más cerca de la muerte. Eran verdades inexorables que no hacían más que intensificarse con el transcurso de los días.

La noche anterior, no dejó de aparecer en sus sueños la escalofriante imagen de Barron agarrándola bruscamente por detrás y rajándole la garganta. La navaja le atravesaba la piel y la sangre salpicaba los muros de piedra. Una y otra vez.

Takeshi también aparecía en la pesadilla. Desde la distancia, observaba en silencio la escena, aquella matanza en la que ella perdía la vida. Khalani lo miraba en busca de ayuda, pero él permanecía callado, con una melancólica resignación grabada en el rostro.

Su mente le mostraba la verdad: confiar en Takeshi le traería la muerte. Por alguna razón era el capitán. Ahora más que nunca, tenía que conservar la lucidez o sus peores miedos se harían realidad. Miedos.

Ahí estaba el **número 66**.

—Prisionera 317, hoy te toca la biblioteca —anunció George.

Khalani abrió los ojos ante la agradable sorpresa. Había pasado una semana desde la última vez que la habían asignado allí. Tras lo sucedido, le preocupaba que Winnie no la reclamara de nuevo.

—Una cosa más —dijo George, examinando la pantalla táctil—. Dentro de una semana, un pequeño grupo formará parte de una brigada de limpieza en Apolo. Estos son los prisioneros que tienen orden de unirse.

Nombró tanto el número de Khalani como el de Serene.

—Robaremos algo decente para comer —murmuró entre dientes Serene, volviéndose hacia Khalani—. Al menos, compensa que hoy me hayan asignado otra vez a la gestión de residuos.

—¿Saldremos de Braderhelm? —preguntó Khalani con tono esperanzado.

—Solo durante medio día, para limpiar la ciudad. Y bajo supervisión armada, claro. Así les hacen creer a los ciudadanos que el Consejo no busca torturarnos, sino rehabilitarnos. Y les recuerdan a todos dónde acabarán si se pasan de la raya. ¿Crees que podrás hacerlo? —preguntó Serene.

Se concentró en el detalle específico de abandonar Braderhelm. Solo llevaba unas pocas semanas en prisión, pero le parecían una vida entera. Caminar por las calles de Apolo no la liberaría, pero haría lo que fuera por salir de esos muros inertes y vacíos, aunque solo fuera durante unas horas.

—Diviértete limpiando el polvo mientras yo recojo la porquería.

Serene se despidió de ella en cuanto llegaron a la escalera de caracol, cumpliendo la promesa que había hecho de acompañarla a su turno vespertino cada día.

—Alguien tiene que hacerlo —bromeó en respuesta Khalani.

Serene le hizo una peineta y se marchó.

Khalani llamó a la puerta de la biblioteca, retorciendo con impaciencia la tela del uniforme. Al ver que nadie respondía, golpeó más fuerte, pero Winnie siguió sin dar señales de vida. Tras echar un vistazo a su alrededor, llevó la mano al pomo y lo hizo girar. Para su sorpresa, se abrió.

Lo primero que advirtió fue la música; le llegó una melodía extraña que le era completamente desconocida. Frunciendo el ceño, recorrió el pasadizo entre las dos estanterías y vio a Winnie sentada ante el escritorio con su vestido morado.

La anciana estaba inclinada con aire concentrado y pulsaba las teclas de un artefacto bastante extraño. El aparato, de dimensiones similares a una pequeña televisión y cubierto de un metal verde, parecía viejo y oxidado, y tenía insertada una hoja de papel.

Junto a él había una caja marrón de tamaño considerable con un disco negro y opaco que daba vueltas en la parte superior. Un altavoz dorado estaba conectado al disco, y Khalani reparó en que la música provenía de ese artilugio.

No era esa grabación de las directrices que les obligaban a recitar de niños a los ciudadanos de Apolo, ni la música aburrida y monótona que sonaba en los eventos ineludibles del pueblo, en los que soportaban los tediosos discursos de los políticos. Era una mujer que cantaba apasionadamente. El sonido reverberaba por las paredes con una energía vibrante y sobrecogedora. La melodía, que había empezado de forma sosegada, había ido ganando en intensidad hasta convertirse en una poderosa muestra de fervor y de

una emoción a flor de piel.

Khalani permaneció inmóvil, hechizada por la voz de aquella mujer. Se sentía como si estuviera aturdida, en trance. Jamás había oído algo tan hermoso y cautivador, algo que llegaba al corazón.

Miró a Winnie, que estaba tarareando la melodía de espaldas a Khalani mientras seguía presionando teclas en la máquina verde.

Cuando la canción terminó, Khalani soltó un suspiro. No quería que la música se detuviera. Deseaba que continuara para siempre, que envolviera eternamente el espacio que la rodeaba.

—¿Qué era? —preguntó Khalani con tono melancólico.

Sorprendida, Winnie miró por encima del hombro.

—¡Ah, Khalani! ¡Qué alegría verte por aquí! —exclamó, esbozando una sonrisa—. Lo siento, lo siento, Winnie sabe que está fuerte. —Se inclinó y ajustó una perilla en la máquina de música—. ¿Qué decías, querida?

—¿Qué es ese aparato? Nunca había oído nada parecido.

Khalani pronunció aquellas palabras atropelladamente y con una emoción evidente. Había vivido en Apolo el tiempo suficiente como para saber que era de contrabando.

Winnie soltó una carcajada y se dio la vuelta.

—Te gusta, ¿eh?

Khalani alzó las comisuras de los labios.

—Me encanta, Winnie. Siendo sincera, ni siquiera me atrevo a describir lo que siento. Pero ¿cómo…?

—Winnie consiguió la máquina de Charles, que trabaja en los Archivos y tiene una tienda secreta de artefactos del viejo mundo.

En los ojos de Winnie apareció una mirada soñadora y enseguida negó con la cabeza, como si quisiera rechazar el recuerdo.

—Winnie logró colarla después de que la condenaran. Y también esta joya.

La anciana acarició la máquina verde en la que había estado tecleando con adoración.

Khalani se acercó al misterioso aparato.

—¿Usaban esto antes del Gran Colapso?

—Sí. Tras años intentando arreglarlo, Charles consiguió que funcionara. Antes del Gran Colapso lo llamaban tocadiscos. Cuando la vida florecía en la superficie, la gente grababa canciones en estos discos circulares y después las reproducían. Realmente extraordinario. Lo que suena ahora mismo es el álbum de la película *Grease*. Cuando me encerraron aquí hace quince años, Charles aún no había podido arreglar el viejo televisor, así que nunca he visto la película. Pero es uno de los favoritos de Winnie.

Winnie se balanceaba alegremente de un lado a otro con una energía contagiosa.

—¿Llevas aquí quince años, Winnie? —preguntó Khalani, con los ojos muy abiertos.

Winnie alzó la mirada y empezó a contar con los dedos.

—Hum, veamos…, uno, dos, tres… ¡Sí! Quince años. Dios mío, ¿ya ha pasado tanto tiempo?

Siguió mirando el techo, como si en las grietas hubiera un intrincado patrón que solo ella pudiera apreciar.

¿Sería Khalani capaz de sobrevivir quince años en Braderhelm? De hecho, prefería no durar tanto.

—Winnie, ¿por qué te condenaron?

La anciana agitó la mano con desdén y volvió a pulsar las teclas con letras de la máquina.

—Oh, a Winnie la encerraron por tener demasiada imaginación. Verás, mi tatarataratatataratatataratatarabuelo… —Frunció los labios, contando con los dedos cada «tatara»—. Bueno, no sé si lo he dicho bien… El caso es que, antes del Gran Colapso, era un famoso

científico. Se llamaba Timothy Talbot. Sí, eso es. Era brillante. Trabajaba en algo enorme, inimaginable. Algo muy…

Winnie dejó la frase sin terminar y se quedó mirando el retrato que le había llamado la atención a Khalani la primera vez que había estado allí: el del hombre que se dirigía hacia aquella extraña e imponente estructura.

Arqueó las cejas. Había algo extraño en la forma en que Winnie decía todo aquello. Casi como si la inquietara, en claro contraste con su alegría habitual.

—¿En qué trabajaba? —le preguntó.

Sobresaltada, Winnie salió de su ensimismamiento.

—Oh, olvídalo. Olvídalo, querida. Ni siquiera sé por qué Winnie lo ha mencionado. Son cuentos de hace eones. Winnie solía llevarse a escondidas algunos libros de los Archivos. Historias increíbles. Winnie cree que te habrían gustado —dijo esbozando una sonrisa.

Mientras Winnie hablaba, Khalani se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó las manos, completamente absorta.

—¿Qué decían?

—Montones de cosas que jamás habrías pensado que necesitabas oír.

Sus palabras le trajeron a la mente el libro de poesía que la había cautivado aquella noche fatídica. La complejidad y la forma de cada historia, tan potentes como la sangre que le bombeaba por el cuerpo, habían prendido una chispa en ella, y Khalani había avivado las llamas para disfrutar del incendio.

Leer era como una bocanada de aire después de contener la respiración toda una vida. O como el amor. Khalani nunca se había enamorado, pero imaginaba que debía de ser algo parecido. Una emoción que le daba alas al alma.

—Alguien en los Archivos vio a Winnie llevándose los libros y la delató. Así fue como Winnie acabó aquí. Aunque el daño ya estaba hecho. Esa es la belleza del conocimiento: si se recuerda, nunca puede desaparecer del todo.

Winnie prestó atención de nuevo a la máquina, y Khalani frunció el ceño mientras revivía el recuerdo: el crepitar de las llamas, el libro desintegrándose ante ella mientras la desesperación la embargaba hasta paralizarla.

—¿Con qué estás ahora? —preguntó Khalani, carraspeando y empujando el doloroso recuerdo a lo más hondo de su ser.

—Es una vieja máquina de escribir. —Winnie acarició con adoración el metal verde deslucido—. Hace tiempo, la usaban para hacer libros.

Sorprendida, Khalani parpadeó un par de veces y se inclinó para inspeccionar el extraño aparato.

—¿Aún funciona? ¿Qué estás haciendo con ella?

Winnie torció el gesto y la miró detenidamente, como si pretendiera sondearle el alma.

—¿Eres capaz de guardar un secreto?

Khalani se inclinó hacia delante.

—Por supuesto.

Winnie se frotó las manos, ilusionada.

—Lo que estoy haciendo, querida, es escribir la historia completa de Apolo. Alguien debe registrar y preservar nuestro viaje, especialmente lo malo, para no repetir los mismos errores. Nos servirá de guía cuando finalmente regresemos a la superficie —concluyó con orgullo.

Khalani se pasó la mano por el pelo.

—Querrás decir si algún día subimos todos a Génesis…

Un cuento de hadas, en su opinión.

Seguiría el consejo de Takeshi: nada de alimentar sueños o albergar esperanzas en vano. No tenía ningún sentido sufrir por algo que jamás sucedería.

Winnie agitó la mano con desdén.

—No, no, tonta. No me refiero a esa maldita cúpula que llaman Génesis. Estoy hablando de la superficie, de la Tierra, con su aire fresco y natural.

Winnie realmente había perdido el juicio.

Preferiría quedarse en Braderhelm antes que pisar la superficie y acabar con los órganos vitales fritos.

—Winnie, siento decírtelo, pero afirmaron que la superficie no volverá a ser habitable hasta dentro de cientos, por no decir miles, de años. Ya no queda nada allá arriba. —Dándose la vuelta, se desplomó en la silla—. Lo más cerca que estaremos es Génesis.

Winnie negó con vehemencia.

—¡Te equivocas! No creas todo lo que dicen. El sistema quiere que nos quedemos aquí abajo. No quiere que vivamos.

Khalani dirigió la mirada al techo y puso los ojos en blanco, intentando encontrar la manera de devolverle la lógica a la conversación.

—Winnie, la única manera de sobrevivir es quedarnos en el subsuelo. Todos los trabajadores que construyeron Génesis murieron envenenados por la radiación. Pasarán generaciones antes de que la destrucción en la superficie desaparezca. Esperar aquí abajo es la única manera de sobrevivir —repitió las palabras que habían grabado en la mente de cada ciudadano de Apolo desde niños.

Años atrás, hubo quienes creyeron que la superficie era habitable de nuevo, pero los trabajadores de Génesis demostraron que estaban equivocados.

Winnie no gritó ni protestó, sino que adoptó una expresión en la

que se mezclaban la tristeza y la compasión.

¿Por qué la miraba Winnie así, como si fuera ella la que estuviera confundida?

—Es una lástima que te hayan manipulado, que te hayan hecho olvidar que sobrevivir no es vivir —susurró Winnie.

Frunciendo el ceño, Khalani quiso replicar, pero no supo qué decir. Las palabras de Winnie calaron hasta lo más hondo de su ser. Mucho más…

Más aún.

Hasta consumirlo todo.

Estaba viva. El aire que respiraba cada día lo confirmaba. Sin embargo, no era capaz de pronunciar aquellas palabras. Porque sabía que eran mentira. Incluso antes de que la condenaran a Braderhelm, los mejores momentos de su vida habían sido cuando dormía.

Se le erizó la piel al comprender la cruda verdad. Sus padres no se habían dejado manipular, y así se lo habían demostrado. Habían muerto luchando por una vida mejor para los demás, por algo que iba más allá de ellos mismos y sus necesidades. ¿Y qué estaba haciendo ella, aparte de languidecer y esperar la muerte?

Alzó la vista hacia Winnie, que la observaba con viveza a través de su monóculo plateado.

Pese a ser tan pequeña, Winnie aún trataba de hacer algo para las generaciones futuras, incluso desde Braderhelm. Ayudar a Winnie, por descabellada que fuera la idea, podía darle sentido a su vida.

Khalani irguió la cabeza, armándose de valor para aceptar una nueva tarea, una nueva misión.

—Te ayudaré con el libro, Winnie.

—¿De verdad? —preguntó la mujer.

Khalani asintió.

—¡Oh, magnífico, magnífico! —La anciana la abrazó—. Desde el momento en que Winnie te vio, supo que eras más que una cara bonita.

Khalani esbozó una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Winnie se frotó la barbilla y bajó la mirada, reflexionando.

—Hum… Bueno, Charles tiene que hacerme llegar las siguientes páginas. ¿Ya te han asignado a la brigada de limpieza?

—Voy la próxima semana.

Con el vestido morado ondeando tras ella, Winnie se apresuró a recoger unos papeles que había en el escritorio.

—Estas son las sesiones del Consejo de Apolo. Se reúnen cada mes, y las actas de esas reuniones se guardan en los Archivos. Es una información vital para la precisión de mi libro. Tú me conseguirás el próximo informe.

Khalani la miró sin entender.

—¿Cómo?

—Mi amigo Charles. —Los ojos de Winnie brillaron—. El que tiene el taller de artefactos antiguos y trabaja en los Archivos. Le enviaré un mensaje. Él te encontrará mientras estés limpiando la calle.

—¿Cómo le enviarás un mensaje y cómo sabrá dónde encontrarme? ¿No se darán cuenta los guardias? —balbuceó atropelladamente.

Cada vez se sentía más y más inquieta.

Winnie se ajustó el monóculo y esbozó una sonrisa traviesa.

—Winnie tiene sus propios métodos. Los mensajes pueden viajar más lejos que las personas. No te preocupes. Él te encontrará cuando los guardias estén distraídos. Winnie sabe que puedes

hacerlo.

Khalani se limitó a asentir, no tan segura como ella, y aceptó el papel que le había dado. Si la excéntrica anciana era capaz de rebelarse pese a estar encarcelada, ella también podía hacerlo. Al fin y al cabo, ya la consideraban una criminal.

No le resultaría muy difícil saltarse la ley de nuevo, ¿no?

11

Tú te escondes de los demonios mientras duermes. Yo les doy la bienvenida con una sonrisa.

Khalani cerró los ojos, esbozando una sonrisa casi imperceptible y dejando que el aire frío le acariciara la piel como si fuera una pluma. Unos mechones de pelo le cayeron con rebeldía sobre el rostro.

Si apretaba los ojos con fuerza, podía imaginar que el viento se la llevaba volando de Braderhelm. Destino: desconocido. Solo quería encontrar un lugar donde la vida no le resultara tan dura.

¿Había sido así en algún momento antes del Gran Colapso?

El vehículo de transporte atravesaba los oscuros túneles de Apolo a toda velocidad. La única luz provenía de las líneas magnéticas sobre las que se deslizaban; su ligero resplandor verde suponía un alivio. Tres transportes, en los que viajaban Khalani, Serene y varios prisioneros, incluida Dana, se dirigían al centro de la ciudad de Apolo.

Una oleada de energía le recorrió el cuerpo al ver que el túnel se abría y la ciudad de Apolo aparecía ante ella.

Debieron de necesitarse años de construcción para excavar la enorme caverna. El techo de piedra se alzaba a más de treinta metros de altura, sostenido por veinte pilares colosales. Las redes

eléctricas que envolvían los pilares se encargaban de iluminar toda la ciudad.

Las casas y las tiendas, incrustadas en las paredes de piedra, daban la vuelta a toda la caverna y llegaban hasta el techo; se accedía a ellas mediante unos ascensores de levitación magnética. Las viviendas más lujosas se encontraban a partir del nivel veinticinco. Khalani vivía en el nivel dos.

«Solía vivir», se corrigió a sí misma.

Solo uno de los ascensores conducía a Génesis; siempre estaba muy protegido y vigilado, hasta el punto de que ejecutaban a cualquiera que se acercara a él sin autorización.

Los vehículos redujeron la marcha al aproximarse al centro de la ciudad. Los ciudadanos de Apolo, ataviados con túnicas largas y polvorientas, se dirigían al trabajo o intercambiaban mercancías. Pasaron frente al Centro de Distribución de Alimentos, el antiguo lugar de trabajo de Khalani.

Era un edificio diminuto, de forma cúbica, con bordes grises y afilados, más parecido a una morgue. En el exterior, varias personas con ropas raídas esperaban haciendo cola.

Nadie conversaba. Nadie sonreía. No eran muy diferentes de los prisioneros de Braderhelm.

Se detuvieron frente a las Cámaras del Consejo, sede del gobernador y del Consejo de Apolo. Era, con diferencia, el edificio más hermoso de la ciudad. Un centenar de peldaños blancos conducían hasta la puerta. La imponente estructura, con aquellas agujas puntiagudas que se alzaban hacia el techo cavernoso, transmitía riqueza.

El edificio era por completo de mármol y estaba decorado con vitrales. Un brillante faro de esperanza para la ciudad. Allí, en los escalones blancos, sus padres y tantos otros habían perdido la vida.

—¡Venga, muévete! —gritó un guardia, azuzándola para que se apeara del vehículo.

A regañadientes, apartó los ojos de la escalinata y saltó a la calzada adoquinada. Uno de los guardias le entregó una escoba con un gesto brusco que casi le hizo perder el equilibrio. Al instante notó una mano en el hombro que la sostenía. Miró a la izquierda y Serene asintió con la cabeza, recordándole que no estaba sola.

Khalani soltó un suspiro, tratando de calmar los nervios que la arponeaban. No estaba segura de cómo iba a llegar hasta ella Charles, el amigo de Winnie. La acompañaban seis guardias y estaba delante, nada más y nada menos, que de las Cámaras del Consejo. ¿Tal vez la misión estaba condenada al fracaso desde el principio?

—Formaréis dos grupos. Uno limpiará el primer nivel del Barrio Obrero, y el otro limpiará el Distrito Comercial hasta completar el círculo. Más os vale que no vea ni una mota de polvo o no tendré problema en golpearos en plena calle. ¡Venga, a trabajar! —ordenó el guardia que estaba al mando mientras golpeaba la porra contra su mano para hacer hincapié en la amenaza.

Tres guardias acompañaron al grupo de Khalani; caminaban con las manos en las pistolas que llevaban en los cinturones. Los edificios del Barrio Obrero eran de color marrón, oxidados y sucios, un contraste total con las Cámaras del Consejo. La gente se dirigía hacia sus respectivos trabajos, apartándose sin disimulo de ellos y mirándolos con recelo.

Transcurrieron un par de horas. Khalani no dejaba de lanzar miradas furtivas a su alrededor mientras barría los adoquines y apilaba los desechos ante un cubo de basura destartalado. No había ni rastro de Charles y cada vez quedaba menos tiempo.

—¡Atención! —gritó un guardia.

Khalani se quedó inmóvil, pero la advertencia no iba dirigida a

ella. Los guardias estaban mirando a un hombre al que Khalani, pese a que nunca se lo había cruzado en la vida real, sí había visto en sueños. En ellos, le clavaba un cuchillo en el esternón.

El gobernador de Apolo.

Alexander Huxley era un hombre imponente de unos cincuenta y tantos años, con cabello corto color ceniza con algunos mechones de un gris más oscuro. Sin embargo, era su apariencia impecable y poco natural lo que llamaba la atención. Su rostro era perfectamente simétrico, cincelado a la perfección, y en su mirada se veía un brillo cautivador.

Tenía también una mandíbula fuerte, la piel pálida y una hilera de dientes rectos y blancos. El gobernador vestía una túnica blanca e impoluta con el símbolo de Apolo (un sol brillante) bordado en oro en el centro. El atuendo, combinado con sus increíbles rasgos, le daba la apariencia de un ángel vengador que había venido para salvar a sus súbditos.

Khalani lo consideraba más bien un ángel de la muerte.

Alexander Huxley dirigía la ciudad con mano de hierro y era el líder con más poder. A diferencia del juez supremo, el gobernador de Apolo tenía un cargo vitalicio. Él había ordenado la creación de Génesis, aumentando la brecha entre la aristocracia y los ciudadanos de Apolo, y él había enviado a todos los prisioneros de Braderhelm a la tumba.

Y lo que era más importante: el gobernador Huxley había dado la orden de disparar contra los manifestantes de Génesis. Él había asesinado a sus padres.

Seis consejeros flanqueaban al gobernador, ataviados con túnicas de color rojo sangre. Muy apropiado.

Los consejeros de Apolo eran los escudos, y el gobernador era la mano que te clavaba el puñal por la espalda.

—¡Gobernador Huxley! —balbuceó el guardia al mando, haciendo una reverencia exagerada—. ¿A qué debemos este gran honor?

Alexander extendió las manos, como si fuera a dar un sermón.

—Buenas tardes, caballeros. Justo les estaba dando una lección a mis consejeros mientras paseábamos por la increíble ciudad de Apolo. La vida en la superficie de Génesis puede llegar a ser muy aburrida, ¿saben?

Tenía una voz oscura y tersa, casi líquida, como la tinta.

—Sí, señor. Por supuesto, señor. —Los guardias asintieron con vehemencia—. Muy aburrida.

El gobernador Huxley rio entre dientes y ladeó la cabeza.

—¿Y qué sabréis vosotros si nunca habéis estado en Génesis?

El guardia principal palideció.

—No… No, señor. Lo siento mucho, señor. Jamás me atrevería a contradecir su opinión, señor. Su gusto es impecable y no hay duda de que todas sus apreciaciones son correctas.

Se hizo un silencio que pareció durar una eternidad; el guardia tragó saliva, y la nuez de Adán le subió y le bajó. Al cabo de unos minutos, Alexander Huxley soltó una sonora carcajada. Los tres guardias y los consejeros lo imitaron.

Aquella conversación resultaba en extremo perturbadora, como ver una obra de marionetas en la vida real; evidentemente, el gobernador era el que manejaba los hilos.

—Hemos tenido suerte contigo, hijo. —El gobernador Huxley le dio una palmada en el hombro al guardia aterrorizado—. Estoy seguro de que te presentarías voluntario y estarías en primera línea ante cualquier insurgencia, listo para purgar Apolo de todos los que quieran destruirla.

El guardia se irguió aliviado y sacó pecho.

—Por descontado, señor. Puede contar conmigo.

—Bien, bien. —El gobernador despachó al guardia con un ademán desdeñoso y dio un par de pasos hacia delante—. Supongo que son prisioneros de Braderhelm, colaborando en la limpieza de la ciudad, ¿verdad?

Khalani no dejó de barrer y clavó los ojos en la escoba, aunque estuvo pendiente en todo momento del gobernador.

—Por descontado, señor. No los perdemos de vista —respondió el guardia.

El gobernador Huxley se acercó lentamente a los prisioneros, situándose a varios metros de Khalani.

—Colaborar en una brigada de limpieza supervisada resume de manera magnífica nuestros esfuerzos por rehabilitarlos. Los mantiene a raya. Verán, consejeros, no todos los prisioneros de Braderhelm están completamente perdidos para la sociedad. —Su voz aterciopelada la hizo estremecer.

Se inclinó hacia Khalani, que se aferró a la escoba como si fuera un salvavidas y mantuvo los ojos pegados al suelo.

—Para algunos, la rehabilitación es imposible, gobernador Huxley —se atrevió a replicar un consejero—. Como para los incursores.

Algunos consejeros murmuraron entre sí y la tensión se propagó por el ambiente.

Khalani frunció el ceño, aguzando el oído hacia los susurros. Los incursores eran famosos. Desempeñaban el trabajo más difícil de Apolo: desplazarse a pie hasta Hermes, la ciudad comercial del subsuelo más cercana.

Solo unos pocos eran los elegidos: los más fuertes mental y físicamente. Intercambiaban los cultivos de Apolo por medicinas y otras provisiones valiosas. El trayecto hasta Hermes duraba semanas, e iban equipados con los pesados trajes antirradiación y las mochilas para los suministros y mercancías.

Era una tarea indispensable, pero también la más peligrosa. Apolo apenas disponía de material para construir esos trajes capaces de resistir los altos niveles de radiación.

Muchos incursores se quedaban en el traicionero camino, que los llevaba un trecho por la superficie de la Tierra. Y cada seis meses, al regresar de Hermes, vivían como reyes en Génesis.

Había escuchado historias de Hermes en boca de un incursor al que la escuela había invitado para su graduación.

—¡Hermes tiene de todo! Tiendas y bares… ¡Hasta un casino! —dijo después de demasiadas copas en la recepción.

Khalani no tenía idea de qué era un «casino».

—Os lo aseguro: allí se lo montan bien. La gente está feliz y contenta mientras se pudre en el subsuelo. Como una cocción lenta.

El incursor soltó una risotada y le dio un gran trago a su copa.

Khalani no apartó los ojos de la escoba cuando oyó de nuevo la voz de Alexander Huxley.

—Querido Wyatt, puede que te apetezca unirte a los prisioneros. Así podrás decirme si la rehabilitación funciona —dijo con un tono claramente amenazador.

El consejero no respondió.

—Además… —añadió Huxley, de nuevo con el tono angelical, mientras se detenía justo frente a Khalani—, algunos incluso pueden sernos de utilidad. No todos son criaturas malvadas como esas con las que asustáis a vuestros hijos, ¿verdad, muchacha?

Se estaba dirigiendo a ella. Aunque sintió que le recorría la piel con su repugnante mirada, tuvo miedo de alzar los ojos y encontrarse con los del asesino de sus padres.

—¡Responde a tu gobernador, prisionera!

Khalani oyó el golpe de una porra y, con el corazón desbocado,

levantó la cabeza enseguida.

El gobernador extendió una mano hacia el guardia.

—Eso no será necesario. Quizá si le dices al consejero Wyatt que no eres peligrosa, se tranquiliza, ¿no crees?

Esos fríos ojos azules se clavaron en los suyos, y Khalani fue incapaz de apartar la mirada. Eran glaciales, distantes, como si en ellos no hubiera vida. Con toda probabilidad, debido a las muchas que ya había arrebatado.

—Sí…, sí, señor. Soy una leal ciudadana de Apolo.

Bajó la cabeza, sin dejar de apretar los dientes.

Una parte de ella quería tomar el palo de la escoba que sostenía y estrellárselo en la cabeza. Solo tendría una oportunidad de golpearlo antes de que los guardias intervinieran y la mataran. Casi valía la pena.

Sería gratificante vengarse, aunque solo fuera un poquito, pero Khalani era lo bastante inteligente como para saber que no sería suficiente. No le valdría matarlo con un simple golpe en la cabeza, no. Tenía que sufrir lo mismo que habían sufrido sus padres para hacer justicia.

Alexander le sonrió, mirándola con amabilidad, y su belleza perfecta la impactó de nuevo.

—Una respuesta adecuada. No pareces nuestra prisionera promedio. ¿Cuál es tu nombre? Tu verdadero nombre.

—Me llamo Khalani Kanes…, señor —respondió, tratando de que no le temblara la voz.

—¿Y qué has hecho para merecer que te encarcelen?

Ladeó la cabeza, sonriendo aún con calidez.

Khalani vaciló, sintiendo que le tendían una trampa. ¿Qué ocurriría si le respondía al gobernador y este decidía que su castigo no era lo bastante severo y la condenaba a la superficie? O quizá

aquello no era más que un juego, y él ya sabía por qué la habían condenado.

Quizá el gobernador la estaba poniendo a prueba para que revelara la verdad. Tendría que arriesgarse.

—Gobernador Huxley, cualquier crimen contra Apolo debería merecer una sentencia en Braderhelm. Solo un estúpido pensaría que una persona tan inteligente como usted no está al tanto de lo que ocurre en su ciudad.

Khalani hizo una pausa, sopesando sus siguientes palabras.

Él enarcó una ceja.

—Continúa.

Ella le sonrió cortésmente. Había llegado el momento de adornarlo.

—Revolverme en mi pasado sería inútil y supondría una pérdida de su valioso tiempo. Estoy agradecida por la oportunidad de trabajar en las calles de Apolo y cumplir su voluntad como gobernador. Solo trato de forjar una ciudad mejor, un Apolo que prospere en solidaridad, fuerza y espíritu. Incluso si nuestros esfuerzos no son apreciados arriba.

Soltó estas últimas palabras bajando la cabeza en señal de sumisión.

Aferró la escoba con las manos. Quería gritar, tan fuerte como para que la oyeran hasta los ciudadanos de Génesis. Se odiaba a sí misma. Odiaba tener que hacerle creer a ese monstruo que solo vivía para servirlo.

¿Podía oír esos pensamientos inquietos clamando que nunca contaría con su lealtad? ¿Sabía que lo único que deseaba era provocarle una muerte lenta y dolorosa?

—Vaya, vaya. —El gobernador Huxley sonrió aún más—. No cabe duda de que eres más honesta que la mayoría de las prisioneras.

Habrías sido mejor consejera que algunos de los que me sirven actualmente, ¿no es así, Wyatt? —preguntó, sin dejar de mirarla.

—Sí, gran gobernador Huxley —respondió Wyatt al instante.

Khalani no podía librarse del nudo que le atenazaba el estómago.

El control que el gobernador ejercía sobre todos, incluso sobre los consejeros a los que insultaba, era asombroso y aterrador.

—Bueno, es hora de continuar. Hay mucho que discutir sobre cómo mejorar estas calles.

De repente, Alexander le tomó la mano, la que no sostenía la escoba, se la acercó a los labios y le plantó un beso en el dorso.

Sorprendida, Khalani se quedó boquiabierta.

—Un placer, Khalani Kanes. Siempre resulta valioso conocer mejor a mis ciudadanos, incluso a los desafortunados como tú. Estoy seguro de que nuestros caminos se cruzarán de nuevo.

Con la mano aún cerca de sus labios, sonrió. Acto seguido, la soltó, dio media vuelta y empezó a alejarse, con los consejeros pisándole los talones.

A Khalani le temblaba la mandíbula. El tiempo pareció ralentizarse. Las charlas animadas de la gente en las calles se amortiguaron hasta convertirse en un suave murmullo. Estaba segura de que, si contenía la respiración, oiría el lento eco del mecanismo vital en su pecho.

Se detuvo. Contuvo la respiración.

Bum-bum, bum-bum, bum-bum…

El corazón seguía latiendo. ¿Cómo podía hacerlo pese a todas las grietas, fisuras y fracturas? Aquellos que dicen que el tiempo cura todas las heridas no han sufrido muchas. Lo que el tiempo hace es ocultar las cicatrices. El tiempo es una tirita en una pierna rota.

Se había topado con Alexander Huxley. Había oído esa voz aterciopelada y traicionera. Había sentido esos labios en su mano,

los mismos labios que habían dado la orden de asesinar a personas inocentes, entre las que se incluían sus padres.

Negó con la cabeza y miró hacia el techo, conteniendo las lágrimas.

Apolo se lo había arrebatado todo. ¿Qué más quería?

Khalani no podía dejar de mirarse el dorso de la mano, la zona en la que el gobernador la había besado. Quería frotarse la piel hasta dejarla en carne viva y borrar por completo su repugnante huella.

—¡Vuelve al trabajo! —gritó uno de los guardias.

Obedeció al instante.

Khalani estaba incluso más ansiosa por ayudar a Winnie después del desconcertante encuentro con el gobernador, pero no se le había acercado nadie y los guardias ya estaban conduciendo a los prisioneros hacia los vehículos de transporte. Quizá el mensaje de la anciana no se había enviado.

Absorta en sus oscuros pensamientos, se dirigía hacia ellos con la cabeza gacha cuando un fuerte grito resonó en toda la caverna.

Sorprendida, se quedó boquiabierta al ver que se había declarado un incendio en uno de los edificios que se utilizaban para almacenar la comida. La gente se agolpaba pidiendo socorro. Los guardias que los acompañaban corrieron hacia allí y llamaron a los bomberos.

—Eso los mantendrá ocupados unos minutos.

Dio un respingo. Un hombre de mediana edad, de piel morena y pelo oscuro salpicado de mechones grises, se había deslizado junto a ella. Estaba observando las llamas con una ligera sonrisa.

—¿Has sido tú? —susurró, atónita.

—Habría venido antes, pero, con la aparición del gobernador, los guardias han estado más atentos que de costumbre. He tenido que

improvisar. Me llamo Charles.

El alivio la invadió.

—Pensaba que ya no vendrías.

—Siempre ayudaré a Winnie.

Introdujo la mano en la chaqueta y le tendió unos papeles.

Khalani miró a su alrededor con cautela. Nadie los observaba ni les prestaba atención. Todos estaban pendientes del incendio. Rápidamente, agarró las hojas, las dobló y se las metió en el bolsillo.

—Gracias.

Charles asintió y la miró con aire serio.

—Buena suerte en Braderhelm. Dale recuerdos a Winnie.

Tras esas palabras, se alejó enseguida, dejando atrás el voraz caos. El alivio evidente embargó a la muchedumbre congregada al ver que llegaban los bomberos y apagaban las llamas.

Khalani metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que los preciados papeles estuvieran bien guardados. Secándose el sudor de la frente, los guardias regresaron con los prisioneros.

—¡Vamos, subid! —gritó furioso el guardia al mando, señalando los transportes.

Los prisioneros obedecieron. Al subir a uno de los vehículos, Khalani advirtió que Dana la observaba con recelo.

En el camino de regreso a Braderhelm, trató de ignorar un presentimiento amargo. Sin embargo, cuando volvía a la celda, Dana se cruzó de brazos ante ella y le cortó el paso.

—¿Qué quieres, Dana? —dijo Khalani, soltando un suspiro de exasperación.

—Me ha parecido ver que hablabas con alguien mientras los guardias estaban ocupados con el incendio. ¿Qué te ha dado? —preguntó Dana.

El corazón le latía desbocado, pero Khalani lo disimuló lo mejor

que pudo.

—Nada que te incumba.

Pasó ante ella.

—Sé que son unos papeles —insistió Dana—. ¿Te ha dado información sobre cómo fugarse o cambios de guardias?

—No —le respondió con irritación evidente, dándose la vuelta—. No hay fuga posible de Braderhelm. ¿Cómo puede ser que yo lo sepa y tú no?

—Para ti no la hay, eso seguro.

Khalani frunció el ceño y se quedó inmóvil, pero Dana ya se había marchado.

12

Un animal habita en tu interior, afilando tus garras
contra el mundo.

—No puede ser verdad.

—¿Qué parte? —preguntó Winnie.

—Todo —exclamó Khalani.

Winnie dejó de teclear y se dio la vuelta sobre la silla en la que estaba sentada.

—¿Por qué, porque va más allá de lo que jamás habrías imaginado? —En sus ojos brilló un destello divertido—. Querida, esto es solo el principio. No hay nada más hermoso, duro e inclemente que la Tierra.

Khalani frunció el ceño y continuó hojeando el libro que le había dado la anciana mientras ella seguía tecleando. Se titulaba *Maravillas naturales del mundo*, otro de los objetos que Winnie había sacado a escondidas de los Archivos.

—Esto. Mira. —Khalani giró el libro hacia Winnie, agarrando con fuerza las enormes páginas brillantes—. ¿Qué son esas luces en el cielo? Parece magia.

Winnie se inclinó y se ajustó el monóculo. Alzando la mirada hacia Khalani, esbozó una sonrisa.

—Son auroras boreales. No es magia, sino ciencia. Pero la

ciencia es tan disparatada que a veces hasta parece lógico llamarla magia.

Khalani miró boquiabierta los colores. Acarició las páginas con las yemas de los dedos, delineando los matices de verdes y azules como si tratara de sacar esas deslumbrantes luces de los límites del papel, como si quisiera pintar esa magia tan lejana para que se materializara.

—Jamás pensé que pudiera existir algo tan hermoso —susurró Khalani sin apartar los ojos de la imagen. Sin embargo, poco a poco, se impusieron la amargura y el desprecio, y añadió—: ¿Sabes, Winnie? Cuanto más aprendo sobre la Tierra, menos quiero saber. Entonces lo teníamos todo, y ahora… ya no queda nada.

Su sonrisa se desvaneció al comprender que los humanos nunca volverían a contemplar esa perfección.

—No estés triste —dijo Winnie, reparando en la mirada melancólica de Khalani—. Aún vives en la Tierra, ¿no? ¿Verdad que no nos han llevado al espacio?

—Bueno, no. Pero…

—Entonces no renuncies a tu planeta si él no ha renunciado a ti.

Con un gesto de la barbilla, Winnie la animó a seguir leyendo y se dio la vuelta para continuar con sus notas.

Cada día, la anciana le enseñaba más y más sobre la Tierra, unos conocimientos que jamás había soñado adquirir.

Había transcurrido un mes desde su desplazamiento a la ciudad con la brigada de limpieza. Durante ese tiempo, se había mantenido pegada a Serene, Derek y Adan, evitando a toda cosa volver a toparse con Barron. Parecía incluso demasiado fácil, seguramente gracias a la intervención y la amenaza sostenida de Takeshi.

Khalani y Takeshi no habían hablado desde ese día. La única interacción que mantenían era la mirada ocasional que él le dirigía

cuando la dejaba salir de la celda por la mañana y cuando regresaba por la noche. Eso era todo. Ni pullas ni saludos. Para él, no era más que una paria social.

Mejor así.

Pero seguía alerta; nada de relajarse en Braderhelm. Se pasaba el turno matinal anhelando conversar con Winnie con la música de fondo. Ya se sabía todas las canciones de *Grease*.

Khalani fue pasando las páginas del libro hasta que apareció una imagen del océano Pacífico. La masa de agua era como un monstruo azul profundo que, pese a ser de papel, amenazaba con tragársela.

—La gente que se bañaba ahí no estaba en su sano juicio. ¿Un océano enorme y lleno de criaturas dispuestas a devorarte? No, gracias —dijo, estremeciéndose.

Winnie soltó una risita.

—Que algo sea más grande que tú no significa que sea aterrador. La naturaleza es muy poderosa, y hay que respetarla. Si Winnie pudiera viajar en el tiempo, sería el primer lugar que visitaría. Y luego iría al cine.

—¿A ver *Grease*?

Khalani esbozó una radiante sonrisa, algo poco frecuente antes de conocer a Winnie. Había sonreído más en prisión que en el exterior.

La vida tenía un retorcido sentido del humor.

—Querida niña, daban muchas películas, no solo *Grease*. Miles y miles sobre amor, guerra, pérdida, avaricia, felicidad… Winnie iría a verlas todas.

Khalani negó con la cabeza, incrédula.

—¿Por qué dejaron de hacer todo eso en Apolo? ¿Por qué nos prohíben ver u oír manifestaciones artísticas del Gran Colapso? ¿Por qué guardan todos esos artefactos en los Archivos?

Khalani recordó la mirada furiosa del juez supremo. Seguía sin comprender por qué la poesía era contrabando. No había leído nada peligroso. Se devanaba los sesos con la pregunta, pero tenía miedo de verbalizarla y descubrir la verdad.

La verdad podría resultar aún más difícil de aceptar.

La anciana soltó un largo suspiro y se volvió hacia ella.

—Le dijiste a Winnie que Douglas te dio ese libro de poesía, ¿verdad?

Asintió.

—¿Por qué no lo devolviste enseguida si sabías que pertenecía a los Archivos? Es lo que dice la ley, ¿no?

Incómoda, Khalani se pasó una mano por el pelo.

—No lo sé. Quizá debería haberlo hecho. Pero, cuando leí el libro, no pude dejarlo. Sabía que las páginas desaparecerían y no quería que eso sucediera.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo sentir? —insistió Winnie.

Khalani agachó la cabeza.

—Habrá gente que piense que solo son palabras escritas en una hoja de papel, pero, para mí, fueron mucho más. Toda la esperanza y la angustia de mi vida estaban plasmadas en cada página, como si los pensamientos del autor fueran una extensión de los míos. Sé que suena estúpido.

Winnie negó con la cabeza con rotundidad.

—No, no, querida. ¡Sigue hablando! Si tienes un pensamiento, hazle un favor a tu mente y exprésalo, para que así no se quede ahí dentro eternamente.

Khalani reflexionó durante unos instantes, buscando las palabras adecuadas.

—No sé… Fue extraño. Por primera vez en mi vida, me sentí… viva. Y no solo al leer. Las palabras se quedaron conmigo. Como si el

libro me inspirara a crear. Incluso aquí, en prisión.

Winnie aplaudió con entusiasmo.

—¡Exacto! Lo último que los consejeros de Apolo quieren es que sus ciudadanos encuentren la inspiración y sean creativos. Su objetivo es que se conformen. Que sean obedientes. El arte tiene la capacidad de animar y estimular a las personas a buscar, a ir más allá. Y eso es algo que no pueden permitir.

Khalani frunció el ceño.

—¿Y por qué sería malo buscar, ir más allá? Si juntamos nuestras mentes, podríamos descubrir la manera de hacer Génesis más grande, de construir un lugar en el que no solo los ricos, sino todos tuvieran cabida. En cuanto haya una cúpula más grande y empecemos a regresar poco a poco a la superficie, se resolverán muchos problemas.

Winnie torció el gesto, y en sus ojos apareció un profundo dolor.

—¿Y si él no desea que nuestros problemas se resuelvan? Sigues asumiendo que le importa nuestra supervivencia.

Por su expresión, había comprendido de quién hablaba.

—¿El gobernador? Sé mejor que nadie que es un ser malvado que solo mira por sus propios intereses. Sin embargo, esos intereses incluyen la seguridad de Apolo. Para sobrevivir, necesitan como mínimo a nuestros científicos, ingenieros y agricultores, ¿verdad? —preguntó, esperando ansiosa que Winnie coincidiera con ella—. ¿Verdad? —repitió Khalani.

Cabizbaja, Winnie posó la mirada en sus manos y las retorció mientras curvaba con tristeza las comisuras de los labios. La estancia se sumió en un profundo silencio. Winnie iba a decir algo, pero justo en ese momento el sonido de la alarma que señalaba el final del turno de la tarde atravesó el aire.

—Será mejor que te vayas, Khalani —le sugirió con expresión

sombría.

—¿Qué ibas a decir, Winnie?

—Nada. Nada de importancia. —La despachó con un ademán, pero un destello de dolor le asomó a los ojos—. Winnie no quiere que llegues tarde. Ve, querida.

Pese a que no deseaba dar por terminada la conversación, Khalani se dirigió a regañadientes hacia la puerta. Se volvió para despedirse de Winnie, pero algo la detuvo. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de la anciana, que, con los hombros caídos, contemplaba el cuadro del hombre con la bata blanca.

Durante unos instantes, se planteó ir a consolar a Winnie y averiguar qué le sucedía. Sin embargo, se lo pensó dos veces. Cuando ella se sentía de ese modo, prefería que la dejaran sola.

Así que se marchó, concediéndole a Winnie el espacio que necesitaba. Bajó por la inestable escalera con el ceño fruncido, preguntándose quién debía de ser aquel hombre con bata blanca del retrato.

Cuando llegó al foso, oyó un fuerte clamor de gritos y vítores procedentes del área de combate, mucho más animada de lo habitual. De hecho, todos parecían apiñarse en la zona central.

Las miradas de Khalani y Serene se cruzaron, y ambas salieron disparadas hacia la multitud. Encontraron a Derek y Adan en el exterior del círculo, estirando el cuello para tratar de ver algo.

—¿Qué está ocurriendo, Adan? —preguntó Serene.

Adan se volvió hacia ellas con expresión entusiasmada.

—Es el incursor. Un guardia lo ha retado.

Solo había un incursor que cumpliera condena en Braderhelm, y ya era tristemente famoso. Lo habían condenado a la cárcel justo después de volver a Apolo.

La coincidencia no le había pasado desapercibida. Debía de ser

el mismo incursor sobre el que habían estado murmurando los consejeros que acompañaban al gobernador Huxley.

Serene había logrado averiguar su nombre, Brock, pero nada más.

Nadie sabía qué crimen había cometido.

Durante las últimas semanas, había oído varias teorías: un intento de fuga a Hermes, el asesinato de otro incursor, la tentativa de robo de todos los trajes antirradiación y un posible atentado en Apolo eran algunas de sus favoritas.

Unos pocos valientes se habían acercado a él y lo habían interrogado sobre su condena y su experiencia en la superficie. Brock nunca les respondió, y, después de haberle roto la nariz a un prisionero porque lo miraba fijamente, la mayoría había decidido mantener las distancias.

—Oh, no me lo pierdo.

Serene la agarró de la mano y tiró de ella, abriéndose paso entre la multitud.

Había muy pocas situaciones en las que ser bajita fuera una ventaja evidente, pero avanzar entre una muchedumbre era, sin duda, una de ellas.

—Lo siento… Perdón —repetía Khalani al chocar sin querer con otros prisioneros.

Serene era menos educada.

—Tú, aparta… Vamos, muévete.

Finalmente lograron llegar al frente. El griterío era tal que casi ahogaba sus pensamientos. Brock estaba ante ellas, con sus fornidos brazos cruzados sobre el pecho, una expresión pétrea en el rostro y el cabello rubio cortado al ras. No era lo que Khalani llamaría guapo, pero todo en él inspiraba miedo y respeto.

No tenía ni una pizca de grasa en el cuerpo. Era puro músculo y

medía más de metro ochenta, lo que seguro que habría sido en extremo intimidante para cualquier otro oponente.

El guardia al que se enfrentaba era un hombre colosal. Iba desnudo de cintura para arriba y sus hombros parecían montañas. Los brazos ni siquiera llegaban a tocarle los costados de lo enormes que eran. Pese a la notable altura de Brock, el guardia lo sobrepasaba varios centímetros y era más corpulento.

—¿El incursor ha entrado en el foso para pelear contra él, en serio? Qué poco aprecia la vida ese tipo —murmuró Serene.

Khalani distinguió a Takeshi, en pie, al otro lado del círculo, flanqueado por varios guardias. Como si hubiese percibido que Khalani posaba la mirada en él, alzó la cabeza y un destello apareció en sus ojos al verla.

Era la mayor interacción que habían tenido en semanas.

Se le aceleró el pulso, pero no apartó la mirada. No pensaba ser la primera en hacerlo. Takeshi entornó los ojos, molesto, y luego desvió la atención hacia los dos hombres que había en el foso.

Había cosas que no cambiaban.

El incursor y el inmenso guardia se prepararon para enfrentarse, y el foso clamó, incluso más que en los festejos de celebración del tricentenario de Apolo.

—¡¡¡Venga, Brock!!! —gritaban los prisioneros.

—¡Destroza a ese tipo, Brock!

—¡¡¡Acaba con él!!!

La intensidad aumentó y los gritos se convirtieron en un rugido constante; Khalani se vio obligada a taparse los oídos para amortiguarlos. Con un gesto, el guardia le pidió a la multitud que guardara silencio. Extrañamente, todos obedecieron y se concentraron en los dos hombres.

—Vas a morir, incursor. Y será un placer ser tu verdugo —afirmó

el guardia, señalando con el dedo a Brock y en un tono tan grave y profundo como el abismo en que se encontraba Braderhelm.

Al incursor se le oscurecieron los ojos.

—He estado a las puertas de la muerte muchas veces. Casi la considero mi hogar.

Tras esas palabras, Brock se agachó y llevó el peso del cuerpo a un lado, levantando los puños frente al rostro. Como respuesta, el enorme guardia sonrió con desdén y avanzó.

Ni siquiera se molestó en ponerse en guardia como Brock. Al contrario, cargó de frente y le lanzó un fuerte golpe al incursor. Este lo esquivó sin esfuerzo, retrocediendo y protegiéndose el rostro con los puños.

En el foso, el silencio ya no tenía razón de ser. La multitud estalló, fascinada por la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Con un ágil juego de pies, Brock avanzó unos pasos mientras mantenía el cuerpo girado de lado. El guardia soltó un gruñido furioso y arremetió de nuevo, pero Brock se agachó hacia la izquierda y contraatacó con un golpe rápido que impactó en la nariz del guardia. Sin apenas inmutarse, este último le lanzó un gancho con la otra mano.

Brock se echó hacia atrás y se movió por el círculo, buscando un ángulo distinto para enfrentarse al oponente. Le daba la espalda a Khalani, así que lo único que ella veía era el fuego y la rabia en los ojos del guardia.

Con un grito, se abalanzó sobre Brock, pero este lo esquivó y rodó hacia la izquierda.

Impaciente, el guardia gruñó y volvió al ataque. Brock giró el torso y saltó, estrellando el pie contra el cuello del guardia. Este retrocedió tambaleándose y trató de recuperarse del impacto, pero las piernas le empezaban a flaquear.

La multitud rugió aún más cuando, tras la impresionante patada, el guardia falló un puñetazo. Brock lo esquivó con facilidad y contraatacó con un golpe que le dio de lleno en la mandíbula.

El guardia dejó caer los brazos y retrocedió, a punto de perder el equilibrio; Brock fue directo a rematarlo. Se colocó detrás de él y le propinó una patada en la parte posterior de las piernas. El guardia cayó de rodillas y, sin reflejar emoción alguna, el incursor se inclinó, le rodeó la cabeza con los brazos y le rompió el cuello. Los ojos del guardia se apagaron al desplomarse.

Estaba muerto.

El incursor soltó un profundo suspiro y miró el cuerpo con los ojos llenos de crueldad. Al igual que él, la multitud también contenía la respiración.

Sin más dilación, Brock trepó por las paredes del foso y lo abandonó. Al hacerlo, una explosión de vítores estalló como si fueran fuegos artificiales.

Khalani permaneció inmóvil, sin poder apartar la mirada del cadáver del guardia. Nunca había sido testigo de un asesinato. Había oído crujir el hueso, como si se lo hubieran hecho a ella. Era, al mismo tiempo, espantoso y fascinante, y la multitud lo había presenciado entusiasmada. Incluso Serene, junto a ella, aplaudía despacio a Brock, entre conmocionada y asombrada.

A una señal de Takeshi, los dos guardias que lo flanqueaban bajaron de inmediato al foso para retirar el cadáver. Mientras arrastraban el cuerpo, Khalani se estremeció ante el ángulo antinatural que formaba su cuello.

Percibió que Takeshi la estaba observando, pero fue incapaz de devolverle la mirada; la violenta escena la tenía absorta.

—¿Hay más luchadores? —gritó un prisionero.

La multitud aplaudió, vibrante, entusiasmada y cargada de

adrenalina. Khalani dudaba que alguien quisiera entrar en el foso después del atroz espectáculo. Además, su estómago no soportaría otra carnicería.

Finalmente apartó la mirada y se volvió hacia Serene.

—Vamos, salgamos de aquí.

El rostro de Serene aún brillaba de excitación.

—Sí, vámonos. Joder, creo que nada lo superará.

Justo cuando Khalani se disponía a dar media vuelta, resonó en el aire un grito que la golpeó como un bloque de cemento y la clavó en el suelo.

—¡Desafío a la prisionera 317 a una pelea!

Se giró lentamente, con evidente tensión. Dana estaba en medio del foso, con los brazos musculosos cruzados sobre el pecho y sonriéndole con arrogancia. Todos tenían los ojos clavados en Khalani, y el silencio se adueñó del ambiente.

Sintió que la garganta se le secaba de golpe y tragó saliva.

—¿A qué viene esto, Dana?

Dana se encogió de hombros.

—Es lo que pasa cuando te niegas a responder a mis preguntas. En Braderhelm, se paga con sangre.

Varias personas silbaron y vitorearon, azuzándolas a que se pelearan. Después de ver la brutal demostración de Brock, el último lugar en el que Khalani deseaba estar era en el foso con Dana. Nunca había luchado contra nadie, y Dana era casi treinta centímetros más alta que ella.

Incluso ella misma apostaría por Dana.

Miró a Takeshi, pero su expresión era impertérrita. Aun así, advirtió que negaba con la cabeza de manera imperceptible.

—No acepto —declaró con voz decidida.

Varias personas la abuchearon y la insultaron. Khalani ignoró los

crueles comentarios y se mantuvo firme.

Esbozando una sonrisa maliciosa, Dana sacó un pequeño papel del bolsillo. Khalani sintió que se le clavaba un puñal en el corazón: era la foto de sus padres, la única que conservaba de ellos. Se quedó de piedra.

¿Cómo la había conseguido?

Dana dio la vuelta a la instantánea y mostró lo que había escrito en el reverso. Soltó una carcajada.

—Al parecer, a alguien le gusta llorar por las noches. Escribir un diario como una niñita… Es patético, incluso viniendo de ti. Qué suerte tienen tus padres de estar muertos, así no ven en qué se ha convertido su triste hija.

Dana alzó la foto y la hizo pedazos, destruyendo el objeto más preciado que Khalani poseía.

Mientras la imagen rota de sus padres caía flotando hacia el suelo, el rugido amortiguado de las carcajadas le invadió los sentidos.

No podía moverse. Apenas podía respirar.

Le retumbaban los oídos y sintió que le hervía la sangre. Permaneció inmóvil, en silencio, como en estado de shock. La vista se le nubló y su campo de visión se estrechó.

La imagen de los fragmentos destrozados en el suelo, como piezas de un rompecabezas que nunca volverían a unirse, aullaba en los abismos de su mente. La emoción pronto empezó a transformarse en algo más profundo y caótico. Más letal.

Apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le volvieron blancos, como si estuvieran a punto de estallarle bajo la piel. Notó vagamente que Serene le tiraba del brazo, pero no le prestó atención. Estaba concentrada en una sola cosa: Dana. En ese instante, la quería muerta.

Sin decir palabra, Khalani bajó al foso de combate.

Contempló los pedazos de la foto en el suelo. Habían destruido lo más importante que tenía en este mundo, lo único, y la rabia que la embargó era tan grande que casi cobró forma humana junto a ella. No pensaba. No razonaba. No había estrategia. Solo la necesidad innata de hacer daño.

Se colocó en el centro y alzó los puños. Las carcajadas de la multitud se transformaron en ardientes vítores, pero Khalani no se permitió oírlos. Su único objetivo era infligir todo el daño posible.

Despacio, Dana empezó a girar en círculo. Khalani se movió en dirección contraria, con los ojos fijos en el objetivo, deseando derramar su sangre en el suelo, junto a los pedazos rotos de su corazón.

—¡Vamos, Dana!

—¡Vamos, Khalani!

Con indecisión y sin la agilidad de Brock, intentó asestarle a Dana el primer puñetazo en el rostro. No sabía golpear; se limitó a apretar la mano y a lanzarla hacia arriba, gritando. Pese a que se impulsó con todo el cuerpo, falló estrepitosamente, y su mano solo encontró aire.

Dana se desplazó hacia la derecha y contraatacó con un brutal gancho de derecha. El puño le impactó a Khalani en una oreja. La vista se le nubló enseguida y retrocedió tambaleándose. Sin embargo, no sintió ningún dolor. La adrenalina le inundaba las venas. Recuperó el equilibrio y se abalanzó sobre Dana, que la esquivó con facilidad. Dana respondió con un contraataque que hizo girar a Khalani hasta el borde del círculo.

Le goteaba sangre de la nariz y unas manchas grises le nublaban la visión. Aunque trató de recuperar fuerzas, los prisioneros a sus espaldas se agacharon para empujarla y enviarla de nuevo al centro

del foso. Avanzó a trompicones y no vio el derechazo que le venía directo a la nariz. El puño se estrelló en su rostro y la derribó al suelo.

La multitud rugió.

—¡Acaba con ella!

—¡Mátala!

—¡Levántate, Khalani!

Aún le quedaban fuerzas para seguir luchando. No podía permitir que Dana se saliera con la suya. «No te rindas. No te rindas».

Khalani escupió sangre y, pese a que le temblaban las piernas, se puso en pie.

La multitud prorrumpió en un griterío ensordecedor. Reconoció vagamente a Takeshi en el perímetro. Su expresión era siniestra. Le pareció ver que señalaba el suelo, como diciéndole que se quedara quieta. Sin embargo, no podía asegurarlo porque todo le daba vueltas.

¿Por qué había tres Danas en pie frente a ella?

Sacudió la cabeza para despejarse. Dana le hizo un gesto con el dedo, animándola a acercarse.

Con el público enloquecido, alzó los puños y dio un paso adelante. Dana esbozó una sonrisa maliciosa al ver que Khalani bajaba la cabeza y arremetía contra ella. Había pensado abalanzarse sobre Dana con todo el peso del cuerpo y tumbarla. En su mente parecía un buen plan, pero Dana se aprovechó de su movimiento y la arrojó al suelo, haciéndole morder el polvo.

A cuatro patas, sintió que un frío rastro de sangre le resbalaba por el rostro. A cámara lenta, vio cómo las gotas rojas salpicaron el suelo —la debilidad salía de su cuerpo—. Las más gordas caían flotando al suelo, como había hecho la foto de sus padres.

Al romperla, era a ella a quien había destrozado.

Un pie le impactó en la cara, y ya no vio nada más.

13

Cuando te enfrentes a la muerte, dale a esa condenada mi pésame.

Bip… Bip… Bip…

El susurro lejano del pitido se intensificó. Khalani tenía la sensación de que le habían taladrado la cabeza y notaba el pecho hundido, como si alguien la estuviera empujando hacia abajo en la cama.

Una cama. Estaba acostada en una cama.

Poco a poco, fue recuperando el sentido. Trató de levantar una mano, pero fue en vano. Abrió los ojos y la brillante luz blanca del techo casi la cegó. Si eso era el cielo, confiaba en que Dios dispusiera de medicación para el dolor.

Parpadeó y trató de incorporarse, pero el cansancio enseguida la obligó a recostarse. Unos delgados cables le envolvían las manos y tenía una aguja de dimensiones considerables clavada en la vena, sujeta con cinta quirúrgica para evitar que se moviera. Dejó escapar un gemido de incomodidad y alguien junto a ella la tranquilizó.

—Estás bien, no te preocupes.

La voz le resultaba muy familiar, pero, tal como se encontraba, no recordaba a quién pertenecía. Apenas recordaba su propio nombre. Oyó unas pisadas que se alejaban, cada vez más débiles, y

entonces comprendió que estaba sola.

Lentamente, empezó a recordar. El crujido del cuello del guardia cuando Brock lo había matado, Dana rompiendo en mil pedazos la foto de sus padres y el fuerte golpe de una bota en la cabeza.

No muy lejos, oyó una puerta que se cerraba y se puso rígida al oír unas pisadas de fondo. Dos rostros aparecieron ante ella.

Se sorprendió al ver que uno era el de Takeshi Steele. Tenía profundas arrugas de preocupación marcadas en la frente y unas oscuras ojeras.

El otro hombre era un poco más mayor, con ojos amables y pelo cano. Llevaba una bata blanca, y, en claro contraste con todos los habitantes de Braderhelm, le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, Khalani, soy el doctor Francis. ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde estoy? —dijo ella con voz áspera al tiempo que fruncía el ceño.

Distinguió una hilera de camas como la suya. Al parecer, era la única paciente. Las camas eran de un blanco inmaculado y había una mezcla de placas de acero e instrumental médico por doquier.

—Estás en la enfermería. Por lo general, solo me ocupo de los guardias, pero a veces trato a prisioneros con enfermedades infecciosas. Te han traído esta mañana debido a tus heridas. Y has tenido suerte —afirmó el doctor Francis.

Khalani lo miró, confusa, y trató de incorporarse de nuevo, pero un agudo dolor la apuñaló, como si estuvieran desollándola. Refunfuñando, se desplomó de nuevo sobre la almohada.

—¿Quieres que te levante y así puedes ver mejor? —preguntó el doctor Francis.

—Sí, por favor.

Pulsó un botón y la cama se levantó con un ronroneo, incorporándola de cintura para arriba. Khalani trató de mover el

cuello para echar un vistazo a su alrededor y se estremeció visiblemente.

—Yo de ti no me movería mucho. Te han dado una buena paliza.

El doctor Francis examinó un monitor con sus signos vitales y anotó algo en una pantalla táctil.

—Tienes varias laceraciones en el rostro y has sufrido una conmoción, pero no hay hemorragia cerebral. Puede que en los próximos días experimentes vómitos, mareos y jaquecas fuertes, pero, con el descanso adecuado y un poco de tiempo para que se te curen los cortes y moratones, te recuperarás.

Khalani se tomó un momento para procesar sus palabras.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Un día —respondió Takeshi, adelantándose al doctor.

Khalani dejó caer la cabeza hacia atrás, y ese leve gesto ya desencadenó una migraña infernal. Le retumbaba el cerebro, como si alguien le estuviera golpeando el cráneo con un martillo.

—¿No puede darle más analgésicos? —preguntó Takeshi al doctor.

—Ya ha alcanzado el límite permitido para un prisionero de Braderhelm.

El doctor Francis vaciló ante el destello de ira en los ojos de Takeshi.

—Está bien. —El médico tragó saliva, visiblemente inquieto—. Aquí tiene.

Le entregó a Takeshi un frasco de pastillas blancas.

—Hay unas diez. Que tome una o dos después de comer. No le diga a nadie que se lo he dado —le dijo.

Takeshi lo miró con seriedad y asintió.

—Entendido, doctor. Gracias por su ayuda con Kha…, la prisionera.

¿Había estado a punto de decir su nombre? Khalani lo miró fijamente, pero Takeshi la ignoró. Ahora elegía ignorarla.

—No hay de qué, capitán. —El doctor volvió a prestarle atención —. Por desgracia, solo puedo mantenerte aquí un par de horas más antes de que alguien empiece a preguntarse el motivo por el que una prisionera permanece tanto tiempo en la enfermería. —Soltó un suspiro y la miró apenado—. Ya le he dicho al capitán Steele que necesitas descansar. Eso significa que nada de turnos y que tienes que guardar cama. El capitán u otro prisionero te llevarán la comida a la celda. Dentro de dos días quiero que vengas a verme y te daré el alta para que puedas incorporarte de nuevo a tus tareas — concluyó el doctor Francis.

No le entusiasmaba quedarse todo el día encerrada en la celda, pero podría ser peor. Podría estar muerta.

—Gracias, doctor.

Trató de sonreír, pero cambió de opinión al ver que le dolían todos los músculos de las mejillas.

El doctor Francis asintió levemente y salió de la sala, dejándola sola con Takeshi.

Semanas de silencio habían tensionado el ambiente entre ellos, y el aire que los separaba estaba cargado de una electricidad incómoda que le traspasaba la piel. El rostro de Takeshi era una máscara impenetrable: no revelaba nada de lo que había debajo.

Khalani se hundió más en la cama, deseando que el delgado colchón se la tragara.

—Sé sincero conmigo —susurró—. ¿Qué aspecto tengo?

—¿Quieres la verdad?

—No, quiero que me mientas. Pues claro que quiero la verdad.

Takeshi se sentó en una silla negra frente a la cama y estiró sus largas piernas.

—Has estado mejor. Mucho mejor. En realidad, estás hecha un asco —añadió.

La delicadeza y la consideración no formaban parte de su deslumbrante personalidad, pero, en ese preciso momento, su sinceridad le hizo gracia. Khalani soltó una dolorosa carcajada. Por primera vez, no detestaba su molesta presencia.

Sin embargo, Takeshi no se desprendió de esa expresión severa, y el optimismo que había sentido se fue desvaneciendo poco a poco.

—¿Qué pasó después de que perdiera el conocimiento?

—Les ordené a esos dos prisioneros con los que sueles hablar que te llevaran a la celda. Esta mañana no te has levantado para el recuento. Cuando he ido a ver qué ocurría, he visto que habías vomitado varias veces y que estabas semiinconsciente. —La miró con ojos acerados y a Khalani se le aceleró el pulso—. Y he tomado la decisión de traerte aquí.

Se quedó boquiabierta. No recordaba que la hubiera llevado en brazos. Era la última persona que esperaba que se ocupara de ella.

—¿Por qué? —susurró.

Takeshi desvió la mirada, y el silencio se hizo más acuciante, como un torrente furioso que amenazaba con separarlos. Su gélida voz lo rompió.

—No sería conveniente que una nueva prisionera muriera en mi bloque. Y supondría más papeleo.

Khalani parpadeó un par de veces, sorprendida por la crueldad de sus palabras, y no dijo nada. Era una molestia, poco más. Pero ¿qué podía esperar de él? Ya había hecho más de lo necesario llevándola allí. Debería estarle agradecida.

Pero ¿por qué sus palabras le hacían tanto daño?

Carraspeó.

—Bueno, en cualquier caso, gracias. No quiero causarte más

problemas, así que no es necesario que te quedes. Aunque tampoco es que necesites mi permiso.

Se sorprendió al ver que él apretaba los labios, con evidente hostilidad. Era como si la estuviera diseccionando mentalmente.

—¿En qué demonios estabas pensando?

No lo dijo levantando la voz, sino despacio y en tono calmado, lo que, de alguna manera, fue peor.

—¿Cómo?

—¿Por qué aceptaste pelear?

Con un nudo en la garganta, Khalani recordó cómo Dana le había destrozado el corazón.

—No tenía alternativa.

Takeshi se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Error. Ella te provocó, y tú caíste en la trampa.

Khalani respiraba con dificultad.

—No tienes ni idea de cómo me sentí cuando destrozó la foto. No tienes ni idea de lo que significaba para mí…

Se le quebró la voz y estuvo a punto de derrumbarse una vez más.

Takeshi no dijo nada; se limitó a observarla.

—Si alguien te humillara y acabara con el único objeto que conservases de tu familia, ¿qué harías? —le preguntó.

—Lo destrozaría.

—Entonces deberías entenderlo.

Por muy ridícula que fuera la idea, deseaba que Takeshi estuviera de acuerdo con ella. Quería que alguien, fuera quien fuese, la comprendiera.

—Tú y yo no somos iguales, Kanes —respondió, clavando esos ojos implacables en los suyos—. Si me meto en una pelea, salgo vencedor. ¿En qué momento pensaste que ibas a ganar?

Khalani vaciló. No estaba pensando en ganar. Lo único que quería era hacerle a Dana el mismo daño que ella le había infligido. Aunque eso supusiera morir en el proceso.

Él intuyó la respuesta en su mirada.

—Justo como te decía. —Se recostó en la silla—. No te preocupa vivir. Si los sentimientos no te nublaran el juicio, no estarías aquí tirada.

Deseó otra vez que las mantas blancas se la tragaran. No era capaz de mirarlo a la cara; tenía razón. Takeshi la tenía calada: exponía sus mayores defectos como si le leyera la mente.

No le preocupaba vivir porque, para ella, ya no tenía importancia. Todo estaba perdido. En Braderhelm, había estado cerca, muy cerca, de dar el paso y acabar de una vez con todo. Muchas veces.

Sin embargo, algo siempre la detenía.

Una voz apenas audible, pero persistente; una voz que, cuanto más hablaba con Winnie, más fuerte se volvía. Como si los ecos de todos los que habían muerto antes que ella gritaran a pleno pulmón que no estaban de acuerdo.

Como si le dijeran que despertara.

«Despierta».

—¿Kanes? —preguntó Takeshi en voz baja, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Sí?

La miró fijamente con esos ojos magnéticos, y Khalani se perdió en un océano de oscuridad. Sintió el peso de su ira, el calor casi palpable que emanaba de su cuerpo. Sin embargo, se produjo un sutil cambio en su mirada.

—Sigo pensando que lo que hiciste fue una estupidez, pero, si sirve de algo, has demostrado que tienes agallas.

El cumplido la sorprendió, y se enderezó.

—¿De verdad?

—Sí. —Lanzó un suspiro—. No has dado la impresión de ser débil. Solo de hacer las cosas sin pensar y de tener muy malas pulgas.

Khalani puso los ojos en blanco.

—Pues tú solo me molestas cuando respiras, en serio.

Takeshi alzó ligeramente las comisuras de los labios, y ella ahogó una exclamación.

—Vaya, no sabía que el capitán de Braderhelm fuera capaz de sonreír.

—Ver tu rostro en este estado ha mejorado mucho mi sentido del humor.

La expresión sombría de Takeshi regresó, pero, durante unos instantes, había desaparecido la hostilidad entre ellos, como si hubiesen hecho las paces pese a sentir todavía un mutuo desdén. Tras unos segundos de agradable calma en los que ninguno de los dos habló, Takeshi frunció el ceño.

—Debo irme —anunció sin más.

Se levantó con expresión seria. De nuevo, había adoptado una actitud distante, como si se encontrara a mil kilómetros de distancia en lugar de a unos pocos pasos.

Desconcertada, Khalani observó cómo se ajustaba las armas a la cintura. Era como si el capitán Steele y Takeshi fueran dos personas diferentes: una, el carcelero dispuesto a infligir dolor, y la otra, un misterio silencioso. Sin embargo, ambos habían sido adiestrados para ser asesinos, para dominar a cualquier oponente.

Se le ocurrió una idea.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo con un destello en los ojos.

Takeshi reaccionó de inmediato con suspicacia.

—¿El qué?

—Todos me vieron perder el combate. Algunas personas, como Dana sin ir más lejos, pensarán que ahora soy un blanco fácil, ¿verdad?

Él se quedó inmóvil.

—Es posible.

—Quiero estar preparada para enfrentarme a lo que se me ponga delante, para no tener que volver aquí otra vez.

La habían apaleado, arrojado por el aire y golpeado hasta someterla tan a menudo que el tormento se había convertido en la única constante de su vida. Se aferraba al dolor, lo acunaba, hasta el punto de que se había convertido en parte de su identidad. Le habían hecho tanto daño que incluso desconfiaba de quienes no la herían. Sin embargo, Khalani notó que algo cambiaba en su interior. La ira, arraigada en lo más profundo de su ser, había despertado y ahora la impulsaba a recuperar el control y contraatacar.

Tensando la mandíbula, Takeshi la miró con ojos glaciales; seguramente, porque sabía qué tramaba.

En ningún momento se había planteado pedirle ayuda (jamás habría imaginado verse en esa situación), pero Khalani tomó aliento y dio el paso.

—¿Podrías entrenarme? Al menos, para que pudiera defenderme.

—No —respondió Takeshi, alejándose.

Ella intentó incorporarse, pero soltó un gemido cuando su cuerpo se negó.

—Por favor, espera…

Él se detuvo, apretando los puños a los costados del cuerpo.

—Sería buena alumna. ¿Puedes al menos darme una oportunidad?

Takeshi suspiró, exasperado, y se volvió hacia ella.

—Mira, voy a olvidar esta pregunta tan inapropiada y la achacaré a tu conmoción. Creo que te confundes con nuestra dinámica. Yo no estoy aquí para salvarte. Si intentaras cualquier estupidez, me vería obligado a matarte.

—No haría ninguna estupidez.

Takeshi no parecía convencido y miró hacia la puerta como si buscara una vía de escape.

—Si alguien preguntase —dijo ella—, solo estarías asegurándote de que tu prisionera no se sale de la raya y que no desperdicia más recursos de la prisión ni tu valioso tiempo volviendo a la enfermería.

Se sintió muy orgullosa de haber sacado esa lógica de la nada.

Takeshi abrió la boca para rebatir sus argumentos, pero Khalani no estaba dispuesta a dejar pasar la ocasión y lo interrumpió para dar la estocada final.

—Y necesitaré defenderme si el guardia Barron viene en busca de venganza.

—Ya recibió una advertencia —le recordó Takeshi con rotundidad —. Te aseguro que eso no va a ocurrir.

—Pero ¿y si no hace caso? Me matará.

—¿Por qué piensas que está entre mis obligaciones preocuparme por eso?

Khalani guardó silencio. Sus palabras le llegaron a lo más hondo, como si fueran fuego, como un veneno. Qué estúpida. Lo único que necesitaba era dominar el arte de cerrar el pico.

—De acuerdo. Lo comprendo. Perdón por la pregunta.

Khalani trató de disimular el dolor que sentía y se acomodó de nuevo en la cama. Se resignó a su sombrío destino y esperó a que él se marchara.

Pero no lo hizo.

Takeshi no retrocedió. Ni siquiera parpadeó. La miró fijamente y

la examinó con sus ojos oscuros como si estuviera bajo un microscopio, sin revelar lo que se le pasaba por la cabeza.

Si su mente era un libro abierto, la de Takeshi era una caja fuerte en el fondo del océano, rodeada de tiburones.

—Bien —gruñó Takeshi, enderezándose—. Prepara tu funeral, Kanes. Empezaremos en cuanto el doctor te dé el alta.

Frunció el ceño, claramente disgustado con la situación.

Sorprendida, Khalani se incorporó un poco, con los ojos abiertos de par en par. Sin embargo, no pensaba desaprovechar la oportunidad.

—De acuerdo. Estaré lista.

—Bien. ¿Qué ocurrirá si haces cualquier estupidez durante el entrenamiento?

Bajo su rígida expresión, se advertía una peligrosa amenaza que se cocía a fuego lento.

—Me matarás. Entendido —dijo Khalani, tratando de disimular el entusiasmo.

—Por tu bien, más te vale.

—¿Capitán Steele? —exclamó antes de que se marchara.

—¿Qué?

—Gracias.

—No me las des. —La miró por encima del hombro con unos ojos aún más negros e intensos—. Ya lo harás cuando haya terminado contigo. Solo entonces lo dirás en serio.

14

El coraje está en desnudarse ante el universo.

Khalani se quedó mirando el techo de la celda, donde las grietas formaban unos patrones rígidos y desfigurados. Al entornar los ojos, dichas grietas parecía cambiar y serpentear como si fueran ondas en un agua de colores, con matices verdes, azules e incluso rojos. Las imágenes que se reproducían en su mente se reflejaban en el techo, y esbozó una leve sonrisa.

«Ah. Ahí está».

La aurora boreal, con sus vivas y sinuosas cascadas, brillaba en la superficie rocosa, inundándola de serenidad. Era igual que la del libro que le había dado Winnie, pero, esta vez, la había creado ella.

Ante el sonido de unas pisadas, la visión se esfumó. Con el corazón en un puño, Khalani se incorporó con la esperanza de ver a un guardia en concreto al otro lado de los barrotes, pero se llevó una decepción al ver un familiar pelo azul.

—Hola, forastera.

Serene le tendió un pequeño plato de comida con una sonrisa.

—No sabía que ibas a venir —dijo Khalani con voz áspera, poniéndose en pie con esfuerzo.

Había transcurrido un día entero desde que había abandonado la enfermería. Takeshi la había dejado en la celda sin pronunciar

palabra y, desde entonces, no había vuelto para ver cómo se encontraba. No sabía si eso era bueno o malo, pero, dado lo poco que lo conocía, se inclinaba por la segunda opción.

Serene abrió los ojos de par en par al contemplar el rostro magullado de Khalani.

—Vaya. Menos mal que no puedes verte.

Khalani soltó un bufido y se acercó a la puerta.

—¿Tan mal estoy?

—Como si hubieran hecho un experimento y hubiera salido mal.

Khalani señaló con el mentón el plato de comida.

—¿Qué es?

—Oh. —Serene se lo tendió a través de los barrotes—. Que aproveche.

Khalani observó el contenido del plato con recelo. Estaba casi segura de que había visto moverse un gusano en aquel mejunje.

—Mmm, qué delicia…

—No te he traído solo eso. Me las he arreglado para robar un poco de pan.

Serene sacó un pequeño mendrugo.

A Khalani se le hizo la boca agua al instante.

—¡No puede ser! —Le arrebató el pan y empezó a masticarlo con avidez, casi sin respirar—. Gracias —murmuró, con la boca llena.

Le daba igual que fuera un trozo de pan duro y frío. En ese momento, era lo mejor que había comido en la vida.

Serene señaló con la cabeza su rostro maltrecho.

—¿Qué tal lo llevas?

—Duele, pero me recuperaré.

—No cabe duda. Oye, ¿y estás bien después de lo que Dana le hizo a tu foto? —le preguntó Serene con cierta vacilación—. Nunca te había visto tan enfadada.

Khalani se quedó inmóvil y contuvo el aliento. Revivió mentalmente la atroz visión de sus padres cortados por la mitad y desgarrados. Una y otra vez. Le vinieron ganas de soltar un puñetazo. A los barrotes de la celda. A la pared. A cualquier cosa que tuviera forma física.

—¿Cómo logró colarse en mi celda?

—He hablado con Derek. Creemos que fue cuando le tocó limpiar los retretes. —Serene torció el gesto—. Le dieron un pase temporal para entrar en todas las celdas del bloque.

Se le revolvieron las entrañas.

Dana había estado buscando los papeles que le había entregado Charles, pero Khalani ya se los había llevado a Winnie. Desvió la mirada hacia el colchón, pensando en la poesía que había escondido allí abajo.

¿Acaso nada de lo que le pertenecía estaba seguro?

Serene le leyó la mente.

—No volverá a ocurrir.

—¿Y qué te hace estar tan segura de eso?

—Oí a Takeshi hablar con Dana después de que Adan y Derek te trajeran a la celda. Lo que le dijo no fue muy bonito —aseguró Serene.

Khalani enarcó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Le dijo que, si volvía a montar otro numerito o volvía a robar en la celda de un prisionero, haría que el alcaide la asignara a la superficie. Deberías haber visto su cara, Khalani. Estaba más pálida que la pared —concluyó Serene esbozando una amplia sonrisa.

Khalani se retorció los dedos con nerviosismo, absorta en sus pensamientos. Era lógico. Takeshi tenía que dejar claro que en Braderhelm no se permitía robar. Era la única explicación razonable.

—Aunque sigo sin entender por qué la tomó conmigo. Me dijo que dejara de inmiscuirme entre ella y el capitán Steele, aunque no sé a qué vino eso.

Serene enarcó las cejas.

—Vaya, ahora todo cobra sentido.

—¿El qué?

—Dana ha tratado de acercarse al capitán Steele para que la ayude a fugarse —susurró Serene entre los barrotes—. Algunos prisioneros lo han intentado, y han recibido un castigo brutal. Habrá llegado a la conclusión de que tú planeas lo mismo.

—¿En serio piensa que va a conseguirlo? —preguntó Khalani con aire incrédulo.

Serene resopló.

—Por supuesto que no. Pero los prisioneros harían cualquier cosa, de verdad, cualquier cosa, por escapar.

Escapar. Ningún prisionero se había fugado nunca de la prisión de Braderhelm. El significado de esa palabra revoloteó por los confines de su mente como un pájaro extinto tiempo atrás.

La señal del turno de la tarde sonó y Serene miró hacia el pasillo, decepcionada.

—Tengo que irme. Intenta no morir antes de que volvamos a vernos.

—Gracias, Serene. ¿Sería mala persona si dijera que estoy triste y alegre al mismo tiempo de que estés en Braderhelm?

Su propia honestidad la sorprendió.

La mirada de Serene se iluminó.

—Pues, si tú lo eres, yo también.

A Khalani, el contacto físico no le gustaba especialmente. Como si le provocara alergia, no soportaba dar abrazos, pero, en ese momento, deseó que los barrotes desaparecieran.

En otro mundo, abrazaría a Serene por todas las veces que se había quedado junto a ella cuando Khalani solo estaba rodeada de sus propias sombras. En otro mundo, serían libres.

Pero la libertad solo existía en sus sueños. Y en la muerte.

Khalani prácticamente subió corriendo la escalera de caracol que conducía a la librería en cuanto recibió el alta médica y volvió a los turnos. Llamó a la puerta con los nudillos y una música suave la recibió en cuanto entró. Del tocadiscos salía una voz masculina, de tono melancólico.

Pese a su reticencia, sonrió sin querer. Lo había echado de menos, mucho más de lo que imaginaba. Cerró los ojos y aspiró el aroma de los libros, la calidez y el ambiente acogedor de la biblioteca.

Winnie estaba sentada en el escritorio desvencijado, dándole la espalda a Khalani. Estaba encorvada sobre un decrépito diario de tapas negras cuyas esquinas estaban agrietadas y combadas hacia el interior.

¿Cuántos años debía de tener ese objeto?

Khalani miró de reojo la nueva selección de libros que había sobre el escritorio de Winnie. Leyó con dificultad: *El gran Gatsby*, *Lo que el viento se llevó*, *Orgullo y prejuicio*.

Frunció el ceño. Qué títulos tan extraños… No le decían nada.

—Hola, Winnie —saludó.

Winnie dio un respingo y, sin querer, tiró el diario. El objeto negro se abrió en el suelo y Khalani se arrodilló.

—Ya lo recojo yo —dijo.

—¡No! —exclamó Winnie, apresurándose a arrebatarle el diario.

Se lo llevó al pecho con el rostro pálido y, acto seguido, se volvió hacia el tocadiscos y bajó el volumen—. Santo cielo, Khalani. Le has dado un susto de muerte a la pobre Winnie.

Khalani alzó las manos en señal de disculpa.

—No pretendía asustarte. Me han asignado de nuevo aquí. ¿Te dijo George por qué no pude venir estos últimos días?

La anciana tomó aliento y fue recuperando la compostura. Guardó el viejo diario en un cajón.

—Sí, querida. George se lo dijo a Winnie. Una cosa horrible. ¿Estás bien? ¿Quieres que Winnie te prepare una taza de té? —le propuso, con mirada preocupada.

—No, gracias. Estoy bien, lo prometo.

Aliviada, la anciana relajó los hombros.

—Menos mal. Winnie estaba muy preocupada y se alegra mucho de que hayas vuelto. El libro va muy bien. Winnie pensaba utilizarte como conejillo de Indias y leerte unas páginas para ver si está bien escrito.

Esbozó una sonrisa afectuosa.

Khalani desvió la mirada hacia el cajón donde había guardado a toda prisa el diario. Estaba sorprendida por su impetuosa reacción. Nunca la había visto moverse a esa velocidad.

—Oye, espero que no te importe que te lo pregunte, pero ¿en qué estabas trabajando cuando he llegado? —la interrogó Khalani, tratando de quitarle importancia, mientras Winnie sacaba la máquina de escribir.

La anciana se detuvo un instante, y Khalani advirtió que se ponía un poco tensa.

—Oh, no tiene ninguna importancia, querida. Es solo una recopilación de mis viejos pensamientos. Seguro que te aburrirían.

Con un ademán, prestó de nuevo atención a la máquina de

escribir.

Estaba mintiendo.

Khalani lo sabía. Se lo decía el ligero temblor que percibió en su mano y su voz más grave. ¿Por qué iba a mentir sobre un diario?

«Quizá sea solo eso, un diario», pensó Khalani, tratando de buscar una explicación.

Volvió a prestar atención a los libros sobre el escritorio. Acarició con la yema de los dedos la cubierta de una de las voluminosas novelas.

—*Lo que el viento se llevó* —repitió.

Winnie se giró hacia ella esbozando una sonrisa y sin señal de la incomodidad de unos minutos atrás.

—Uno de los favoritos de Winnie. Deberías leerlo.

—¿Es un manual de instrucciones para manejar el viento en la superficie?

Doblándose de risa, la anciana estuvo a punto de ahogarse ante la mirada perpleja de Khalani.

—Ah, querida, lo siento mucho. Me hace mucha gracia que pensemos que todos los libros son manuales o lecciones de historia. —Se secó una lágrima, aún riendo—. La historia trata de amor y de lucha, y tiene lugar en una época muy anterior al Gran Colapso. Fue un clásico de su tiempo.

Enarcando las cejas, le tendió entusiasmada el voluminoso ejemplar a Khalani.

—Pero ¿de qué sirve si no enseña nada?

—Querida niña, sirve a la vida. —La anciana alzó las manos para hacer hincapié en sus palabras—. Estos libros no están hechos para enseñar cómo funciona algo ni para dar lecciones de historia, sino para estimular el pensamiento y el alma. Para sumergirnos en las maravillas y adversidades del amor, la fuerza más poderosa del

universo —concluyó pletórica.

—Esa no es la fuerza más poderosa.

Winnie ladeó la cabeza.

—¿Cómo has dicho, querida?

Khalani resiguió con un dedo las letras doradas de la cubierta. Le bastaba con pensar en ellos para que un peso enorme le atenazara el pecho y le provocara un nudo en la garganta.

Se los había llevado el viento.

La fuerza más poderosa no era el amor.

—Es la muerte. La muerte es más poderosa.

La muerte llegaba a todos. Nadie podía escapar. La muerte era más segura que la vida. Era un final garantizado, que ahora se precipitaba hacia ella a toda velocidad, más rápida que una bala.

Volvió a pensar en Takeshi. ¿Por qué le había pedido ayuda si el final sería, inevitablemente, el mismo? No podía detener lo que estaba por llegar. ¿Para qué luchar?

¿De qué servía?

La anciana juntó las manos y se miró los nudillos blancos como si contuvieran todas las respuestas. Un prolongado silencio se cernió sobre ellas hasta que decidió retomar la palabra.

—¿Sabes? Winnie tenía una hija.

Khalani alzó la cabeza de golpe. Nunca había mencionado nada de eso.

—Se llamaba Sarah.

La dulce voz de la anciana resonó en la estancia, deteniéndolo todo. Como si lo único que existiera en el mundo fuera su historia.

—Winnie no lo tenía planeado. Se escapó una noche con un noble. Al ser rico e influyente, no podían verlo con alguien tan pobre como ella. Pero a Winnie no le importó. Estaba enamorada. Cuando Winnie se enteró de que estaba embarazada, sintió que la

embargaba la felicidad. Pero, en cuanto se lo dijo, el noble la dejó sin tan siquiera despedirse. Ni siquiera le escribió una nota.

»Winnie lloró sin cesar. Estaba sola. Asustada. Quería deshacerse del bebé. Dárselo a otra persona para que lo cuidara porque él la había abandonado al saber que estaba embarazada. Pero entonces nació Sarah. Tenía unos pies tan pequeños… —Una leve sonrisa le curvó las comisuras de los labios y se le empañaron los ojos—. Winnie contó cada dedito de cada pie, y se enamoró de todos. Sarah era la criatura más hermosa que había visto nunca. Fue amor a primera vista. Como si Winnie hubiese nacido para quererla. Sentía una gran emoción, tan intensa que pensaba que iba a consumirla. Los pocos años que tuvo con Sarah fueron los más felices de su vida.

—¿Qué le ocurrió? —se apresuró a preguntar Khalani.

—Se puso enferma. —La angustia se reflejó en sus ojos—. Winnie la llevó al médico, y le dijeron que la infección se le estaba propagando a los pulmones. Winnie no tenía dinero para medicamentos y la mandaron a casa. Sarah murió en sus brazos aquella misma noche —confesó con la voz quebrada.

A Khalani se le llenaron los ojos de lágrimas por la tristeza e injusticia de lo que acababa de oír. Winnie era un ser de luz, y estaba hecha para los colores, para la felicidad. Deseó poder embotellar todo aquel dolor, lanzarlo a la pared y destruirlo. Pero nada iba a borrar el pasado.

—Lo siento mucho, Winnie —susurró.

—¿Quieres saber por qué Winnie aún sonríe y sigue adelante?

Khalani asintió, respirando entrecortadamente.

—Porque los muertos no desean que mueras con ellos —afirmó Winnie—. El amor trasciende el espacio y el tiempo. No tiene límites. Querida niña, el amor es más fuerte que la muerte porque, si

quieres de verdad a una persona, esa persona nunca muere. Sarah sigue viviendo. En mí. Y tus padres siguen viviendo en ti.

Khalani agachó la cabeza y vio que le temblaban las manos. Trató de contener las emociones, pero se sentía abrumada. Todas sus equivocaciones, su sufrimiento y sus remordimientos se abatieron sobre su frágil cuerpo como una losa infinita. Era demasiado.

Se le escapó un sollozo. Luego otro. Y otro más, hasta que sus lamentos invadieron la estancia. Estuvo a punto de caer de rodillas al suelo.

Sin embargo, unos brazos fuertes la rodearon y la sostuvieron.

—Ya está, ya está, dulce niña —susurraba Winnie sin cesar, acariciándole el cabello con suavidad.

Khalani enterró el rostro en el hombro de la anciana y se dejó llevar por el llanto. Se aferró a ella como si su vida dependiera de ello.

Si tuviera la oportunidad de hablar con sus padres, gritaría al cielo que lamentaba no haberles pedido que se quedaran en casa ese día, no haberles dicho lo mucho los amaba. Que lamentaba haberlos odiado por dejarla sola. Que lamentaba rendirse, año tras año. Que lamentaba haber querido morir.

Khalani había estado sola durante mucho tiempo. Le habían robado la juventud, y el dolor y el sufrimiento se habían acumulado en su camino al no tener a nadie cerca que aligerara el peso. Nadie había estado allí para consolarla o decirle que no era culpa suya.

Antes de Braderhelm, Khalani había vivido como una máquina programada para caminar sin dirección, propósito o convicción.

Creyó que su vida había terminado cuando la condenaron a prisión. Pero algo le había impedido rendirse. Hasta entonces, no lo había entendido: el dolor y la tristeza eran incluso más intensos, la

angustia seguía allí… Pero ahora todo aquel sufrimiento ya no importaba.

Porque había cambiado.

La transformación se había producido al abrir el libro de Douglas. La poesía la había introducido a un mundo lleno de arte, de arrebato, y le había mostrado lo hermoso que era abrazar la caída y desafiar la adversidad. La poesía le había enseñado que había cosas por las que valía la pena luchar, sobrevivir.

Cada día, su pobre y roto corazón, lleno de huecos y fragmentos perdidos, amenazaba con desbordarse. Cada parte de su cuerpo anhelaba la caricia de sus padres, sus voces. Como si, en cualquier momento, todos aquellos sentimientos fueran a explotar de forma inexorable. Nada podía describir la profundidad de esas emociones.

Pero ¿y las palabras? ¿Acaso podían encapsular el universo?

El universo también era infinito, como las palabras.

En ellas residía el único poder capaz de destrozarte y reconstruirte al mismo tiempo. Un sentimiento puro que hace que te enojes con el mundo en un instante y, al siguiente, te lleva a sus cumbres más altas para que contemples, asombrada, sus maravillas.

Amar implicaba seguir adelante.

Por eso le había pedido a Takeshi que la entrenara.

Su fría existencia se había extinguido y había estallado para crear algo mucho más poderoso. Khalani se abrazó con más fuerza a Winnie mientras la ola gigantesca de sus emociones le rompía con fuerza en el pecho.

Y Winnie no la soltó.

Aquella misma noche, cuando Khalani volvió a la celda, las palabras fluyeron como si siempre las hubiese llevado grabadas en la piel. Ojalá pudiera gritarlas hacia el espacio y expandirse junto a él durante el resto de la eternidad.

El monstruo en mí

En mí hay heridas,
costras sangrantes, cicatrices del pasado.
Con un inmenso peso cargo.
Tensas cascadas como lágrimas de cera
me abrasan la espalda.
¿Sabías que el monstruo era yo?

Voces en grito estremecen la tierra,
pisotean esperanzas y avivan las dudas.
Pero he hecho del miedo mi amigo.
Grabo errores en mi corazón
y tacho y borro aciertos.
¿Sabías que el monstruo era yo?

Nunca serás lo bastante buena.
Nunca te querrán lo suficiente.
Nunca serás lo bastante fuerte.
Ah, mentiras retorcidas y maliciosas,
¡qué pronto os transformáis en verdades perversas!
Pero yo contraataco con palabras destructoras.
Seré la primera en hacerlo.
Y en hacer más daño.
¿Sabías que el monstruo era yo?

Mi voluntad cedió el trono
y la derrota me postró.

Me preparé para el último golpe.
Pero a lo lejos oí el grito de luchas atroces
y la vida se aferró a mí.
Y cuando el puño de la muerte llamó a mi puerta,
se frenó al verme.
¿Sabías que el monstruo era yo?

He sobrevivido a los peores días,
las noches más frías y solitarias.
Ahora mis ojos se abren por los que los cierran
y la voz en mi voz despierta.
Mis cicatrices supuran una historia:
la de alguien más fuerte que el acero
y más temible que la muerte.
Ahora empuño la espada de la vida y grito:
recordarás que el monstruo siempre fui yo.

15

Que cada paso que des sea un abierto desafío.

Khalani permaneció en pie ante su celda, en silencio, jugueteando con las mangas del sucio uniforme. Llevaba toda la semana esperando ese día. Por fin Takeshi iba a entrenarla.

Había usado una ficha para la ducha esa misma mañana y, presa de los nervios, había restregado con furia la suciedad y la mugre hasta que la piel había adoptado un tono encarnado. Una vez vestida, se dirigió al bloque, lanzando miradas de reojo al pasillo, expectante.

Desde la charla con Winnie, abría los ojos cada mañana con energías renovadas. Con una nueva razón de ser. Apolo la había dejado arder y la había escupido con una llamarada. Magullada y molida, pero viva.

Y eso había sido un error tremendo, porque las sustancias más fuertes se forjaban en fuego. Estaba preparada para enfrentarse a quien fuera y lo que fuera, enemigo, barrera o demonio, que se interpusiera en su camino. Vivir supondría su último acto de rebeldía. Y el primer obstáculo en su camino era el intimidante capitán.

Pese a conocer a Takeshi solo desde hacía un par de meses, sentía que entre ellos había algo, y la parte mala de ese algo

superaba la buena. Él era insufrible y ella era una piedra en su zapato. Estaba segura de que incluso había afilado su colección personal de cuchillos para ese día.

Aun así, no se echó atrás. No lo haría por nada del mundo. Esperó.

Y esperó.

¿Por qué tardaba tanto? Miró hacia ambos lados del pasillo, pero no se veía ni rastro del capitán. ¿Lo había olvidado? Nada más pensarlo, una sonrisa le curvó las comisuras de los labios. Era Takeshi. No olvidaba nada.

—¡Kanes!

Un escalofrío le recorrió la espalda al oír esa voz grave. Se volvió despacio y tomó aliento.

Takeshi venía hacia ella, y el mismísimo aire parecía combarse a su alrededor. No, «venía» no era la palabra correcta. Takeshi caminaba con decisión, como si el latigazo de la muerte y la tenacidad humana se hubieran conjugado en sus pisadas. Cada paso que daba estaba impreso de serena confianza, como si pudiera enfrentarse a todo un ejército y salir victorioso.

Sus ojos oscuros se posaron en los de Khalani, y esta sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Por un segundo, he pensado que habías cambiado de opinión.

Una descarga eléctrica la recorrió a medida que el corpulento capitán se acercaba por el pasillo.

Se detuvo ante la celda, y se le suavizó la expresión hasta convertirse en una máscara impenetrable. Reflexivo y estoico, parecía tallado en mármol. La única prueba de que sentía algo era el brillo de sus ojos, que entornó y clavó en los de Khalani, como si la desafiara a salir corriendo.

—Ya deberías saber que yo no me echo atrás, Kanes —afirmó

por encima de su cabeza con una voz tan profunda que Khalani no pudo sino encogerse.

Sin embargo, se negó a sentirse intimidada.

Irguió la cabeza y le devolvió la misma mirada desafiante.

«Tú mueves, capitán».

—Acabemos con esto —soltó, dándose la vuelta de repente y alejándose con grandes zancadas por el pasillo.

Khalani se apresuró a seguirlo, mirando a un lado y a otro en busca de testigos, pero no había ni un alma. Todo el mundo estaba en el foso. Takeshi entró en el ascensor y se situó en la esquina más al fondo con los brazos cruzados. Khalani se apoyó en la pared frente a él y ambos guardaron silencio mientras el aparato bajaba. Trató de distraerse jugueteando con el dobladillo del sucio uniforme, pero le resultaba imposible ignorar su presencia.

—Así que… —Carraspeó—. He visto que estos últimos días has estado un poco ausente.

Como si no hubiera dicho nada, Takeshi permaneció con la mirada clavada al frente.

—No has pronunciado palabra desde la enfermería.

Silencio.

—Vale, vale. Cuidado, no vayas a morderte la lengua —murmuró Khalani poniendo los ojos en blanco.

Mierda. El ascensor era demasiado pequeño. De hecho, Braderhelm no era lo bastante grande para los dos.

—¿Y a qué se debe tu repentino interés en mi paradero? —preguntó Takeshi.

Ella apretó los dientes.

—No me interesa. Me ha sorprendido no verte estos días en los que he estado encerrada en la celda. Eso es todo.

—¿De verdad? Pues casi se diría que me has echado de menos.

—Antes echaría de menos limpiar los retretes —se apresuró a replicar ella—. Me preocupaba que no cumplieras tu palabra. Nada más.

—¿Tantas ganas tienes de que te haga daño? —preguntó, mirándola con el rabillo del ojo.

Sintió una extraña sensación en el estómago.

—¿Cómo? No. Eso no es lo que…

—Vamos, Kanes.

La puerta del ascensor se abrió en el nivel inferior de Braderhelm. Khalani advirtió un cambio fugaz y apenas imperceptible en su expresión, pero Takeshi se apresuró a salir antes de que ella pudiera interpretarla.

Lanzando un profundo suspiro, miró hacia el oscuro pasillo. La tenue luz de varias antorchas ni siquiera aliviaba los escalofríos que la recorrían. Se le erizó el vello de los brazos y, de repente, sintió ganas de hacer pis.

—¿Adónde vamos?

—Pronto lo sabrás —respondió él con aire críptico.

Al final del pasillo se alzaba una oscura puerta metálica. Takeshi la abrió, y a Khalani se le dilataron las pupilas al ver cómo se le marcaban los bíceps. Al cruzar el umbral, vio que estaban en una iglesia.

En el precioso techo abovedado había unos frescos de ángeles que blandían espadas de fuego en medio de unas nubes blancas. Una gran cruz de madera colgaba en la pared del altar.

No se veían bancos ni fieles.

En claro contraste con las pinturas celestiales, una arena de combate dominaba el centro de la sala, evocando el brutal foso. En el rincón más alejado se acumulaban pesas y máquinas de entrenamiento.

Khalani enarcó las cejas mientras volvía a alzar la mirada hacia el techo, cautivada por los hermosos frescos. Takeshi permaneció en silencio, estudiando su reacción mientras ella absorbía el entorno con la boca entreabierta.

—¿Dónde estamos? —preguntó sin aliento.

—Esta sala se remonta a los orígenes de Braderhelm —respondió Takeshi—. Originalmente, estaba pensada como lugar de culto para cualquiera que quisiera implorarle a Dios por la Tierra.

Sus palabras rebotaron contra las paredes.

—Cuando terminaron de construir la prisión —continuó—, Frederick Braderhelm se convirtió en alcaide y dijo que las plegarias eran para los débiles. Decidió que este espacio sería más útil como sala de entrenamiento para los guardias.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué dejó la cruz?

Takeshi llevó la mirada hacia la parte delantera, frunciendo los labios.

—Frederick Braderhelm era un manipulador sin compasión. Quería que, al verla, los guardias supieran que las puertas del cielo siempre estarían cerradas para ellos por los actos que cometieran en la prisión —dijo, bajando la voz.

Ella lo miró y sintió una punzada en el pecho.

—¿De verdad crees eso?

Takeshi tomó aliento y se volvió, casi obligándola a retroceder un paso ante la hostilidad que se reflejaba en sus ojos.

—No sientas lástima por mí, Kanes. He tomado todas mis decisiones de forma consciente. Si existe un Dios, el día de mi juicio estaré preparado.

La intensa confianza y determinación de sus palabras cortó el aire. En pie en medio de la iglesia, con su atuendo oscuro, Takeshi

parecía un ángel caído, listo para enfrentarse a cualquier obstáculo, incluso al mismo diablo.

Y, caray, cómo le favorecía.

Antes de que Khalani pudiera decir algo, el capitán se dirigió hacia unas taquillas grises que había en uno de los lados de la sala. Khalani siguió contemplando el lugar y casi no reparó en el montón de ropa que le lanzaba. La atrapó al vuelo, mirándolo con aire dubitativo.

—No puedes entrenar con el uniforme de prisionera. Estas prendas deportivas pertenecían a una de nuestras guardias. Hace poco consiguió su libertad, así que ahora son tuyas. Creo que las zapatillas que llevas ahora te quedan grandes. Prueba estas.

Sacó unas zapatillas negras de la taquilla y las arrojó al suelo.

—Gracias —dijo Khalani, inspeccionando la ropa.

Camiseta negra sin mangas y pantalones cortos negros. Eran pequeños y parecían de su talla. Y olían bien.

Sin querer, esbozó una sonrisa.

Por fin algo de ropa limpia. No era mucho, pero se abrazó a aquellas prendas como si le hubieran ofrecido el mayor regalo del mundo.

Al verla, Takeshi la miró extrañado.

—¿Qué? —espetó Khalani.

—Nada. Nunca te había visto sonreír así.

Kilómetros de distancia parecían separarlos. Sin embargo, él era capaz de recorrerlos con esa mirada de obsidiana, como si, de un solo vistazo, pudiera metérsele bajo la piel. Aunque su naturaleza era violenta, Khalani percibía un leve indicio de amabilidad en él.

No. Era evidente que estaba delirando; afirmar que Takeshi era amable podía equipararse a decir que la muerte era dulce. Lo creía más capaz de dormir acurrucado bajo una manta hecha de cuchillos

y de regalarle una táser a un bebé como juguete.

Frunció el ceño al ver que Takeshi recobraba de nuevo la actitud severa y hostil y se encaminaba hacia la puerta.

—Esperaré fuera mientras te vistes. Avisa cuando estés —dijo sin mirar atrás.

El portazo rebotó contra cada ángel que surcaba el techo. Khalani se encogió de hombros ante otra de sus ya habituales muestras de mal humor y empezó a ponerse la ropa de entrenamiento. Había perdido mucho peso y la dueña anterior estaba mejor dotada que ella, pero la camiseta negra de tirantes no le quedaba mal. Y, aunque los pantalones cortos se le ajustaban a los muslos y al trasero, podía moverse con comodidad. Las zapatillas le apretaban un poco, pero le iban mucho mejor que las anteriores.

Giró sobre sí misma y se llevó las manos al pecho, sintiéndose normal. Pese a que era un sentimiento fugaz, para ella resultaba importante. Echó la cabeza hacia atrás y disfrutó unos segundos más de aquella sensación.

Ante ella solo se dibujaba un camino: el del futuro. Khalani asintió con determinación y caminó hacia la puerta.

Takeshi la abrió en cuanto la golpeó con los nudillos. La miró de arriba abajo y parpadeó un par de veces con un ligero centelleo en los ojos. Trazando una línea sombría con los labios, frunció el ceño.

¿Tan mal aspecto tenía?

—¿Pasa algo? —preguntó Khalani, incómoda.

El capitán contrajo sin querer la mandíbula y cerró la puerta sin responder a su pregunta.

—Terminemos con esto —dijo, rozándola al pasar.

Por supuesto que no iba a responderle. Seguro que los hombres como él eran sombríos y taciturnos de nacimiento.

Perpleja, Khalani lo siguió hasta el centro. Unas barras negras

rodeaban el cuadrilátero de arena. Khalani alzó la pierna por encima de la barra recubierta de goma y la sorteó con menos gracia que Takeshi, que ya la esperaba en el centro. Sintió escalofríos.

Era todo de lo más inquietante. Alzó la vista hacia la impactante imagen del ejército celestial librando una guerra sobre sus cabezas.

Cuánta belleza y cuánta violencia; era el himno de la humanidad.

—¿Y si alguien entra? —le preguntó.

Takeshi negó con la cabeza.

—Los guardias no vienen por aquí a esta hora. O están en el foso o haciendo la ronda. No hay cámaras, así que estamos solos.

A Khalani se le aceleró el pulso y se secó las manos sudorosas en la tela del pantalón. Otra vez.

—En primer lugar, estableceremos unas reglas básicas —anunció él, haciendo crujir los nudillos—. Bien, para aprender, debes entender que, en esta arena, yo estoy al mando. —Khalani sintió que su voz ronca le rebotaba por todo el cuerpo y se puso tensa al oír aquellas palabras—. Lo que significa que, si yo digo que hagas algo, tú obedeces. Sin discutir. Sin quejarte. Sin rendirte. Tienes que confiar en mí, en que conozco tus límites y en que, si te ordeno algo, es por tu propio bien. ¿Entendido?

Ella soltó un profundo suspiro ante los riesgos que estaba asumiendo.

—Sí —aceptó.

—En segundo lugar —continuó Takeshi—, no debes contarle nada a nadie de estas lecciones. Y «nadie» incluye a tus tres amigos. ¿Está claro?

Eso ya se lo imaginaba.

Takeshi esperó a que ella asintiera antes de proseguir.

—Y por último… —añadió al tiempo que daba un paso hacia ella —. Si tengo la más mínima sospecha de que pretendes usar

cualquier arma o habilidad fuera de esta arena contra mí, ¿qué ocurrirá?

—Me matarás —respondió con ansiedad y los nervios a flor de piel.

Takeshi asintió con la cabeza, tensando la mandíbula.

—Es el único aviso que te daré —concluyó, inmóvil y con determinación.

Khalani no tenía intención de descubrir si era un farol. No lo conocía mucho, pero ya había comprendido una cosa: si Takeshi Steele profería una amenaza, la cumplía.

—Entendido.

Khalani estiró la columna y se mostró tan dispuesta como pudo.

—Bien. Ahora, atácame.

Takeshi se colocó justo en el centro del cuadrilátero y la miró con los brazos colgando a los lados y las piernas abiertas en una postura firme.

—¿Atacarte?

¿Lo había oído bien?

Él enarcó una ceja.

—Sí. Tienes la oportunidad de atacar al capitán de Braderhelm, Kanes. ¿O no eres más que puro cuento?

A Khalani le centellearon los ojos, quizá alimentados por la venganza. O por el deseo de cobrarse cada pizca de dolor que había recibido en Braderhelm.

Flexionó el cuello y se preparó.

«Allá vamos».

Con los puños alzados a la altura del pecho, avanzó despacio hacia Takeshi. Él permaneció inmóvil, sin contraer ni un solo músculo. Solo movía los ojos, siguiendo sus gestos completamente concentrado.

Aunque era Khalani quien atacaba, por alguna razón, sentía que ella era la presa. Takeshi irradiaba una energía silenciosa que la obligaba a bombear adrenalina. Ya estaban a un brazo de distancia.

¿De verdad iba a hacerlo?

Lo miró a los ojos, aún insegura. Takeshi se limitó a asentir con la cabeza. Fue toda la confirmación que Khalani necesitaba.

Se precipitó hacia él y le lanzó un puñetazo al rostro.

Con una rapidez tal que Khalani apenas captó el movimiento, Takeshi se inclinó hacia un lado y le agarró la muñeca. En el instante siguiente, llevó el pie hacia la parte trasera del tobillo de Khalani para hacer palanca y usar su peso en su contra.

Antes de que comprendiera qué estaba ocurriendo, Khalani cayó de espaldas jadeando.

Sin apenas despeinarse, Takeshi se cernió sobre ella con los brazos en jarras.

—¿Sabes por qué me ha resultado tan fácil?

Khalani se sonrojó.

—Porque eres más fuerte que yo.

—No. Ya aprenderás que no tiene nada que ver con la fuerza. En pie —ordenó, retrocediendo un paso.

Khalani apretó los dientes y se obligó a levantarse. No entendía cómo él, con lo corpulento que era, se movía con tanta agilidad, mientras que ella se tambaleaba como si estuviera borracha. Cerró los ojos para concentrarse de nuevo.

De repente, le barrió los pies y Khalani cayó de bruces contra el suelo. Sintió un dolor agudo en la nariz, pero se incorporó enseguida.

—¡¿A qué demonios ha venido eso?! —protestó, llevándose la mano a la nariz al tiempo que hacía una mueca.

Takeshi la miró sin atisbo de culpa.

—No pierdas de vista a tu oponente, Kanes. Otra vez.

Trató de controlar la respiración, pero una oleada de ira la recorrió y apretó los puños a los costados del cuerpo. Takeshi se cuadró, listo para hacerle frente.

En esta ocasión, Khalani se movió más rápido para sorprenderlo. Se inclinó hacia abajo, tratando de golpearle el estómago mientras mantenía la vista clavada en sus piernas.

Takeshi le apartó la mano, la agarró del cabello y la giró, dejándola de espaldas contra su pecho. Khalani sofocó un grito de dolor cuando le retorció el brazo de forma brutal. Tenía la cabeza apoyada contra su pecho mientras él la sujetaba del pelo con la mano izquierda en un gesto de un dolor casi insoportable.

Trató de zafarse, pero Takeshi le agarró la otra muñeca y la inmovilizó.

Desesperada, Khalani trató de pisarlo o de propinarle una patada en la entrepierna.

—Mueve el pie un centímetro más y te dislocaré el hombro —le susurró con aspereza al oído.

Temblando, Khalani se quedó inmóvil, completamente consciente de todos los movimientos del poderoso cuerpo de Takeshi. Sentía su aliento en el oído; notaba cómo le subía y bajaba el pecho a un ritmo tranquilo, en claro contraste con su respiración entrecortada; los dedos que le agarraban el codo, inmovilizándola; el pelo, tirante en su mano.

—Has hecho trampa —resopló enfadada.

—En una pelea no existen reglas.

Khalani sintió ganas de gritar y apartó de un soplido un mechón rebelde que le caía sobre el rostro. Empezaba a pensar que Takeshi había aceptado las sesiones de entrenamiento solo para humillarla, como venganza por todas las veces que ella le había causado

problemas.

—Suéltame —escupió.

—¿No sabes pedirlo con educación?

—Lo siento, me he dejado los modales en la celda.

Takeshi le levantó un poco más el codo, y el dolor hizo que se doblara sobre sí misma.

—¡Está bien, está bien! Lo siento. Por favor, suéltame.

Takeshi la liberó, y Khalani torció el gesto mientras se frotaba el brazo con delicadeza.

—Podrías haberme hecho mucho daño —dijo, fulminándolo con la mirada.

—Es cierto —respondió él sin disculparse—. Pero no ha sido así. Y con esa manera de dejar tu guardia abierta, podría haberte golpeado en la cara, que es lo que harán sin duda tus oponentes. He elegido una opción menos dolorosa.

—¿Y se supone que tú me estás entrenando? —exclamó, con las fosas nasales dilatadas—. Solo te dedicas a golpearme.

De repente, se enfrentó a ella.

—Kanes, me has dicho que querías aprender. ¿Recuerdas que he dicho que aquí mandaba yo?

Se quedó esperando una respuesta.

—Sí —refunfuñó ella.

—Bien, pues aquí va tu primera lección: no te dejes gobernar por las emociones.

Khalani alzó la cabeza con brusquedad.

—Yo no hago eso.

Takeshi la miró fijamente con sus ojos oscuros.

—Vuelve a replicarme y saldrás de aquí a rastras.

Khalani quería gritarle que se equivocaba, pero eso solo demostraría que tenía razón.

—Lo siento. Te escucho —dijo, mordiéndose la lengua.

—Cuando te enfadas, respondes con movimientos erráticos. Podría haberte bloqueado con ambas manos atadas a la espalda —afirmó con cierto aire aburrido.

Ella resopló con amargura y se atusó el pelo despeinado.

—Entonces, ¿qué hago?

—Identifica tus puntos débiles.

Despacio, Takeshi comenzó a caminar en círculo a su alrededor, como si fuera un depredador de verdad.

Sin perderlo de vista, Khalani fue girando sobre sí misma.

—En la arena, no hay lugar para el orgullo.

Su voz resonó por toda la estancia; su timbre grave la atravesó hasta calarle los huesos.

—Me proponía algo con esta derrota tan contundente: demostrarte que estás muy lejos de ganar una pelea. La mitad de la batalla está aquí. —Takeshi se señaló con un dedo la cabeza. Luego dio un paso adelante y le colocó un dedo en el pecho—. No aquí.

La miró fijamente mientras le daba unos golpecitos con el dedo sobre el corazón. Khalani contuvo la respiración con el pulso acelerado.

Takeshi se detuvo al advertirlo.

—Tienes que controlar la mente para compensar tus debilidades. Te enfrentarás a oponentes mucho más grandes que tú, así que debes confiar en la velocidad más que en la fuerza. Aunque… —Le apoyó una mano en la clavícula, y Khalani se estremeció cuando la recorrió con los dedos hasta posar la palma callosa en su brazo. Le apretó el bíceps, o más bien la ausencia de este, y le dedicó una mirada de desaprobación—. Esto hay que trabajarlo.

Khalani frunció el ceño. Pues claro que tenía músculos, solo que no eran perceptibles a simple vista.

Y Takeshi seguía con la mano en su brazo. Sus miradas se encontraron; él la soltó con brusquedad y dio media vuelta, dispuesto a abandonar el cuadrilátero.

—Ahora que sabes que no estás lista para pelear, podemos avanzar.

Salvó las barras de un salto.

En ese momento, Khalani recordó que tenía que respirar.

—¿Avanzar con qué? —preguntó, arqueando las cejas.

—Si hay alguna debilidad que puedas controlar, trabaja sin descanso hasta convertirla en una fortaleza.

Takeshi tomó unas pesas del estante que estaba al otro lado de la sala. Khalani se colocó un par de mechones sueltos detrás de las orejas. Aquello era excesivo, más de lo que pensaba. Al ver que no se movía, Takeshi se volvió hacia ella.

—Las pesas no van a levantarse solas, Kanes.

Durante la siguiente hora, levantó mancuernas sin cesar y trabajó en varias máquinas, sudando más de lo que nunca había sudado en los túneles. Takeshi fue implacable. Cuando aumentaba el número de repeticiones y el peso, Khalani protestaba, aguijoneada por el dolor y las ganas de capitular. Pero Takeshi la vigilaba de cerca.

No era de los que gritaban. No. Era peor. Le leía la mente.

—Me simplificarías el trabajo si te rindieras —susurró.

Khalani lo fulminó con la mirada, pero ese capullo sabía lo que se hacía, porque, cada vez que la insultaba, ella se esforzaba más.

Le quedaba poco para terminar la serie de cincuenta flexiones. Los brazos le temblaban cuando bajaba. Sudaba a mares, y los finos mechones se le pegaban a la frente.

Takeshi se agachó para observarla. El esfuerzo para levantarse se multiplicó por diez.

Desesperada, clavó la mirada en el suelo, deseando que el suplicio terminara de una vez. En medio de la flexión, le cedieron los brazos. Aunque trató de levantarse con un gruñido, sus extremidades parecían estar hechas de fideos y no le respondían. No podía continuar.

—No has terminado —la reprendió Takeshi en voz baja.

—Ya lo sé, pero he decidido que voy a quedarme aquí un rato —dijo mirando el suelo.

Ni siquiera tenía energía para levantar la cabeza. Resultaba casi cómico.

—Levántate, Kanes. Aún te faltan dos.

Tras una pausa, Takeshi se puso en pie.

—Qué lástima. Casi me habías convencido de que estaba equivocado contigo.

Sorprendida por sus palabras, Khalani encontró la energía suficiente para girar la cabeza hacia él.

—¿A qué te refieres con eso?

—Ya imaginaba que no ibas a soportar ni un entrenamiento. Puedo identificar a las personas que se dan por vencidas a kilómetros de distancia. Y tú eres una de ellas.

Odiaba. A. Takeshi. Steele.

Con un gruñido, reunió las pocas fuerzas que le quedaban e hizo dos flexiones más. Una… «Vamos, Khalani…». Dos. Satisfecha, suspiró e incluso logró ponerse en pie.

Tambaleándose, se acercó a Takeshi, que la miraba con expresión inescrutable.

—Espero que sepas lo que es la decepción porque voy a demostrarte que estás equivocado en todo —dijo, jadeando.

—Bien. —En sus ojos brilló un fuego abrasador—. Ni siquiera te he hecho suplicar.

Sus palabras le provocaron una sensación de lo más extraña. La energía dominante de Takeshi la rodeó, atenazándole el pecho.

—Pues ya puedes empezar a rezar, porque eso no va a suceder —dijo, alzando el mentón con aire desafiante e ignorando el sentido común, que le decía que no lo hiciera enfadar y que huyera ahora que podía.

Pero… al diablo con él.

—¿Tú rezas, Kanes?

Khalani dio un respingo, sorprendida por la pregunta.

—No.

Una leve pero peligrosa sonrisa apareció en sus labios.

—Pues sigue sacándome de quicio y te verás obligada a hacerlo. Si se me mete algo entre ceja y ceja… —Inclinó la cabeza, de modo que solo los separaban unos pocos centímetros—, solo Dios puede impedir que no lo consiga.

Khalani soltó un suspiro al ver que daba media vuelta y se encaminaba hacia la puerta.

Cada vez le resultaba más difícil respirar cerca de Takeshi; era como si el mismísimo aire le perteneciera.

Alzó los ojos hacia el techo, pero ninguno de los ángeles le devolvió la mirada.

Más bien parecían decirle: «Que tengas suerte».

16

No arregles las grietas y fragmentos rotos de mi escultura. Su belleza imperfecta captura mis fracasos.

Las siguientes semanas se sucedieron en una rutina atroz que hizo que Khalani se preguntara si no había perdido el juicio. Más de una vez. Takeshi se había negado a entrenarla en técnicas de combate hasta que sus músculos superaran su tamaño microscópico.

Esas habían sido sus palabras exactas.

Así que la presionaba. La hacía trabajar hasta el punto de que caminar le resultaba doloroso y respirar ya no era un acto inconsciente y sencillo, sino un intento desesperado de buscar alivio. Le dolían los músculos en lugares donde ni siquiera sabía que existían. Y Takeshi no se daba por satisfecho hasta que se desplomaba en el suelo como si fuera un trapo harapiento y mojado. Solo entonces mostraba clemencia y le decía que habían terminado.

Pese a que no lo mostraba, Khalani sabía que en el fondo disfrutaba atormentándola. El muy capullo. Y ella debía de haber perdido el juicio, porque siempre regresaba.

Justo hoy era uno de esos días en los que notaba que alguien podría arrancarle los brazos si se los estirara lo suficiente. Soltó un gemido de dolor al no poder alzar una roca de tamaño medio para

ponerla en la carretilla y se masajeó el tríceps.

«Venga, bracitos blandengues. No me abandonéis ahora».

—Nada grita más «soltera y sola» como tener que darte masajes a ti misma —dijo Derek mientras le quitaba la roca de las manos.

Khalani puso los ojos en blanco y se secó el sudor de la frente.

—Estamos en prisión, Derek. Tú haces lo mismo.

—Es verdad, pero en privado —respondió, encogiéndose de hombros y esbozando una tímida sonrisa.

Khalani torció el gesto.

—Puaj, qué asco.

Agarró unas rocas más ligeras y siguió trabajando. Si se detenía, los guardias lo notarían, y no quería sentir más dolor.

Takeshi era el empleado estrella en ese aspecto.

Derek ladeó la cabeza.

—¿El capitán Steele aún te tiene en el turno de los túneles?

Para excusar su ausencia, Khalani les había dicho a Serene, Derek y Adan que Takeshi la había pillado intentando robar analgésicos de la enfermería y que la había castigado a hacer un turno extra en los túneles y a recibir azotes cada día durante el descanso en el foso. No se le había ocurrido nada más creíble.

Justo cuando estaba asintiendo con la cabeza, oyó una voz temblorosa a sus espaldas.

—¿Prisionera 317?

Al darse la vuelta, se encontró con un guardia un poco más alto que ella al que no había visto nunca. Era bastante joven, con cara de niño, cabeza rapada y ojos tan claros que casi parecían amarillos.

—¿Sí? —dijo, frunciendo el ceño.

El joven se irguió aún más.

—Acompáñame.

Se tensó. ¿Habían descubierto que Takeshi la estaba

entrenando? ¿Iban a mandarla a la superficie? Jamás en el pasado la habían sacado del turno matutino.

Sabía qué esperar de lo habitual. En lo habitual, se sucedían las mismas batallas y obstáculos. Se podía sobrevivir a lo habitual. Pero en lo desconocido… En lo desconocido habitaba el terror.

Asintió con un nudo en la garganta, a sabiendas de que no tenía alternativa. El guardia la condujo al exterior del túnel, y Khalani echó un vistazo por encima del hombro. Derek la observaba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

El joven guardia no respondió, y el ambiente se volvió pesado con tanto silencio. Lo siguió por los pasillos fríos y mal iluminados, sin tiempo para reflexionar.

Con el alma en vilo, subieron varios niveles en el ascensor y llegaron ante una oscura puerta metálica. El guardia llamó con tres fuertes golpes.

—¡Adelante! —gritó desde el otro lado un hombre con voz ronca.

El joven se apartó, cediéndole el paso.

—El alcaide quiere verte.

A Khalani casi se le salieron los ojos de las órbitas. Nunca había conocido al alcaide, el líder de la prisión de Braderhelm.

Con un escalofrío, miró de soslayo al joven guardia, pero este se negó a devolverle la mirada. Sujetaba el arma contra el pecho y permaneció rígido junto a la puerta.

—Vamos —ordenó.

«Respira. Solo respira».

Cerrando los ojos, abrió la puerta.

Tras un fuerte chirrido que anunció su presencia, entró en una sala antigua, cuatro veces más grande que su fría celda. Unas llamas chisporroteaban en la chimenea, junto a la que había un hombre

corpulento y vestido con un traje gastado.

El alcaide tenía un bigote negro en forma de manillar y llevaba el cabello engominado y peinado hacia atrás. Al verla, alzó los ojos de la pantalla táctil que sostenía.

—Ah, 317. Pasa.

Khalani dio un paso vacilante. Se sobresaltó cuando el guardia cerró la puerta de golpe tras ella y la dejó sola con el alcaide.

Observó todo lo que la rodeaba con atención, buscando cualquier cosa que pudiera usar como arma. Pero no encontró nada. Ni siquiera un bolígrafo. La estancia, tenuemente iluminada, contenía solo un escritorio de mármol negro, una alfombra dorada extendida en el centro, un gabinete de caoba oscura y dos sillones desgastados junto a la gran chimenea.

—Solo estamos tú y yo, 317. Por favor, toma asiento —le ofreció el alcaide, señalando el sillón rojo idéntico que estaba frente al suyo.

Khalani se acercó, retorciéndose las manos. El alcaide dejó el dispositivo a un lado y, con los codos apoyados en los reposabrazos y las yemas de los dedos unidas frente al rostro, la estudió con atención mientras ella se sentaba.

Khalani no dejaba de juguetear con la tela del uniforme, con una única idea en la cabeza: huir de allí. Esperó a que hablara, convencida de que serían malas noticias. Así era como se preparaba mentalmente: esperando siempre el peor desenlace.

—¿Qué te está pareciendo Braderhelm? —preguntó él al fin.

La pregunta le extrañó. El pulso se le aceleró ante tanta tranquilidad y cortesía, e intuyó que la estaba atrayendo hacia una trampa que había tendido con esmero.

—Hum… Muy bien, señor.

Sin bajar las manos, el hombre soltó una carcajada.

—Preferiría que no mintieses —sugirió.

El sudor le perló la frente, y se revolvió en el asiento, incómoda. No le gustaban aquellos ojos brillantes y perspicaces, que buscaban respuestas a preguntas que no había formulado y parecían encerrarla en una jaula sin que se diera cuenta. Montañas de secretos que ella desconocía se ocultaban tras esa mirada.

—Podría ser algo más colorida.

El corazón le latía desbocado, como si caminara sobre una alfombra de pinchos.

El alcaide ladeó la cabeza y se llevó la mano al rostro, ocultándolo parcialmente.

—¿Crees que Apolo tiene más color?

—Es lo único que conozco —admitió Khalani retorciéndose los dedos.

—Tu familia no era lo bastante rica como para recibir un pase de un día a Génesis.

Khalani negó con la cabeza y apretó los dientes al oír que mencionaba a su familia. ¿Qué se proponía con eso?

—Es curioso. —El alcaide se recostó, fijando su atención en ella —. El gobernador Huxley contactó conmigo hace poco. Mañana por la noche dará una cena en su mansión de Génesis a la que asistirán los miembros del Consejo y sus familias. Siempre utiliza a prisioneros como sirvientes. Creo que lo hace para fastidiar a sus consejeros.

Lo dijo con neutralidad e indiferencia, como si le diera igual que el gobernador y sus lacayos se tomaran un té con pastas en Génesis mientras el resto del mundo sufría.

El alcaide esperó una respuesta, estudiando su reacción.

—Pues… Es magnífico —dijo Khalani, forzando una sonrisa.

—Me alegro de que lo consideres así, porque el gobernador ha pedido que lo sirvas durante la cena —declaró, ladeando la cabeza.

En la estancia solo se oía el crepitar del fuego. Khalani

permaneció inmóvil, como si su mente no hubiera registrado lo que el alcaide acababa de decir.

Al cabo de un rato, negó con la cabeza.

—Lo siento, pero debe de tratarse de un error. Quizá se ha equivocado de prisionera.

Tras las manos, el alcaide sonrió despacio.

—Si estuviera en tu lugar, yo pensaría lo mismo. Pero te aseguro que no es un error. Mañana viajarás a Génesis acompañada de unos pocos prisioneros más, aunque tú eres la única a la que el gobernador ha seleccionado personalmente. Y yo me pregunto: ¿por qué será?

El alcaide se enderezó en el sillón, entornando los ojos. Khalani entreabrió la boca y, de pronto, sintió una arcada al recordar el rostro de Alexander Huxley.

Se clavó una uña en el brazo, lo suficiente como para que sangrara. Pese a que el dolor físico pronto le devolvió la claridad mental, ella siguió apretando. Dirigió la mirada hacia el fuego, pero las llamas rojas no albergaban respuestas.

—No lo sé.

Era imposible que el gobernador recordara su nombre después de su breve encuentro.

No podía ser cierto. Tenía que ser mentira.

Un silencio que se le hizo eterno se cernió sobre ellos. Cuando el alcaide pareció convencerse de que decía la verdad, lanzó un suspiro, se puso en pie y se encaminó hacia el gabinete de caoba.

Más sosegada, Khalani apartó la mano y vio la marca roja en el antebrazo. Se quedó en silencio, preparándose para el momento en que la situación diera un giro inesperado. Se negaba a creer que iba a pisar Génesis.

Dio un respingo al oír las botas negras del alcaide, que se

acercaban de nuevo.

Sostenía dos copas llenas de un oscuro líquido.

Le tendió una, instándola a beber, y después se sentó otra vez. Khalani, recelosa, observó la copa y olfateó el contenido.

El alcaide resopló.

—Te prometo que no lo he envenenado. Bebe conmigo.

Levantó la copa en un brindis y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla.

Khalani cerró los ojos y tomó un pequeño sorbo. El líquido amargo sabía a alcohol etílico mezclado con lejía. Tosió y escupió, haciendo una mueca a causa del desagradable ardor.

El alcaide soltó una carcajada. Imbécil.

—¿Sabes? Es uno de los mejores coñacs de Apolo. Nuestros antepasados la consideraban una bebida muy sofisticada.

—Hay cosas que deberían haber desaparecido con el Gran Colapso.

—Quizá —dijo, esbozando una sonrisa y dejando la copa en el reposabrazos—. Sin embargo, no solo te he traído para informarte de los planes de la cena de mañana, 317.

La voz sedosa del alcaide le provocó un escalofrío y tuvo la impresión de que las paredes se le echaban encima y la acorralaban.

—Cuidado con lo que dices si el gobernador te pregunta sobre tu estancia en Braderhelm —advirtió—. Varios años atrás, ascendieron a consejero al alcaide anterior, y mis ambiciones políticas van en esa dirección. Dedícale una o dos palabras amables, y tu estancia aquí será más placentera. De lo contrario, puedo convertir tu vida en un calvario —amenazó con tono brutal y mirada sádica.

Con cada una de sus palabras, Khalani se iba encogiendo y le costaba más respirar.

El alcaide no le estaba pidiendo un favor.

Le estaba hablando con confianza y sinceridad, lo que solo significaba una cosa: decía la verdad.

Khalani asintió, incapaz de pronunciar palabra. Sentía picores y un hormigueo en la piel, y solo deseaba fundirse con la tapicería roja de la butaca.

—Una sabia decisión, 317. Sé que no me decepcionarás. Mañana partes hacia Génesis.

Señaló la puerta en señal de despedida.

Durante unos instantes, Khalani no se movió. Le temblaba todo el cuerpo y sentía un nudo en el estómago.

Había soñado con Génesis desde que era niña. Anhelaba ver el sol, pero nunca había creído realmente que llegaría a visitarla.

Lentamente, fue asimilando las palabras del alcaide y comprendió lo que significaban: al día siguiente pisaría por primera vez la superficie de la Tierra.

Khalani dominó el temblor de las manos, cogió la copa y se la acabó de un solo trago.

Ni siquiera eso logró sacarla de su asombro.

17

Asómate a mi abismo y tal vez así aprenda a sobrevivir.

Khalani abandonó el despacho del alcaide en silencio. Recorrió los túneles perdida en sus pensamientos, como si flotara, como si fuera un fantasma atrapado en una espiral de negación infinita.

Reprodujo mentalmente la conversación con el alcaide una y otra vez, tratando de comprender la razón de su visita a Génesis.

La petición no tenía ni pies ni cabeza. Era increíble.

Se suponía que las fantasías extraordinarias no abandonaban los límites de la imaginación. Sin embargo, por mucho que reinterpretara la tensa charla, siempre llegaba a la misma conclusión.

Vería el sol por primera vez en su vida.

Khalani no pensaba en otra cosa mientras el agua helada le caía sobre la cabeza en la ducha, ni tampoco más tarde en la biblioteca, donde permaneció sentada y tiesa como un palo.

Se mordía las uñas, leyendo una y otra vez la misma frase del libro. Winnie se pasó el turno mirándola de reojo con aire preocupado y preguntándole un millón de veces si estaba bien.

—Estoy bien —le contestaba cada vez Khalani.

Pero no era cierto. La imagen del gobernador ensombrecía la

ilusión de pisar la esquiva ciudad abovedada. ¿Qué motivación ocultaba Alexander Huxley? ¿Por qué la había seleccionado?

Quizá se había enterado de las mentiras que le había contado al juez supremo durante el juicio y pensaba ejecutarla públicamente, para que sirviera de ejemplo a otros. El gobernador había hecho cosas mucho peores.

Los rostros de sus padres, a los que recordaba con una sonrisa, se oscurecieron y se deformaron hasta convertirse en sábanas blancas. La sangre reseca en sus labios le recordó la perfidia del gobernador. Su miedo cambió de bando y la determinación se asentó en su mente como si fuera una losa de cemento.

Si el gobernador trataba de matarla, haría todo lo que estuviera en sus manos para llevarse a ese cabrón al infierno con ella.

Después de terminar el turno en la biblioteca, regresó al bloque y se encontró con Takeshi, que la esperaba delante de la celda.

Con aire cabreado.

—Llegas tarde —soltó con voz furiosa sin tan siquiera mirarla.

—Lo siento, he perdido el reloj.

Provocar a Takeshi antes del entrenamiento no era lo más inteligente, pero en lo último en lo que pensaba Khalani en ese momento era en practicar el autocontrol.

—Debería colgarte en el foso el resto de la semana para que te lincharan. Así recordarías que no debes hacerme perder el tiempo —la amenazó, mirándola de reojo.

—Pues igual te tomo la palabra —murmuró Khalani.

La expresión en el rostro cincelado de Takeshi se tornó aún más hostil que de costumbre y se le marcaron unas profundas líneas en la frente. Negó con la cabeza y se humedeció los labios con la punta de la lengua. Lentamente. Como si estuviera armándose de paciencia con cada uno de aquellos gestos pausados.

—No me tientes —siseó, rozándole el hombro y dejándola atrás.

Khalani no se movió, aunque no fue por miedo. En su interior ardía un torbellino de emociones; no habría podido explicar lo que sentía ni aunque le hubieran puesto una pistola en la frente.

En el ascensor no pronunciaron palabra.

Takeshi estaba tenso, con la mandíbula apretada. Khalani giró el cuello a uno y otro lado hasta hacerlo crujir; después flexionó los dedos y las muñecas. El aire entre ellos era tan denso que podía cortarse, pero para eso se necesitaría algo mucho más afilado que un cuchillo.

Khalani prefería no preguntarle qué le preocupaba. Takeshi nunca hablaba de sus emociones, y mucho menos de su vida personal. Cuanto menos supieran el uno del otro, mejor.

Al llegar a la sala, se apresuró a ponerse la ropa de entrenamiento. Takeshi se giró de espaldas con caballerosidad, con los brazos en jarras.

Khalani cerró la taquilla y se dirigió al banco de pesas, sin olvidar los guantes para protegerse las palmas de las manos. Takeshi se los había lanzado sin decir nada cuando, unas sesiones atrás, había reparado en que le supuraban las ampollas. Un gesto de amabilidad por su parte que la dejó perpleja.

—¿Estás lista? —preguntó con impaciencia Takeshi, aún dándole la espalda.

—Sí. —Despegó el velcro de los guantes—. Solo un segundo.

—Hoy no necesitarás los guantes.

Confundida, Khalani alzó la mirada y vio que Takeshi se dirigía hacia la arena de combate. Se desabrochó la cremallera de la chaqueta negra y la lanzó a un lado. Debajo llevaba una camiseta sin mangas también de color negro.

Khalani contempló los músculos compactos y las venas que se le

marcaban en los brazos. Su cuerpo estaba hecho para llamar la atención.

Formidable.

Firme.

Y ella lo estaba observando.

Carraspeó y apartó la mirada.

—Oh, ¿mejor empiezo con flexiones? —exclamó.

—No. Ven aquí, Kanes —ordenó Takeshi, indicándole con un ademán que entrara en el cuadrilátero.

Khalani enarcó las cejas, pero se metió entre las barras y se unió a él.

Takeshi giró el cuello y estiró lentamente los brazos por detrás de la espalda.

Al hacerlo, se le levantó un poco la camiseta, y Khalani no pudo sino advertir la línea en forma de uve que se perdía bajo los pantalones. Una protuberante cicatriz le recorría el hombro derecho hasta la clavícula y resaltaba los surcos que se le formaban en los músculos, forjados a base de años de disciplina.

Siguió observándolo, pero desvió rápidamente la mirada cuando se encontró con la suya.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Voy a enseñarte movimientos básicos de combate y defensa.

Takeshi se cuadró y Khalani lo miró entornando los ojos, sin creerlo.

—¿En serio? Pero si dijiste que era demasiado débil para eso. De hecho, si no recuerdo mal, tus palabras fueron: «Ni siquiera las cucarachas te temen».

Había matado un par de esos insectos la noche en que se lo había dicho. Sin embargo, sus hermanas siempre regresaban, como si se burlaran de ella.

Takeshi le dio la espalda y apoyó la mano en una de las barras negras. Levantó el pie para estirar el cuádriceps. Khalani se dio cuenta de que se aferraba a la barra con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

—Hoy me han informado de que el gobernador Huxley ha pedido que estés entre los miembros del servicio en la cena de mañana.

De inmediato, el aire se volvió más espeso. Khalani se acercó a la barra y se sujetó el pelo en una coleta, tratando de pensar en otra cosa.

—No es que tenga muchas alternativas. Pero al menos veré Génesis.

Takeshi se volvió de golpe.

—Tienes que ir con cuidado, Kanes.

—¿Con qué?

—Génesis es un espejismo. Es más hermosa de lo que puedas imaginar en tus mejores sueños, pero, cuando te acercas, te das cuenta de que está tan corrompida como Apolo. Mantén la cabeza gacha, no hables y no confíes en nadie, y menos en el gobernador.

Las líneas de la frente se le marcaron aún más. Khalani tuvo miedo de que alguien apareciera de golpe y lo detuviera por aquellos comentarios. La pena por calumniar al gobernador era la muerte.

Así de opresivas y controladoras eran las leyes de Apolo.

—No lo entiendo. Eres el capitán de Braderhelm. ¿No estás del lado del gobernador? —lo presionó.

—Estoy del lado de Apolo. Sirvo con lealtad a esa ciudad y a su gente. No soy quién para opinar en público sobre el gobernador o las decisiones del Consejo. Pero tanto tú como yo sabemos que cualquier movimiento que hagas contra el gobernador, ya sea real o percibido, supondrá tu muerte. No cometas ninguna estupidez allá arriba.

Sus palabras le provocaron un nudo en el estómago. Se le agudizaron los sentidos hasta que casi notó que las moléculas de aire le rozaban la piel. Takeshi entornó los ojos, como si supiera de sus motivos e intuyera su hostilidad hacia el gobernador. La comprendía demasiado bien.

—No sé de qué estás hablando —dijo, dándole la espalda.

Takeshi se apresuró a salvar la distancia que los separaba. La sujetó por los brazos y la obligó a mirarlo. Se inclinó hacia ella, y Khalani no tuvo más remedio que enfrentarse a esos ojos feroces.

—No me mientas. Sé lo que les pasó a tus padres. Sé lo que te hicieron a ti después de que murieran —siseó.

Las palabras rebotaron contra las paredes, y a Khalani se le congeló el aliento, como si una ráfaga de viento glacial hubiera cruzado la sala. Se sintió como un insecto patas arriba esperando a que lo aplastaran. Vulnerable. Indefensa. ¿Cómo lo había descubierto?

—¿Es realmente necesario, señor? —le preguntó el forense al guardia que arrastraba a una pequeña Khalani de ocho años hacia la lúgubre sala.

Del techo colgaban unos deslumbrantes tubos fluorescentes. La sala estaba helada. No era solo la temperatura, sino también el ambiente. Como si hubieran absorbido toda forma de vida. Khalani miraba fijamente los dos cuerpos tendidos sobre la mesa metálica.

Estaban dentro de unas bolsas de plástico gris, pero les habían dejado el rostro expuesto.

—Le sugiero que no interfiera, doctor, a menos que quiera unirse a ellos —respondió el corpulento guardia, agarrándola del cuello con una mano áspera.

El forense la miró con expresión culpable, pero retrocedió y dejó

que el guardia la acercara a los cuerpos.

Khalani se puso a temblar. Le resbalaban lágrimas por las mejillas. A través de ellas, vio sus caras. Empezaron a castañetearle los dientes y se puso a llorar y respirar agitadamente. Se llevó las manos a la cabeza, a punto de desplomarse en el suelo.

—Abre los ojos —ordenó el guardia.

Negó con la cabeza y lloró aún más. La nariz le moqueaba.

—Míralos.

—No… no… pue… pue… puedo —balbuceó.

Unos ásperos dedos le levantaron la barbilla.

—¡Míralos! —exigió el guardia.

Abrió los ojos y le flaquearon las piernas. Apenas comprendía lo que veía. Eran su madre y su padre.

En sus rostros no había calor ni vida. Estaban pálidos. Tan pálidos que su piel parecía translúcida. Los ojos de su padre estaban cerrados, pero su madre tenía la mirada perdida y los labios ligeramente entreabiertos.

No. No. No.

Pese a lo mucho que gritó, sus padres no se levantaron de aquella mesa para consolarla y decirle entre abrazos que solo era una pesadilla. Yacían rígidos y silenciosos. Muertos.

Sus alaridos llenaron la sala, y oyó que el forense se marchaba, como si no pudiera soportar la escena.

—Memoriza cada detalle. —El guardia le rodeó la nuca con la mano—. Tus padres eran traidores, y estas son las consecuencias de traicionar a Apolo. Se lo merecían. Si sigues sus pasos, te ocurrirá lo mismo. ¿Lo entiendes? —gritó el guardia, sacudiéndola.

Khalani no dejaba de temblar mientras negaba con la cabeza. Fuera de sí, se abalanzó hacia ellos para abrazarlos y acostarse junto a sus cuerpos. Para morir, al igual que habían hecho ellos.

Pero el guardia la agarró y la alejó.

—¡Nooo! —gritó, pataleando en el aire y extendiendo los brazos hacia los cuerpos sin vida de sus padres.

Ignorando sus súplicas y lágrimas, el guardia se la llevó de allí.

—¡¡¡Mamiii!!! —aulló.

Khalani parpadeó rápidamente, enterrando el recuerdo, tratando de evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos. Lo miró y negó con la cabeza.

—No me… No lo hagas. Ya no me afecta, Takeshi.

La mentira salió de sus labios; una más que olvidar.

Intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Deja de hacer eso, Kanes —le espetó—. Deja de mentir.

Khalani alzó la mirada hacia los cielos, suplicando que uno de los ángeles pintados en el techo bajara volando y se la llevara. Justo en ese preciso instante, todo le pareció tan absurdo que empezó a reír, con aire derrotado.

—¿Y de qué servirá? Tú mismo lo dijiste: no hay lugar para los débiles en Braderhelm. —Se enfrentó a él y lo fulminó con una mirada cruel—. ¿Por qué debería confiar en ti? Tú me odias. ¿Es un truco para que baje la guardia y así derribarme? ¿Qué quieres demostrar con eso, que soy tan débil como crees que soy?

Dijo esto último a voz en grito, y sus palabras resonaron contra los frescos.

Cuando tenía a Takeshi cerca, sus defensas se debilitaban, así que se aferraba a lo que tuviera contra él. Era demasiado inteligente y casi se diría que le leía el pensamiento. Ante él, se sentía abierta en canal, expuesta al mundo.

Se le aceleró el pulso al ver que se inclinaba hacia ella hasta que solo los separaron un par de centímetros.

—Quiero muchas cosas, Kanes. Pero lo último que quiero es que pienses que eres débil. Si te exijo tanto es porque sé que puedes darlo.

—¿Y qué es lo que quieres? —se atrevió a preguntar.

Él la miró con vacilación. Khalani contuvo el aliento, esperando que la destrozara con su respuesta. Tenía tantas ganas de oírla que casi deseaba que no hablara. Estaba exponiéndose demasiado. Abriéndole el alma a un mundo más grande de dolor.

Pero no podía retroceder en el tiempo. Solo había presente.

Sin pensar, se inclinó hacia él, cediendo a su magnetismo. Él se quedó inmóvil y suspiró al ver la vulnerabilidad que expresaba la mirada de Khalani. Un instante más tarde se apartó y ella no supo qué había visto.

El momento se esfumó. Como si nunca hubiera existido.

—Quiero que continuemos con el entrenamiento. Ahora mismo eres demasiado débil para derrotar a nadie —dijo con una voz dura y fría como el acero.

Takeshi se dirigió al extremo opuesto de la arena.

Khalani se quedó allí, atónita y en silencio. No entendía nada. ¿Por qué, de repente, se sentía tan decepcionada?

Él era el capitán de Braderhelm.

Su carcelero.

Y, por su ritmo cardiaco, se diría que acababa de correr una maratón. Estaba harta de sentimientos confusos. Quería sentirse normal.

Takeshi tragó saliva y carraspeó. Incluso él parecía incómodo y no se atrevía a mirarla a los ojos.

Bien.

No debería haber dicho esas cosas. No debería ser amable con ella.

A Khalani le bastaba con que se odiaran.

—¿Estás lista para pelear? —Se volvió hacia ella con los puños apretados a los costados.

Oh, sí. Nunca había estado más lista para apalear a un hombre.

La ira la envolvió como una capa de fuego. Incapaz de confiar en su voz, levantó los puños y asintió.

Cuidado con la mujer despechada; era más peligrosa que una bomba nuclear.

18

Ni la caricia de la lluvia ni el trueno me han hecho estremecer. Pero, contigo, las tormentas más temibles me elevan y extasían.

—Bien. —Takeshi se cuadró para enfrentarse a ella—. Empecemos por movernos despa…

—¡Aaah!

Khalani arremetió contra él, lanzándole una oleada de puñetazos al torso y a la cabeza, atacando allá donde fuera posible.

Takeshi abrió los ojos de par en par ante aquella embestida inesperada, aunque bloqueó cada golpe sin tan siquiera despeinarse. Khalani lanzó otro puñetazo, y él le cogió la muñeca al tiempo que le golpeaba el cuello con el canto de la otra mano. Se le contrajeron los músculos de la nuca y se vio obligada a retroceder, tambaleándose mientras un intenso dolor le bajaba desde el hombro hasta el brazo.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó, frotándose el cuello.

—He golpeado un punto de presión. —Se volvió hacia ella—. Y bien, ¿has terminado de atacarme como una psicópata?

—Depende —soltó ella—. ¿Te he hecho daño?

—A mí no me vas a hacer daño, Kanes.

—Entonces no he terminado.

Le dio una patada en la espinilla. Sin perder un segundo, dirigió

la otra pierna contra el estómago de Takeshi. Él la agarró por el talón y Khalani empezó a saltar torpemente para mantener el equilibrio. Un destello de malicia apareció en los ojos del capitán y, un segundo después, le barrió la otra pierna, derribándola al suelo.

Khalani cayó bocarriba.

Takeshi se cernió sobre ella y la observó con ojos inescrutables.

—¿Siempre has sido tan terca?

En el suelo, Khalani respiraba con dificultad.

—Puede. ¿Y tú siempre has sido tan imbécil?

Takeshi esbozó una ligera sonrisa y se acuclilló junto a ella.

—Solo cuando quiero. ¿Por qué? ¿Te molesta?

—¿Y si así fuera?

—La incomodidad nos hace crecer. El hecho de que no estés disfrutando significa que te estoy entrenando bien.

Khalani apoyó los codos en el suelo y, apretando los dientes, se incorporó.

—Debes admitir que disfrutas estampándome contra el suelo.

Se inclinó hacia ella con un brillo en los ojos y una actitud intimidante.

—Disfrutaría más si no me lo pusieras tan fácil.

Khalani resopló y se levantó; estaba demasiado cerca. No iba a dejarse sorprender de nuevo. Hizo crujir el cuello y levantó los puños.

—Otra vez.

De repente, Takeshi se inclinó bruscamente hacia ella.

—Si aprietas el puño de esa manera, acabarás haciéndote más daño a ti que a mí. Nunca metas el pulgar dentro del puño o te lo romperás. Ponlo por fuera…, sí, eso es. Ahora dóblalo sobre tus dedos medio e índice.

La ayudó, colocándole el pulgar en la posición correcta.

Khalani trató de no concentrarse en la aspereza de sus dedos. No se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que él la soltó, aparentemente satisfecho.

Se sentía indignada y agitada al mismo tiempo, y el corazón le latía desbocado, pero, pese a todas las emociones confusas que la embargaban, escuchó con atención y siguió sus instrucciones al pie de la letra.

El entrenamiento, cada uno de los gestos y posturas que le enseñaba, era pura agonía de dolor, tras la que llegaba la euforia al poder respirar de nuevo. Todo lo que Takeshi llevaba a cabo, incluso algo tan simple como enseñarle a apretar el puño, lo hacía con una concentración e intensidad máximas.

Las sesiones de entrenamiento demostraban por qué se había convertido en capitán de Braderhelm. Se tomaba muy en serio cualquier cometido, por insignificante que fuera.

—Esto es muy importante. —La voz grave de Takeshi resonó en la sala—. Debes recordar cuáles son las zonas vulnerables del cuerpo: ojos, nariz, garganta, rodillas e ingles. Hoy nos centraremos en las más fáciles.

Le indicó que extendiera la mano, y Khalani palideció al oír lo que le pedía.

—¿Quieres que meta los dedos en los ojos de alguien? Ni hablar. Creo que antes vomitaría.

—En una situación de vida o muerte, Kanes, tendrás que hacerlo si quieres sobrevivir —afirmó con total despreocupación.

Khalani se estremeció. Era asqueroso. Pero Takeshi tenía razón y se negó a continuar el entrenamiento hasta asegurarse de que había aprendido cómo destruir el órgano ocular del contrincante.

—Bien —dijo, con un destello peligroso en la mirada—. Date la vuelta.

—Me dijiste que no debía perder de vista al rival.

—Esto es una excepción. Date la vuelta —insistió, haciendo girar el dedo índice.

Khalani vaciló unos instantes; el sentido común le decía que no lo hiciera. Finalmente, a regañadientes, le dio la espalda.

Con la mirada fija en las barras, pero con todos los sentidos puestos en lo que tenía a sus espaldas, la respiración de Khalani se aceleró mientras esperaba el siguiente movimiento de Takeshi. Pasaron varios segundos y, justo cuando iba a preguntarle qué estaba haciendo, la atacó.

Ni su respiración ni sus pasos lo delataron. Takeshi era un asesino silencioso. En un abrir y cerrar de ojos, arremetió contra ella por la espalda y la rodeó con sus fuertes brazos.

Su cuerpo era sólido como una roca, y ella gruñó mientras trataba de zafarse. Empujó contra él, pero los pies le resbalaron en el suelo. Takeshi era una fuerza inamovible.

Mientras intentaba escapar de su abrazo con la poca energía que le quedaba, oía su respiración en su oído. El sudor le resbalaba por la frente. Por mucho que se esforzara, era como empujar una pared.

—Cálmate, Kanes —susurró Takeshi.

Khalani se estremeció al notar el cosquilleo en el oído provocado por la vibración de su voz, pero siguió luchando por librarse de aquel abrazo inflexible.

Todos sus esfuerzos fueron en vano. Tras varios minutos, apenas le quedaban fuerzas y prácticamente era Takeshi el que la sostenía. Sin aliento, dejó de retorcerse, y ambos permanecieron inmóviles.

Su cabeza ni siquiera llegaba al hombro de Takeshi, y él la rodeaba por completo.

El sudor le resbalaba por los antebrazos. Podía oler su aroma cautivador, almizclado. Khalani apretó los dientes.

¿Por qué tenía que fijarse en detalles como esos?

—Si alguien te agarra por la espalda como acabo de hacerlo yo, lo primero que tienes que hacer es calmarte. Sé que es difícil, pero conservar la energía es crucial. Luego, junta las manos y golpea con el codo el estómago de tu agresor tan fuerte como puedas. El codo es una de las partes más potentes del cuerpo. Te prometo que te soltará —aseguró en voz baja, aún sujetándola.

—¿Y ahora viene el momento en que te doy un codazo en el estómago?

—No, a menos que quieras que te inmovilice el resto de la semana. —Hizo una pausa y, a continuación, añadió—: Y no de un modo agradable, te lo aseguro.

El corazón le dio un vuelco y se le erizó la piel.

—No, gracias —gruñó.

—Justo lo que pensaba. —Takeshi parecía estar divirtiéndose—. Bien, ahora que ya lo hemos aclarado, practiquemos el movimiento.

Le enseñó la técnica y, cuando ella se sintió más segura, él la soltó despacio, de modo que se encontraron cara a cara. En un gesto desafiante, Khalani levantó la barbilla, y él la fulminó con la mirada. Estaban solos, como si no hubiera nadie más en todo Braderhelm. Era como si una abrasadora energía le recorriera el cuerpo y se enroscara en torno a él.

—Y por último, si tu enemigo te ataca de frente y es más alto y corpulento… —dijo lentamente.

Levantó una de sus enormes manos a la altura de su garganta, a unos pocos centímetros de distancia. Acobardada, Khalani tragó saliva.

—¡Kanes! —Takeshi la obligó a mirarlo de nuevo—. Si entrenamos, entrenamos hasta el final, hasta las últimas consecuencias. Arrincona el miedo.

Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Khalani soltó un suspiro y asintió, dándole luz verde. Takeshi no perdió ni un segundo y le rodeó la garganta con las manos. Aún podía respirar, pero él la sujetó con firmeza, implacable, y Khalani abrió los ojos de par en par.

Al ver el pánico en ellos, Takeshi frunció el ceño, y un leve destello de consternación le ensombreció el semblante. Khalani comprendió que iba a soltarla, pero tomó otra decisión. Con las manos aún en su garganta, la condujo hacia las barras.

Sin poder hacer nada, Khalani fue retrocediendo hasta que se dio contra ellas. Takeshi se inclinó y clavó sus ojos en los suyos.

—Dime cómo te sientes ahora mismo —ordenó, escrutándola.

Khalani tomó aliento. Solo había una palabra que lo describía con exactitud.

—Indefensa.

Takeshi tensó la mandíbula.

—Sí. Sientes que no tienes control, que eres débil. Pero esa no eres tú. Tienes que recuperar el control, demostrar que no vas a permitir que te maltraten y que te dejen tirada. Eres fuerte, Kanes.

Al oír la sinceridad, profundidad y firmeza que desprendían sus palabras, el rostro de Khalani se transformó.

Durante las sesiones de entrenamiento, la había humillado, castigado y arrastrado por el suelo. Frágil, indefensa, nula. Incluso había creído que el capitán pretendía demostrarle lo débil que era. Pero, en ese instante, comprendió que la verdad era mucho más compleja.

Estaba demostrándole que era lo bastante fuerte.

Que, por mucho que se desplomara en el suelo o fracasara, no debía darse por vencida, que no tenía que dejar de creer en sí misma.

Y eso era más valioso que todas las opiniones del mundo.

—Si te encuentras en esta posición, golpéale la entrepierna a tu oponente con la rodilla. Incluso si es una chica. Le dolerá horrores y tendrás ventaja. ¿Entendido?

Takeshi pronunció esas palabras sin apartar la mirada.

—Sí —respondió Khalani, luchando contra la oleada de emociones que la embargaban.

Se sentía como si estuviera escalando la pared de un escarpado acantilado de aristas afiladas. Y en la cima estaban el poder y la fuerza para romper todas las cadenas que la ataban, las físicas y las invisibles.

Takeshi asintió, soltándole la garganta.

Apartó los dedos y retrocedió, y Khalani soltó un sonoro suspiro. Se observaron en silencio.

Quería decírselo todo y, al mismo tiempo, no decir nada.

Takeshi era distante y brusco en sus modales, pero, cada vez que la miraba, ambos se quedaban inmóviles, como suspendidos, a la espera de que el otro atacara sus defensas o tratara de arrancar el velo que cubría su alma.

Takeshi apretó los puños a los costados de su cuerpo y, justo cuando iba a hablar, sonó el ruido estridente del cambio de turno.

Se les había terminado el tiempo.

Permanecieron allí, quietos, sin saber qué hacer. Takeshi fue el primero en romper el hechizo.

—Es hora de irnos, Kanes.

Ella frunció el ceño; aún no estaba lista para regresar a la celda. Quería quedarse y seguir entrenando. O puede que solo fuera una excusa para seguir hablando con Takeshi.

Además, sus sentimientos la confundían. Estaba demasiado alterada como para comprenderlos.

No intercambiaron palabra en todo el trayecto de regreso a la celda. Cuando él se dispuso a cerrar los barrotes sin tan siquiera dirigirle una mirada, Khalani se aferró a ellos.

—¿Takeshi? —susurró.

Con un suspiro, alzó la cabeza hacia ella. La expresión que había en sus oscuros ojos la sorprendió. Estaban más contenidos, como si ocultaran algo potente.

Letal.

—¿Qué quieres, Kanes?

—Gracias —murmuró ella—. Por entrenarme y creer en mí. No querías ayudarme, pero te mantuviste fiel a tu palabra. Solo quería… Lo siento, yo…

Se aferró a los barrotes en busca de las palabras correctas.

La verdad tácita se hundió en lo más profundo de su ser, reacia a salir de sus labios. Takeshi frunció el ceño y negó con la cabeza, mirando al suelo. Tras unos instantes, levantó el mentón.

—Kanes, más te vale no morir mañana. Solo voy a permitir eso cuando puedas vencerme en una pelea.

Khalani se quedó sin aliento al percibir la intensidad que desprendían sus palabras.

—Pues me parece que no será pronto —bromeó ella—. Posiblemente nunca.

—Exacto.

El silencio que siguió fue rotundo. Como si los barrotes que los separaban hubiesen desaparecido. El aire no se movía; ni siquiera las cucarachas se movían. Como si se hubiese detenido el tiempo. Como si todo y todos hubiesen quedado suspendidos.

Los oscuros ojos de Takeshi se clavaron en sus manos, que seguían aferradas a los cilindros metálicos. Tensó la mandíbula y se alejó. Khalani dejó caer la cabeza como si llevara un saco de ladrillos

colgado del cuello.

Takeshi seguía leyéndole la mente, metiéndose bajo su piel, arrancando capas, revelando a la Khalani real. Ya no era esa niña que suplicaba que la dejaran morir junto a sus padres.

Al día siguiente pisaría la superficie de la Tierra, como habían hecho sus ancestros antes del Gran Colapso. Al día siguiente estaría ante el gobernador, el hombre que había asesinado a quienes más amaba. El que le había arrebatado todo lo que era importante para ella.

Apolo se lo había enseñado.

La justicia siempre se teñía de sangre.

19

En ti vive la rebeldía. Con tu primer aliento,
lanzaste un grito de protesta.

A Génesis se accedía mediante un enorme y brillante ascensor con paredes de cristal en las que había una G dorada, que señalaba su único destino.

Serene le apretó la mano cuando ya estaban cerca del área prohibida.

Cuando su amiga se enteró de que habían reclutado a Khalani para la cena, se apropió con cautela del dispositivo electrónico de un guardia despistado y cambió el número de otra prisionera por el suyo. Khalani había protestado, pero Serene la había mirado con severidad, dejando claro que no era una cuestión negociable.

Khalani agradeció su intervención cuando, más tarde, les dieron una pastilla de jabón adicional y les ordenaron que se frotaran bien en la ducha.

Se había puesto de nuevo el uniforme y, al cabo de un rato, el doctor Francis fue a su celda con expresión apesadumbrada. Llevaba unas extrañas prendas de ropa y una barra de metal blanca en la mano.

—Lo siento —dijo, apretando los labios hasta trazar una fina línea—. Quieren que los sirvientes presenten el mejor aspecto

posible para ver al gobernador. Evidentemente, no podemos daros cuchillas, así que tengo que utilizar esto. —Mostró el objeto blanco y delgado, agarrándolo con fuerza—. Emite un láser que eliminará el vello de forma permanente. Puede que duela.

Khalani cerró los ojos y tragó saliva. Pues claro que el gobernador y su Consejo no iban a tolerar nada sucio o mancillado en su preciosa ciudad.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo entre dientes mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

Las descargas eléctricas que le recorrieron la piel le dolieron casi tanto como cuando le habían puesto la pulsera. El doctor tardó el menor tiempo posible. Cuando terminó, tenía la piel de las piernas y los brazos completamente tersa y lisa. Se le revolvieron las entrañas.

El doctor retrocedió unos pasos, nervioso y con el corazón encogido. No se atrevía a mirar a Khalani.

—Tienes que ponerte esta ropa —informó contrito.

Y así fue como Khalani, ataviada con un ajustado vestido negro y zapatos de tacón a juego que la hacían temer por la seguridad de sus tobillos con cada paso que daba, se había encontrado con Serene en la entrada de Braderhelm.

¿Iban a una cena o a un burdel?

Dos prisioneros más, un hombre y una mujer, se habían unido a ellas. La chica tenía una piel pálida, una cara bonita en forma de corazón y una melena morena que aún conservaba cierto brillo. Según advirtió Khalani, el chico con el pelo cobrizo era el prisionero al que habían empujado en la cola de la comida en su primer día en Braderhelm.

Al menos, a él el guardia le había dado unos pantalones. En cuanto a ellas, de haber ido medio desnudas no se habría apreciado mucha diferencia.

El vehículo se había detenido en seco con un zumbido frente al ascensor. A Khalani se le hizo un nudo en la garganta al ver la cantidad de guardias en posición de firmes. Los hombres, de rostro pétreo, vestían uniformes dorados, y su líder se acercó al grupo.

—¿Estos son los prisioneros? —preguntó.

—Sí, señor —respondió el guardia de Braderhelm.

El guardia de Génesis había inclinado la cabeza.

—Regístrenlos.

Uno de los guardias invadió abruptamente su espacio personal y empezó a cachearla. Khalani mantuvo la mirada al frente y no movió un músculo mientras unas manos ásperas la manoseaban, incluso en la zona del torso y la entrepierna. Serene trató de protestar, pero la hicieron callar de inmediato.

—Están limpios —afirmó el guardia, retomando su posición.

—Seguidme.

El guardia de Génesis dio media vuelta y se dirigió hacia el ascensor. Colocó la mano sobre un panel, una luz parpadeó en verde y las puertas se abrieron. Khalani y Serene intercambiaron una mirada de asombro antes de entrar en el aparato. El guardia de Génesis hizo un saludo militar mientras las puertas se cerraban.

—Lealtad a Apolo —respondieron los dos guardias a voz en grito y con otro saludo militar.

Khalani y el resto de los prisioneros guardaron silencio.

Con una sacudida, el ascensor comenzó su ascenso.

Khalani iba cambiando el peso de un pie al otro y se frotaba las palmas contra las piernas mientras el ascensor no dejaba de ascender.

Más y más.

Echaron un vistazo por encima del hombro a través del cristal. Se veía todo Apolo a sus pies. Las blancas e inmaculadas Cámaras

del Consejo iban haciéndose cada vez más pequeñas, y los viandantes parecían diminutas motas negras.

La ansiedad se había adueñado de ella cuando, de pronto, vio que solo los rodeaban polvo y rocas.

La Tierra.

Ya casi habían alcanzado la superficie.

El ascensor se detuvo de golpe, haciendo que Khalani casi perdiera el equilibrio. Tras ellos, la puerta se abrió con un zumbido eléctrico. Los prisioneros se volvieron todos a la vez, y Khalani vio algo que solo había imaginado en sueños.

La luz del sol.

El resplandor era aplastante. Cegador.

Se cubrió el rostro con las manos, pero unos rayos dorados se filtraron entre sus dedos. A su lado, Serene y los otros prisioneros hicieron lo mismo. Se le ensancharon las fosas nasales. Hasta el aire era diferente. Más limpio. No había ni rastro de aquel hedor que impregnaba el subsuelo.

No sabía que el aire pudiera ser tan… puro.

Cuando salió del ascensor, las piernas le temblaron y cayó de rodillas sobre la hierba. ¿Era así como se llamaba? Sí, estaban rodeados de hierba verde. Solo la había visto en fotografías.

Estaba cortada de manera uniforme en briznas de apenas tres centímetros, y era del verde más intenso que jamás había visto. Le vinieron ganas de quitarse los zapatos para pisarla con los pies desnudos. Dio un respingo cuando las puertas del ascensor se cerraron para regresar a Apolo y una cubierta metálica selló el agujero.

Los ojos finalmente se le acostumbraron al resplandor del sol y, armándose de valor, apartó las manos y levantó la vista.

En lugar de estar rodeada por páramos desolados, vio que se

encontraba en un campo abierto. Unas coloridas mariposas revoloteaban a su alrededor en un prado lleno de flores de todos los colores, formas y tamaños. Se quedó boquiabierta al ver que sobre sus cabezas no había ninguna cúpula, sino las copas de unos enormes árboles.

Aquellos ejemplares eran mucho más frondosos y altos de lo que jamás habría imaginado. Parpadeó un par de veces sin dar crédito a lo que veía cuando una criatura marrón se balanceó entre las ramas. ¿Eso era un mono?

—¿Cómo puede ser esto real? —susurró.

—No lo es —dijo la prisionera morena, deslizándose a su lado.

Khalani se volvió de golpe hacia ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde está la cúpula?

—La tienes justo delante. —La chica señaló hacia la jungla—. Es como las ventanas virtuales de Apolo. La cúpula es traslúcida y puede mostrar lo que sea que contente a los ciudadanos de Génesis. También regula la temperatura. Las únicas partes de la cúpula que no son una ilusión son el sol y los desprendimientos de rocas.

Khalani alzó aún más la mirada. El sol brillaba alto en el cielo y los bañaba a todos con su resplandor. Los árboles virtuales se mecían con el viento, como si este soplara de verdad entre las ramas.

—Parece muy real —dijo asombrada.

Un salto de agua impresionante emergía con estruendo de la cúpula y caía en un largo y sinuoso río. El agua era del azul más claro que hubiese visto, y una hermosa nube de bruma flotaba en el aire. Ante ellos se alzaba un magnífico puente de piedra blanca, construido para salvar el río, que rodeaba una ciudad resplandeciente.

Génesis.

La ciudad estaba lejos y, desde esa distancia, solo se vislumbraban unos edificios altos y blancos. Sin embargo, ya se intuía su belleza. Un torrente de emociones amenazó con desbordar a Khalani, y las lágrimas le empañaron los ojos.

Ojalá sus padres hubieran estado vivos para verlo.

—¡Dejad de holgazanear! —gritó uno de los guardias.

Estos se dirigieron hacia el puente de piedra y los cuatro prisioneros los siguieron enseguida. Bajo el sol, atravesaron la frondosa pradera hasta llegar a orillas del río. La cascada rugía junto a ellos y una miríada de colores apareció en la bruma.

Ya había oído hablar de ello.

Un arcoíris.

Durante unos instantes se quedó hipnotizada, pero Serene le dio un tirón.

—Vamos, Khalani, tenemos que seguir.

Pero ella apenas podía apartar la mirada. Era como si la hubieran transportado a un colorido cuento de hadas después de haber habitado en un mundo en blanco y negro.

Un sinuoso camino adoquinado apareció ante ellos tras cruzar el puente. Los edificios de Génesis eran de color marfil, algunos tan altos como la cúpula, y se sostenían sobre unas columnas muy adornadas. Al acercarse, Khalani distinguió estatuas de animales en la parte superior de las columnas. Por las clases de historia, recordaba los nombres de algunas de aquellas criaturas: leones, elefantes, caballos. Toda la ciudad era una impresionante obra de artesanía, diseñada para fascinar.

Le dolía el cuello de alzar la mirada hacia tantas maravillas.

Mientras los escoltaban por la ciudad, vieron a los habitantes de Génesis deambular de un lado a otro. Las mujeres iban ataviadas con vestidos metálicos, plateados y blancos, y los hombres, con

esmóquines plateados, dorados o negros, como si fueran a un baile.

Todo en ellos era diferente. Incluso su manera de andar. En Apolo, todos se apresuraban cabizbajos al trabajo. Apenas se saludaban o sonreían. Al igual que el sol, la felicidad brillaba por su ausencia. Pero allí, en Génesis, todo el mundo sonreía radiante en las calles, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Khalani miró de reojo algunas de las tiendas que dejaban atrás. Los escaparates estaban repletos de vestidos, esmóquines, joyas, muebles, elaborados pasteles e incluso bicicletas doradas. Los transeúntes evitaban la comitiva, como si percibieran el subsuelo en sus ropas. Khalani intercambió una mirada con dos ancianas que llevaban unos paraguas dorados. Hicieron una mueca de disgusto y, de inmediato, se dieron la vuelta y se encaminaron en dirección contraria.

Indignada, Khalani consideró la posibilidad de arrebatarles el paraguas de las manos y estampárselo en la cabeza.

¿Por qué eran tan idiotas y se cubrían del sol?

—Es increíble, ¿verdad? —susurró junto a ella la prisionera morena—. Aquí viven como reyes, mientras que, en el subsuelo, luchamos por las migajas.

Khalani sintió un nudo en el estómago; sus palabras le habían traído a Takeshi a la mente.

—Alguien me dijo que Génesis era muy bonito por fuera, pero que, visto de cerca, era tan corrupto como Apolo y estaba igual de vacío. Entonces no di crédito a sus palabras, pero ahora empiezo a creer que es cierto.

—No sé quién te dijo eso, pero es sin duda inteligente. ¿Cómo te llamas?

—Khalani. Y ella es Serene —susurró, señalando con la barbilla a Serene, que les estaba dedicando una peineta a dos ancianos que la

miraban con descaro.

La muchacha sonrió.

—Yo soy Fiora. Y él es Jack. —Señaló con el dedo al chico bajito, que alzó la mano para saludarlas—. A Jack le cortaron la lengua poco después de que lo condenaran a Braderhelm. No puede hablar —explicó Fiora.

Khalani se estremeció y se pasó la lengua por el paladar para asegurarse de que la suya seguía en el sitio.

Las calles comenzaron a despejarse y unas altas farolas de metal se encendieron a lo largo del camino. Asombrada, Khalani alzó la mirada hacia la puesta de sol, que teñía el cielo de múltiples colores, desde el azul más brillante a un tono rosado con matices morados. Mientras caminaba con la vista clavada en la cúpula, estuvo a punto de tropezar por culpa de los tacones.

Si hubiera estado sola, se habría tumbado bocarriba en medio de la calle adoquinada para contemplar los colores del cielo nocturno y respirar.

Se frotó los brazos y siguió a los guardias por un largo y sinuoso sendero de grava que los alejaba de los imponentes edificios. Al divisar una enorme mansión blanca sostenida por unas columnas gigantescas, se quedó boquiabierta. La casa era demasiado grande para una sola persona. Incluso para veinte.

—Ahí está la residencia del gobernador —susurró Fiora, respondiendo a la pregunta no formulada—. Es una réplica de la casa de un antiguo líder antes del Gran Colapso. La llamaban «la Casa Blanca». No se les ocurrió nada más ingenioso.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Khalani.

—Antes de que me encarcelaran, era maestra. Los niños siempre me lo preguntaban, así que busqué mucha información. Es la tercera vez que vengo a Génesis como sirvienta —dijo Fiora, encogiéndose

de hombros.

Khalani quiso hacerle muchas más preguntas, pero torció los labios en una mueca sombría cuando llegaron a la entrada.

Un gran número de guardias de seguridad con fusiles de asalto se alineaban a lo largo del camino, listos para disparar. Estaban tan inmóviles que sus cuerpos parecían estatuas, excepto por los ojos, que seguían a los prisioneros con inquietante intensidad, lo que hizo que Khalani deseara envolverse bajo un grueso manto.

Subieron los escalones de la mansión hasta llegar a una extravagante puerta dorada. Uno de los guardias dio tres golpes secos y esperó.

—Obedeced o estáis muertos.

Esa fue la última advertencia justo antes de que un mayordomo abriera la puerta.

Se trataba de un hombre bajo que parecía rondar la edad de la eutanasia obligatoria. Tenía la cabeza rapada y resplandeciente, y vestía un traje impecable.

—Buenas tardes. El gobernador Huxley os está esperando. Adelante.

El mayordomo abrió la puerta del todo y les franqueó la entrada.

Lo primero que advirtió Khalani fue una enorme lámpara de araña que colgaba en el vestíbulo. Los cristales reflejaban la luz e intensificaban el lujo que ya desprendía la estancia. El suelo era de mármol blanco, con una G dorada en el centro. Al fondo se alzaba una majestuosa escalera imperial, con dos guardias apostados que los miraban con aire intimidante.

—Bienvenidos a la casa del gobernador —dijo el mayordomo, volviéndose hacia ellos con las manos extendidas—. Guardias, por favor, vayan arriba a avisar al jefe de seguridad, el capitán Strauss. Y vosotros cuatro, venid conmigo a la cocina.

El mayordomo giró sobre sus talones y atravesó el vestíbulo; los prisioneros se apresuraron a seguirlo. En una de las paredes, Khalani distinguió el retrato de una mujer con un vestido negro y una inquietante sonrisa en el rostro. Sintió el extraño impulso de detenerse a contemplarlo, pero la comitiva desapareció por el pasillo y se vio obligada a seguirla.

El mayordomo empujó una puerta de vaivén que casi golpeó a Khalani en el rostro. Entraron en una amplia cocina repleta de aparatos que no había visto nunca y de sirvientes que corrían frenéticamente de un lado a otro.

Se le hizo la boca agua al oler el delicioso aroma de la cocina.

—¡Venga, venga, rápido! —gritó el mayordomo al personal de cocina.

Obedeciendo, los cocineros empezaron a sacar platos y más platos de varios hornos y a correr hacia una docena de refrigeradores metálicos. Era un caos controlado.

El mayordomo se volvió hacia ellos y los examinó detenidamente a los cuatro.

—Vosotros, prisioneros, estáis aquí para el servicio de esta noche. Recordad estas reglas porque vuestra vida depende de ello. No habléis con ninguno de los invitados a menos que se os haga una pregunta directa. Debéis ser invisibles: lleváis las bebidas o la comida y luego os esfumáis. Si tenéis alguna pregunta, me la hacéis a mí, ¿entendido?

Todos asintieron en silencio, y él juntó las manos.

—Bien. Vosotros tres, id con Bridget y ayudadla con los platos que aún faltan por preparar —ordenó, señalando primero a Serene, Fiora y Jack, y después a una mujer corpulenta con delantal blanco que estaba sacando un enorme pastel del horno.

El mayordomo se volvió hacia Khalani.

—Tú, lleva esa bandeja de copas al salón. Es la habitación que hay a la izquierda del retrato. El gobernador y los invitados permanecerán allí hasta que la cena esté lista. Ofréceles champán. Cuando termines, regresa directamente a la cocina. Nada de hablar.

Con un ademán elegante, el mayordomo giró sobre sus talones y comenzó a dar más órdenes al resto del personal.

Khalani se armó de valor y tomó una bandeja de plata con varias copas de champán llenas hasta el borde. Con manos temblorosas y mucho cuidado para no derramarlas, consiguió cruzar la puerta de vaivén de espaldas y recorrer con firmeza el trayecto hasta el salón.

En él, un grupo de hombres y mujeres, impecablemente ataviados con trajes y vestidos de gala, conversaban y reían. En el centro de la estancia había un gran sofá blanco adornado con una multitud de cojines dorados. Al fondo, el salón se abría por completo a una veranda que daba a un jardín impresionante.

Distinguió de inmediato al gobernador Huxley.

Su inmaculado traje blanco ya era una declaración de principios. Les sacaba una cabeza a todos los demás y se comportaba como si fuera el dueño de la sala y de todos los que estaban en ella.

Con una sonrisa arrebatadora, charlaba con dos mujeres en un rincón; las dos llevaban vestidos en tonos pastel que se les ceñían a la cintura a más no poder.

¿Respirar también era solo cosa de pobres?

Detrás de las esqueléticas mujeres, que reían de manera estridente, se había formado una evidente e indiscreta cola para conversar con Alexander Huxley.

Khalani entró en el salón ocultando el rostro tras la bandeja. Fue ofreciendo las copas a los huéspedes, evitando el rincón donde estaba el gobernador. Nadie se fijó en ella, ni siquiera la miraron; los invitados tomaban las copas y seguían hablando.

Pasar desapercibida le estaba resultando hasta demasiado fácil.

Mucho mejor, pensó, porque quería irse de allí en cuanto fuera posible. La fiesta lujosa, el palacio y los invitados opulentos la contrariaban. No sabía exactamente por qué, pero se le había puesto la piel de gallina, como si su cuerpo fuera consciente de que estaba en una guarida de monstruos hambrientos.

Reconoció a uno de los consejeros que había visto en la calle, cuando había formado parte de la brigada de limpieza. Wyatt, así se llamaba. El mismo que había discutido con el gobernador Huxley sobre el incursor.

Él también pareció reconocerla; al tomar la última copa de champán de su bandeja, la miró con ojos glaciales.

—Muévete —siseó.

Khalani agachó la cabeza, dispuesta a obedecer. Con la bandeja bajo el brazo, salió de la sala.

En cuanto llegó al vestíbulo, tomó una bocanada de aire; era como si acabara de cruzar un campo de minas. Se detuvo ante el fascinante cuadro de la mujer vestida de negro. Parecía desnudarla con su dulce mirada, como si conociera sus secretos más profundos.

Se inclinó hacia el cuadro y examinó el extraño fondo detrás de la figura de cabellos oscuros.

—¿Te gusta? —dijo la voz de Alexander Huxley sobre su hombro izquierdo.

Khalani tensó todos los músculos del cuerpo y sintió un escalofrío repentino. Ni siquiera lo había oído acercarse.

—Gobernador Huxley… —consiguió decir mientras esos ojos de un azul cristalino se clavaban en los suyos—. No pretendía… Estaba volviendo a la cocina.

Con el pelo color ceniza engominado y peinado hacia atrás, ese rostro perfecto de piel tan clara que parecía alabastro se acercó a

ella. El gobernador esbozó una sonrisa que destacó las fuertes líneas de su mandíbula.

Con cada uno de sus pasos, Khalani tenía que reprimir el deseo de huir. Pero se quedó inmóvil, con los ojos clavados en los del gobernador, y se contuvo.

—Ya te dije que volveríamos a vernos.

Alexander Huxley se encontraba tan solo a un paso.

Inquieta por aquella sonrisa, Khalani se aferró a la bandeja vacía, preparándose para usarla como arma si era necesario.

Sería la única oportunidad que tendría de hacerle daño.

La idea de golpearlo hasta hacerlo sangrar era muy tentadora.

Miró a la izquierda y reparó en el guardia armado de la entrada principal; estaba demasiado lejos para oírlos, pero demasiado cerca para disparar ante la más mínima agresión y dar en el blanco. Sin poder evitarlo, la advertencia de Takeshi le vino a la memoria: «Las personas listas saben cuándo es el momento apropiado».

Apretó los dientes; era como si Takeshi, la pesadilla de su existencia, estuviera allí, recordándole que no debía cometer estupideces. Le entraron ganas de soltar una palabrota, porque, joder, tenía razón. Si Khalani atacaba al gobernador allí mismo, estaría muerta en menos de lo que canta un gallo. Y tampoco iba a matarlo con una bandeja.

—Y es todo un honor —respondió Khalani, esbozando una sonrisa e intentando mantener la calma mientras planeaba mentalmente y con la máxima crueldad su muerte—. Pero tengo que volver.

—Aún no. —Alexander sonrió con malicia y ladeó la cabeza, como si estuviera divirtiéndose de lo lindo con la situación—. Debo confesar que nuestra última conversación me dejó intrigado. Las charlas cansinas de los miembros del Consejo y de los insistentes

invitados siempre son las mismas y me aburren. Solo están plagadas de halagos interminables y de discusiones monótonas. Me asfixian. Pero en tus ojos aprecié algo diferente —continuó—. En ellos hay instinto de supervivencia, una astucia que se adivina tras las emociones que se reflejan en ellos. Me hago viejo, y lo único que ansía mi cuerpo es encontrar algo que me estimule —dijo el gobernador con voz apagada y expresión melancólica, como si se sintiera solo.

Un psicópata solitario.

El hecho de que Khalani no pudiera apartar la mirada de su rostro angelical le revolvía las entrañas.

—¿Es esa la razón de que me requiriera como sirvienta? ¿Para estimularlo?

Antes que eso, preferiría que la cortaran a trocitos y la sirvieran con el cerdo.

Él parpadeó, sorprendido, y pareció volver al presente.

—Te aseguro que mis intenciones son completamente honestas. No tienes nada que temer. Sin embargo, no has respondido a mi pregunta sobre el cuadro.

Señaló hacia el retrato de la mujer.

Khalani no podía concentrarse con el gobernador justo a su lado, hombro con hombro.

—Es un cuadro muy bonito, gober…

—No —exclamó, negando con la cabeza—. Déjate de formalidades. Sé franca conmigo. Solo acepto honestidad.

Pues, siendo honesta, lo que le apetecía a Khalani era verlo muerto. Pero no estaban jugando a ese juego.

Se volvió completamente hacia el retrato sin perder de vista al gobernador, al que vigilaba con el rabillo del ojo.

—A primera vista, parece un viejo retrato de una mujer que no

es especialmente atractiva. Pero, al fijarnos en su rostro, es como si contara toda una historia con los ojos. Está en un lugar extraño, pero no parece asustada, como si supiera algo que nosotros ignoramos.

—Hum…, muy bien —asintió—. ¿Y tú?, ¿también te sientes en un lugar extraño?

—Sí —susurró Khalani. A continuación, la verdad se le escapó de los labios—. Génesis es más extraño y más aterrador que Apolo.

El gobernador enarcó las cejas.

—¿Y eso por qué?

Titubeó y contempló el cuadro de nuevo. La mujer le devolvía la mirada, desafiándola a que hablara.

—Han olvidado de dónde vinieron y se contentan con sentarse a comer bombones mientras sus vecinos luchan bajo sus pies. La ignorancia es su espada y su escudo. —Arrugó la frente a causa de la emoción—. No me parezco en nada a la mujer de este cuadro. No veo nada aquí que me resulte divertido.

Khalani temió haber hablado más de la cuenta y que el gobernador avisara en cualquier momento a los guardias y les ordenara arrestarla por traición, pero Alexander la miró de arriba abajo, como si la estuviera examinando.

—¿Qué te parecería si te dijera que este era el cuadro más famoso del mundo? Lo llamaban la *Mona Lisa* —dijo, pronunciando el nombre con una voz suave como la seda.

Ella paladeó el nombre. «*Mona Lisa*».

—Pensaba que Apolo guardaba las obras de arte famosas en los Archivos para que nadie las viera —comentó Khalani, extrañada.

—¿Y sabes por qué es así?

—¿Porque el arte inspira a la gente? —preguntó con vacilación, recordando las lecciones de Winnie.

El gobernador esbozó una amplia sonrisa y negó con la cabeza.

—No me equivocaba. Serías mejor consejera que esos necios. En muchos aspectos, la obsesión de la cultura humana por el arte y las fantasías estúpidas causó el Gran Colapso. No prestaron atención a los problemas de verdad. La gente prefería quedarse sentada en casa viendo una pantalla antes que preocuparse por el cambio climático, la disminución de recursos y la extinción en masa de varias formas de vida, tanto animales como vegetales. Las señales de alarma eran claras, pero sabían que no estarían vivos cuando llegara esa misma destrucción que sembraban. Confiaban en que otros solucionaran los problemas, pero eso jamás ocurrió. Y aquí estamos…

Alexander extendió los brazos, mostrando las palmas de las manos. Volvió a posar la mirada en el retrato, como si quisiera fulminar con ella a la mujer de sonrisa traviesa.

—Por desgracia, no pudimos curar la epidemia de ignorancia, como bien has deducido. Tengo este cuadro aquí como homenaje a esa generación perdida y para recordarme mis obligaciones.

Mientras hablaba, Khalani lo miró de reojo; parecía ensimismado, como en otro mundo. Por su manera de hablar, se diría que estaba de acuerdo con ella, pero, en realidad, pensaban lo contrario. Quizá su ira se dirigía hacia un grupo en particular, pero despreciaba a todos por igual.

Sintió que la embargaba una sensación extraña e incisiva. Justo cuando iba a preguntarle cuáles eran esas obligaciones, la puerta de la cocina se abrió.

—¿Por qué has tardado tanto en servir esas…? ¡Gobernador Huxley! Dis… Disculpe, señor. La prisionera sabía que debía regresar a las cocinas. Asumo toda la responsabilidad —balbuceó el mayordomo, inclinándose tanto al hacer una reverencia que casi

llegó a rozar el suelo.

El gobernador soltó una risita.

—No pasa nada, Arthur. Solo estaba charlando un poco con ella. Bien, siga con su cometido, señorita Kanes —dijo, susurrando la última parte en su oído.

Khalani se apresuró a alejarse, y se le erizó la piel al notar que Alexander Huxley la observaba marcharse con una sonrisa taimada en los labios.

20

Los gritos más fuertes se esconden entre sonrisas.

Sirvieron la cena en el jardín, iluminado por unas lucecitas que caían en cascada del sauce. El suelo estaba cubierto por una alfombra de flores, cuyos pétalos eran de colores tan brillantes e intensos que Khalani pensó que tal vez no fueran reales.

Los invitados ocuparon su lugar en una amplia mesa, mientras que varios sirvientes esperaban en pie a cierta distancia, con las manos a la espalda. Khalani se acercó y los imitó, y uno de sus compañeros asintió hacia ella. Khalani soltó un suspiro de alivio.

Al menos hacía algo bien.

Las mujeres de los consejeros eran jóvenes, no mucho más mayores que Khalani: iban maquilladas de forma llamativa y ataviadas con vestidos recargados que les ceñían la cintura y les acentuaban el escote.

La mayoría de los consejeros eran de mediana edad y se pavoneaban en sus impecables esmóquines. El gobernador, el líder indiscutible cuyo carisma y seguridad en sí mismo eclipsaba al resto de los hombres de Génesis, presidía la mesa.

—Gracias por esta velada, damas y caballeros —dijo Alexander como bienvenida—. Que comience el festín.

Hasta que él hubo tocado su plato, el resto de los invitados no

empezaron a comer y beber. En la mesa había fuentes colmadas de pavo, cerdo y jamón. A Khalani se le hizo la boca agua al oler los ricos aromas. Verlos disfrutar de aquel banquete mientras su propio estómago rugía de hambre era una tortura.

Khalani no podía apartar la mirada del enorme pavo. Jamás había comido carne de verdad; en realidad, muy pocos en Apolo la habían probado. La carne artificial de rata se consideraba un manjar. ¿Sabía ese pavo clonado que su destino era morir para que lo devoraran en el banquete de esa noche o vivía feliz en la ignorancia?

Quizá eso fuera sexista.

A lo mejor era una pava.

—Tengo que confesar que estoy entusiasmada con el baile del Décimo Aniversario.

Una mujer con una pluma blanca excesivamente grande en el pelo interrumpió los pensamientos de Khalani.

Unos rizos rubios le enmarcaban un rostro juvenil, afeado por un exceso de colorete rosa y la ávida sonrisa que le dedicaba al gobernador, tras la que asomaban unos dientes manchados de pintalabios.

—Estoy convencido de que contemplaremos auténticas hermosuras, Pruscilla.

Alexander Huxley tomó lánguidamente un sorbo de vino.

Pruscilla soltó una risita, embelesada por completo con el atractivo del gobernador, pese a tener a su esposo sentado justo al lado. A Khalani le entraron ganas de vomitar en el jarrón de rosas rojas que había detrás de ella.

—Los preparativos van viento en popa. Puede que incluso estemos listos antes de lo previsto.

Alexander Huxley ladeó la cabeza.

—¿Y contamos con la mano de obra necesaria según lo

planeado, Borris?

El consejero Borris vaciló, y la confianza y bravuconería que había demostrado minutos antes se esfumaron.

—Por supuesto, señor. Hemos seguido sus órdenes al pie de la letra —respondió, dedicándole una sonrisa respetuosa al gobernador.

El consejero Wyatt apuró la copa y depositó bruscamente el vaso en la mesa. Su esposa, que estaba junto a él, se estremeció. Alexander clavó sus fríos ojos en él.

—¿Ocurre algo, Wyatt?

—No, gobernador —soltó Wyatt, cortando su carne con furia.

Tras un silencio incómodo, el gobernador se recostó con calma en la silla. Khalani y otros que también presenciaban la escena tragaron saliva ante lo relajado que parecía.

—Señorita Kanes —dijo, volviéndose de repente hacia ella—. ¿Podría servirle a Wyatt un poco más de vino? Me parece que su copa está vacía —le pidió Alexander con una serenidad inquietante.

Todos se giraron hacia ella y Khalani abrió los ojos de par en par. Nerviosa, se apresuró a ir a la mesa cubierta con un mantel blanco en la que había cinco botellas de vino abiertas. A continuación, se acercó a la mesa donde estaban comiendo, sirvió despacio el vino en la copa de Wyatt y sintió el peso de todas las miradas sobre ella.

Khalani miró al gobernador, que se cubría los labios con la mano, ocultando su expresión. Un grito la hizo retroceder, y reparó en que había derramado un poco de vino tinto sobre el esmoquin de Wyatt.

—Oh, disculpe, señor. Lo siento muchísimo —dijo totalmente avergonzada.

Se apresuró a tomar una servilleta para secar el vino, pero con eso solo consiguió extender aún más la mancha en la camisa blanca.

Wyatt se levantó de golpe, apoyando las manos en la mesa.

—Gobernador Huxley, con todos mis respetos, no considero

sensato utilizar a prisioneros de Braderhelm como sirvientes en el baile. Ni en ningún otro lugar de Génesis, de hecho. Deberían ser liquidados. Mire el desastre que ha provocado esta.

Wyatt la señaló con un ademán y la miró con un desprecio absoluto.

Todos los presentes se quedaron paralizados en los asientos, algunos incluso con los cubiertos en el aire, como si temieran que el más mínimo movimiento provocara una explosión. Khalani contuvo la respiración, esperando el castigo.

Pero nadie la miraba a ella. Todos miraban al gobernador.

Un destello de antipatía brilló en sus ojos, pero Alexander se recostó y sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta. No era una sonrisa amistosa. Era un animal que jugueteaba con su presa antes de abalanzarse sobre ella.

—Señorita Kanes, mi copa también está vacía —dijo con voz sedosa.

Khalani se enderezó, con todos los músculos tensos. Caminó hacia la cabecera de la mesa concentrándose en respirar. Pese a que ya refrescaba, una gota de sudor le resbalaba por la frente.

El gobernador extendió la copa hacia delante y Khalani, con un nudo en el estómago, se ayudó de ambas manos para servir el vino. Si lo derramaba, sería más fácil tumbarse en el suelo para que la enterraran.

—Ah… —Alexander tomó un sorbo de vino—. Gracias por tu observación, Wyatt. De hecho, últimamente he estado pensando en algunas cosas que liquidar. Aunque algunos prisioneros de Braderhelm pueden resultar útiles.

Alzó la copa hacia Khalani, que deseó fundirse con la sedosa tela del vestido.

—La mayoría, por desgracia, son prescindibles. —El gobernador

se inclinó hacia delante y depositó el vaso sobre la mesa con suavidad—. Como ya sabes, y a la luz de los acontecimientos recientes, ya hemos previsto ocuparnos de esa cuestión. En realidad, es solo la manera de alcanzar un objetivo. ¿Sabes qué más es prescindible? —siseó, rezumando hostilidad como si fuera veneno—. Los consejeros rebeldes.

Antes siquiera de que hubiera terminado de pronunciar esas palabras, dos de los guardias personales del gobernador se apostaron detrás de Wyatt.

—Haga el favor de acompañarnos, señor —dijeron con tono inexpresivo y las manos sobre las pistolas.

Boquiabierto, Wyatt se giró hacia el gobernador con aire incrédulo.

—No… No… No puede hacer esto —balbuceó—. ¡Soy uno de los consejeros de Apolo!

Alexander dio otro sorbo a la copa de vino y los despachó con un ademán. Los guardias alzaron a Wyatt del asiento y lo sacaron de la mesa a rastras. Los gritos de horror resonaron por todo el jardín mientras se lo llevaban, chillando y pataleando.

Los invitados permanecieron sentados, inmóviles.

Alexander Huxley fue el único que se movió; pinchó con despreocupación otro bocado de carne. Un segundo después, un disparo hizo añicos el silencio.

Khalani se quedó de piedra. Miró a la esposa de Wyatt, que seguía sentada con el rostro entre las manos mientras unas lágrimas silenciosas le resbalaban por las mejillas.

Todos miraban al suelo y nadie se atrevía a hablar.

El silencio era tangible. Físico.

Como si fuera una mano que les rodeara la garganta y les impidiera respirar.

El gobernador carraspeó, y Khalani se volvió hacia el hombre que acababa de ejecutar a su consejero sin vacilar.

—Gracias por el vino, señorita Kanes. Delicioso —comentó con ironía.

Le ordenó que se retirara con un gesto de asentimiento.

Khalani fue incapaz de hacer la reverencia. El corazón le latía desbocado en el pecho y se apresuró a alejarse para ocupar su lugar junto al resto de los sirvientes.

No se dio cuenta de que se aferraba a la botella de vino hasta que la devolvió a la mesita auxiliar.

—Lamento la desafortunada interrupción, damas y caballeros, pero no permitamos que nos arruine el banquete. Coman, coman —ordenó el gobernador.

Todos alzaron los tenedores y se llevaron la comida a la boca, pero nadie pronunció palabra. Las mujeres parecían haberse encogido en sus asientos, mientras que el resto de los consejeros tenían los ojos clavados en el mantel, cabizbajos. Khalani no era capaz de distinguir si era por vergüenza, miedo o sumisión, o quizá fuera una combinación de las tres cosas mientras fingían que nada había ocurrido.

Si albergaba alguna esperanza de que los consejeros entraran en razón y ayudaran al pueblo de Apolo, esta se desvaneció al instante. Ni siquiera se habían atrevido a protestar cuando uno de los suyos había sido asesinado.

Unos minutos después, les ordenaron que fueran a la cocina, donde esperaban unas deliciosas bandejas de galletas, dulces y pasteles. Sentía un nudo en la garganta que no le permitía respirar y le sobrevenían arcadas con cada uno de sus movimientos.

—Vosotras dos —dijo el mayordomo, señalando con un gesto rápido a Khalani y Serene—. Sacad estas bolsas de basura. Tras esa

puerta hay un gran contenedor. Tiradlas y volved enseguida.

Obedecieron de inmediato.

—¿Has visto eso? —exclamó Serene a cierta distancia, cuando ya no podían oírlas—. El gobernador está loco.

—Baja la voz —la riñó Khalani, mirando nerviosa a su alrededor.

Las bolsas pesaban y le golpeaban las piernas. Enseguida encontraron el gran contenedor de basura. Khalani arrugó la nariz ante el hedor pútrido que emanaba de él.

—¿Por qué demonios huele tan mal? —preguntó Serene, torciendo el gesto.

Khalani alzó la tapa del contenedor y se asomó. Lo que vio casi la hizo caer de espaldas y el contenedor se cerró con un golpe sordo.

—¿Qué es…? Oh, Dios mío —murmuró Serene con el rostro horrorizado una vez que también se hubo asomado.

Era el cadáver del consejero Wyatt. Lo habían tirado allí, con la basura. La sangre se le acumulaba en las comisuras de la boca y las piernas habían adoptado un ángulo extraño. No podía sacarse de la cabeza la imagen de sus ojos. Seguían abiertos, con la sorpresa y el horror grabados en ellos, capturando eternamente sus últimos y horribles momentos de vida.

—¿Por qué lo han hecho?

—Porque son animales —dijo Serene entre dientes.

El sonido de unos pasos y de unas risotadas paralizó a Khalani. Serene se apresuró a agarrar las bolsas de basura y, cogiéndola del brazo, la arrastró hacia unos arbustos. Se agazaparon justo en el momento en que dos hombres doblaban la esquina y se detenían ante ellas.

—¿Lo ves? Aquí no hay nadie, Bruce. Estás alucinando otra vez.

Khalani contuvo la respiración y miró a través de los arbustos.

Apenas a medio metro de ellas había unos guardias, fuertes como rocas y armados con fusiles de asalto.

—Pues juraría que he oído a alguien. Quizá han visto el cadáver —dijo el guardia con la cabeza rapada mientras echaba un vistazo a su alrededor.

El otro se encogió de hombros, pero se aferró al arma.

—Podríamos torturar a un par de sirvientes. Quizá uno de ellos haya visto algo.

—No… —suspiró el guardia, impaciente. Khalani y Serene intercambiaron una mirada asustada—. Eso sería demasiado esfuerzo. Seguramente las voces venían de la fiesta. Además, no tengo ganas de oír más gritos esta noche.

—Wyatt debería haber muerto como un hombre. Pero ha sido todo demasiado rápido y ha sangrado como un cerdo. Al menos, con ese científico de la semana pasada me pude divertir. ¿Cómo se llamaba? ¿Victor?

—Vincent, idiota. Y te recuerdo que no lograste hacerle confesar. Seguía balbuceando no sé qué de un fallo en los cultivos, incluso después de que le cortaras los dedos. Quizá estés perdiendo la práctica, Dom —dijo el guardia, soltando una risita.

—Cierra el pico. —Dom frunció el ceño—. Si hubiese llegado a ponerle las manos encima a ese incursor que encerraron, me habría suplicado que acabara con su vida.

—Sí, seguro…

Bruce miró a ambos lados y bajó la voz.

—¿Has visto el equipo que recuperaron?

Khalani y Serene aguzaron el oído.

—… no funcionaba. El gobernador insistió en que lo lleváramos a su estudio. La verdad, no entiendo por qué. Es chatarra arcaica.

—Lo que tú digas. Venga, regresemos.

El sonido de la gravilla bajo las suelas de las botas confirmó que se alejaban.

Serene y Khalani esperaron un minuto entero antes de salir del escondite. La adrenalina les bombeaba en las venas, más espesa incluso que la sangre.

—¿Has oído lo que…?

—Chist —la interrumpió Serene—. Podrían regresar. Tenemos que irnos.

Khalani se estremeció. Si los guardias las veían, acabarían igual que el consejero Wyatt: muertas y en el contenedor.

Entraron a toda prisa en la casa y volvieron a la cocina.

—¿Dónde estabais? Los invitados ya casi han terminado el postre.

El mayordomo las miró con las mejillas rojas de furia.

Khalani iba a contestar, pero Serene se le adelantó.

—Nos hemos perdido. Ahora vamos a ayudar en la mesa. Pero antes necesito ir al baño, señor.

—Utiliza el de los sirvientes, al final del pasillo.

—Alguien lleva allí un buen rato, y me parece que ya no aguanto más. No quiero causar un problema en la casa del gobernador, señor.

Serene puso cara de ir a vomitar.

—Puaj, está bien. Habla con el guardia que hay en el vestíbulo. Dile que te envío yo y que te conduzca al baño de la planta superior. No vayas a ningún otro sitio —ordenó el mayordomo.

A continuación, le dijo a Khalani que se apresurara a ir al jardín y que rellenara las copas. Aunque sentía que el gobernador la observaba, evitó mirarlo, rezando para que no le dirigiera la palabra en lo que quedaba de noche.

Volvió a ocupar su lugar entre los otros sirvientes, lejos del

gobernador. Aliviada, se relajó al ver que Serene regresaba al jardín y se colocaba junto a ella.

El lenguaje corporal de Serene era tranquilo, decoroso, pero en su rostro se reflejaba algo diferente, un entusiasmo y una determinación que la desorientaron.

—¿Estás bien? —susurró Khalani.

—Más tarde. Ahora no —respondió Serene, mirando al frente.

El sonido de unas copas que entrechocaban la obligó a mirar hacia la mesa justo cuando el gobernador se ponía en pie.

—Un brindis final por la velada.

Los invitados alzaron sus respectivas copas; incluso la esposa de Wyatt, con todo el maquillaje corrido.

—Me gustaría agradeceros vuestra compañía en esta maravillosa noche. Lamento el incidente.

Hizo una pausa, paseando la mirada por cada uno de sus consejeros.

«Incidente».

¿Así lo llamaban los asesinos en serie actuales?

—Sin embargo, vuestro continuo apoyo al crecimiento de Génesis y, de hecho, al de todo Apolo me honra. Si nuestros ancestros nos observan desde lo alto, sé que estarán orgullosos de lo que hemos logrado para el planeta. Mi único deseo es avanzar y continuar nuestro importante trabajo y estoy entusiasmado por celebrar la creación de Génesis en el baile del Décimo Aniversario. ¡Lealtad a Apolo!

—¡Lealtad a Apolo! —respondieron los invitados.

Todos vaciaron las copas.

Khalani los fulminó con la mirada mientras el odio la embargaba. Había aprendido algo esa noche: no importaba de cuánta moralidad y rectitud hicieran gala las personas, porque la mayoría mirarían

hacia otro lado cuando se enfrentaran al mal, siempre que no fueran ellos quienes lo sufrieran.

Comprendió entonces que la prisión la había cambiado para siempre. Porque, en ese momento, Khalani deseó haber envenenado el vino.

21

He sido testigo de las guerras más brutales y sangrientas en el campo de batalla de mi mente.

Khalani removió la comida. Aquella mezcla marrón salpicó el plato, igual que sus pensamientos confusos se esparcían por su mente: de forma desordenada y caótica.

El gobernador observándola con sus ojos de mirada astuta como si fuera un rompecabezas que se revelaba ante él.

El sonido de un disparo a lo lejos, alzándose en la hermosa pradera, señalando las brutales consecuencias de los que se atrevían a apartarse del camino marcado.

El cuerpo de Wyatt, como si fuera una muñeca de trapo, con las piernas dobladas y la mirada vacía y perdida.

Los recuerdos se sucedían y no podía hacer nada para calmarlos.

A menudo, los horrores que albergaba el alma eran los que más lugar ocupaban.

—¿Estás bien, Khalani? Tienes mala cara.

La voz de Adan atravesó sus oscuros pensamientos.

Ante ella, Adan y Derek la observaban con expresión preocupada.

—Sí, estoy bien —respondió en voz baja Khalani, sin probar la comida.

Sintió que la bilis le subía por la garganta y, con el primer bocado, pensó que iba a vomitar. Volvió a oír la voz decrépita de Alexander Huxley, como si estuviera allí, susurrándole por encima del hombro, respirando en su oído.

«No pudimos curar la epidemia de ignorancia… para recordarme mis obligaciones».

—Oye… —Derek le posó una mano callosa sobre el hombro, sacándola de su ensimismamiento—. ¿Quieres hablar del tema? ¿De lo que pasó allí arriba? —dijo apuntando con un dedo al techo.

Khalani abrió la boca para hablar, pero no encontró las palabras.

¿Cómo describir un lugar que encarnaba sus fantasías más asombrosas y los horrores más profundos que pudiera imaginar?

Génesis era el infierno disfrazado de cielo bajo una cúpula de aparente seguridad.

Una sarta de mentiras.

Nadie estaba a salvo del gobernador. Ni siquiera el Consejo.

—Lo encontramos —dijo, bajando la cabeza.

—¿A quién?

—A Wyatt. El gobernador ordenó matar a su propio consejero, y nosotras lo encontramos en la basura. Nadie protestó —susurró.

—Joder… —murmuró Adan.

—Nos escondimos mientras los guardias bromeaban sobre asesinar a inocentes. Hasta presumieron de haber torturado y matado a un científico que no dejaba de repetir que había un fallo en los cultivos. Fue delirante. Asesinarían al primero que se les pusiera delante. Son monstruos.

El recuerdo le hizo apretar los puños y deseó descargar su ira en el guardia que tenía más cerca. El próximo entrenamiento con Takeshi no sería agradable.

—¿Qué has dicho?

Se volvió hacia Derek, que la miraba con ojos desorbitados y completamente inmóvil.

—He dicho que mataron al consejero y lo arrojaron a la basura.

—No, eso no. —Derek le agarró el brazo—. Lo del científico. Has dicho que torturaron a un científico que mencionó un fallo en los cultivos. ¿Dijeron su nombre?

—No lo sé. No, espera… Recuerdo que los guardias mencionaron a un tal Vincent. ¿Por qué lo preguntas?

Derek palideció y frunció el ceño, como si tratara de resolver la ecuación más difícil del mundo y hubiese descubierto que no tenía solución.

—No puede ser… —dijo en voz baja.

—¿El qué? —preguntó, alarmada por su expresión de horror—. ¿Qué ocurre?

—Hola, gente. Menuda cola —dijo Serene, depositando el plato en el suelo y vigilando cada rincón a su alrededor.

—Derek. —Khalani no le quitaba ojo de encima—. ¿Qué ocurre?

—Yo lo maté… —murmuró Derek con lágrimas en los ojos y manos temblorosas.

—¿A quién mataste? —interrumpió Serene.

Derek se llevó las manos a la cabeza y se las restregó por el cráneo rapado, como si tratara de extirpar partes de su mente.

—¿Recuerdas cuando te conté por qué me condenaron?

—Trabajabas en los Laboratorios de Investigación y Recursos. Me dijiste que descubriste algo que no querían que saliera a la luz.

Khalani se concentró, tratando de recordar.

Derek torció el gesto y se desmoronó ante ellos.

—Nunca he querido contároslo…

—¿Contarnos qué? —preguntó Adan con aire preocupado.

—Todo empezó hace varios meses, cuando aún trabajaba en los

laboratorios. Varios granjeros informaron de algo extraño: el cinco por ciento de sus cosechas morían después de fertilizarlas. Debería haber sido capaz de localizar la causa enseguida. Comprobé los datos de las bombas de aire, analicé el suelo, las lámparas verdes…, pero nada. Todo era normal. Lo desestimé, pensando que los cultivos se estabilizarían en la siguiente siembra. Pero entonces, al mes siguiente, fue el ocho por ciento. Al siguiente, el diez por ciento. La situación empeoraba y no sabíamos por qué. Informé de inmediato a mis superiores, que revisaron las gráficas. Me dijeron que no me preocupara y lo achacaron a un cultivo incorrecto del banco de semillas, negándose a creer que se trataba de un problema sistémico. Consideraron «imposibles» mis deducciones —dijo Derek con rabia—. Pero yo no podía olvidarlo así como así. Algo no iba bien. Durante los meses siguientes, recogí muestras del agua y del suelo. Lo que descubrí fue… aterrador. En las bombas de riego había otra sustancia. Nunca había visto nada parecido en mis investigaciones. Solo se podía describir como un virus que consumía las plantas desde dentro. Cada mes, el virus se propagaba por el sistema de riego. De seguir a ese ritmo, todas nuestras cosechas morirían en unos pocos años.

Khalani negó lentamente con la cabeza. Era imposible.

Era impensable que hubiese un fallo en los cultivos. En los trescientos años que llevaban viviendo en el subsuelo, Apolo nunca había sufrido una crisis alimentaria causada por la escasez de comida.

Serene rompió el silencio.

—¿Informaste a tus superiores de lo que habías descubierto? ¿De la existencia de ese virus?

—Pues claro —afirmó Derek, abatido—. Pensé que arreglarían las bombas enseguida y lo eliminarían, fuera lo que fuese. Pero no lo

hicieron. Me trataron de loco y se asustaron por si la información se filtraba y cundía el pánico. Después de esa reunión, tuve el presentimiento de que pronto me despedirían, así que le pasé todos los datos a un colega con la esperanza de que continuara mi trabajo. Se llamaba Vincent.

Derek cerró los ojos y dejó caer los hombros, apenado, como si quisiera desaparecer, igual que le pasaba a Khalani.

—¿Qué estás diciendo, Derek?

Derek miró a Khalani con tristeza.

—Eso que les oísteis decir a los guardias… no es una coincidencia. Han debido de asesinar a Vincent por tratar de revelar la verdad sobre el fallo en los cultivos y las posibles consecuencias inminentes. Sabéis lo que eso supondría tanto como yo. Apolo nunca arregló el problema. Es solo cuestión de tiempo antes de que empecemos a morirnos de hambre. Y los prisioneros serán los primeros, sin duda.

Sus palabras sumieron al grupo en un aplastante silencio, como si hubieran succionado el aire a su alrededor.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —dijo Serene con un hilillo de voz.

—Un año en el mejor de los casos.

—Eso no puede ser cierto, Derek. Seguro que te equivocas —objetó Adan con rostro ceniciento.

Derek negó con la cabeza, incapaz de decir nada más.

Khalani se clavó la uña del dedo índice en el pulgar como si fuera un cuchillo afilado, concentrándose en el dolor, porque las paredes parecían cernirse sobre ella y amenazaban con asfixiarla y pulverizar toda su existencia.

Un año.

Un año antes de que todo el mundo muriera.

Quería…, no, necesitaba negarlo. Sin embargo, un recuerdo

acudió a su mente, y ahogó un grito. «A la luz de los acontecimientos recientes, ya hemos previsto ocuparnos de esa cuestión. En realidad, es solo la manera de alcanzar un objetivo».

Comprendió la horrible verdad y, ante la certeza, casi quedó paralizada.

—Lo sabe. El gobernador lo sabe —susurró.

—No puede ser —replicó Adan, negando con rotundidad con la cabeza—. Yo tampoco trago a ese tipo, pero dudo que dejara que eso ocurriera.

El rostro de Serene estaba más pálido de lo normal.

—El gobernador mencionó anoche que la gente era prescindible. Lo mantienen en secreto para evitar que cunda el pánico. Aunque, si lo que dices es cierto, Derek, el Consejo debe de tener un plan B, o ellos también morirán.

—¿Es que no lo veis? —preguntó Derek con tono cáustico—. Tienen suficientes provisiones para los habitantes de Génesis. Pero los que vivimos en el subsuelo… no tendremos tanta suerte. Los guardias sellarán la entrada de Génesis y subirán los alimentos que queden. No hay manera de detenerlos.

El pecho de Khalani se hundió como si fuera a desmoronarse. Desvió la mirada hacia algunos prisioneros malnutridos que comían hambrientos, ajenos por completo a lo que los esperaba a ellos y a sus familias. ¿Lo sabían los guardias?

Se puso rígida, y un sudor frío le recorrió la espalda. ¿Lo sabía Takeshi?

Con las venas del cuello marcadas, Adan golpeó el suelo de piedra con los puños.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! Tenemos que avisar a la gente.

—Baja la voz —ordenó Derek.

—¿Y si pedimos ayuda? —preguntó Serene con un destello calculador en la mirada.

—¿Y quién va a ayudarnos? —Los ojos de Derek brillaron con rabia—. Es imposible escapar de Braderhelm, y ni siquiera consideran a los prisioneros como humanos. El Consejo preferiría vernos muertos.

Serene lo miró con una expresión entusiasta y decidida en los ojos.

—No estoy hablando de Génesis.

Todos volvieron la cabeza hacia ella, sin dar crédito a sus palabras.

—¿A qué te refieres?

Serene echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie, ni guardias ni prisioneros, les prestaba atención, y sacó una bolsita negra del bolsillo de su mono.

—¿Qué es eso? —dijo Adan frunciendo el ceño.

Lo depositó en el suelo.

—Ábrelo.

Adan cogió la bolsita y sacó de ella un revoltijo de cables y metal del tamaño de un dispositivo portátil. El objeto negro estaba aplastado, como si alguien lo hubiese desmontado de malos modos.

—¿Es un… *walkie*? —preguntó Adan, inspeccionando el aparato con atención y ocultándolo con el cuerpo.

—No es un *walkie-talkie* cualquiera. Perteneció a un incursor. ¿Y veis esa pequeña H azul? Es la insignia de la otra ciudad del subsuelo, Hermes —susurró Serene, radiante.

—¿De dónde demonios lo has sacado? —preguntó Adan, boquiabierto.

—Lo robé anoche de la mansión del gobernador. Los guardias mencionaron que habían recuperado el equipo de un incursor, así

que me colé en el despacho y me lo metí en el sujetador dos tallas más grande que nos obligaron a ponernos. Nadie se dio cuenta.

Khalani puso los ojos como platos.

—Si conseguimos arreglarlo, quizá podamos contactar con Hermes —sugirió Serene—. Y pedir ayudar. Tenemos que intentarlo.

—Pero ¿no lo habrá hecho ya el Consejo? ¿No les habrá pedido ayuda? —preguntó Adan, sin apartar la vista del objeto y con el ceño aún fruncido.

—Con los pocos trajes antirradiación que hay en Apolo, una evacuación total es impensable. Hermes no puede enviar suficientes provisiones para todos, y Apolo nunca informará a otra ciudad de un genocidio masivo —soltó Derek.

El silencio, al igual que la cruda realidad, se cernió sobre ellos.

—Eras uno de los mejores ingenieros. ¿Puedes arreglarlo? —Serene miró a su hermano con los ojos llenos de esperanza.

Adan sostuvo el *walkie-talkie* entre las manos y lo examinó con cuidado.

—No lo sé. Necesito algunas herramientas, como un destornillador, cinta aislante y pilas. Algunos guardias tienen *walkies* con una tecnología menos avanzada que la de este, pero las pilas deberían ser compatibles. Si consigo esas cosas, puedo arreglarlo en unas semanas. Pero no garantizo que funcione.

—Dame un par de días. Te conseguiré lo que necesitas —aseguró Serene con firmeza.

La señal de que el tiempo para comer había terminado interrumpió la tensión del momento y les hizo dar un respingo. Adan enseguida se guardó el dispositivo en el bolsillo antes de que cualquier persona que pasara junto a ellos pudiera verlo.

—De momento, lo mantendremos en secreto. No podemos confiar en nadie más —sugirió Adan.

Todos asintieron, excepto Derek.

Los prisioneros se encaminaron hacia las tareas vespertinas. Khalani trató de alcanzar a Derek, pero este aligeró el paso, como si no quisiera hablar más del tema. En sus ojos se reflejaba la verdad.

Había perdido la fe. Para él, nada ni nadie los salvaría.

Khalani no dejó de frotarse las manos y de hacer crujir el cuello mientras recorría los túneles sola. Los músculos le respondían. El corazón le latía en el pecho. Pero se sentía desconectada. Como si fuera a bordo de un tren que no conducía nadie.

Cuando Khalani había llegado a Braderhelm, se había resignado a una muerte lenta, fría y solitaria entre esos muros de piedra. Había aceptado el cruel destino que le había tocado y solo suplicaba que el final no tardara en llegar.

Pero ahora… Ahora todo había cambiado. Tenía… amigos.

Personas que le importaban. Personas que se preocupaban por ella. Le habían devuelto algo que creía perdido para siempre, una esperanza que no desaparecería pese a que sus peores miedos amenazaran con destrozarla: le habían demostrado que ella era más que toda la maldad que había sufrido o los errores que había cometido.

En ese sentido, la vida era como la poesía. Estaba hecha para ser compartida.

Esa misma tarde, mientras se dirigía a la celda a esperar a Takeshi, una parte salvaje en su interior deseó enfrentarse a él.

Descubrir si sabía la verdad sobre los cultivos dañados.

Como capitán que era, su obligación sería matarlos a todos por robo e insubordinación.

Pero ¿y si podía ser de ayuda?

Nerviosa, revolvió los pies mientras esperaba a que llegara. Cada segundo parecía una hora durante la cual su mente libraba una

batalla.

Oyó las rápidas pisadas de unas toscas botas que se acercaban por el pasillo. Ya era hora.

Dio un paso al frente, dispuesta a mofarse de él por llegar tarde, pero entonces vio al hombre que había doblado la esquina. No era Takeshi.

Era el guardia Barron.

Khalani se quedó petrificada, rígida como un palo, mientras un sudor frío le recorría la espalda. El guardia esbozaba su habitual sonrisa malvada y su corpulento cuerpo ocupaba casi todo el pasillo.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Sintió que se le erizaba la piel y, con movimientos lentos, dio un paso atrás sin apartar del guardia los ojos, abiertos como platos. El corazón le latía desbocado en el pecho.

Barron ladeó la cabeza.

—¿Ibas a alguna parte?

Se acercó, mirándola con un destello de malicia.

Sin dudar ni un instante, Khalani dio media vuelta y empezó a correr en dirección opuesta, impulsándose con los brazos. El ruido de las pisadas de botas tras ella avivaba sus peores miedos. Temblando, inspeccionaba a toda prisa los oscuros túneles en busca de alguien, quien fuera, pero no había nadie. Nadie iba a ayudarla. Todo el mundo estaba en el foso y no había ni rastro de Takeshi. Le ardían los pulmones de tanto correr. Las fuertes pisadas a su espalda aumentaron de intensidad y las paredes devolvieron el eco de un sonido profundo y gutural que la seguía como si fuera una maldición persistente. El pánico se apoderó de ella.

Rezando todas las oraciones que conocía para alcanzar a tiempo el foso, dobló rápidamente la esquina del siguiente pasillo. Un sinfín de barras metálicas pasaron fugazmente ante sus ojos. Ya veía la

escalera. Iba a conseguirlo.

De repente, un fuerte brazo la agarró del hombro y la estampó contra la pared. Las ásperas rocas le rasparon la mejilla, y Khalani gritó de dolor. Trató de darle un puñetazo, pero Barron la rodeó con los brazos por la espalda y la inmovilizó con toda su corpulencia.

Khalani arqueó el cuerpo hacia atrás, tratando desesperadamente de zafarse, pero él no se movió. Barron le lanzó su aliento caliente al oído.

—Eso, resístete. Me gusta cuando se resisten.

Gritó y pidió ayuda con todas sus fuerzas, pero Barron le tapó la boca con la mano y la hizo callar. Presionó aún más su rostro contra la pared, y Khalani se asombró de la fuerza que tenía. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y empapaban la mugrienta mano del guardia.

—Llevo bastante tiempo soñando con este momento —murmuró con tono intimidante.

Barron le mordió suavemente el cuello y Khalani trató de apartarse y quitárselo de encima. Él le golpeó la cabeza contra el muro, haciéndole ver las estrellas.

—En cuanto haya terminado contigo, nadie encontrará tu cadáver. Ni siquiera el capitán. Será como si nunca hubieras existido.

Le quitó la mano de la boca y empezó a desabrocharle el mono. Khalani seguía tratando de zafarse, pero Barron se mantuvo firme y consiguió quitarle una hebilla.

—¡Para, por favor! ¡Para! —rogó Khalani.

Sin embargo, el guardia ignoró sus súplicas y le tiró bruscamente del mono. Khalani luchaba con todas sus fuerzas y lloraba desconsoladamente; la energía y la fuerza de voluntad empezaban a abandonarla. El golpe que había recibido en la cabeza seguía doliéndole; apretó los ojos y los cerró, indefensa ante aquel guardia

que no pensaba soltarla.

No podía soportarlo. No soportaría que la violara.

Sintió como si abandonara su cuerpo y viera la escena desde arriba: el guardia que la acorralaba contra la pared, ella que se bloqueaba emocional y mentalmente, él que trataba de desvestirla.

¿Estaba ocurriendo de verdad?

Todas esas sesiones de entrenamiento, todos sus esfuerzos por ser más fuerte, por aprender a defenderse. ¿No habían servido de nada?

—Dime cómo te sientes ahora mismo —ordenó Takeshi.

—Indefensa.

—Sí. Sientes que no tienes control, que eres débil. Pero esa no eres tú. Tienes que recuperar el control, demostrar que no vas a permitir que te maltraten y que te dejen tirada. Eres fuerte, Kanes.

Khalani abrió los ojos de golpe justo en el momento en que Barron le manoseaba el pecho desnudo.

No.

Khalani apoyó un pie en el muro de piedra y se impulsó con todas sus fuerzas contra el pecho de Barron. Este aflojó un poco la presión, y ella juntó las manos. Con las pocas fuerzas que le quedaban, le clavó el codo en las entrañas, gritando de furia al hacerlo. Barron ahogó un grito y, tratando de recuperar el aliento, la soltó mientras retrocedía tambaleándose.

De inmediato, Khalani corrió hacia las escaleras, pero Barron la cogió del brazo y la acorraló contra la pared. Acto seguido, le rodeó la garganta con ambas manos.

Y empezó a apretar.

—Voy a pasármelo muy bien matándote —gruñó.

Barron empezó a aplastarle la tráquea. Se le nubló la visión y se

quedó sin aire. El pánico la embargó al ver que no podía respirar. Haciendo un último esfuerzo, llevó ambas manos hacia el rostro del guardia y le metió los pulgares en los ojos, clavándole las uñas y retorciéndolas en sus negras pupilas. Barron profirió un horrible grito, la soltó y se llevó las manos a las cuencas llenas de sangre.

Khalani se desplomó en el suelo, tosiendo y jadeando.

Tratando de recuperar el aliento a toda costa.

—¡Mis ojos! ¡Maldita zorra de mierda! —gritó.

Por las mejillas de Barron resbalaban lágrimas rojas, pero, pese al daño que Khalani le había hecho, aún podía ver. Con los ojos entornados, la distinguió en el suelo. Sacó la pistola y apuntó hacia ella con manos temblorosas.

Khalani se preparó para el impacto, pero, justo en ese momento, Takeshi derribó a Barron, que salió volando.

Con un rugido de rabia pura y genuina, Takeshi le quitó la pistola y le dio la vuelta al guardia, como si fuera una muñeca de trapo. Barron le lanzó un puñetazo, pero Takeshi lo bloqueó con facilidad y le asestó un golpe en la garganta que lo dejó sin aliento.

Luego empezó a darle puñetazos en la cabeza, uno detrás de otro. La ira se apoderó de su expresión mientras aporreaba el rostro ya irreconocible de Barron con los nudillos. Había salpicaduras de sangre por todos lados, pero Takeshi no se detuvo.

Nunca lo había visto así, tan dominado por la rabia.

Cuando quedó claro que Barron ya no se movía, Takeshi se detuvo, pero continuó encorvado sobre él como si fuera un animal hambriento. Respiraba con dificultad y seguía con los puños apretados, dispuesto a continuar con el demoledor ataque.

Khalani lo había observado todo en silencio, con la mirada borrosa. Cuando soltó un gemido de dolor, Takeshi se volvió de pronto y se acuclilló a su lado.

—Kanes, ¿me oyes? Kanes, ¿estás bien?

Takeshi adoptó una expresión aún más furiosa cuando le subió el mono para cubrirle el pecho. Le acarició suavemente la mejilla con una mano enorme y la miró con la angustia reflejada en sus ojos tristes, como si hubiera sido él la víctima del ataque.

Khalani le dio las gracias con un gesto y trató de incorporarse, pero una oleada de vértigo casi le hizo perder el conocimiento. Inclinándose hacia la izquierda, vomitó la comida. Takeshi se colocó detrás de ella, le aguantó la cabeza, apartándole el pelo de la cara, y le frotó la espalda.

—Ya ha pasado. Ahora estás conmigo —la consoló.

Cuando comenzó a tener arcadas secas, Takeshi la aupó como si no pesara más que una pluma.

Casi sin fuerzas, Khalani negó débilmente con la cabeza; no quería ser una carga. Entre murmullos, trató de convencerlo de que podía caminar.

Takeshi ni se lo planteó.

—Haz el favor de estarte quieta, Kanes. No pienso bajarte por nada del mundo —declaró con voz gutural.

Las palabras se le colaron en los oídos como si fueran un metrónomo, calmándola y provocándole cierta somnolencia. Eso era lo único que deseaba: dormir.

Sintió que los brazos de Takeshi, tiernos y protectores, justo lo opuesto de los de Barron, la sujetaban.

Empezó a cerrar lentamente los párpados. Lo último que vio fueron los ojos negros de Takeshi mirándola con preocupación, dulzura y una pasión furiosa e intensa que rivalizaba con todas las historias escritas y las canciones cantadas.

22

Has descubierto que estoy hecha de nada y la has moldeado.

Lo primero que notó Khalani fue el trapo mojado sobre la frente. Tenía la cabeza apoyada en una dura almohada que se le acoplaba perfectamente al cuello y desprendía un olor ligeramente familiar.

Ladeó la cabeza y abrió los ojos.

Takeshi estaba sentado junto a ella, observándola con aire preocupado mientras le colocaba el trapo.

—Lo siento. No pretendía despertarte. Parecías tener fiebre —se apresuró a explicar, retirando la mano.

Khalani miró a su alrededor, confundida.

Estaban en una oscura habitación en la que solo había una diminuta cómoda negra, un escritorio espartano y la magnífica cama en la que estaba acostada. La cálida luz de una lámpara de noche iluminaba el rostro de Takeshi. Seguía con el uniforme negro puesto y llevaba el pelo revuelto.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz ronca.

—En mi habitación. El médico que había hoy de guardia en la enfermería era otro y habría hecho demasiadas preguntas. Lo mejor era traerte aquí.

Takeshi carraspeó y cambió de postura, incómodo.

Khalani gimió al incorporarse. Él se recostó, sin dejar de mirarla con ojos preocupados.

—Creo que has sufrido una conmoción y te dolerá el cuello durante los próximos días. Solo necesitas descansar —añadió, como si tratara de tranquilizarse a sí mismo.

Tras un considerable esfuerzo, Khalani consiguió enderezarse. Apoyó la cabeza contra la pared de piedra y asintió de forma apenas perceptible, ignorando el dolor del chichón que tenía en la frente y agradecida de verdad por la presencia de Takeshi. Menos mal que había aparecido…

Apretó los dientes, deseando bañarse en agua hirviendo hasta despellejarse. Lo que fuera con tal de olvidar tanto física como mentalmente las asquerosas manos de Barron acariciándola, como si su cuerpo fuera suyo y pudiera hacer con ella lo que quisiera.

Takeshi ladeó la cabeza al notar que ella volvía a estar tensa.

—¿Y Barron? —escupió Khalani entre dientes.

Takeshi reaccionó de inmediato enderezándose. Con los puños apretados, apartó la mirada, pero Khalani llegó a distinguir un destello de malestar y furia.

—Después de traerte aquí, he avisado a un par de guardias. Les he dicho que Barron me había atacado y que había tenido que defenderme. Cuando hemos ido a recuperar el cuerpo de Barron para llevarlo ante el alcaide, ya estaba muerto.

Takeshi apretó los labios con gesto severo, sin mostrar ni un ápice de arrepentimiento pese a lo siniestro de la situación.

Khalani no supo qué decir. El capitán había vuelto a arriesgar la vida por ella y, a modo de compensación, ella solo le ofrecía caos y destrucción. Quizá todo fuera culpa suya.

Quizá se mereciera lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento —susurró, bajando la mirada hacia las manos.

¿Por qué todo lo que tocaba acababa estropeándose?

—Mírame.

Khalani negó con la cabeza.

—Mírame, Kanes.

A regañadientes, Khalani alzó la mirada.

Los ojos de obsidiana de Takeshi se clavaron en los suyos.

—No te disculpes. Soy yo el que debería hacerlo. Me entretuve y no llegué a tiempo. Es todo culpa mía. Lo que… te ha pasado. Lo que te hizo ese pedazo de mierda inútil. Lo que trató de hacerte. No dudaría en matarlo de nuevo si…

Takeshi se interrumpió y apartó la mirada, furioso.

Khalani se inclinó hacia él y se atrevió a apoyarle una mano sobre el hombro. Él se negó a mirarla, carcomido por la culpa.

—Eso no es verdad, Takeshi. Me has salvado. De verdad. Y no solo al final. Cuando estaba a punto de desmoronarme, tu voz y lo que me has enseñado durante el entrenamiento me dieron fuerzas para contraatacar. Te estoy muy agradecida, más de lo que te imaginas.

Khalani lo decía de verdad. Lo había odiado durante mucho tiempo por tratarla con tanta hostilidad… ¡Qué estúpida había sido!

Al oír esas palabras, Takeshi arrugó la frente, sorprendido, y la miró. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró enseguida y optó por asentir con la cabeza.

Como si las palabras fueran innecesarias.

Y, por primera vez, Khalani entendió su silencio.

Takeshi miró de reojo, deliberadamente, la mano que Khalani aún mantenía sobre su hombro.

—Lo siento.

Ruborizada, se apresuró a retirarla.

—¿Aún piensas que voy a matarte, Kanes? —dijo con un brillo en

esos ojos oscuros—. Podría haberlo hecho fácilmente cuando te tenía entre mis brazos.

Su voz magnética le acarició la piel y le provocó un escalofrío. Casi creía que aquella parte (ella entre sus brazos) había sido un sueño. Incluso mejor que eso. Y aunque debería haber sido irrelevante, algo sin importancia, no dejaba de recordar ese instante como el mejor de su vida.

—Quizá aún lo estés considerando. Espero que no te pesara mucho —añadió.

—Hum… Puede que sí tenga que llevarte al médico al fin y al cabo —reflexionó Takeshi—. Si un día llegas a pesarme, será porque se me han caído los brazos.

A Khalani se le aceleró el pulso y, por un momento, olvidó respirar.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —preguntó, desesperada por cambiar de tema antes de soltar una sarta de tonterías.

Takeshi arrojó el paño húmedo sobre el escritorio.

—Unas pocas horas. Las luces se han apagado hace apenas un rato.

Ella asintió, y un silencio incómodo se instaló entre ambos. Seguramente, había llegado el momento de que Takeshi la escoltara a la celda. Y, pese a que no tenía ninguna lógica, Khalani no quería marcharse.

Y, aunque intentara justificarse diciéndose que aún estaba conmocionada por el incidente con Barron, en lo más profundo de su ser, en esas partes de sí misma que nunca exponía, sabía que había algo más.

La presencia de Takeshi la reconfortaba. No era solo por la calidez que desprendía. Era por su manera de escucharla, como si lo

que estaba diciendo importara. Era por su forma de moverse, como si el aire a su alrededor le perteneciera, y por cómo la animaba a hacer lo mismo. Era por el modo en que la miraba con esos ojos llenos de preocupación, como si no soportara verla sufrir.

Quizá había dejado de odiarlo hacía tiempo y no se había dado cuenta hasta entonces.

Takeshi tamborileó con un dedo sobre una pierna y la observó.

—Bueno, y ahora… tienes un par de opciones.

—Vale…

—Puedo llevarte de vuelta a la celda y duermes allí. Te prometo que nadie te molestará —aseveró.

—¿Y la segunda? —preguntó Khalani, conteniendo el aliento.

Se produjo un silencio.

—La segunda opción es que te quedes aquí… Solo esta noche, para descansar. Te prestaré la cama y yo dormiré en el suelo —sugirió con cierta reserva.

Khalani se retorció las manos.

Las palabras de Takeshi eran como descargas eléctricas reales que le subían por los brazos y la abrasaban. Khalani ya sabía la respuesta que quería darle. Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero se las tragó, obligándolas a regresar a lo más profundo de su garganta.

En otro momento y en otro lugar, y si la angustia no significara nada, la verdad habría salido de su boca como cuando alguien se ahoga y puede finalmente tomar una bocanada de aire.

Sin embargo, no se parecían en nada, eran por completo opuestos, enemigos jurados. Pese a eso, en ese instante, parecía que todas esas cadenas que los unían y los limitaban se estaban desvaneciendo. Como si estuvieran en una burbuja, fuera de la prisión, lejos de Apolo.

Takeshi le estaba ofreciendo, por una sola noche, la libertad de decidir lo que quería, una libertad que le habían robado tiempo atrás.

Alzó la mirada, esperando descubrir la respuesta en sus ojos fríos como el acero, pero se encontró una cara de póquer perfecta. El único indicio que revelaba lo que podía estar pensando era su respiración, que se había sincronizado con la suya.

Debería regresar a la celda.

Era lo más lógico. Ya habían ido más allá de los límites permitidos.

Pero, pese a su aspereza exterior, Takeshi se había apiadado de ella cuando más lo había necesitado. A su lado, no se sentía la prisionera 317. Era otra vez un ser humano, para lo bueno y para lo doloroso.

Cuando estaba cerca de él, se sentía más viva que nunca.

Khalani se armó de valor. La lógica podía irse a freír espárragos.

—Me quedaré contigo esta noche.

—¿Estás segura? —preguntó Takeshi con una voz un par de octavas más grave.

Khalani no se fiaba de sus palabras, así que asintió con la cabeza.

—De acuerdo. —Takeshi frunció el ceño y añadió—: Como ya te he dicho, la cama es tuya. Yo dormiré en el suelo. Ahora me quitaré el uniforme, ¿vale?

Esperó a que asintiera y empezó a desatarse los cordones de las botas.

Khalani observó todos sus movimientos con atención. Descalzo, se dirigió hacia la cómoda y sacó un par de pantalones de chándal grises y una camiseta.

Por alguna razón, le sorprendió que tuviera otra ropa. Y cayó en

la cuenta de que la idea era de lo más absurda. Era evidente que no había nacido vestido con un uniforme.

Takeshi se llevó las manos a la nuca y se quitó la ajustada camiseta. A Khalani casi se le salieron los ojos de las órbitas. Lo había visto sin camiseta durante los entrenamientos, pero no tan de cerca; se le marcaban todos los tendones.

Los músculos de la espalda se movieron cuando se deslizó una camiseta negra sobre la cabeza. Cuando él se volvió, Khalani se apresuró a desviar la mirada hacia la pared contraria, como si fuera lo más fascinante que había visto en la vida. Un sonido metálico resonó en la estancia. Se estaba desabrochando el cinturón.

«No mires».

«No mires».

«Ni se te ocurra mirar».

Juntó los dedos, tratando de concentrarse en otra cosa, lo que fuera.

En la comida repugnante que les servirían mañana durante el almuerzo. Sí. Eso seguro que ayudaba. Además, también apestaba. A diferencia de… las sábanas blancas de Takeshi. Que ahora mismo la envolvían. Que lo envolvían a él cada noche.

¡Joder!

Después de varios segundos de agonía, oyó el sonido amortiguado de unas pisadas. Khalani entornó los ojos despacio y echó un vistazo para asegurarse de que podía mirar.

Llevaba los pantalones a la altura de las caderas y, aunque la camiseta negra era ancha, Takeshi la llenaba de igual modo. Unos mechones suaves y negros le caían sobre la frente, cosa que le daba un aire más juvenil, pero sus ojos del color del carbón eran capaces de atravesar y atrapar a cualquiera.

No era justo que alguien fuera tan atractivo y ni siquiera se diera

cuenta de ello.

Con gesto vacilante, Takeshi tensó la mandíbula y miró a Khalani, que permanecía sentada en la cama. En el ambiente se percibía cierta tensión e incomodidad, y ambos eran conscientes de cada centímetro cuadrado que los separaba.

Con un gesto rápido, alargó la mano, tomó la almohada blanca más pequeña y la arrojó al suelo.

—Quédate con las mantas. Suele hacer frío por la noche.

Mordiéndose el labio, Khalani permaneció inmóvil, casi como si cometiera un delito por meterse entre ellas. Pero, al cabo de unos minutos, se deslizó en el interior de la cama y se cubrió con ellas. Las suaves sábanas le acariciaron la piel y se le escapó un suspiro contenido. Después de meses durmiendo sobre una dura losa de piedra, acurrucarse en esa cama era como tumbarse sobre una mullida nube. Takeshi entornó los ojos, asintió con la cabeza y se acostó en el suelo, donde ella ya no podía verlo.

Se quedaron en silencio. Estaba agotada, pero no dejaba de devanarse los sesos, y su mente estaba igual de activa que si estuviera corriendo una maratón.

En lugar de dormir en su cama, Takeshi se había acostado en el frío y duro suelo. Y todo por ella. Era como si se hubieran intercambiado por una noche, pero Khalani era incapaz de disfrutarlo. A medida que transcurrían los segundos, la culpa y otra emoción, mucho más ardorosa, la invadieron y le impidieron conciliar el sueño.

Tras casi un minuto, no pudo soportarlo más. Khalani se inclinó y se asomó por el borde de la cama. Allí estaba Takeshi, tumbado bocarriba, con las palmas cruzadas sobre el pecho. Sus miradas se encontraron.

—No tienes que dormir en el suelo. Puedes dormir en tu cama —

dijo.

Takeshi negó con la cabeza.

—Estoy bien, Kanes.

—No, de verdad.

Ella lo miró con aire severo, pero él no cedió.

Pues vale.

Khalani tomó la almohada y se levantó. Pasó por encima de Takeshi y la colocó junto a la suya.

Takeshi se incorporó de golpe, atónito.

—¿Qué estás haciendo?

—Me has salvado la vida. No voy a dormir en la cama y tú en el suelo. Si tú duermes aquí, yo también.

Takeshi cerró los ojos y, tras un suspiro de exasperación, se incorporó y tomó su almohada. Khalani se sorprendió al ver que cogía también la suya. Las colocó de nuevo sobre la cama y, al ver que ella iba a protestar, la interrumpió.

—Ni te plantees dormir en el suelo. Lo único que conseguirás es que me enfade.

Apartó las mantas y, con un gesto, le indicó que subiera.

Khalani regresó a la comodidad de la cama con el corazón desbocado. Takeshi alisó las mantas y se recostó encima de ellas, dejando un espacio prudencial entre ambos.

Incluso en la cama, se sentía pequeña en comparación con su corpulencia. Ambos permanecieron con la mirada fija en el techo, atrapados en un silencio que parecía tener forma y flotar entre ellos.

Khalani era muy consciente de lo cerca que estaban. Cómo se hundían las mantas con el peso del cuerpo de Takeshi, cómo respiraba de forma apacible, la calidez de sus brazos, a solo unos centímetros de distancia. No cabía duda: esa noche no iba a pegar ojo.

Desvió la mirada hacia la ventana virtual en la pared. Una luna llena brillaba con tanta nitidez que hasta se podían dibujar cada uno de sus oscuros cráteres.

—¿Crees que la luna se ve así en la superficie? —susurró para aflojar la tensión.

Takeshi giró la cabeza y miró hacia la ventana. Guardó silencio unos minutos.

—Creo que en la superficie todo parece más hermoso —admitió finalmente.

Khalani curvó hacia arriba las comisuras de los labios.

—Pienso lo mismo. Por mucho que odie Génesis y todo lo que significa, es el lugar más bonito que he visto nunca.

Sintió que Takeshi llevaba un brazo hacia la nuca y apoyaba en él la cabeza, sumido en sus pensamientos.

—Génesis era mi hogar —declaró en voz baja.

Khalani se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Vivías en Génesis? ¿Y cómo acabaste convirtiéndote en guardia de Braderhelm?

Takeshi negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa que no se reflejó en sus ojos.

—No es una historia feliz, Kanes.

Khalani se tumbó de lado para mirarlo.

—¿Y cuál lo es? Todos estamos jodidos. Pero algunos sabemos fingir mejor y ocultarlo.

Takeshi frunció el ceño, sopesando sus sinceras palabras.

—Nunca conocí a mi padre —admitió al fin—. Nos abandonó cuando yo nací. Mi madre me crio sola; apenas ganaba lo suficiente para mantenerse a ella. Sin embargo, siempre se aseguró de que nunca me faltara nada y de que fuera feliz, completamente ajeno a lo pobres que éramos. Su amor lo compensaba todo.

»Quería lo mejor para mí, que estudiara e hiciera carrera, así que empezó a salir con un rico empresario de Apolo. Se llamaba Hector. Me cayó bien… al principio. Se casaron justo cuando acabaron la cúpula y, como él tenía suficiente dinero, nos trasladamos a Génesis. Fue entonces cuando empezaron los problemas.

Tumbada sobre la cama y absorta en las palabras de Takeshi, que flotaban en el aire como un hechizo, Khalani permaneció inmóvil. Presentía que, si se movía, el poder que ejercía la historia sobre ella, sobre él, desaparecería.

—Los primeros años después de llegar a Génesis mi madre parecía feliz, pero, poco a poco, su sonrisa fue desvaneciéndose. De vez en cuando, veía que tenía moratones en los brazos. En las mejillas. A menudo le preguntaba, pero ella siempre me decía que había tropezado o que era muy torpe y se había dado un golpe. Mi felicidad le importaba más que la suya y nunca me confesó la verdad. Un día, cuando tenía quince años, salí un poco antes de la escuela. Al entrar en casa, oí que discutían. Hablaban de mí, y él me llamó «capullo desobediente», «una decepción constante» y «un hijo lamentable». No sabían que estaba en la puerta. Mi madre lo abofeteó y él le pegó un puñetazo.

»Se me heló la sangre. Mi madre estaba allí, desplomada sobre el duro suelo, y a Hector parecía darle igual. Se fue. Yo me arrodillé junto a ella y nos abrazamos, ambos llorando. No podía hablar. Estaba horrorizado, asustado. Pero, sobre todo, estaba enfadado. Enfadado porque no sabía lo que ocurría. Porque Hector le había hecho daño a mi madre. Y furioso conmigo mismo por no haber hecho nada para evitarlo. —Los músculos de los brazos se le tensaron—. Dejé el instituto al día siguiente y me alisté en la Academia con el objetivo de convertirme en guardia. Mi madre no estaba de acuerdo, pero no la escuché. Deseaba ser capaz de

protegerla si él intentaba hacerle daño otra vez. Pasaron los años y los moratones desaparecieron o, al menos, yo no vi ninguno.

»Me gradué el primero de la clase y me eligieron como uno de los guardias personales del gobernador. En cuanto me dieron las notas, fui a casa para darles la buena noticia. Cuando entré por la puerta, vi a Hector empujando a mi madre contra la pared. La estaba estrangulando. Ni siquiera reflexioné. Ataqué, sin más. Me valí de todas las técnicas que había aprendido durante el entrenamiento para quitárselo de encima. Lo golpeé una y otra vez. Y a cada puñetazo que le daba, la imagen de él haciéndole daño a mi madre, que no mataría ni a una mosca, se repetía una y otra vez en mi cabeza y me ponía aún más furioso. Sin embargo, no sirvió de nada. Había llegado demasiado tarde. Para cuando acabé con él, mi madre ya estaba muerta. —Un destello le cruzó los ojos antes de continuar—. A nadie le importó que la hubiera matado. A ojos de todos, era su mujer, una de sus posesiones, y podía hacer con ella lo que quisiera. A mí me condenaron por el asesinato de Hector. Como era el mejor guardia que habían visto en la Academia, el juez supremo me perdonó la vida y decidió que sería más útil en la prisión de Braderhelm.

Khalani permanecía inmóvil, atónita. Al igual que a ella, le habían arrebatado la vida de la forma más cruel, ruin y horrorosa posible. No había llegado a Braderhelm por voluntad propia. Lo habían condenado.

Un prisionero que carecía de ese título.

Takeshi tenía la mirada perdida, una expresión seria y los músculos rígidos. Se vio en él, y su hostilidad cobró sentido. Apartaba a todo el que trataba de acercarse a él para no sufrir si resultaba herido. Como había ocurrido con su madre.

—Lo siento, Takeshi. No te lo merecías —susurró.

Takeshi volvió la cabeza hacia ella, como si sintiera la intensidad de su mirada. La observó como si fueran almas gemelas, perdidas en un mundo cruel y lleno de dolor.

—Tú tampoco te merecías perder a tus padres.

A Khalani se le humedecieron los ojos y apretó los labios, tratando de contener las lágrimas.

—¿Crees que…? —Hizo una pausa. El nudo que tenía en la garganta no la dejaba hablar—. ¿Crees que algún día volveremos a verlos? ¿En el cielo, quizá?

Era la primera vez que se permitía pronunciar aquellas palabras. Takeshi frunció el ceño con aire reflexivo.

—Durante mucho tiempo no creí en Dios. Es decir, ¿cómo podía Dios hacerme eso? ¿Cómo podía habérselo hecho a ella? Pero mi madre era creyente. Así que, si existe un cielo y alguien ha podido entrar en él, esa es ella. Y cuando te miro…

Takeshi irguió la cabeza y su mirada arrebatadora la obligó a contener el aliento, como si custodiara el oxígeno que respiraba.

—Sé que no debería decir esto, pero eres tan hermosa que duele. Y no es solo en el plano físico, sino también por tu forma de ser. Por eso sé que, si tus padres se te parecen, seguro que también están en el cielo.

Sin que Khalani pudiera evitarlo, le rodaron lágrimas por las mejillas, pero no le importó.

—No es justo —susurró.

—¿El qué? —preguntó, mirándola.

—Que me conozcas más de lo que yo me conozco a mí misma.

Sabía ver las cicatrices más profundas. Las heridas que nunca mostraba a nadie. El inmenso dolor, la furia y el arrepentimiento que albergaba en lo más recóndito de su ser por no haber podido evitar que le arrebataran a las personas que más quería en el mundo.

Sin embargo, a Takeshi eso no lo había debilitado. Al contrario, le había dado fuerzas para luchar contra el mundo.

—Pero te lo agradezco —confesó Khalani—. No solo que me hayas confiado tu historia, sino también que me hayas ayudado.

Takeshi tensó la mandíbula.

—Tenía miedo. He visto tu cuerpo en el suelo y en lo primero en lo que he pensado ha sido en mi madre. He sentido que también te había fallado.

—Lo sé…, pero no me has fallado. Estoy bien —insistió Khalani, percatándose de que Takeshi miraba de reojo y con preocupación las marcas rojas que tenía en el cuello—. Hasta he puesto en práctica una de tus enseñanzas: ese truco asqueroso de los dedos en los ojos —añadió—. Ha sido repugnante. Solo tú podrías haberme convencido de hacer algo así.

—Ya lo he visto. No pareces una tipa tan dura si lo llamas «el truco asqueroso de los dedos en los ojos», ¿sabes?

—Puede que así sea, pero acabas de admitir que soy una tipa un poco dura.

Takeshi puso los ojos en blanco, visiblemente más relajado.

—¿Estás tratando de que olvide que estoy enfadado, Kanes?

—Sí. ¿Funciona?

Takeshi se tumbó bocarriba. Su expresión aún era seria, pero una ligera sonrisa se insinuaba en la comisura de sus labios.

—Tal vez.

Ella también se recostó de espaldas, sonriendo para sí misma. Los embargó una dulce sensación de paz. Una tregua. Solo por esa noche.

Como él le había contado su historia, Khalani se sintió obligada a compartir un pequeño detalle de sí misma que nadie más conocía.

—¿Sabes?, de pequeña quería ser jardinera.

Contempló el techo e imaginó un jardín de flores que crecían entre las grietas grises.

—¿En serio? —dijo él con esa voz grave y baja, también mirando el techo.

Al igual que ella, ¿Takeshi también era capaz de percibir el arte?

—Sí. Todos los demás niños de mi clase querían convertirse en científicos, incursores o consejeros. Algo grandioso. Yo no. Yo me dibujaba regando flores en Génesis.

Él rio entre dientes.

—Con lo cabezota que eres, pensaba que querías ser la primera mujer gobernadora.

—No me gusta ser el centro de atención. Más bien tiendo a desvanecerme en el fondo, en las sombras. Supongo que Braderhelm es el lugar perfecto para mí, aunque no haya flores —bromeó, sacando los brazos por encima de las mantas y acurrucándose un poco más.

Takeshi guardó silencio durante un buen rato. Justo cuando a Khalani se le empezaban a cerrar los ojos con el peso del cansancio, susurró:

—Encontraré flores para ti.

Takeshi tenía los brazos a los costados del cuerpo, sobre las mantas. Lentamente, como si de su cuerpo emanara electricidad estática, acarició el meñique de Khalani con su dedo meñique. Y lo dejó allí.

Khalani contuvo el aliento ante aquel breve roce. Eso fue todo. No llegaron a cogerse de las manos.

Era una conexión mínima, pero esas células de piel unidas a las suyas eran como electrodos que conducían la energía.

Hasta que Takeshi le había acariciado el meñique, no sabía para qué servía.

Khalani tragó saliva, tratando de calmar su corazón desbocado. Solo movían el torso, que subía y bajaba cada vez que tomaban aliento. Finalmente, Khalani cerró los ojos y dejó que el sonido de la respiración de Takeshi calmara los vaivenes de su mente.

Pronto empezó a descender por un túnel lleno de sopor y, sumergiéndose en las profundidades, se quedó dormida con el dedo de Takeshi todavía rozando el suyo.

23

Si lo que tenemos es incierto, reinará un caos inaudito.

Khalani inspiró bruscamente. Con la cabeza hundida en una mullida almohada, soltó un gruñido al estirar las piernas y los pies, que crujieron de forma agradable. Por primera vez, se levantó sin notar esos nudos de dolor en la columna y el cuello. Agarró las frías sábanas con los dedos y se acurrucó, abriendo despacio los ojos. En lo primero que reparó fue en la ausencia de Takeshi. Se incorporó, advirtiendo una bonita mancha de saliva en la almohada.

Genial.

Qué maravilloso regalo de despedida. Los hombres harían cola ante su celda, esperando su compañía irresistible. Se apresuró a girar la almohada para ocultar la prueba del delito y echó un vistazo a la estancia vacía.

¿Dónde estaba Takeshi? No lo había oído marcharse.

Casi como si le hubiese leído la mente, la puerta se abrió y el capitán apareció, ataviado con su uniforme. Dio unos pasos y se detuvo sorprendido, clavando sus ojos enigmáticos en ella.

—Estás despierta.

—Acabo de levantarme.

Khalani se aclaró la garganta y se pasó una mano por el pelo

revuelto.

—Bien. Eso está… bien. —Acto seguido, frunció el ceño—. Tengo que escoltarte a la celda para el recuento.

—Oh, claro. Por una milésima de segundo, casi se me olvida que estoy en prisión —bromeó.

Apartó las sábanas, salió torpemente de la cama y le dedicó una sonrisa.

Takeshi no se la devolvió. Se había vuelto a poner esa máscara impasible y la miró con el ceño aún más fruncido. Khalani estiró los brazos por detrás de la espalda e ignoró el ambiente tenso que reinaba en la estancia.

—Tenemos que hablar, Kanes.

La joven arqueó las cejas al ver la expresión solemne de Takeshi.

—¿Sobre?

—Sobre lo de anoche.

Khalani se puso rígida, y cualquier rastro de cansancio desapareció.

—¿Te has buscado problemas por lo que ocurrió con el guardia Barron o algo así? Sea lo que sea, estoy segura de que lo solucionaremos —aseguró, pensando ya en cómo ayudarlo.

Era lo mínimo que podía hacer para agradecerle que le hubiese salvado la vida. Además, desde la noche anterior… algo había cambiado entre ellos. Ya no era su enemigo.

Pero ¿por qué la miraba como si fuera una aparición en carne y hueso de todos sus ángeles y demonios?

—No. —Se peinó el pelo con una mano callosa—. No es eso.

—¿Y a qué te refieres entonces?

Permaneció muy quieta, con el corazón en vilo y el pulso desbocado.

Takeshi se revolvió con incomodidad. Abrió la boca para decir

algo, pero cambió de opinión. Pese a que en su mirada se libraba una batalla, adoptó una expresión decidida.

—Ya sabes la respuesta, Kanes. Te traje aquí por un motivo. Pero lo de compartir cama… Lo de contarte cosas que no tengo por qué compartir con alguien como tú… La manera en que me miras, como ahora mismo. Todo eso tiene que terminar.

Khalani retrocedió.

—¿Qué quieres decir con «alguien como yo»? —repitió, perpleja.

—Mírate, Kanes.

El cuchillo invisible que llevaba Takeshi en las manos amenazó con partirla en dos. Y lo único que Khalani supo hacer fue quedarse allí, inmóvil en su sucio mono.

—Eres una prisionera, y yo no. —Tensó la mandíbula—. Te sentenciaron aquí por un motivo, y yo soy el responsable de que cumplas la condena. No hay nada entre nosotros. No hay «nosotros», y pensar lo contrario es un disparate.

A Khalani se le contrajeron los músculos, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Las oscuras paredes de la estancia se cernieron sobre ella.

Escapar.

Necesitaba escapar.

Si permanecía un segundo más allí, ante él, explotaría. Todo lo que sentía se haría añicos y sus patéticos zarcillos se esparcirían por el suelo.

Se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Me largo. ¿No es lo que querías? Y, para que lo sepas, Takeshi… —Khalani se volvió de golpe, con el corazón convertido en un sólido bloque de hielo—. El único disparate es que creas que yo pienso que hay algo entre nosotros. Sería una crueldad divina.

Un destello de dolor asomó a los ojos de Takeshi, pero los entornó y recuperó rápidamente la compostura.

—Pues me alegro.

Rabiosa, con la tensión agarrotándole los dedos y el rostro, Khalani se apresuró a salir de la habitación. El peso del desprecio y la vergüenza amenazaban con hundirla, como si le hubieran atado un bloque de cemento al corazón.

—¿Es por aquí? —preguntó, negándose a mirarlo a los ojos.

Ya había recorrido un tramo de pasillo.

—No. —Takeshi cerró con un portazo—. Es por el otro lado.

Con toda la dignidad que pudo reunir, Khalani giró sobre sus talones y se dispuso a seguirlo.

Los crueles desaires que habían intercambiado casi tomaron forma física y, de camino a su celda en completo silencio, los repelieron como si fueran imanes. Takeshi había cortado de cuajo cualquier sensación de armonía o conexión que hubiese nacido entre ellos. Las palabras se habían esfumado al llegar la mañana. Era mejor así. No estaba enfadada.

Estaba bien.

De repente, sintió que se ruborizaba y que se le humedecían los ojos. Se los restregó discretamente, apretando los dientes, para ahogar cualquier atisbo de emoción.

¿Cómo había dejado que pasara? ¿Cuándo había pasado?

¿Por qué estaba tan dolida?

Quizá no era más que un aviso, una señal de que necesitaba ver las cosas como realmente eran. Estaba empezando a encariñarse con la única persona que cerraba las puertas de su casa. Qué idiota.

La había tomado por tonta, y con razón.

Llegaron al bloque 7 en tiempo récord. Con un clic en la pantalla táctil, los barrotes metálicos se separaron y Khalani pasó ante él sin

tan siquiera mirarlo. Clavando los ojos en las paredes marcadas de la celda, experimentó tal desolación que lo que le quedaba de corazón se hizo añicos.

La puerta se cerró a sus espaldas, y Takeshi se marchó sin añadir palabra ni mostrar un ápice de arrepentimiento. Quería gritarle al aire frío. Le temblaban los labios, pero Khalani se negó a llorar. No iba a permitir que él aún tuviera más poder sobre ella.

Takeshi entendía el juego, y ya era hora de que Khalani comprendiera las reglas. Sin embargo, aunque las piezas cambiasen de lugar, el tablero siempre era el mismo.

Braderhelm no era lugar para alimentar falsas esperanzas ni ilusiones. Era su hogar. Su realidad.

Despiadado, frío y cruel. Como él. Y como ella.

Khalani se apresuró a subir los peldaños hasta la biblioteca. Cada vez que Takeshi le venía a la cabeza, se clavaba las uñas en las palmas de las manos para reprimir esos pensamientos indeseados. Y, al ritmo que iba, acabaría con cicatrices de por vida.

El recuerdo de su voz grave humillándola era como un alambre de púas que le arañaba la piel.

«Mírate, Kanes».

Khalani hizo una mueca y entró en la biblioteca sin tan siquiera llamar. El agradable olor a libros la ayudó a calmar los pensamientos erráticos y le recordó la importante tarea que tenía entre manos. Necesitaba contarle a Winnie lo del fallo en los cultivos y su plan para ponerse en contacto con Hermes.

Confiaba en Winnie. A muerte. Por desgracia, también había empezado a confiar en Takeshi.

Sintió una nueva punzada de dolor y rehuyó el pensamiento.

«Olvídalo. Olvídalo, idiota».

Recorrió el pasillo de estanterías al ritmo de una melodía familiar de suaves notas. Cuando dobló la esquina, vio a la bibliotecaria sentada en una silla, moviendo la cabeza y cantando mientras leía un libro.

—Hola, Winnie —la saludó Khalani, entrando en la estancia.

La anciana se volvió enseguida y una sonrisa radiante le iluminó el rostro.

—¡Oh, Khalani, mi querida niña!

Winnie apagó la música y fue a su encuentro con la tela morada del vestido ondeando sobre el suelo.

—Winnie te ha echado de menos. Pero… ¿por qué estás tan pálida? ¿Estás enferma, querida? ¿Y qué son esos moratones?

Acarició suavemente con un dedo las marcas en el cuello de Khalani mientras entornaba los ojos.

—No es nada, Winnie. Estoy bien. Pero tengo que hablar contigo —anunció Khalani.

No estaba bien. En absoluto. Sin embargo, no pensaba lamerse las heridas en público.

Khalani le pidió que se sentara y la anciana obedeció, frunciendo el ceño. Antes de que pudiera arrepentirse, le contó todo lo que habían descubierto sobre el fallo en los cultivos, el críptico discurso del gobernador en Génesis y su plan de ponerse en contacto con Hermes.

Mientras lo hacía, Winnie guardó silencio con una expresión extraña. En sus ojos no se reflejaba la sorpresa, sino más bien la angustia y un reconocimiento que amenazaba con doblegar su frágil cuerpo. Khalani hizo una pausa al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas y se le nublaba la vista.

—No llores, Winnie. Tenemos un plan. Estoy segura de que enviarán ayuda desde Hermes si logramos contactar con ellos.

Khalani no estaba muy segura de eso, pero debían intentarlo. Era su única opción.

—Al final, está ocurriendo. —Entre sollozos, la anciana se cubrió el rostro con las manos—. Pensé que aún había tiempo, pero ya está ocurriendo.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿A qué te refieres, Winnie? ¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Khalani, extrañada.

—A Winnie le dijeron que esto ocurriría —dijo con un hilillo de voz y la mirada clavada en el suelo.

—¿Quién? ¿Quién te lo dijo, Winnie?

La anciana sorbió por la nariz y negó con la cabeza con aire preocupado. Khalani insistió. Necesitaba respuestas.

—Sea lo que sea, ya sabes que puedes contármelo, Winnie. No tienes que seguir cargando tú sola con ese peso. Yo te ayudaré a llevar la carga y, juntas, encontraremos una solución. Confía en mí.

Winnie alzó la cabeza. Unos surcos húmedos se le dibujaban en el rostro y sus ojos encerraban un secreto.

—Khalani, ¿le prometes a Winnie que puede confiar en ti? —titubeó mordiéndose el labio.

La fuerza del momento inundó la estancia. Khalani extendió el brazo y le tomó la mano.

—Te lo prometo, Winnie. Sería incapaz de traicionarte. Mis padres murieron hace tiempo y, aunque sé que no nos une ningún lazo, te has convertido en mi familia.

Lo decía de corazón. Sin titubeos, sin miedo.

La anciana era la primera persona que se había acercado a los agujeros negros de su alma y la había expuesto a un mundo de

color, belleza y éxtasis.

Le había enseñado a amar de nuevo. A vivir consigo misma.

Porque, si ella se perdonaba, ¿por qué no iba a perdonarla el resto del mundo?

—Familia… —murmuró Winnie, mirando fijamente a Khalani.

Con determinación, relegando la angustia que había sentido unos instantes atrás, se puso en pie y se dirigió apresuradamente al escritorio. Tras hurgar en un armario, sacó un libro negro: el que no le dejaba leer y que siempre ocultaba.

—¿Recuerdas que Winnie te habló de Timothy Talbot? —le preguntó.

Khalani frunció el ceño. El nombre le decía algo, pero apenas lo recordaba.

—Me suena de algo. Dijiste que era tu tatarabuelo o algo así, ¿verdad?

La anciana esbozó una leve sonrisa que hizo que se relajara.

—Exacto. Ese es Timothy Talbot.

Señaló el retrato del hombre de bata blanca que se dirigía hacia una extraña estructura. El cuadro ya le había llamado la atención el primer día que había pisado la biblioteca.

—Lo pintó él mismo antes de morir y siempre ha estado en la familia Talbot, al igual que su diario. —Winnie se abrazó al libro con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Era un científico importante antes de que acabáramos en el subsuelo. A Winnie le dijeron que lo ocultara. Le hicieron jurar que no se lo diría a nadie, excepto a los miembros de la familia, y ahora… tú formas parte de ella.

Le entregó el diario negro a Khalani, que tensó el cuerpo al instante, como si intuyera que todo estaba a punto de cambiar. Como si toda su vida se resumiera a ese momento en concreto.

—¿Qué dice?
—La verdad.
Apretando la mandíbula, Khalani abrió el viejo libro.

DIARIO DE TIMOTHY TALBOT

Día 100 después del Cataclismo Global (d. C. G.)

Las Naciones Unidas han declarado una crisis global provocada por la lluvia radiactiva, y toda la humanidad se enfrenta a una inminente extinción. Nosotros sabíamos que ocurriría, y ahora lo sabe el mundo entero. Ha cundido el pánico y hay disturbios en todos los continentes. Se ha designado a una coalición de los mejores científicos de la Tierra, entre los que me incluyo, y se les ha encomendado que oculten el Proyecto. Ahora vivimos en la base y trabajamos sin descanso. No hay salida, no hay vuelta atrás; el destino de la especie humana está en nuestras manos.

Día 200 d. C. G.

Hoy han matado a Hunter y Brian. No podían soportar el aislamiento y querían regresar con sus familias, de modo que el Proyecto habría salido a la luz. Reprimo las lágrimas mientras escribo estas líneas. Eran mis compañeros de residencia en el MIT, mis mejores amigos. Y ahora han desaparecido, como los muchos que han muerto desde las bombas. Pero no puedo desmoronarme. Ahora dirijo el Proyecto y debo continuar. No sucumbiré a la abrumadora presión. Tengo que pensar en el futuro. Es lo único que importa.

Día 365 d. C. G.

Las Naciones Unidas han anunciado un sorteo para las ciudades del subsuelo. Gracias al Proyecto, nuestras familias tendrán un lugar asegurado en la ciudad subterránea más cercana. Ojalá pudiera sentirme mejor al respecto. Le dicen a la gente que es solo por un corto periodo de tiempo. Aseguran que la Tierra se recuperará, que las plantas volverán a crecer. Que, en poco tiempo, podremos volver a respirar el aire de la superficie. Mienten. Es lo único que pueden hacer.

Sin embargo, los afortunados que obtengan un lugar en el subsuelo ignoran que pasarán cientos de años antes de que la radiación alcance unos niveles habitables. Y los que ahora están vivos morirán a causa de la radiación y el invierno nuclear o vivirán el resto de sus vidas en el subsuelo, sin volver a ver el sol. La vida en la superficie dejará de existir. Nuestra única esperanza es el Proyecto. Tenemos que avanzar más rápido.

Día 425 d. C. G.

Salvar el mundo es agotador. He empezado a trabajar con Alan. Las pruebas preliminares parecen prometedoras.

Día 460 d. C. G.

El Proyecto avanza viento en popa. Las secuencias están casi completas y hemos informado al presidente. Aunque debería experimentar alivio y gratitud, lo que siento es un enorme nudo en el estómago. Algunas de mis conversaciones con Alan me inquietan. Le he expresado mis preocupaciones a John, y él ha

tratado de calmar mis temores.

Día 475 d. C. G.

Completaremos la misión. No hay alternativa. John también alberga dudas al respecto, pero no podemos permitírnoslas. Si nuestros temores son correctos, estamos condenados.

Día 505 d. C. G.

Alan me preocupa profundamente. Se ha dicho cada cosa... ¿De verdad piensa en lo mejor para nosotros? A estas alturas, lo ignoro. Tengo que mantener una última conversación con él. Rezo para que mi instinto se equivoque, pero no puedo correr el riesgo. Hay que hacer algo.

Día 531 d. C. G.

Hemos finalizado el Proyecto Hélix. Jamás pensé que escribiría estas palabras. El equipo lo celebra en la cueva, pero no me uno a ellos. No saben lo que he hecho. Pronto nos reuniremos con la familia que nos queda en Apolo y Hermes, las ciudades del subsuelo. Y entonces empezará la espera. Cuando los niveles de radiación disminuyan, el Proyecto Hélix iniciará su función motora y la humanidad podrá regresar a la superficie. A casa. Aunque esto ocurrirá mucho después de mi muerte. Ahora ha llegado el momento de reencontrarme con mi hija y mi nieta en Apolo. La seguridad me vigila de cerca, asegurándose de que no se divulgue la verdad sobre el Proyecto Hélix. Pero el secreto no puede morir conmigo.

Entrada final del diario

Querida Maybell, mi dulce nieta:

Ver tu sonrisa y tu hermoso rostro me llena de una alegría inmensa que pensé que jamás volvería a experimentar. ¡Te pareces tanto a tu madre cuando tenía tu misma edad! Si ella hubiera vivido más tiempo, estaría muy orgullosa de ti. La radiación a la que hemos estado expuestos en la superficie nos ha pasado factura a todos. De hecho, siento que mi cuerpo va debilitándose con el transcurso de los días. Y ha llegado el momento de legarte el diario.

Sé que tendrás muchas preguntas, pequeña, y ojalá pudiera responderlas todas. Sin embargo, la pura verdad es que existen fuerzas que escapan a nuestro control y que no desean vernos prosperar. Después de trabajar en el Proyecto, incluso yo me pregunté si merecíamos salvarnos. Todas esas guerras, el hambre, las vidas que se perdieron, la destrucción de nuestro planeta... ¿Cómo podemos ser dignos de confianza otra vez? Pero, al mirarte, veo en tus ojos toda la bondad del mundo y entonces lo recuerdo. El amor merece ser salvado. La vida merece ser salvada. Nunca lo olvides.

Confío en que mis temores sean infundados, pero debemos prepararnos. En Apolo hay muy pocos en quienes puedas confiar. Según nuestros cálculos, los recursos de Apolo deberían durar unos trescientos años. En la superficie, el aire volverá a ser respirable antes de eso. Si se da la situación de que los recursos empiezan a escasear y aún no podemos subir a la superficie, debes encontrar la manera de salir de Apolo. Descubre la verdad

sobre el Proyecto Hélix. Es nuestra única esperanza. Y si todo ello ocurre mucho después de que tú ya no estés en este mundo, es tu obligación transmitir este conocimiento a nuestra familia.

Diles que el camino comienza en Prometeo.

Tu abuelo que te quiere,

TIMOTHY TALBOT

Khalani cerró el libro en silencio, envuelta por un manto de repentina frialdad. Solo era capaz de concentrarse en su respiración agitada. Con manos temblorosas, le devolvió el diario a Winnie.

—¿Ahora lo comprendes? —preguntó la anciana mirándola fijamente.

El fino colgante plateado que llevaba al cuello se balanceó.

—Yo… necesito un segundo.

Se puso en pie con la respiración entrecortada y empezó a pasearse por la estancia. Sentía un hormigueo en el rostro y se le nubló la vista. Proyecto Hélix, Apolo, recursos que empiezan a escasear, Génesis, Prometeo… Todas las piezas del rompecabezas estaban ante ella, pero era incapaz de encajarlas.

—¿Y el diario no explica qué es el Proyecto Hélix? —preguntó Khalani.

Winnie negó con la cabeza.

—No. Pero debió de ser algo importante, algo que podría salvarnos a todos. Si lo que mencionó tu amigo sobre el fallo de los cultivos es cierto, entonces Timothy tenía razón, y tenemos que salir de Apolo. Tenemos que encontrar el Proyecto Hélix.

Khalani se cubrió el rostro con las manos, devanándose los sesos.

—¿Y si Timothy se equivoca? Asegura que los recursos tenían que durar hasta que el aire de la superficie fuera respirable de nuevo. Pero la superficie está llena de radiación, Winnie.

—Winnie cree en Timothy. Puede que Apolo nos haya estado mintiendo sobre la superficie. ¿A que tú también te has dado cuenta de que algo no cuadra?

Era cierto. Lo intuía, como si el peso de ese conocimiento fuera a enterrarla viva.

En los últimos días había aprendido muchas cosas. Demasiadas. Su mundo se había puesto patas arriba, y ella con él. Había preguntas en cada rincón, y las respuestas brillaban por su ausencia.

—Winnie, nos mostraron los cadáveres de los trabajadores de Génesis. Las quemaduras, la piel carcomida. Murieron envenenados por la radiación.

—¿Y si no fue más que una puesta en escena para hacernos creer que la superficie sigue siendo peligrosa? —sugirió Winnie.

Khalani soltó un suspiro y se acercó a la anciana, posando ambas manos sobre sus hombros.

—Winnie, sé que quieres creerlo. Sé que quieres creer en Timothy Talbot. Pongámonos en el caso de que Apolo ha estado mintiéndonos todo este tiempo y que una fuerza misteriosa quiere que muramos. ¿Por dónde empezaríamos? Él dijo que el camino empieza en Prometeo, pero ¿acaso sabemos dónde está Prometeo? Ni siquiera sabemos si es una persona, un lugar o…

Dejó la frase sin terminar y buscó en los ojos de Winnie alguna señal de que lo comprendía, de que se daba cuenta de que todo aquello sonaba de lo más descabellado.

Sin embargo, en la mirada de la anciana brilló un destello de esperanza.

—Winnie no lo sabe, pero ¿no quieres descubrir la verdad?

¡Podemos escapar a la superficie y averiguarlo juntas! Somos familia, ¿no?

Khalani alzó la vista al techo, apabullada. Quería mucho a Winnie, pero no pensaba ser testigo de su propia muerte.

—Sí, Winnie, somos familia, pero escúchate. Esto no es un plan; es un suicidio. De llegar a la superficie, vagaríamos sin rumbo por un páramo desolado. Ahí arriba no hay nada más. Moriríamos en unos días. Pero tenemos un plan. Nos pondremos en contacto con Hermes, y estoy convencida de que nos enviarán ayuda. Ahora mismo es lo más inteligente que podemos hacer, Winnie. Lo único que podemos hacer.

El rostro de la anciana pasó de la convicción a la desesperación.

—Winnie esperaba poder confiar en ti.

—¡Puedes confiar en mí! —insistió Khalani—. Me preocupo por ti. No quiero que te ocurra nada.

Winnie se volvió. La única lágrima que le resbaló por la mejilla se clavó en el corazón de Khalani como si fueran esquirlas de vidrio.

—No estamos destinadas a quedarnos bajo tierra, Khalani. Nos hicieron para aspirar a más. Winnie lo sabe, pero tú… Tú quieres seguir siendo una marioneta.

A Khalani se le cayó el alma a los pies y se le revolvieron las entrañas como si la estuvieran destripando desde dentro.

—Winnie… —susurró.

La alarma que indicaba que el turno de la tarde había terminado taladró el aire.

—Es hora de que te marches.

La anciana le dio la espalda.

—Winnie…, podemos encontrar una solución.

—Hoy no, Khalani. Quizá nunca. Por favor, márchate —suplicó con un hilillo de voz.

La culpa y el arrepentimiento se le clavaron en el pecho como si fueran agujas, pero se habían dicho demasiadas cosas, y ninguna podía retirarse.

Cabizbaja y con los hombros hundidos, como si lo único que quisiera hacer fuera desaparecer, dio media vuelta y salió de la biblioteca.

Las palabras de Takeshi la habían hecho sentir vulnerable y estúpida.

Y, ahora, su relación con Winnie se desintegraba.

Khalani nunca se había sentido tan aislada. Ni siquiera cuando habían asesinado a sus padres.

Y todo lo había provocado ella.

24

Me aferro a la miseria, al miedo y a la tristeza. Sé demasiado bien qué es que no te quieran.

El silencio era un espejismo.

Desde la distancia, el enorme vacío parecía tentador, casi la cautivaba. Una guarida segura para que la mente se perdiera en sus propios pensamientos. Sin embargo, al acercarse, la ilusión se desvanecía y el silencio se convertía en algo ensordecedor. Bullicioso y enloquecedor.

Habían pasado semanas desde la última vez que Khalani había hablado con Winnie. Como no la habían asignado otra vez a la biblioteca, no había podido decirle a la anciana cuánto la extrañaba y cuánto lo lamentaba. Y no podía quitarse a Timothy Talbot de la cabeza.

Por un lado, deseaba olvidar completamente aquel diario, no albergar esperanzas en alguien de una generación perdida, la generación que había obligado a la humanidad a vivir bajo tierra. No creer en nada sería más fácil.

Pero ¿y si Timothy Talbot tenía razón y era cierto que había trabajado en un proyecto para que la humanidad pudiera regresar a la superficie?

Quizá lo de imaginar que existía un plan maestro secreto para

salvarlos a todos no era más que una ilusión, pero su mente se aferraba a esa idea como a un salvavidas.

No solo no había podido visitar a Winnie en la biblioteca, sino que la única interacción que había mantenido con Takeshi desde la noche que había pasado en su cama se limitaba a cuando él le había comunicado que dejarían los entrenamientos por un tiempo.

No había dado más explicaciones.

Aquella persona de buen corazón que le había revelado su pasado atormentado había desaparecido. Solo quedaba el capitán distante, que la miraba con irritación y enojo.

Khalani trataba de no pensar en él. Lo intentaba con todas sus fuerzas. Pero su mente seguía regresando a esa noche en que se había tumbado junto a su cálido cuerpo.

Incluso había logrado relajar los músculos y dejar de fruncir el ceño. Durante un breve instante, se había sentido a salvo.

Sin embargo, todo —y, al mismo tiempo, nada— había cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

Takeshi había perforado la coraza que la protegía y no había tapado el agujero. ¿Por qué siempre sucedía lo mismo? Los que infligían mayor dolor nunca se preocupaban de reparar el daño. Se limitaban a dejarte destrozada y a esperar que la siguiente persona en aparecer se ocupara de esas cicatrices deformes.

—¿Estás bien?

Serene la observó preocupada.

—Sí. —Khalani se pasó los dedos por el pelo—. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza.

No les había contado nada de Timothy Talbot a los demás. No cuando aún no había decidido si el diario era auténtico o fruto de la fantasía. Por ahora, cargaría con esa cruz ella sola. Solo le quedaba esperar y confiar en que conseguirían ponerse en contacto con

Hermes.

—Por favor, dime que tienes noticias —le dijo a Adan mientras se dirigían al rincón más apartado del foso para alejarse de oídos curiosos.

Adan le respondió con una sonrisa inquieta.

—¿Qué queréis primero, la buena o la mala noticia?

—La buena primero —respondió Serene cortante.

—La buena noticia es que el *walkie* funciona.

Derek frunció el ceño.

—¿Y la mala?

Adan soltó un hondo suspiro y se pellizcó el puente de la nariz.

—No funciona aquí abajo. Apolo está a demasiada profundidad y la señal no llega. Solo se puede transmitir desde la superficie. Desde Génesis.

Al oír aquellas palabras, la decepción y el desconsuelo los invadieron a todos.

—¿Y si esperamos a que el gobernador dé otra cena en su mansión? —sugirió Serene, agarrándose a un clavo ardiendo.

—Podrían pasar meses. Estaremos muertos para entonces.

Mirando hacia el infinito, Derek negó con la cabeza en un gesto amargo, como si estuviera enfadado consigo mismo por haberse permitido tener esperanzas.

—¿Y si hubiese otra manera? —sugirió de repente Khalani.

Todos se volvieron de golpe hacia ella.

—En la cena, los miembros del Consejo mencionaron los preparativos del baile para conmemorar el décimo aniversario de Génesis. El gobernador dijo que utilizarían a prisioneros de Braderhelm como sirvientes. Ahí está nuestra oportunidad —exclamó.

—Pero… tan solo faltan un par de semanas para la celebración —

señaló Derek.

—Y, con todos esos huéspedes, habrá mucha seguridad —añadió secamente Serene.

Pero Khalani ya había empezado a trazar un plan en su mente.

—Serene puede hacerse con una pantalla táctil e incluirnos en la lista de sirvientes para el baile. Entraremos el *walkie* a escondidas en Génesis y, una vez allí, ya encontraremos la manera de escabullirnos un momento y enviar el mensaje.

Khalani miró a Adan en busca de confirmación.

—Es una opción —titubeó Adan—. Pero tenemos que asegurarnos de que no haya nadie cerca y de que la transmisión no se interrumpa. Puede que tarden varios minutos en responder. Si alguien nos ve, estamos muertos.

—Y si no lo hacemos, estamos muertos igual —replicó Khalani—. No tenemos alternativa. ¿Os apuntáis?

Esperanzada, escudriñó los tres rostros que tenía delante.

Serene hizo una mueca.

—¿Y perderme la oportunidad de darles caña a esos capullos otra vez? Ni hablar. Yo me apunto.

Adan puso los ojos en blanco.

—Ahí va, lista para meterse en líos sin pensar en su propia seguridad. Pero yo tampoco veo alternativa, así que contad conmigo.

Khalani asintió.

—¿Derek?

Derek alzó la cabeza: su mirada era tan intensa como si albergara mil soles.

—Mi único objetivo en la vida siempre ha sido ayudar a los ciudadanos de Apolo. Y durante todos los días que he pasado en Braderhelm, no he dejado de pensar en aquellos a quienes he defraudado por no haber solucionado el fallo en los cultivos o haber

ocultado la verdad. Ya me había dado por vencido, pero no voy a dejar pasar la oportunidad de arreglar las cosas.

Khalani extendió el brazo y le apretó suavemente los dedos.

—Gracias.

—Bien —dijo Adan—. Todos conocéis el plan. Y recordad que no podemos fallar. Solo tendremos una oportunidad.

Una oportunidad. Su única oportunidad de salvar Apolo.

Aunque la ciudad del subsuelo no le había traído más que desesperación y tristeza, al convertirse en prisionera, Khalani había comprendido que no estaba lista para rendirse ante aquellos que la habían enjaulado. Existían cosas más importantes por las que luchar.

Mierda. Empezaba a sonar como Timothy Talbot. Demasiado.

—Tenemos que movernos —susurró Serene, señalando con la cabeza a un guardia que les lanzaba miradas recelosas.

Se dirigieron enseguida hacia la arena de combate para mezclarse con los prisioneros, que gritaban ajenos a su inminente y aciago destino. O quizá siempre lo habían sabido y les resultaba más fácil ignorar lo inevitable.

Sin embargo, ella se había hartado de ocultarse entre las sombras. Se había hartado de aceptarlo todo y no controlar nada.

Alguien ahí afuera había logrado lo que muchos creían imposible. Y la ciudad subterránea de Apolo era la prueba viviente de ello.

«Imposible» era solo una palabra creada para marcar límites. Y Khalani era una experta en saltárselos.

Estiró el cuello hasta hacerlo crujir mientras, en el foso, un prisionero rapado se enfrentaba a un hombre moreno, de dientes irregulares y pelo revuelto, y terminaba cayendo inconsciente a sus pies.

Khalani tamborileó con los dedos a los costados del cuerpo, impaciente por contactar con Hermes. El tiempo era una tortura

silenciosa.

—¿A qué viene esa cara de amargada? ¿Tienes miedo de que te muelan los huesos otra vez?

La característica voz burlona de Dana rasgó el aire a su alrededor.

—Lárgate, Dana.

Khalani no iba a darle el gusto de dedicarle ni tan siquiera una mirada.

—¿O qué? ¿Te pondrás a llorar?

Derek se dio la vuelta al oír el alboroto y se puso ante Khalani.

—A ver, ¿de qué placa de Petri has salido, inculto pedazo de mierda?

Dana sonrió con malicia.

—Vaya, pero si la nena tiene hasta guardaespaldas. Claro, no puede luchar por sí misma.

—No pienso pedirte otra vez que te largues —siseó entre dientes Khalani.

—Oh, qué miedo —exclamó Dana, subiendo la voz—. Quizá hoy nos hará una balada sobre su estúpida madre muerta antes de suicidarse y hacernos un favor.

Varios prisioneros se doblaron de la risa.

Khalani sintió que la sangre le bullía y le subía al rostro, como si fuera un horno a punto de estallar.

Y eso fue precisamente lo que hizo.

Pasó junto a Derek, echó el brazo hacia atrás y le dio un puñetazo a Dana en la nariz. Al hacerlo, sintió que el cartílago se rompía debajo de sus nudillos. Dana soltó un grito y retrocedió unos pasos, casi a punto de caer en el foso. La nariz se le puso roja y empezó a lagrimear.

—Maldita zo…

Khalani se abalanzó sobre ella y la empujó, y ambas acabaron en el interior del cráter. Oyó gritos ahogados a su alrededor cuando se estrellaron contra el suelo del foso. Rápidamente, rodó sobre sí misma para alejarse de Dana.

Ignorando la punzada de dolor en la espalda, Khalani cogió un puñado de arena y se puso en pie.

Dana hizo una mueca de dolor y, soltando un gruñido, la imitó.

—Estás muerta —la amenazó, siseando mientras la sangre le goteaba de las fosas nasales.

Khalani se colocó en guardia y levantó las manos para cubrirse el rostro, tal como Takeshi le había enseñado. Dana arremetió con un gancho dirigido a su cabeza. Khalani se inclinó hacia la derecha y lo evitó por poco, y enseguida le lanzó un puñetazo que se estrelló contra la oreja de Dana.

Como si ni siquiera la hubiera rozado, Dana la cogió por los hombros y le dio un rodillazo en el estómago. Khalani ahogó un grito y se inclinó hacia delante sin apenas poder respirar.

Dana se aprovechó de la situación y le clavó un puñetazo en la cara. Le zumbaron los oídos y se dobló hacia un lado al tiempo que el dolor le perforaba la cabeza, como si unos platillos sonaran sin cesar en su interior.

De pronto, sintió que le tiraban del pelo y la rodilla de Dana le impactó en el rostro. El golpe la hizo retroceder unos pasos y se desplomó. Empezó a sangrar a borbotones y se le nubló la vista.

—¡Acaba con ella! —bramó un guardia.

—¡Venga, levántate! —gritaron unos pocos prisioneros.

Khalani se apoyó en las manos y, con un gruñido, se puso en pie. Los hurras de la multitud se intensificaron.

Dana entornó los ojos y sacó una pequeña navaja del bolsillo. La hoja destelló y se reflejó en los ojos abiertos de par en par de

Khalani.

Ni siquiera se paró a pensar en cómo Dana había conseguido el arma. Tampoco es que importara. En Braderhelm, nadie intervenía en un combate en el foso. Estaba sola, incluso si eso significaba la muerte.

Sin embargo, Khalani no era la débil y desamparada muchacha que Dana había machacado unos meses atrás. Había entrenado con el mejor. Si algo había aprendido de Takeshi era la habilidad de intuir los movimientos de los contrincantes y explotar sus debilidades.

Clavó los ojos en Dana y reparó en que tenía tendencia a apoyarse en la pierna izquierda y que bajaba el codo cuando asestaba un puñetazo. Se lamió la sangre que le resbalaba por el labio superior, y a Dana le flaqueó la confianza al ver el brillo desquiciado en los ojos de Khalani.

Esta arremetió de repente, levantando una polvareda al acercarse a ella. Dana reaccionó tal como había previsto, dirigiendo el puñal hacia su estómago. Khalani lo esquivó hacia la derecha y le lanzó un puñetazo en la garganta.

La navaja cayó al suelo y Dana retrocedió, tratando de recuperar el aliento.

Cientos de miradas de asombro se clavaron en Khalani.

Dana trató de recuperar la posición y embistió con todas sus fuerzas. Khalani se encorvó para esquivar el golpe, que pasó rozándole la cabeza. Veloz como un rayo, dio media vuelta y le asestó un brutal codazo en la nariz rota.

Dana se llevó las manos, claramente temblorosas, al rostro. Pero Khalani aún no había terminado con ella.

Agarrándola de la parte superior del mono, le golpeó en la sien. Dana cayó de rodillas.

—Retira lo que dijiste sobre mi madre —ordenó con voz ronca.

Entre temblores y tambaleándose, Dana consiguió ponerse en pie y le escupió un coágulo de sangre.

—Que te jodan.

Khalani volvió a golpearla.

Dana se desplomó a cuatro patas. La sangre le goteaba de la nariz y salpicaba el suelo, un recuerdo de lo que había pasado con Khalani la última vez que se habían visto las caras en el foso.

Un coro de hurras resonó a su alrededor cuando Dana comenzó a estremecerse. Sin embargo, no era porque llorara. Khalani sintió un escalofrío al ver que alzaba la mirada y sonreía mientras la sangre, de un rojo intenso, se filtraba entre los huecos de sus dientes.

—Creía que te faltaban agallas. Por lo visto, no eres muy diferente al resto de los que estamos aquí. Tu alma está igual de rota y destrozada.

Entre jadeos, Khalani recordó la dolorosa imagen de la fotografía de sus padres rompiéndose en mil pedazos y la vio reproducirse una y otra vez en su mente.

Los momentos quizá desaparecían, pero las cicatrices no. El dolor siempre estaba allí.

Como si fuera una asesina profesional, recogió la navaja del suelo y se acuclilló ante ella. Al presionarla contra la yugular de Dana y ver la sangre que brotaba del pequeño corte que le había hecho la hoja, se sintió embargada por un inquietante entusiasmo.

—Me quitaste lo último que me importaba. Has intentado arruinarme la vida, al igual que este lugar te ha arruinado a ti —susurró con tanta aspereza que le raspó la lengua.

—Pues venga, termina lo que empezaste —gruñó Dana.

El bullicio de la multitud que la rodeaba se desvaneció. Lo único que podía oír eran los latidos desbocados de su corazón. Khalani

agarró con fuerza la navaja y se preparó para asestarle el corte final.

Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, el momento de hacer que todos sus enemigos lo pagaran con sangre.

Le temblaron las manos, y Khalani soltó un suspiro.

Dudaba. ¿Por qué dudaba?

Dana no merecía compasión.

Pero Khalani solo veía el rostro de Winnie. La visión de los libros que había leído, las conversaciones que habían mantenido y los sueños que la anciana le había confiado le vinieron a la mente y prendieron una chispa que la obligó a mirar más allá de su propia oscuridad.

La gente moriría. Podrían rasgar las páginas y quemarlas hasta que fueran ilegibles. Sin embargo, su vida tenía sentido porque lo que más importaba nunca la abandonaría…, no mientras siguiera viva. Winnie se lo había enseñado.

No tenía que quitarle nada a nadie. Nunca más. ¿Qué podía arrebatar cuando ya llevaba el mundo entero en su interior?

Esa carga pegajosa que hasta ahora la oprimía, que le nublaba la visión, se desvaneció. Durante unos instantes, hundió un poco más la hoja en el cuello de Dana, satisfecha al ver que se estremecía.

—Mírame —ordenó Khalani.

Cuando sus ojos se encontraron, Khalani advirtió un destello de miedo en los de Dana.

—Yo no soy como tú. No voy a destruir a otros para llenar mis vacíos. —A continuación, se inclinó hacia ella y susurró—: Y no necesito terminar lo que ya he ganado.

Atónita, Dana observó con incredulidad cómo Khalani soltaba la navaja y se alejaba, dejando atrás un fragmento oscuro de su alma.

Cuando Khalani alzó la cabeza, vio a Derek en primera fila, con los ojos abiertos de par en par. Serene, que la miraba con expresión

desconcertada, empezó a esbozar una sonrisa arrogante. Cuando se acercó al borde, Adan y Derek la ayudaron a salir del foso.

—Quién iba a decir que serías capaz de negarte a matar a alguien y, aun así, quedar como una tipa dura —exclamó Adan, revolviéndole el cabello y provocándole una tímida sonrisa.

Khalani distinguió al incursor en una esquina: la miraba con la cabeza ladeada y una expresión curiosa en el rostro. Ignorando las maldiciones y los vítores de los prisioneros ante el resultado de la pelea, dio media vuelta y se quedó paralizada. Al otro lado del foso, una persona lo había estado observando todo.

Takeshi.

Con los robustos brazos cruzados sobre el pecho, la miraba fijamente, como si solo existieran ellos y no hubiera nada más a su alrededor. Khalani le sostuvo la mirada, y la intensidad hizo que se le tensaran los músculos y que el corazón empezara a latirle mucho más deprisa.

Y, entonces, los labios de Takeshi esbozaron una sonrisa apenas perceptible. Con ese sencillo gesto, transmitió todo lo que no decía con palabras.

Todos esos rigurosos y extenuantes entrenamientos. Todas las ocasiones en que la había tumbado o había criticado su estado físico, pidiéndole que se esforzara aún más. Todas esas miradas que habían intercambiado, cargadas de fuego, tenacidad y pasión.

Los sonidos que la rodeaban le acariciaban la piel y le pedían que volviera al presente. Sin embargo, Khalani solo tenía ojos para la figura imponente de Takeshi, que, un segundo después, se dio la vuelta y se convirtió en una sombra, fundiéndose con la multitud.

En otra vida, habría olvidado todas las cosas horribles que le había dicho y habría salido tras él para preguntarle si había visto el combate, convencida de que sí. Si había sabido desde el principio

que Khalani era capaz de hacer lo que había hecho.

Pero no necesitaba preguntarle nada.

Takeshi comprendía a la perfección todas las respuestas que no requerían preguntas.

Un sinfín de emociones la embargaron, tan intensas que parecían llenar todo el espacio.

Más aún, llenaban todo su retorcido universo.

Porque, por una vez en la vida, también se sentía muy orgullosa de sí misma.

25

Me he escondido en mí misma durante demasiado tiempo.

El dolor no era algo ante lo que había que doblegarse. El dolor era producto de la perseverancia. Solo después de que las gotas de sudor cayeran a sus pies, ya no le quedaran lágrimas y la sangre se secara formando costras, la mente se calmaba por la noche, apreciando que lo habías dado todo, hasta el último aliento.

Los fuertes no veían el dolor como un obstáculo, sino como un cohete que los propulsaba más allá de los confines de su mente. Sin dolor, las victorias no tendrían significado.

En caso contrario, todo el mundo ganaría.

Oyó un áspero quejido a su izquierda. Torciendo el gesto, Derek soltó la pala y Khalani se percató de que el sucio mango estaba manchado de sangre.

—¿Estás bien? —le preguntó al tiempo que se detenía y apoyaba la pesada carretilla en el suelo.

—Sí. Se me acaba de reventar una ampolla —susurró Derek, mirándose las manos, que estaban sangrando y en carne viva, en un estado peor de lo habitual.

—Espera.

Khalani sacó del bolsillo un paño limpio que había logrado coger

después de la ducha que se había dado esa mañana y le envolvió enseguida las manos, cubriendo las llagas abiertas.

—Gracias. —Derek hizo una mueca de dolor, pero no se quejó—. Si no recuerdo mal, hice lo mismo contigo cuando llegaste.

Khalani esbozó una sonrisa condescendiente y tiró de los extremos del paño para hacer un nudo.

—Parece que fue hace mucho tiempo.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba en Braderhelm.

—Demasiado —susurró Derek.

Al ver su expresión fatigada, Khalani frunció el ceño. Era ese tipo de cansancio que no solo afecta al plano físico, sino que también debilita la voluntad, hasta el punto de que la mente olvida por qué sigue adelante.

—Saldremos de esta —lo animó Khalani, dándole un suave apretón en la muñeca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Derek, escrutándola.

—Lo sé porque morir no es una opción —dijo con determinación.

—¡Eh, vosotros dos!

Sobresaltados, se volvieron para ver que un guardia rapado se dirigía a grandes zancadas hacia ellos.

—¿Por qué no estáis trabajando?

—Sí…, sí estamos trabajando, señor —titubeó Derek. El guardia se acercó con expresión amenazadora—. Solo habíamos parado unos segun…

El guardia le propinó un golpe brutal en el rostro con la porra y Derek cayó al suelo.

—¿Me has visto cara de querer oír tus excusas?

Cogiendo impulso, le dio una fuerte patada en el estómago.

—¡Ya basta! —gritó Khalani al ver que Derek se doblaba de dolor y se ponía en posición fetal.

El guardia giró repentinamente la cabeza y dio un paso hacia ella con gesto intimidante.

—¿Qué acabas de decir?

Khalani se obligó a calmar su respiración entrecortada mientras Derek luchaba por ponerse de rodillas.

—Si sigues haciéndole daño, no podrá trabajar. Y al alcaide no le gustará eso.

El guardia entornó los ojos.

—¿Y qué va a saber una patética prisionera como tú sobre el alcaide?

Desafiante, se enderezó. Aun así, ni siquiera le llegaba al pecho.

—Me he visto con el alcaide varias veces —mintió con descaro—. Y manifestó su descontento por los túneles sin terminar. Lastimar a otro prisionero hará que los trabajos avancen más despacio, y estoy convencida de que no querrás explicarle el retraso.

El guardia la examinó, aferrándose a la porra.

En cualquier momento, podía golpearla como si fuera un saco de boxeo, pero Khalani le sostuvo la mirada, tratando de transmitir confianza pese a que le temblaban las manos.

Los crueles ojos del guardia la miraron de arriba abajo y soltó un gruñido.

—No eres el primer trasero que le llama la atención al alcaide. Pero yo puedo hacerte daño de formas que él no notará.

Antes de que Khalani pudiera reaccionar, le clavó la táser en las costillas. Tenía el voltaje al máximo, por lo que se desplomó al recibir la violenta descarga y empezó a convulsionar sin control.

El guardia se inclinó sobre ella y esbozó una sádica sonrisa.

—Vuelve a replicarme y no dudes de que utilizaré esa boca para otras tareas. A ti no te mataré. Pero a él, sí.

Señaló a Derek sin desviar la mirada.

Khalani apretó los dientes y se imaginó a sí misma arrancándole la porra de acero y machacándole el rostro. Pateándolo, arañándolo, mordiéndolo una y otra vez como si fuera un animal extinto.

Y, después, le clavaría la táser en todos los agujeros del cuerpo. Al máximo voltaje.

Sin embargo, contuvo sus instintos feroces y dejó que el silencio hablara por ella. El guardia le sostuvo la mirada con aire intimidante y, unos segundos después, se alejó maldiciendo entre dientes.

Al cabo de unos instantes, los músculos de Khalani dejaron de temblar y poco a poco fue recuperando el control de las extremidades.

—¿Estás bien? —preguntó Derek desde el suelo, casi sin aliento.

—He estado peor. —Se acercó a él renqueando—. ¿Y tú, estás bien?

—No. —Derek torció el gesto y añadió—: Aunque, de no ser por ti, probablemente estaría muerto.

Cuando lo ayudó a ponerse en pie, Khalani advirtió una herida reciente que le recorría la mejilla desde la comisura del ojo hasta el labio. Lo observó con preocupación mientras él recogía con cuidado la pala del suelo y seguía colocando rocas en la carretilla entre gemidos sofocados.

—No hagas tantos esfuerzos.

Derek la miró sin dejar de cavar.

—No tenemos elección, Khalani. Al menos, no aquí dentro. Solo nos dejarán descansar cuando estemos muertos.

Ella frunció el ceño al ver que se sujetaba las costillas y apartaba la mirada para ocultar las lágrimas de dolor.

Quizá no bastara con contactar a Hermes. Tenían que escapar de Braderhelm.

Sumida en sus pensamientos, tratando de averiguar cómo convertir lo imposible en posible, Khalani acababa de dejar atrás su celda de camino al foso cuando oyó un susurro indomable a su espalda.

—Kanes.

El profundo eco de aquella voz masculina la dejó sin aliento y se le aceleró el pulso de golpe. Khalani se volvió lentamente, y el ritmo cardiaco se le disparó aún más al clavar la mirada en aquellos ojos sombríos que le resultaban tan familiares.

Takeshi estaba a unos pocos pasos, con esos brazos musculosos cruzados sobre el torso. La miró de arriba abajo, deteniéndose en los cardenales que tenía junto al ojo y en los cortes de los labios. Casi sentía físicamente su mirada, como si la acariciara con la yema de los dedos.

En un gesto involuntario, Khalani se colocó el pelo detrás de las orejas, cayendo en la cuenta de repente de su aspecto desaliñado. Llevaba un moño del que salían mechones encrespados en todas direcciones. Unas gotas de sudor le perlaban el cuello y el uniforme estaba manchado de polvo y hollín.

«Mírate, Kanes».

Las palabras que había pronunciado aquella mañana fatídica la desgarraron de nuevo. Para ella, resultaba más fácil concentrarse en la peor versión de Takeshi que en la forma en que la había mirado en el foso o en las tiernas palabras que habían compartido en la seguridad de su dormitorio.

Sin embargo, bueno o malo no eran adjetivos que pudieran aplicársele. Takeshi era, al mismo tiempo, el agradable calor del fuego y la quemadura sádica de las llamas.

Los hombres como él deberían llevar una señal de peligro en la

frente.

—¿Qué quieres? —dijo, cruzándose también de brazos.

Takeshi dio unos pasos hacia ella. Lentos. Como un depredador. El uniforme negro, en el que se ocultaban las armas, excepto el afilado cuchillo que llevaba en el cinturón, le ceñía la ancha espalda. Una expresión tranquila y serena se reflejaba en su hermoso rostro, pero, cuando Khalani vio esos ojos abrasadores, la peligrosa atracción que la embargó activó todos sus músculos, que se prepararon para huir. O para acercarse a él un paso más.

—He estado pensando —dijo él.

—Pues ve con cuidado, podrías hacerte daño.

—¿Desde cuándo a ti y a mí nos importa el dolor? —preguntó con aire desafiante.

—Puedo darte un puñetazo en la cara para saber hasta dónde llega esa teoría.

—Adelante. Pero yo elijo el castigo si fallas.

Khalani resopló, convencida de que la única misión de Takeshi en la vida era fastidiarla. Hacerle daño. Derribar como un huracán todos sus muros y después contemplar tranquilamente cómo los reconstruía.

—¿Mi existencia te molesta o algo así?

—Depende. —Se inclinó hacia ella, ocultando lo que había a su alrededor con su imponente figura—. Barron está muerto. Has ganado el combate en el foso con contundencia. Se podría decir que has terminado el entrenamiento.

—Se podría decir.

—A menos que quieras una ronda más contra tu principal enemigo.

Takeshi ladeó la cabeza con gesto desafiante, observando atentamente su reacción.

En el interior de Khalani, el corazón dirigía una orquesta de tambores que competían por ver quién daba el golpe más fuerte. La mirada profunda de Takeshi buscó la de Khalani, que dobló los dedos como si hubiesen recibido una descarga eléctrica.

Cerca de Takeshi, se convertía en un torbellino de energía, en una bomba de relojería que solo él podía hacer estallar. Sus palabras le llegaron a lo más profundo del alma y unas mariposas le revolotearon en el estómago, como si fuera una muchacha ingenua y estúpida. Sintió la tentación de hacerse daño, y también de hacérselo a Takeshi como venganza.

—Pensé que no querías saber nada más de mí. Lo dejaste muy claro en tu habitación.

Takeshi tensó la mandíbula.

—Sé lo que dije y no voy a disculparme por ello.

—Es bueno saberlo.

Khalani se dio la vuelta, devolviéndole la misma cortesía que él le había dedicado esa mañana.

—Espera.

Apretó los puños, decidida a marcharse, pero el instinto se impuso a la lógica y vaciló un instante.

Se volvió despacio para encararse a él y advirtió que en la mirada de Takeshi se reflejaba una emoción en estado puro.

—No voy a retirar lo que dije porque es la verdad, Kanes. Tenía que hacerlo. Pero si piensas que, cuando te vi esa mañana, no me entraron ganas de mandarlo todo al diablo, te equivocas. Pero, cuando pienso en la idea de no volver a vivir otro momento en el que yo solo soy tu entrenador y tú no eres mi prisionera, me entran ganas de matar a alguien.

Sus palabras la golpearon como si fueran puñetazos y retrocedió un par de pasos. Sorprendida, entreabrió la boca para tomar aliento.

El mero sonido de su voz le provocaba las sensaciones más extrañas en el pecho. Lo que estaba diciendo no tenía ni pies ni cabeza.

Porque el corazón de Khalani sufría del mismo modo.

Quizá «corazón» no era la palabra adecuada.

Aquella mañana, cuando Takeshi se había marchado y la había dejado sola en su habitación, le había dolido en el nudo que se le había formado en la garganta, en los labios agrietados, en las articulaciones de los hombros. Todas las partes insignificantes de Khalani cobraban vida junto a él, como si su cuerpo prefiriera arder antes que ser invisible.

—Takeshi, yo…

No se atrevió a terminar la frase.

Una sílaba más destruiría lo que le quedaba de fuerza y le haría perder el control por completo. En aquel estado, no podía girar simplemente sobre sus talones y alejarse. No, la mirada de Takeshi la había dejado clavada al suelo.

Él era el ancla cuando su firmeza amenazaba con esfumarse y convertirla en una mortaja de polvo. Se mordió el labio inferior y alzó la mirada, preparándose para que la abriera en canal. Su cuerpo no aceptaría menos.

«Traidor».

—Un último entrenamiento —accedió.

Takeshi no pronunció palabra. Parecía concentrado y contenido, pero en sus ojos apareció el brillo de un fuego que ardía lentamente. Asintió y el trato quedó cerrado.

Khalani lanzó un profundo suspiro y se encaminaron hacia la sala de entrenamiento con pasos decididos y pesados. Más lentos que de costumbre.

Como si el tiempo fuera el enemigo de ambos, más que la prisión.

Takeshi abrió la puerta de la sala y fue como volver a casa.

En el hogar, se aceptaba lo peor de uno mismo. El llanto con mocos que te caen de la nariz, la rabia que te hace golpear lo primero que encuentras y el suelo en el que te desplomas cuando la vida es la mierda más grande del planeta.

Aspiró profundamente el olor a sudor y a pino como si fuera perfume. Khalani avanzó, sorteó las barras de goma y empezó a estirar los brazos al tiempo que se dirigía al centro del ring.

El lugar no había cambiado, pero había algo diferente: como una corriente eléctrica que le hacía tensar los músculos y le atenazaba el pecho. Cuando se volvió y vio a Takeshi, que saltaba las barras con facilidad, con el cuerpo relajado y la mirada clavada en ella, supo la respuesta.

No era necesario estar físicamente con alguien para conocerlo a fondo. Cuando alguien llegaba a penetrar en tu mente, besaba tus recuerdos y lamía tus sueños, conectabas más allá del plano físico. Y ese era el problema. Conectar de ese modo con Takeshi solo la conduciría hacia la destrucción.

Khalani se puso enseguida ropa limpia y fue a su encuentro.

—Entonces… —Alzó las manos a los lados—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a jugar a algo.

Khalani resopló.

—¿Ahora el entrenamiento es un juego para ti?

—La vida no es más que un juego con ganadores y perdedores —respondió Takeshi con toda su musculosa sabiduría.

—Bien —accedió ella—. ¿Cuál es el juego?

—Es muy sencillo. —Hizo crujir los dedos y bajó la mirada, observándose las uñas con aire relajado—. Cada golpe en el cuerpo es un punto. El primero en llegar a cinco puntos gana.

Khalani esbozó una media sonrisa. Le gustaba ese juego. Le

gustaba mucho. Takeshi era fuerte, ágil y podía acabar con ella en un abrir y cerrar de ojos si lo deseaba, pero algo en su interior, alguna parte desquiciada de ella, disfrutaba pensando en machacarlo.

Aunque no se lo pondría fácil. Tenía que ser astuta si quería ganar.

—De acuerdo. Pero antes me gustaría pedirte algo —dijo, acercándose a él—. Desde el turno de esta mañana, tengo una contractura en un punto de la espalda al que no llego.

Takeshi entornó los ojos.

—Y quieres que… ¿te dé un masaje?

—He pensado que igual preferirías un combate justo, pero, si no, no pasa nada. Lo soportaré.

Khalani se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Un suspiro de exasperación sonó a su espalda.

—Muévete y ven aquí, Kanes.

Khalani reprimió la sonrisa que ya le asomaba en los labios y se acercó. Con un brillo ardiente en los ojos y un gesto brusco de la cabeza, Takeshi le ordenó que se diera la vuelta.

Khalani obedeció y le dio la espalda. Takeshi le rozó el hombro con los dedos y empezó a masajearle la piel con suavidad y calidez. Sintió escalofríos en la clavícula y se obligó a reprimir un gemido de placer.

—¿Dónde está la contrac…?

Khalani le dio un codazo en el estómago que le hizo soltar un fuerte gruñido. Acto seguido, saltó hacia delante, lista para el contraataque.

Takeshi tomó aire con dificultad y se enderezó despacio, con un brillo amenazador en la mirada.

—Has hecho trampa.

—Las reglas no existen en una pelea. Punto para mí —señaló, esbozando una leve sonrisa.

Takeshi adoptó un aire perverso.

—Voy a hacer que te arrepientas de lo que acabas de hacer.

—¿Quieres un bastón para moverte más rápido? Al menos, no me sentiría tan mal por ganarle a un viejo —se mofó, poniéndose en guardia y apretando los puños.

Se estremeció al ver que los ojos de Takeshi se convertían en pequeñas rendijas, pero la parte más perversa de Khalani rio y le dijo que le diera su merecido por todas esas veces que había hecho que le importara sin darle nada a cambio.

Como si fuera un animal enjaulado, Takeshi chasqueó la lengua y se abalanzó hacia ella de repente.

Presa del pánico, casi consiguió bloquear el golpe, pero Takeshi era muy rápido. Con la palma abierta, le atizó a ambos costados del torso. Maldición.

Apretando los dientes, lo bombardeó con una lluvia de puñetazos en el torso. Takeshi los bloqueó todos sin esfuerzo, sin tan siquiera despeinarse. Con una mirada astuta ensombreciéndole el rostro, contraatacó con otro golpe al torso, le agarró la muñeca y la hizo girar hasta que la espalda de Khalani y su pecho quedaron pegados.

Takeshi le rodeó rápidamente el cuello con el brazo, lo suficiente para que pudiera respirar, al tiempo que le inmovilizaba la muñeca izquierda con la otra mano a uno de los costados del cuerpo.

—Así que un viejo, ¿eh? Creo que más bien te referías a «experimentado», Kanes. Conozco algunos trucos que harían que una chica como tú se sonrojara con tan solo pensarlo. ¿Aún quieres pelear sucio contra mí?

El susurro cálido y áspero en su oído le erizó el vello y la llevó a territorios prohibidos. Ambos respiraban rítmicamente, y Khalani

luchó contra el impulso de darse la vuelta para ver lo mucho que lo había alterado.

—Tú has querido jugar. Así que juguemos —replicó, y le pisó el tobillo.

Takeshi gruñó y, rápido como una víbora, le barrió las piernas, derribándola de espaldas. Sin embargo, Khalani le rodeó el cuello con los brazos antes de caer y lo arrastró con ella. Rodaron por el duro suelo, y sintió dos golpes más en el torso antes de quedar encima de él.

Khalani lo sujetó de las muñecas con ambas manos, convencida de que solo lo hacía porque él se lo permitía. Lo miró con aire triunfal, pero advirtió que él esbozaba una mueca maliciosa.

—Mierda —exclamó Khalani.

Takeshi había llegado a cinco.

—He ganado. Casi se me olvida lo mucho que te gusta ponérmelo difícil.

Intercambiaron una mirada, y Khalani no se bajó enseguida, sino que permaneció a horcajadas sobre él. Le apretó aún más las muñecas, clavándole las uñas y hundiéndoselas en la piel, casi haciéndolo sangrar en un intento cruel de provocarle el mismo daño que él le había hecho aquella humillante mañana en su dormitorio.

Pero Takeshi no se movió. No protestó. Tenía grabada en el rostro una determinación férrea, como si fuera más que capaz de soportar cualquier castigo que pudiera infligirle, como si pudiera asumir todo su sufrimiento y cargar con su cruz.

No debería mirarla así.

Como si estuviera dispuesto a enfrentarse a todo por ella, a derrotar a cualquiera que se cruzara en su camino. Porque no era verdad. Para él, aquello no era más que un juego.

Y Khalani se encontraba ahora en la situación más peligrosa

desde que había llegado a aquella prisión. Porque no era su orgullo, su fuerza o su cuerpo lo que estaba en juego. La molesta y frágil bestia que anidaba en su pecho estaba conjurando tormentas ante la vulnerabilidad que veía en los ojos de Takeshi, la misma que se reflejaba en los suyos.

Bajó la mirada hacia sus labios.

¿Qué sentiría si esos labios rozaran su piel? Probablemente perdería el control.

—Kanes —susurró Takeshi con voz ronca.

Al alzar la mirada, Khalani vio que tenía el ceño profundamente fruncido. Con los puños apretados contra el suelo, Takeshi negó con la cabeza, pidiéndole que dejara de mirarlo, aunque los ojos le decían lo contrario: le suplicaban más, le rogaban que siguiera.

El corazón se le aceleró y, sin pensarlo, se inclinó hacia él.

«Aún puedes parar esto».

La parte lógica de su cerebro, que había estado apagada, se encendió de repente. Khalani se apartó enseguida de Takeshi y se pasó las manos por el pelo enredado y revuelto.

¿En qué estaba pensando? ¿Qué demonios estaba haciendo? Khalani había permitido que Takeshi la distrajera y la apartara del verdadero objetivo: sus planes de ponerse en contacto con Hermes.

«Esto tiene que acabar».

—Lo siento —murmuró, ruborizándose—. Creo que deberíamos marcharnos.

Takeshi se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Kanes?

—Nada. —Hizo un ademán para quitarle importancia—. No ocurre nada.

—Mentira —respondió alzando la voz—. Te conozco, Kanes, y llevas un mes más nerviosa de lo habitual. ¿Qué es?

Esperó una respuesta, fulminándola con una mirada penetrante.

Khalani negó con la cabeza y le dio la espalda.

—Nada. Olvídalo, Takeshi.

—¡Kanes! —El profundo rugido rebotó en los ángeles del techo, y Khalani se dio la vuelta, sobresaltada. Enojado, Takeshi se tensó—. ¿Por qué eres tan condenadamente terca? Confía en mí.

La tensión, la frustración y la rabia empezaron a bullir en ella, listas para rebosar y destruir todo lo que se le pusiera delante.

—Estás bromeando, ¿verdad? ¿El rey del hielo está acusándome de ser terca? ¿Y por qué no empiezas tú a confiar en mí? Dime lo que piensas, Takeshi. ¡Todo!

—No estamos hablando de mí —objetó, apretando los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Oh, sí. Sí estamos hablando de ti. Estamos hablando de que quieres que sea sincera contigo, pero tú no vas a otorgarme el mismo trato.

—¿De qué estás hablando?

Khalani dio unos pasos hacia él.

—Sabes perfectamente bien de qué estoy hablando. ¿Por qué fuiste tan amable y dulce la noche que pasé en tu habitación y, al día siguiente, volviste a ser un capullo frío e indiferente? ¡Explícamelo!

La mirada inflexible de Takeshi se endureció.

—Olvídalo, Kanes. —Con grandes zancadas, se dirigió hacia la salida—. Creo que tu entrenamiento ha concluido.

Khalani soltó una carcajada amarga que resonó por toda la iglesia.

—Vaya, mira quién está asustado ahora.

Takeshi se quedó inmóvil, como si alguien le hubiera disparado, y recorrió la estancia con la mirada hasta que la clavó en ella.

—¿Qué has dicho? —preguntó en voz baja.

Khalani sintió que una tormenta se conjuraba en su interior y se negó a recular.

—Ya me has oído. He dicho que estás asustado.

—Cuidado, Kanes. Estás jugando con fuego —gruñó.

Khalani ya había ido demasiado lejos como para detenerse, y alzó el mentón.

—Adelante. —Se puso en guardia y, pese a lo corpulento que era, se le encaró—. No te tengo miedo. Demonios, si hasta te comprendo mejor de lo que me comprendo a mí misma. No tienes nada en común con Barron ni con ninguno de los otros guardias de esta prisión. Eres ese chico que dejó los estudios para proteger a su madre. Y has matado a uno de tus compañeros para protegerme. Aunque también eres un completo misterio, un rompecabezas demasiado complicado, tanto que no sé si me apetece resolverlo. Afirmas una cosa con los labios, pero tus ojos dicen lo contrario. Pasas del calor al frío porque te asusta que pueda ser algo más que una delincuente sucia y repugnante que merece morir en prisión.

Tenía el pulso acelerado, como si estuviera atravesando a toda prisa un campo de batalla en pleno combate.

Takeshi se puso rígido y el aire quedó suspendido entre ellos; hasta parecía que el polvo y los frescos del techo estuvieran prestando atención a sus palabras.

—Cuando llegué aquí, estaba vacía. Si hubieses gritado en mi boca, las oquedades te habrían devuelto el eco. Y ahora, ¿quieres que me sincere contigo? ¿En serio? Pues no puedo, porque de alguna manera, pese a toda esta mierda, he empezado a sentir algo por ti. No sé cómo ha ocurrido, porque me sacas de quicio y me haces enfurecer como si ese fuera tu único cometido en la vida. Pero ese sentimiento arde dentro de mí, y ya ni recuerdo qué es no sufrir.

—Hizo una pausa y añadió—: De hecho, sufro tanto que en cualquier momento explotaré y quedaré como la mayor idiota del mundo. Así que ahora ya lo sabes, Takeshi. Me gustas. Pero este secreto que guardaba en lo más profundo de mi corazón no significa nada porque tú no sientes lo mismo por mí. Estamos en mundos distintos. Y ahí es donde siempre estaremos —concluyó, respirando entrecortadamente.

Takeshi tenía los ojos abiertos de par en par y también parecía sin aliento.

En ese instante, Khalani tuvo algo así como una experiencia extracorporal y reprodujo todas las tonterías que acababa de pronunciar.

—¡Madre mía…! —exclamó, horrorizada—. Olvida lo que acabo de decir, Takeshi. No me hagas caso.

—Kanes.

—No, en serio. He sido… una estúpida y… no hablaba en serio —balbuceó para justificarse.

Khalani miró al techo, deseando que uno de los ángeles pintados bajara y la fulminara en el acto.

—Kanes.

Takeshi se acercó hasta que su amplio torso estuvo a pocos centímetros del rostro de Khalani.

—Por favor. Finjamos que esto no ha ocurrido. Tengo que volver a mi…

—¡Khalani!

Se quedó paralizada. Era la primera vez que Takeshi la llamaba por su nombre de pila. Al oír esos sonidos enroscándosele en la lengua y saliendo de sus labios, un fuego líquido la recorrió.

—¿Sí?

—Cállate —ordenó con voz ronca—. Nunca hemos estado en

mundos distintos. Si fuera así, no te sentiría tan dentro de mí. Cuando te miro, tengo la sensación de que el corazón se me romperá en mil pedazos, y, pese a que trato de reprimirlo, las emociones regresan rugiendo con más fuerza que nunca.

Khalani se estremeció ante la vehemencia con la que había pronunciado esas palabras.

—Cuando veo las cicatrices en tu cuerpo, tengo que contenerme para no buscar a los que las han provocado y cortarles la garganta. Te he visto enfrentarte a todo y, pese a todas las pruebas y tragedias a las que has tenido que hacer frente, nunca dejas de asombrarme. Basta con estar ante ti ahora mismo para que desee tomarte de todas las formas imaginables, y eso no tiene nada inocente.

Khalani olvidó lo que era respirar.

El calor la invadió y tuvo la sensación de que el corazón le iba a estallar en el pecho.

Toda la estancia estaba llena de la energía de Takeshi; lo dominaba todo. Y todos los muros que había construido en vano contra él se derrumbaron. Takeshi era su agujero negro, el que la absorbía por completo. Finalmente, dejó de resistirse y se entregó por completo.

—Ya sabes que nunca he sido inocente —dijo Khalani, alzando la cabeza con el pulso desbocado—. Por eso me conociste en prisión.

En los ojos de Takeshi ardió un destello pecaminoso y, acto seguido, la cogió por la nuca y la besó.

26

Eres la historia que leo con calma. Quiero saborear
y memorizar cada una de tus palabras.

En cuanto los labios de Takeshi rozaron los suyos, fue como si una descarga eléctrica le reactivara el corazón y los pulmones. Puso todo su empeño en no perder el equilibrio.

Se agarró a la camisa de Takeshi para no desmoronarse, pero lo que hizo fue atraerlo aún más hacia ella.

Cuando le devolvió el beso, Takeshi se aferró más a ella y la besó más apasionadamente.

La tensión, la frustración y la intimidad que se habían formado entre ellos se derramaron y los embistieron como una tempestuosa ola.

Ya no se encontraban en Braderhelm, ni siquiera en Apolo.

Durante un breve espacio de tiempo, fueron los únicos habitantes de la Tierra, y el miedo, el bien y el mal desaparecieron.

Solo existía una entrega completa.

Cuando él le acarició los labios con la lengua, el corazón se le aceleró al máximo. Khalani se puso de puntillas deseando —no, necesitando— más.

Takeshi deslizó una mano hacia la parte baja de la espalda de Khalani y la atrajo más hacia él. Sus cuerpos se unieron, como si

pudieran fundirse en una sola persona.

Besándola aún con ansia, Takeshi la obligó a caminar de espaldas. Al chocar con las barras, él apartó la boca. Khalani estaba a punto de protestar, pero él empezó a lamerle el cuello, justo debajo de la oreja. Con la piel erizada, sintió que unos escalofríos le recorrían la espalda al tiempo que notaba un ardor en las entrañas.

Takeshi la mordió, no lo suficiente como para hacerle daño, pero sí para sentir una punzada que le aceleró el pulso.

Lamía el dolor y lo expulsaba con sus caricias. Se le escapó un gemido profundo. La tensión que sentía en el cuello desapareció y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras Takeshi continuaba lamiendo, mordiendo y chupando, acoplándose a ella.

Una sensación tan maravillosa no podía ser real.

El deseo encendió todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo y sintió que iba a quemarse entre sus brazos. O a derretirse sin más.

Pero Takeshi estaba ahí para volver a recomponerla.

Le recorrió el cuello con la lengua y dibujó las líneas de la clavícula mientras Khalani le clavaba las uñas en los bíceps y él la cogía del muslo, atrayéndola aún más hacia él.

—Capitán Steele, ¿me recibe?

Una voz masculina sonó en el bolsillo trasero de Takeshi.

Khalani frunció el ceño y enderezó la cabeza, pero la mirada ardiente de Takeshi le dijo que lo olvidara.

—No vamos a hacer caso de eso —gruñó Takeshi, cubriéndole el cuello de besos.

Con esos labios dulces y armoniosos, se concentró en el pecho y le chupó el pezón como si no llevara nada encima. Khalani soltó un gemido gutural y dejó caer la cabeza hacia atrás, clavando los ojos en los ángeles del techo.

Takeshi le sujetó la nuca mientras la devoraba. Mientras le hacía probar el cielo.

—Capitán Steele.

Con la otra mano, Takeshi la atrajo aún más, como si deseara atarse a ella y que nunca más se separaran.

—Capitán Steele, ¿me recibe?

Takeshi gruñó en la tela. Con cara de querer matar a alguien, la soltó y sacó el *walkie-talkie* del bolsillo trasero.

—¡¿Qué?! —gritó.

—Lo…Lo siento…, señor —balbuceó la persona en el otro extremo—. Sabemos que no le gusta que lo molestemos a esta hora, pero el alcaide ha requerido su presencia.

Khalani se puso tensa y lo miró con los ojos abiertos de par en par. Takeshi soltó una maldición.

—¿No puede esperar? —preguntó.

—No creo, capitán. El alcaide ha insistido en que lo avisáramos enseguida —tartamudeó el guardia.

Takeshi frunció el ceño y apagó el *walkie*.

—Mierda —exclamó, pasándose los dedos por el pelo.

Ambos respiraban entrecortadamente, sin querer separarse. Como si creyeran que, en cuanto se apartaran el uno del otro, la prisión también les robaría ese momento, lo desmembraría y lo mandaría al olvido.

—¿Tienes que irte? —preguntó Khalani con los labios hinchados.

—Ambos tenemos que irnos —afirmó enfadado, como si prefiriera cerrar la puerta y no dejar entrar a nadie.

Pero los dos sabían que eso no ocurriría. Su puesto no se lo permitía.

Khalani asintió vehemente con la cabeza. Le soltó la camisa, a la que aún seguía aferrada, y se enderezó. Experimentó una punzada

de dolor, como si unos cuchillos se le hubieran clavado en el cuerpo ante el simple hecho de perder esa conexión, pero no demostró lo que sentía.

—Lo entiendo —dijo, tratando de mostrarse impasible, aunque solo ansiaba que se quedara allí con ella.

Quizá no hubiera cambiado nada entre ellos, pero su corazón le decía lo contrario. Los labios le ardían, como si trataran de aferrarse al recuerdo de sus caricias.

—Khalani. —Takeshi la miró con intensidad—. Me está costando mucho no atrancar la puerta y hacerte gritar de placer para que olvides el calvario que has sufrido en este lugar.

Tensó la mandíbula, como si reprimiera la necesidad de hacerlo.

—Pero no puedes —dijo ella, terminando la frase por él.

—Ahora no —respondió Takeshi—. Y si no quieres que esto ocurra de nuevo, lo entenderé y me mantendré alejado de ti. Pero, si lo deseas tanto como yo, para mí no hemos terminado. Siendo sincero, creo que nunca terminaré contigo.

Unas profundas arrugas se le marcaron en la frente, como si el hecho de haberlo admitido lo sorprendiera.

Sus palabras avivaron un torrente de emociones en Khalani.

Enfrentarse a ellas era como trepar sin arnés por un acantilado. El miedo de caer al vacío estaba ahí, constante e infinito, pero en la cima la aguardaba la libertad. Y la decisión le resultó más fácil porque estaba asustada.

Porque aquello que valía la pena requería el mayor esfuerzo.

—Para mí tampoco hemos terminado —confesó en un susurro.

Takeshi soltó un suspiro profundo y apoyó su frente en la de Khalani.

Durante un segundo, un fugaz instante en la existencia, el tiempo se detuvo para ellos. Cuando sus cuerpos se rozaron, todo

desapareció: los títulos de capitán y prisionera, los obstáculos, las reservas y las réplicas hostiles. Eran, sencillamente, dos personas rindiéndose a los dictados del corazón.

Sintió el aliento cálido de Takeshi en los labios y unas mariposas de emoción pura volvieron a revolotear en su estómago. El deseo la inundó de nuevo. Sin embargo, él se apartó.

—Será mejor que nos vayamos ahora, o empezaré a recorrer tu cuerpo con las manos y la lengua y no saldremos de aquí hasta mañana —dijo Takeshi, torciendo el gesto y con la mirada llena de pasión.

Oh, no.

Eso no…

Takeshi sonrió con malicia al ver su expresión.

Una vez que se hubo puesto de nuevo el uniforme, él la tomó de la mano y la condujo hacia la puerta. Al fijarse en sus dedos entrelazados, Khalani arqueó las cejas hasta el nacimiento del pelo. Quiso decir algo, pero no consiguió formar ninguna frase coherente, como si se le hubiera desconectado el cerebro en el preciso instante en que los labios de Takeshi se habían posado en los suyos.

Nada más salir de la sala de entrenamiento y empezar a recorrer los pasillos desiertos y silenciosos, Takeshi le apretó la mano y la soltó a regañadientes. A medida que se acercaron a su celda, fue adoptando su habitual expresión dura y hostil.

—Ojalá no tuviera que dejarte en esta celda —escupió Takeshi con indignación y la mandíbula tensa.

Era como esos felinos salvajes que había estudiado en la escuela: ágil y calculador, esperando para atacar y devorar.

—No te preocupes —dijo Khalani—. Ya me he acostumbrado. Las cucarachas no me molestan, ni yo a ellas. Tenemos una relación muy simbiótica.

Takeshi soltó un gruñido y abrió la puerta.

—Hablamos mañana, ¿vale? —prometió, dedicándole una mirada inquieta pero teñida de esperanza, lo que no era habitual en él.

Khalani se limitó a asentir por miedo a que el corazón se le desbordara si hablaba. Después de ese día, ninguna fuerza, ni siquiera ella misma, podría obligarla a renegar de sus sentimientos por Takeshi Steele. Y, a juzgar por la forma en que la había sujetado entre sus brazos y el salvaje abandono con que la había besado, Takeshi tampoco sería capaz de negar esas ardientes emociones.

Takeshi cerró la puerta con el ceño fruncido y ambos intercambiaron una mirada a través de los barrotes mientras lo que quedaba de sus pensamientos apasionados llenaba el espacio que los separaba. Con expresión severa, como si se preparara para la guerra, se alejó hasta que ella lo perdió de vista.

Quizá fuera eso lo que tenía que hacer ella. Prepararse para la guerra.

Khalani había aprendido dos cosas en su corta y tumultuosa vida: toda acción tenía una consecuencia. Y la verdad siempre salía a la luz. Siempre.

Y, cuando eso ocurriera, serían libres o estarían muertos.

A la mañana siguiente, Takeshi no apareció para el recuento. Lo sustituyó otro guardia, un hombre con unos fríos ojos grises que le doblaba la edad.

A Khalani se le aceleró el pulso y unas pronunciadas arrugas de preocupación se le marcaron en la frente.

—Disculpe, señor —susurró cuando el guardia pasó junto a su celda—. ¿Dónde está el capitán Steele?

La cabeza le salió disparada hacia un lado cuando el guardia le propinó un bofetón con el dorso de la mano.

—¿Acaso he dicho que pudieses hablar? —siseó el hombre—. La próxima vez, te cortaré esa patética lengua.

Apretando los dientes y con la mejilla ardiendo, Khalani asintió con gesto sumiso al tiempo que el guardia se alejaba. Notó que Serene la observaba, pero no pudo mirarla. Por la mente le pasaban las teorías más descabelladas y no podía fijar la vista ni concentrarse en nada.

¿Se habría enterado el alcaide de su beso? ¿Habrían despedido a Takeshi? ¿O algo peor?

—¡Todos al foso! —gritaron los guardias.

Khalani alzó la cabeza, sorprendida. Por lo general, no iban al foso hasta el final del día. El resto de los prisioneros también miraban a su alrededor, desconcertados, pero todos se pusieron en marcha arrastrando los pies.

Una mano suave se posó en su hombro.

—¿Estás bien, Khalani? —preguntó Serene, observándola con la preocupación grabada en sus brillantes ojos azules.

Con los labios temblorosos, negó con la cabeza mientras luchaba desesperadamente por mantener la compostura.

—¿Por qué nos llevan al foso?

—No lo sé. —Serene frunció el ceño—. Pero será mejor que vayamos antes de que ese guardia regrese. Me pregunto qué le habrá pasado a Steele.

Khalani se estremeció al oír su nombre. Quizá no había pasado nada y el guardia solo estaba sustituyendo a Takeshi. Igual había una explicación simple. Pero el corazón le latía desbocado al seguir a los demás prisioneros de Braderhelm hacia el foso.

Khalani entornó los ojos al entrar en la vasta caverna. En el

centro del foso de combate había una plataforma elevada de madera, de unos quince metros de largo por otros tantos de ancho.

El alcaide, con un polvoriento uniforme negro, se encontraba sobre ella. Tenía los brazos cruzados y una mirada fría y calculadora.

Echó un vistazo a su alrededor y, por un momento, detuvo su mirada penetrante en Khalani antes de proseguir. Todos los guardias parecían estar en el foso: rodeaban en posición de firmes a los prisioneros, con gesto agresivo y armados con fusiles negros.

Todos los guardias, excepto Takeshi.

Se puso de puntillas y miró a su alrededor con la esperanza de equivocarse. Dio un respingo al notar el roce de una mano cálida.

—¿Qué crees que está pasando?

Derek le dio un apretón, gesticulando hacia la plataforma de madera con aire inquieto.

—No lo sé. Pero no me gusta nada —susurró.

Adan apareció junto a Serene, y los hermanos intercambiaron una mirada de preocupación. Los murmullos de los prisioneros, confusos y nerviosos, iban en aumento.

—¡Silencio! —gritó uno de los guardias, apuntando con el cañón a la multitud.

Todos enmudecieron al instante, y el alcaide chasqueó los labios antes de alzar las manos a modo de saludo.

—Estoy seguro de que os estaréis preguntando por qué estáis aquí. —Paseó la mirada calculadora por todos los presentes—. Bien, no os tendré más en ascuas. Pese a los lamentables errores que habéis cometido, Braderhelm os ha dado una segunda oportunidad. Algunos habéis ayudado con la limpieza de las calles. Otros incluso habéis tenido el placer de servir al propio gobernador en Génesis. —El alcaide intercambió una mirada con Khalani, que, con un nudo en la garganta, se sintió presa de la inquietud—. El Consejo y el

gobernador han decidido recompensar vuestro arduo trabajo otorgando a casi la mitad de los prisioneros la oportunidad de servir en el baile de Génesis, en el que celebraremos el décimo aniversario de la Gran Ciudad de la Cúpula.

Entre la multitud sorprendida se oyeron gritos ahogados. Ellos cuatro fueron la excepción. Derek le apretó la mano con más fuerza. Su plan para colar el *walkie* en Génesis y ponerse en contacto con Hermes empezaba a tomar forma poco a poco.

El alcaide continuó:

—Nuestro capitán, Takeshi Steele, se ha encargado diligentemente de planear las medidas de seguridad necesarias y ha confeccionado una lista de… los presos que merecen dar ese servicio.

Khalani sintió que el peso que tenía en el corazón desaparecía al ver que Takeshi entraba en el foso. Nadie sabía nada de su beso prohibido. Takeshi estaba vivo.

Derek se quejó al notar que las uñas de Khalani se le clavaban en la palma de la mano.

El corazón le latía desbocado mientras Takeshi subía a la plataforma de madera para entregarle una hoja de papel al alcaide. Este lo despachó con un asentimiento de la cabeza, y Takeshi bajó y se situó con el resto de los guardias.

Su expresión era férrea; en ella no se reflejaba emoción alguna, y mantenía los ojos despiadados fijos al frente.

—Bien, estos son los prisioneros que servirán en el baile de Génesis.

El alcaide comenzó a leer la lista que Takeshi le había entregado, mencionando un número tras otro. Pese a la austeridad del momento, parecía una ceremonia de graduación, excepto que no había diplomas ni felicitaciones y sí armas que apuntaban a la

multitud.

Aunque la voz potente del alcaide resonaba por la cueva, Khalani solo tenía ojos para Takeshi. No tenía ni idea de lo mucho que significaba para ella hasta que el temido clamor de su mente le había sugerido su posible muerte.

Y, de haber ocurrido, habría sido por su culpa. La muerte, que siempre la acechaba, lista para eliminar a sus seres más queridos.

La rapidez con la que Takeshi había pasado de no ser nada a impregnarlo todo, a consumirlo todo, la aterraba.

Sintió un escalofrío al oír que el alcaide decía su número. Con el corazón en vilo, esperó a que también incluyeran a Adan, Serene y Derek. Y así fue: la suerte estaba de su lado. El peligroso plan para ponerse en contacto con Hermes seguía siendo viable, factible.

«Puede que el día acabe bien».

El alcaide dobló lentamente la hoja; al parecer, había terminado.

—Todos aquellos a los que no he nombrado, subid aquí arriba y os daremos una nueva tarea.

A su alrededor, los prisioneros refunfuñaron, pero empezaron a avanzar poco a poco. Menos de la mitad permanecieron inmóviles mientras el resto —cerca de doscientas personas— subían a la tarima de madera, aturdidos y recelosos.

El alcaide bajó del estrado de un salto, y los prisioneros se quedaron allí arriba, codo con codo, sucios y demacrados. Khalani reparó en que la mayoría de los hombres y mujeres que se había quedado en el suelo eran los más fuertes y jóvenes del grupo.

—Magnífico. Ahora leeré unas palabras del gran gobernador Huxley —exclamó el alcaide, sacando otro papel del bolsillo. Tras aclararse la garganta, añadió—: «A mis internos de la prisión de Braderhelm: pese a los lamentables crímenes que habéis cometido, por los que deberíais avergonzaros, reconocemos vuestros esfuerzos

para compensar esas atrocidades. Todos somos hijos de Apolo y es nuestro deber respetar ese precioso equilibrio que es la vida.

»Sin embargo, a la luz de los recientes cambios en la distribución de los recursos, nos vemos obligados a tomar una difícil decisión para preservar ese equilibrio. Nos enorgullece saber que en Braderhelm hay prisioneros dispuestos a sacrificarse por el bien común. Os aseguro que vuestra heroica hazaña será reconocida como es debido y que las generaciones futuras hablarán de ella».

Khalani sintió que un escalofrío le recorría la espalda y desvió la mirada hacia Takeshi, que observaba con dureza al alcaide. Vio cómo le subía y le bajaba la nuez de Adán al tragar saliva.

La tensión y el silencio se adueñaron del ambiente cuando el alcaide hizo una señal a los diez guardias que había ante el estrado. Como si fueran una sola persona, levantaron los fusiles y apuntaron hacia los prisioneros, los cuales, boquiabiertos y horrorizados, abrieron los ojos de par en par y levantaron las manos en señal de rendición. Sin embargo, era demasiado tarde.

Los guardias apretaron el gatillo al mismo tiempo. Los disparos retumbaron en el foso.

PUM. PUM. PUM.

Una bala fulminante tras otra.

Los gritos rebotaron a mayor velocidad que la munición. Los cuerpos empezaron a caer, unos encima de otros, como la lluvia con la que ella soñaba de niña. Como si fueran una ola carmesí, los prisioneros se desplomaron sobre el suelo de la tarima, convulsionándose entre una sinfonía de aullidos agónicos. La siguiente ráfaga de balas apagó los gritos.

Khalani estaba atónita. Le temblaba todo el cuerpo como si hubiera un terremoto. No podía hablar. Ni siquiera pensar.

Los prisioneros que seguían en pie empezaron a llorar,

horrorizados, y se cubrieron las orejas con sus manos ásperas para bloquear aquellos horribles alaridos. Algunos se desplomaron de rodillas, negando con la cabeza, incapaces de mirar hacia la tarima.

Entre gritos de terror, los pocos prisioneros que seguían con vida saltaron del estrado en un último y frenético intento por escapar de la masacre, pero fueron abatidos sin piedad y cayeron al suelo, bocabajo.

El destello de los disparos no se apagó hasta que sobre la tarima no quedó ningún signo de movimiento. Montañas de prisioneros muertos, hombres y mujeres, yacían unos sobre otros; en sus ojos aún abiertos se reflejaba el pánico y el terror. La sangre encharcaba el suelo de la plataforma como si fuera una manta encarnada y goteaba por el borde.

—¡¿Qué demonios está pasando?! —gritó Brock, avanzando como si fuera a subir al escenario.

—¡Atrás, incursor! —le gritaron los guardias, apuntándolo.

El pútrido hedor a muerte invadió el aire mientras los prisioneros gritaban y se retorcían, conmocionados. Algunos empezaron a vomitar, pero nadie se atrevió a dar ni un paso.

Visiblemente incómodo, el alcaide carraspeó.

—Por desgracia, nos hemos visto obligados a hacerlo —dijo, volviéndose hacia los supervivientes—. Obedecemos la voluntad del gobernador Huxley y de la ciudad de Apolo. Los turnos de esta tarde quedan cancelados. Regresad inmediatamente a vuestras celdas. Cualquier intento de rebelión encontrará el mismo destino que el de estos prisioneros.

Sus palabras rebotaron contra los muros de piedra como si fuera el ritmo de un tambor lejano que no transmitía nada.

Las pesadillas se enroscaban y entretejían hasta alcanzar el plano de la realidad.

Khalani reconoció a uno de los prisioneros muertos y entornó los ojos. La muchacha estaba encorvada en lo más alto de la pila y un hilillo de sangre le goteaba de los labios. Distinguió la cabeza medio rapada y los piercings en el rostro ligeramente vuelto hacia la luz.

Era Dana.

De repente, le faltó el aire, como si las balas le hubiesen perforado los pulmones a ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas, se le nubló la vista y empezó a mecerse mientras los prisioneros a su alrededor echaban a andar por la fría caverna entre sollozos desgarradores. Dana tenía los ojos abiertos. Khalani sintió que la atravesaba con la mirada, como si le gritara: «¿No era esto lo que querías?».

Cerró los ojos, cubriéndose el rostro con las manos con el fin de borrar para siempre lo que acababa de presenciar, pero fue en vano. Nada haría desaparecer esas imágenes.

La violencia absoluta y el flagrante desprecio por la vida humana la aterraban mucho más que si le apuntaran un arma a la frente.

¿Por qué la habían perdonado a ella y habían elegido a Dana, una de las prisioneras más fuertes de Braderhelm? ¿Por qué la habían incluido en esa lista?

De repente, clavó los ojos en Takeshi.

Una vena le palpitaba en el cuello y tenía los puños apretados a los costados mientras taladraba al alcaide con mirada asesina.

Sin embargo, permanecía inmóvil.

Nada de protestar. Nada de discutir las decisiones y el comportamiento del alcaide.

Takeshi le había entregado la lista de nombres: a ella la había salvado, pero había condenado al resto.

Él sabía lo que iba a ocurrir.

Como si fueran fragmentos metálicos, el horror, la culpa y la

traición se le clavaron en el pecho y aplastaron todas sus esperanzas, casi haciéndola caer de rodillas al suelo.

Creía que Takeshi era diferente, pero, en realidad, había sido moldeado por la misma violencia de la que se alimentaban los demás guardias. En su estúpida fascinación por él, había olvidado quién era realmente.

El corazón se le hizo añicos.

Los ojos sin vida de los prisioneros la observaban, multiplicando la vergüenza que sentía y sus pecados. Cientos de voces gritaban en su mente que todo era culpa suya, y la que más alto y claro lo decía era la suya propia.

Debería haber matado al gobernador cuando se le había presentado la oportunidad. Debería haber protegido más su corazón.

Era ella la que debería haber subido a esa tarima.

—Ya has oído al alcaide. —Uno de los guardias le golpeó el hombro con la culata del arma para que avanzara—. ¡Vuelve a tu celda!

—Yo me encargo de ella.

A través de la neblina, oyó la voz grave de Takeshi. Se cernía sobre el guardia, mirándolo con ojos amenazadores.

—Sí, ca… capitán —balbuceó el guardia, apresurándose a desaparecer.

Apesadumbrada, Khalani se negó a mirarlo. Se negó a desmoronarse ante él. No merecía su dolor. Ni su ira. Ni sus lágrimas. Había renunciado a ese derecho al sentenciar a todos esos prisioneros a morir como animales.

Khalani se encaminó hacia la salida, ignorándolo por completo. Unos pasos firmes la siguieron y sintió que Takeshi le clavaba la mirada en la espalda con amargura.

La furia y la desesperación se habían materializado en su interior.

Deseaba clavar un puñal en el pecho de los responsables por cada prisionero muerto. Deseaba que doliera. Enterrar la hoja hasta el fondo. Deseaba que esos cabrones la miraran a los ojos mientras les arrebataba la vida, sabiendo que, al otro lado, solo les esperaba el infierno.

Recordó los ojos tiernos de Takeshi. Se llevó la mano al pecho y empezó a arañarse para contener las lágrimas que le humedecían los ojos. No lo comprendía. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¿Por qué no había hecho nada para impedirlo?

Le temblaron los labios y soltó un suspiro pesaroso, apenas audible. Takeshi, sin embargo, sí lo oyó. La cogió del codo y la condujo a un pasillo vacío.

—Kanes.

Ella negó levemente con la cabeza, clavando la mirada en el amplio pecho de Takeshi y deseando poder hundirse en las sombras.

No se atrevía a mirarlo. Si percibía la traición en sus ojos, sus temores se confirmarían.

—Khalani… —susurró con aspereza, como si su nombre fuera una oración olvidada.

Le rozó la mejilla con un dedo, atrapando una lágrima fugitiva, y ella dio un respingo, como si la caricia la hubiese quemado.

—No me toques —siseó.

En el rostro de Takeshi se dibujó una mueca de agonía.

—No tenía alternativa, Khalani.

—Basta. No quiero oír nada de eso.

Estaba perdiendo el control.

—O era yo el que escribía esos números o lo hacía el alcaide, de modo que podrías haber acabado en esa lista. Y eso no lo habría permitido. Lo he hecho para protegerte —insistió, buscando en su mirada algún indicio de que lo comprendía, algo de luz.

—¡No soy la única que merece tu protección! Todos somos algo para alguien. Los prisioneros de esa plataforma eran hijos, hermanos, hermanas, madres o esposos.

Las lágrimas le resbalaban ahora sin control por las mejillas ante la horrible imagen que no podía quitarse de la cabeza.

Takeshi se puso rígido, y la amargura y la resignación se reflejaron en su rostro.

—No se puede salvar a todo el mundo.

Khalani apretó los dientes y encontró el valor para clavar la mirada en los ojos ardientes de él, en esas esferas de carbón que parecían contener toda la pasión del mundo.

—¿Por qué elegiste ser guardia?

—Para defender a mi madre y a los que no tienen protección —respondió sin dudar.

—Entonces, ¿nos ayudarás a luchar contra el gobernador y a escapar de Braderhelm?

Sorprendido, Takeshi se enderezó y arrugó aún más la frente.

Su silencio le sirvió como respuesta. Entornó los ojos y se encaró a él.

—Creo que tu madre se revolvería en la tumba si viera en qué te has convertido.

Ante sus palabras, Takeshi se estremeció visiblemente, pero ella no titubeó y siguió hablando:

—La persona que se queda mirando sin hacer nada es igual de culpable que la que aprieta el gatillo. Los muertos no necesitan tus disculpas ni tus plegarias. Necesitan acción. Pero tú sigues aferrado a la idea de que el gobernador no permitirá que esto ocurra de nuevo. Y te equivocas. Quizá incluyan mi nombre en la próxima lista y, entonces, ¿qué harás para evitarlo? Hasta que puedas mirarme a los ojos y decirme que estás listo para luchar contra tus superiores,

contra Apolo, no tengo nada más que decirte.

Atónito, Takeshi no consiguió articular palabra. Aunque era la persona más fuerte y segura de sí misma que había conocido, en ese momento, parecía inseguro, temeroso.

Khalani dio media vuelta y se alejó. La conversación había terminado. Había terminado con él. Y él dejó que se marchara.

Cuando los barrotes de su celda se cerraron de golpe, se desplomó sobre el catre y mordió la delgada manta.

Y gritó.

Gritó hasta que se quedó afónica y le castañetearon los dientes. Gritó hasta que de su garganta no salieron más sonidos.

Miró hacia el techo, como pidiéndole ayuda a Dios, pero nadie respondió. Estaba sola. Abandonada en medio de toda aquella destrucción.

A veces, era preferible que algunas cosas siguieran rotas, porque de ese modo su fuerza no destrozaba el mundo.

Grabó un poema para recordar esa noche. Era una lección. Una advertencia. Una promesa.

Sueños rotos

Cuando los corazones ya no latan
y los pulmones no respiren,
¿qué ocurrirá con los sueños que se apagan?

¿La luz los arrastrará?
¿Se hundirán en la oscuridad?
¿O permanecerán con los que ya no vemos?

Cierra los ojos y aférrate a ese miedo,

pues el destino llegará entre frío y llamas.
Cuidado con la chica de sueños rotos,
cuya venganza desgarrará el alma.

27

Mi furia se extiende sin necesidad de viento ni latigazos. Silenciosa y perversa, te hará sangrar igual.

Nerviosa, Khalani tamborileó con los dedos sobre el muslo, cubierto por ese irritante tejido negro. Se inclinó ligeramente hacia un lado mientras el ascensor de Génesis los subía a ella y al resto de los prisioneros hacia el techo cavernoso de Apolo.

La tensión era palpable, como si una soga les rodeara el cuello. Irrompible. Implacable.

Observó a sus compañeros, ataviados con el mismo vestido negro y provocativo o con pantalones negros y camisa a juego. El miedo no les permitía cerrar los ojos.

Se puso tensa cuando el hermoso prado de Génesis apareció ante ellos. La cascada rugía a lo lejos y el sol brillaba con intensidad. Todos los prisioneros, e incluso un puñado de guardias, se quedaron boquiabiertos, maravillados ante la ciudad reluciente y la enorme cúpula que lo cubría todo.

Sin embargo, a ella esa forma pura de belleza ya no la hechizaba. La crueldad podía ocultarse bajo agradables tonos pastel. Ahora Khalani lo comprendía; veía la podredumbre del núcleo.

Esperaron sobre el césped de Génesis a que llegaran el resto de

los prisioneros supervivientes, unos cien en total. Casi todos los guardias de Braderhelm estaban allí; no les quitaban ojo de encima e iban armados hasta los dientes, listos para disparar al mínimo intento de fuga.

Takeshi se encontraba al frente, con su presencia intimidante y una mirada atenta en la que se intuía el peligro.

Khalani se situó lo más lejos posible de él. A juzgar por la forma en que tensó la mandíbula y la fulminó con la mirada, su movimiento no le había pasado desapercibido.

—Vamos.

La imponente figura de Takeshi avanzó con autoridad, como si hasta las piedras se apartaran de su camino.

A su paso, los ciudadanos de Génesis susurraban y los evitaban como si fueran una marea negra dispuesta a engullirlos.

Ya casi atardecía; unas lucecitas parpadeantes colgaban de las farolas y adornaban las ventanas en señal de celebración, mientras el cielo abovedado se teñía de rosa y púrpura sobre la ciudad.

En el centro de Génesis estaba el Ayuntamiento, una construcción grandiosa a la que se accedía por una escalinata blanca como el marfil con cientos de peldaños. Khalani alzó el cuello para mirar la colosal estatua de mármol que se alzaba frente al edificio.

Era de un hombre completamente desnudo, con un cuerpo cincelado que no dejaba nada a la imaginación. Sus músculos estaban esculpidos a la perfección y se erguía sobre la ciudad, contemplándola como un valiente conquistador.

En un letrero dorado frente a la imponente figura se leía: «Estatua de David».

Khalani abrió los ojos de par en par al entrar en el Ayuntamiento: ante ellos se extendía un exquisito salón de baile que destilaba riqueza y poder. El interior era enorme, con altos techos

abovedados adornados con luces centelleantes y paredes decoradas con magníficas flores. Incluso el suelo parecía estar revestido de oro.

Se habían dispuesto cientos de mesas ornamentadas a ambos lados de la sala y se había dejado el área central despejada como pista de baile. Los sirvientes corrían de un lado a otro, colocando enormes centros de mesa florales y alisando los manteles dorados.

El aire estaba impregnado de dulces fragancias y ofrendas divinas que exhibían sin pudor prestigio y autoridad, como si no fueran más que aperitivos.

Takeshi se volvió hacia los prisioneros, con el rostro tan liso como el granito y los labios apretados, al parecer indiferente ante aquella descarada ostentación de riqueza.

—Ahora iréis a la cocina para que Arthur os diga qué tenéis que hacer.

Pidió a un grupo de guardias que los acompañaran, mientras que los demás se quedaron para recibir nuevas órdenes.

A pesar de la furia y el resentimiento que sentía, Khalani no pudo evitar intercambiar una mirada con él, y, al hacerlo, el rencor creció entre ambos. Ella era la escarcha amarga, y él, las llamas hostiles; estaban continuamente enfrentados, condenados a un combate eterno.

Khalani apretó los puños a los costados del cuerpo, tratando de enterrar sus sentimientos hacia Takeshi en el abismo más profundo de su ser.

La cocina era cinco veces más grande que la de la mansión del gobernador. Se le hizo la boca agua ante el olor a especias y platos deliciosos que impregnaba el aire. Los estómagos vacíos de los prisioneros rugieron audiblemente.

Arthur, el mayordomo del gobernador, entró en la sala como un torbellino, impecablemente ataviado con un esmoquin negro, sin una

sola zona opaca en su brillante cabeza calva. Iba tan rápido que la cola del frac ondeaba tras él.

—¡Muy bien, vamos a ver! —exclamó, dando unas palmadas—. ¡Tenemos mucho que hacer y apenas hay tiempo! Los invitados llegarán dentro de una hora y hay que preparar los platos, la comida, la decoración y las bebidas.

Tomó una lista y los llamó por su número para asignarlos a una tarea en concreto. Khalani esperó a que dijeran el suyo, pero Arthur dobló el papel con gesto teatral.

—Nada de holgazanear. ¡A vuestros puestos!

Ella frunció el ceño y se acercó.

—Ejem… Disculpe, señor. No me ha encargado ninguna tarea.

Arthur se la quedó mirando.

—¿Qué número tienes?

—317. Mi nombre es Khalani Kanes. Serví en la mansión del gobernador hace poco.

—Ah, sí… Te recuerdo. —Arthur hojeó el papel—. Aquí estás. El gobernador te ha seleccionado para que esta noche sirvas su mesa.

Khalani retrocedió un paso.

—¿Cómo?

—Servirás la mesa principal, la redonda en el centro. Es un honor enorme, pero conlleva una gran responsabilidad. De momento, ayuda a preparar las bebidas, pero, cuando lleguen los invitados, debes estar pendiente de cualquier requerimiento del gobernador. Si no lo haces bien, es probable que mueras.

Con ese encantador mensaje de despedida, Arthur se alejó regañando a alguien a gritos por haber quemado el pan.

Khalani se quedó paralizada, boquiabierta.

¿Por qué el universo la empujaba constantemente hacia el único hombre al que detestaba con todas sus fuerzas? ¿Qué quería él de

ella?

Aunque sintió que se le formaba un nudo en el estómago, no podía permitir que las emociones la dominaran ni que la presencia del gobernador la distrajera del plan. Esa noche se pondrían en contacto con Hermes y encontrarían una salida del infierno.

Los guardias enmarcaban las paredes como si fueran parte del decorado, y Khalani sintió que la observaban con sus miradas despiadadas. De Takeshi, sin embargo, no había ni rastro.

La siguiente hora pasó volando y, cuando quiso darse cuenta, ya estaba apostada junto a la mesa principal, esperando la entrada de los invitados.

Una orquesta formada solo por hombres, todos con trajes impolutos, entró en el salón con gran porte y elegancia. Se sentaron en el rincón más alejado y empezaron a preparar los instrumentos. Al cabo de unos segundos, una suave y etérea melodía se extendió por el salón.

Una oleada de personas ataviadas con lujosos vestidos y esmóquines comenzó a inundar el espacio. Los mayordomos acompañaban a los invitados hasta los asientos mientras el salón se llenaba de murmullos emocionados y risas estruendosas.

Nerviosa, Khalani guardó silencio, esperando la llegada del gobernador. Pasaron diez minutos, y todos los asientos estaban ocupados, excepto los de su mesa.

De repente, las conversaciones cesaron y una atronadora ola de aplausos estalló entre los invitados cuando Alexander Huxley entró en el salón de baile.

Con un impecable traje dorado y el cabello engominado hacia atrás, destilaba fuerza y confianza.

Resultaba difícil no mirarlo. Incluso Khalani no pudo apartar los ojos de sus hermosos rasgos y su sonrisa perfecta, capaces de

volver loco de amor a cualquiera con un mínimo de cordura. Lo flanqueaban dos hermosas mujeres, que se aferraban a sus brazos con una sonrisa maravillada.

Detrás de él venían tres consejeros. Pese a que iban saludando con inclinaciones de cabeza a los invitados, nadie se fijaba en ellos. Toda la atención estaba puesta única y exclusivamente en el gobernador: la gente lo miraba con una mezcla de adoración, lujuria y devoción.

Khalani apretó los labios al ver que se acercaba.

Los invitados ignoraban que, apenas unos días atrás, había asesinado a incontables prisioneros, aunque, de haberlo sabido, tampoco les habría importado. El gobernador hacía tiempo que había sometido a su pueblo, y, para sus ciudadanos, no cometía errores.

Si algo no les parecía bien, se empeñaban en negarlo. Y, si se descubría la verdad, insistían en que el gobernador tenía todo el derecho a actuar como quisiera.

Eran unos cobardes, todos.

Alexander Huxley se acercó a la mesa lentamente, como una víbora preparándose para el ataque.

—Ah, señorita Kanes. Un placer verla de nuevo.

Ella tragó con fuerza y se obligó a sonreír.

—Gracias, señor. Es un honor servir aquí esta noche.

Las dos hermosas mujeres que flanqueaban al gobernador llevaban un atuendo magnífico. Una lucía una sedosa melena rubio platino e iba ataviada con un vestido amarillo de lentejuelas con un pronunciado escote. La otra llevaba un vestido de gala verde esmeralda; sobre los pechos le caían unos impresionantes rizos pelirrojos.

—¿Es que no piensas ofrecernos las sillas para que nos

sentemos? —exigió la mujer del vestido amarillo.

Khalani apretó la mandíbula, pero logró reprimirse y se limitó a asentir con brusquedad. A regañadientes, sacó las sillas y ofreció asiento a los invitados, pero, cuando iba a hacer lo propio con el gobernador, él hizo un ademán, rechazándola.

—Creo que me sobro y me basto para sacarme la silla, señorita Kanes. Es una bonita noche de celebración, ¿no cree?

En los ojos de Alexander apareció un destello al mirarla y sonrió con complicidad.

El gobernador era muy inteligente, y el odio que Khalani sentía por Génesis no le era ajeno. Seguro que disfrutaba obligando a la gente a responder a preguntas incómodas. Le encantaba ese tipo de control.

—Estoy convencida de que se convertirá en una noche para el recuerdo.

El gobernador se acercó un poco más, y ella tragó saliva.

—Sin duda —dijo, sonriendo lentamente.

Su penetrante mirada azul le provocó un escalofrío.

Con el corazón encogido, observó al gobernador mientras este se sentaba con gestos gráciles y todos los invitados retomaban sus conversaciones. Apenas podía respirar ante su presencia.

—Creo que empezaré con una botella de vino tinto. Damas, ¿les apetece vino o champán? —preguntó Alexander, esbozando una sonrisa encantadora.

La chica pelirroja se humedeció los labios con coquetería.

—Beberé lo que usted beba, Gran Gobernador.

—Yo también —respondió la otra mujer, desnudando al gobernador con la mirada.

Si la noche seguía así, Khalani acabaría por estrellarse la botella de vino contra la cabeza antes de que terminara.

Alexander rio entre dientes y se volvió hacia ella. Khalani advirtió que la sonrisa no se reflejaba en sus ojos, que estaban visiblemente vacíos.

—Pues que sean dos botellas de vino tinto, entonces. Y lo que deseen mis compañeros del Consejo —añadió, al tiempo que los señalaba con desdén.

Khalani asintió y escapó lo más rápido que pudo. La energía del gobernador se le adhería a la piel como pegamento. Al poner el pie en la cocina, soltó el aire que había estado conteniendo.

—Hemos encontrado un lugar desde donde enviar el mensaje —le susurró Serene por encima del hombro.

Khalani se volvió de golpe y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie las oía.

—¿Dónde?

—Adan ha encontrado un almacén donde hay señal. Después de la cena, cuando estén distraídos bailando, reúnete conmigo y nos escabulliremos…

—¡Eh, vosotras dos! ¡Volved al salón! —gritó Arthur.

Sobresaltada, Khalani se puso en marcha enseguida y llevó a toda prisa las bebidas a la mesa del gobernador mientras trataba de controlar su respiración errática. Le llegó el aroma a bistec y pollo artificiales y se esforzó por no mirar la comida, apostándose a unos pasos de la mesa con el estómago atenazado por el hambre.

Al oír un alboroto, Khalani giró la cabeza.

—¡Maldita imbécil! ¡Lo he pedido bien hecho! —le gritaba a una de las prisioneras una anciana con un maquillaje estridente y un voluminoso vestido morado.

—Lo siento, señora. Ahora le traigo otro —se disculpó la prisionera, extendiendo la mano hacia el plato.

—¡No quiero que toques mi plato con tus manos repugnantes!

Que venga otra persona. Alguien competente.

La arrugada anciana agitó la mano con asco, como si la chica fuera una mosca a la que aplastar.

—Pues vaya a buscarlo usted misma —soltó la prisionera.

Dos guardias aparecieron de repente detrás de ella y le dieron una descarga de táser en el cuello. La chica empezó a convulsionar y se desplomó. Aún temblaba y gemía en voz baja cuando los guardias la sacaron a rastras del salón.

Los músicos tocaron más fuerte y los invitados apartaron la mirada de la chica torturada, volviendo a sus charlas y riendo como si no hubiera ocurrido nada.

Los odiaba. A todos.

—El baile está muy bien organizado, Borris. Tanto esfuerzo merece un elogio —dijo uno de los consejeros, dando un bocado a un trozo de pollo anormalmente grande.

Borris inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Gracias. Hemos trabajado mucho para que reflejara la importancia que tiene para nuestra amada ciudad.

—Es difícil imaginar la vida antes de Génesis —comentó la mujer pelirroja, estremeciéndose—. ¿Cómo podíamos vivir en el subsuelo, con esa gente asquerosa? Si hasta se alzaron en contra de la construcción de la gran cúpula… Qué repugnante.

La rubia asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo y agitó la copa vacía hacia Khalani, que aferró la botella y se dispuso a llenársela.

—Si hubieran ayudado a construir la cúpula, las patéticas vidas de esos manifestantes al menos habrían tenido algún sentido. Recibieron su merecido.

Khalani se sintió presa de un instinto asesino. Las manos le temblaron visiblemente al imaginar que le estrellaba la botella en el

rostro.

Disfrutaría viendo cómo la sangre le salpicaba las manos y cubría el suelo dorado en una cantidad suficiente como para pintar un mural.

Con toda la autodisciplina que pudo reunir, llenó la copa sin lastimarla, aunque no le resultó nada fácil.

—¿Y qué opina usted de eso, señorita Kanes?

Alexander Huxley se cubrió los labios con los dedos para ocultar una sonrisa astuta al tiempo que la escrutaba, como si supiera de sus violentas fantasías y le parecieran encantadoras.

—Las opiniones de una prisionera no tienen ninguna importancia en Génesis, señor —respondió mientras dejaba la botella de vino sobre la mesa con un golpe seco.

—¡Es adorable! ¡Piensa que sus opiniones importan en algún otro lugar! —se burló la mujer del vestido amarillo.

—Cállate, Francine.

El tono afilado del gobernador cortó el aire, y Francine se encogió en el asiento, boquiabierta.

El silencio se cernió sobre la mesa.

La mirada del gobernador no se apartó de la de Khalani.

—Responde, nos tienes en ascuas —insistió.

Khalani tragó saliva. Le habían tendido una cuidadosa trampa, claramente visible, para la que no encontraba salida.

—Es demasiado estúpida —se mofó la pelirroja.

Khalani entornó los ojos y se permitió dejar escapar un ápice de emoción.

—Creo que esos manifestantes asesinados valían más que todas las personas de Génesis juntas —soltó, como si sus palabras fueran veneno.

El hecho de decirlo en voz alta le sentó mejor de lo que había

imaginado. Se preparó mentalmente para el castigo que, sin duda, no tardaría en llegar. Todos se quedaron boquiabiertos, excepto Alexander Huxley.

Él sonreía con suficiencia, como si Khalani fuera su juguete y estuviera divirtiéndose de lo lindo.

—¡Cómo te atreves! —El rostro de la mujer pelirroja casi igualó el color de su pelo mientras se volvía hacia el gobernador—. Exijo que esta prisionera sea ejecutada por su falta de respeto.

—¿Exiges? —preguntó con extrañeza y una voz peligrosamente baja el gobernador.

El miedo se adueñó de la mujer.

—No… no. Per… perdóneme —balbuceó—. No exijo nada. Solo lo solicito humildemente. No merece seguir viva después de semejante falta de respeto —se apresuró a explicar.

Por su parte, Francine mantuvo la boca cerrada con astucia y se encogió aún más en el asiento.

Alexander tamborileó con un dedo sobre la mesa, como si estuviera reflexionando. Nadie se atrevió a moverse; la incomodidad se palpaba, igual de densa que el suelo bajo sus pies.

—Merecer… —repitió, saboreando la palabra—. Qué interesante… Dime, Nora, ¿qué has hecho tú para merecer vivir en la superficie?

Nora se echó hacia atrás ante la mirada glacial del gobernador.

—Mi padre es dueño de muchas tiendas en Apolo —respondió con voz temblorosa—. Soy una ciudadana de clase alta.

Alexander se rio por la nariz, aunque sus ojos afilados no reflejaban humor alguno.

—Estúpida chiquilla… No te mereces respeto alguno. Los de tu clase jamás habéis apreciado la tierra en la que vivís ni a quienes trabajan para preservarla. Si vuelvo a oírte esta noche, le enviaré a tu patético padre esa bonita lengua envuelta en papel de regalo.

Aterrorizada, Nora palideció y abrió los ojos de par en par.

—En cuanto a ti… —añadió Alexander mientras se volvía hacia Khalani—. Puede que tus comentarios me diviertan, pero no olvides a quién sirves. De lo contrario, tendré que recordártelo, y me parece que mis lecciones no te resultarán tan agradables como otras.

Entornó sus gélidos ojos azules en una mirada críptica.

Las palabras del gobernador le provocaron una oleada de paranoia.

Al igual que el resto de los comensales, se puso a temblar.

—¡Bien! —exclamó el gobernador, sobresaltando al grupo—. ¡Basta ya de conversaciones serias! Ha llegado el momento de que empiece la fiesta.

Se levantó y caminó hacia el centro del salón de baile.

Un sirviente le entregó un micrófono y los fuertes murmullos fueron apagándose junto con la música.

Khalani se alejó de la mesa, igual de conmocionada que los comensales y con la sangre helada tras las inquietantes palabras del gobernador, que no dejaban de resonar en su cabeza.

—¡Mis queridísimas y queridísimos súbditos! Debo decir que estáis todos radiantes esta noche, especialmente las damas.

Aunque varias mujeres soltaron una risita, Nora y Francine miraban en silencio hacia el suelo con expresión hermética, como si estuvieran en medio de una pesadilla.

—Años atrás, nadie habría creído que hoy pisaríamos esta tierra sagrada. Pero aquí estamos, en la superficie, protegidos por la cúpula de Génesis. Han pasado diez años, y Génesis sigue siendo un faro de luz y esperanza para todo Apolo.

Varios hurras resonaron por el salón, pero el gobernador alzó las manos y silenció a la multitud.

—Antes del Colapso, nuestros antepasados eran codiciosos,

egoístas e ignorantes. Por desgracia, esas cualidades siguen presentes en nuestras ciudades. Por supuesto, y como era de esperar, los cambios siempre son lentos.

Alexander soltó una risita, y la gente lo imitó, sin percatarse de que los estaba insultando.

—Pese a ello, Génesis sigue siendo una ciudad maravillosa, y este es un día trascendental. No os aburriré más. Bailemos, pues sabio es el hombre que agradece cada día sabiendo que podría ser el último.

Khalani frunció el ceño, intuyendo que en cada una de las palabras del gobernador se ocultaba un propósito, un mensaje que no lograba descifrar.

Posó en ella sus ojos glaciales y Khalani apartó la mirada, notando un hormigueo en la piel, como si unos insectos la recorrieran.

Para el resto de la gente, él era un salvador divino. Sin embargo, ella veía la verdad que se ocultaba bajo aquella superficie seductora; veía hasta sus cimientos traicioneros.

Irritada, oyó cómo las sillas arañaban el suelo mientras la gente se ponía en pie elogiando insustancialmente la generosidad y hospitalidad del gobernador. Los invitados, en parejas, se dirigieron a la pista de baile y la orquesta tocó las primeras notas de un vals.

Con cierta brusquedad, Khalani se apresuró a apilar los platos de la mesa vacía. Era hora de ponerse en contacto con Hermes.

De repente, se le erizó el vello, como si le pasaran un dedo por cada una de las vértebras de la espina dorsal. Alguien la observaba. Miró por encima del hombro y se quedó atónita.

Allí estaba Takeshi Steele, entre las sombras, con la oscura mirada fija en ella. Los rasgos afilados se le marcaban con dureza, y Khalani tuvo que reprimir el impulso de ir hacia él y gritarle que

moviera el culo y se fuera a espiar a otra parte.

Takeshi frunció aún más el ceño y su mirada se volvió más intensa y aterradora a medida que transcurrían los segundos. Khalani vio que, con un movimiento lento, acercaba la mano al lugar donde sabía que escondía el arma, como si se preparara.

¿Para qué?

—Una noche bastante interesante hasta ahora —dijo una voz dulce como la miel por encima de su hombro.

Khalani se tensó al instante. A regañadientes, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Alexander Huxley, que se cernía sobre ella. De cerca, su presencia era aún más cautivadora y hechizante. Peligrosa.

—Mucho —respondió ella con tono cortante.

El gobernador alzó una de las comisuras de los labios.

—Me odia, ¿verdad, señorita Kanes?

Khalani se concentró de nuevo en la mesa con manos temblorosas y apiló los platos con furia, dispuesta a marcharse de allí cuanto antes.

—Eso no es cierto, gobernador Huxley.

No existía una palabra lo bastante despiadada que abarcara el odio que le profesaba.

Alexander rio entre dientes.

—Deje ya de fingir. No tengo paciencia para esas frivolidades.

—¿Qué quiere de mí? ¿Torturarme lentamente, pese a que va a acabar matándome de todos modos?

La impetuosa pregunta le salió de los labios entre respiraciones entrecortadas.

—Todo lo contrario. —El gobernador se acercó un poco más a ella—. He vivido mucho tiempo, señorita Kanes. ¿Y sabe qué es lo que nunca he dejado de buscar?

—¿Moralidad?

Huxley entornó los ojos de manera imperceptible ante su respuesta. Al parecer, había dado en un punto débil.

—Imprevisibilidad. La variedad es lo que anhelo en esta representación monótona. Y tú, Khalani, me ofreces mucha más que cualquiera de estos balbuceantes, miopes y estúpidos habitantes de Génesis.

Se estremeció al oír que esos labios traicioneros pronunciaban su nombre de pila.

—No debería hablar así de su pueblo.

—Nunca los he considerado mi pueblo.

Una sombra le cruzó el rostro.

Khalani retrocedió y se quedó inmóvil, como si estuviera atrapada en una telaraña venenosa.

Él se cernió sobre ella, escrutándola con la resolución de un depredador.

—Tú y yo no tenemos muchas cosas en común, Khalani. Menos de las que crees. Pero sí compartimos nuestro odio por esta ciudad.

No deseaba compartir nada con él.

—Se… Se equivoca.

El gobernador esbozó una sonrisa.

—Ah, ahí está. La negación. Un rasgo distintivo constante de la emoción. Dime, ¿qué ha hecho Apolo por ti, aparte de sembrar la destrucción en tu vida?

Las mejillas de Khalani se tiñeron de rojo, y el odio que había guardado en su interior durante tanto tiempo emergió de repente.

—Una destrucción que sembró usted, gobernador. Bajo su mandato, mis padres murieron, y yo he acabado en la prisión de Braderhelm. Usted me lo ha quitado todo.

—La muerte forma parte de la vida —replicó Alexander mientras

hacía un gesto con la mano—. Se nace para morir; esa es la maldición humana. Pero no he sido yo el que te ha arrebatado la vida, como tampoco les arrebaté la suya a tus padres. Fueron las personas que te precedieron. La paz nunca será el resultado si en la ecuación se incluye la destrucción. Quienes vivían en la superficie creían lo contrario, se equivocaron y con su comportamiento egoísta destruyeron sus vidas y las de las generaciones futuras. Fueron tus ancestros los que te destrozaron la vida. Yo solo soy el catalizador de un cambio necesario.

—¿Y qué cambio es ese?

Alexander Huxley se inclinó hacia ella con un destello de antipatía en los ojos.

—Evitar que la destrucción forme parte de la ecuación —le susurró al oído. El gobernador se enderezó, dejando a Khalani confundida—. Y, ahora, debería volver a sus obligaciones, señorita Kanes —añadió, colocándose de nuevo la máscara perfecta en el rostro.

Ella asintió con torpeza, tomó los platos y se dirigió a toda prisa a la cocina. Sintió la mirada de Takeshi sobre ella todo el tiempo, pero siguió adelante. No podía hacer otra cosa.

Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. De algún modo, todo estaba conectado: los fallos en los cultivos, Génesis, los asesinatos, el gobernador… Sin embargo, no llegaba a atar cabos. La verdad estaba ahí, pero se le escurría entre los dedos.

La cocina estaba abarrotada de prisioneros. Estiró el cuello y divisó a Serene, Derek y Adan al fondo, en un rincón. Se apresuró a reunirse con ellos.

—Hola.

—¿Dónde demonios te habías metido? —preguntó Serene.

Adan negó con la cabeza.

—Dejad las explicaciones para después. No tenemos mucho tiempo.

Asintieron y salieron por una puerta lateral. Se alejaron del salón de baile por un pasillo apenas iluminado, y Adan abrió una discreta puerta de madera.

—Rápido, entrad.

Obedecieron y Derek cerró la puerta, por lo que quedaron sumidos en una oscuridad total. Alguien encendió una luz, revelando un cuarto diminuto y con el techo tan bajo que casi lo tocaban con la cabeza. Un enorme cubo de basura ocupaba la mayor parte del espacio.

—¿El cuarto de la fregona? —dijo Serene, arrugando la nariz.

—Oh, vaya, cuánto lo lamento, ¿prefería su majestad la sala del trono?

—Es perfecto. Venga, rápido —apremió Khalani, pasándose una mano temblorosa por el pelo.

Adan sacó el *walkie* del bolsillo trasero. Subió la antena y respiró hondo.

—Allá vamos.

Pulsó un botón y se encendió una luz verde. Entonces, el aparato empezó a emitir un extraño zumbido.

Con un nudo en la garganta, Khalani se balanceó de un lado a otro en el espacio reducido.

Esperaron.

Dos minutos. Cinco minutos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Derek.

—Ya os lo dije. La señal tarda un poco en llegar a Hermes. Es una distancia larga. Deberían recibirla en cualquier momento.

Adan se aferró al *walkie* con los nervios a flor de piel.

De repente, alguien golpeó la puerta.

Todos se quedaron inmóviles, muertos de miedo. Khalani se llevó el dedo índice a los labios en señal de silencio mientras apagaba la lámpara y quedaban sumidos en la más absoluta oscuridad.

«No abras la puerta. No abras la puerta. No abras la puerta».

El pomo empezó a girar lentamente y el pánico la embargó. Sin hacer ruido, se acuclillaron, rezando para que la oscuridad los ocultara y no los descubrieran. La puerta se abrió con un chirrido y en el umbral apareció una figura alta cuyo rostro permanecía oculto.

El desconocido encendió la lámpara. La luz inundó la estancia y pudieron ver que era Takeshi.

—¿Qué haces aquí? —susurró Khalani al tiempo que se ponía en pie.

Takeshi los fulminó a los cuatro con la mirada y cerró la puerta. Su enorme cuerpo llenaba el poco espacio que había en la estancia.

—Eso debería preguntaros yo.

Se cruzó de brazos, esperando una explicación.

Desesperadamente, trató de inventar una mentira convincente, pero nada justificaba que estuvieran escondidos en el cuartito de la fregona, con un *walkie-talkie* en la mano y el miedo grabado en los ojos. Solo podían decirle la verdad.

—Apolo está en problemas, Takeshi. Estamos tratando de salvarlo.

—Ah, ¿sí? Os doy aproximadamente dos segundos para que me lo contéis.

Pese a que Takeshi la miraba con furia, Khalani encontró el valor para enfrentarse a aquella mirada que la desarmaba.

—Derek trabajaba en los Laboratorios de Investigación y Recursos. Los cultivos se están muriendo. Por eso mataron a los prisioneros. Y seguirán haciéndolo hasta que todos estemos muertos. Así que estamos tratando de ponernos en contacto con

Hermes para pedir ayuda.

Takeshi entornó los ojos, como si estuviera considerando lo que Khalani acababa de decir.

—Eso no es cierto. Jamás permitirían que el suministro de alimentos se destruyera.

—Te han estado mintiendo. Necesito que confíes en mí.

—Lo que dices es imposible, Kanes. Debéis regresar antes de que adviertan vuestra ausencia.

—¡No, Takeshi! ¡Tienes que hacerme caso! —exclamó, con un nudo en el estómago.

Takeshi abrió la boca para discutir.

Pero, justo entonces, una voz emergió del *walkie*.

28

Inhala obediencia. Exhala disidencia.

—Brock, ¿me recibes?

Todos se volvieron, sorprendidos, al oír la voz que salía del aparato.

—Sí, ¡¿hola?! Contactamos desde Apolo —dijo Adan, agarrando entusiasmado el *walkie-talkie*.

Los nervios hicieron mella en Khalani ante la larga pausa que siguió.

—¿Qué cobra vida en la sombra de la noche? —preguntó el hombre enigmático.

Confundido, Adan dio un respingo.

—¿Cómo?

—¿Qué cobra vida en la sombra de la noche? —repitió la voz masculina, esta vez con tono más grave.

—Yo… Yo… no sé a qué se refiere.

—No estás con Brock. Voy a cortar la comunicación.

—¡No, no! —Khalani le arrebató el *walkie* a Adan—. Aquí Khalani Kanes, de Apolo. Necesitamos vuestra ayuda. Los cultivos se están muriendo, y nuestros líderes no están haciendo nada para revertir la situación. Ya han empezado a matar gente. Necesitamos que la ciudad de Hermes nos ayude o todos moriremos —suplicó

pegándose el *walkie* a los labios.

Como una espada de Damocles, un silencio prolongado invadió la diminuta estancia en la que se encontraban. Incluso Takeshi se inclinó hacia delante aguardando la respuesta.

—Si no formáis parte del gobierno, ¿cómo habéis conseguido esta línea segura de Brock?

—Nos mantienen prisioneros en Apolo, al igual que a Brock. Han confiscado todas sus pertenencias, pero hemos logrado robar el *walkie*. Os estamos diciendo la verdad. Por favor, necesitamos vuestra ayuda —rogó ella.

El hombre desconocido no respondió.

Con dedos temblorosos, Khalani se aferró a aquella última esperanza, rezando para que todos sus esfuerzos y sufrimiento no hubieran sido en vano.

—Lo siento. Hermes no puede ayudaros —dijo finalmente la voz desconocida.

—¿Es que no has oído lo que acabo de decir?

—Lo he oído perfectamente. Pero, si lo que dices es cierto, Hermes no enviará ayuda. Y menos cuando aquí está ocurriendo lo mismo.

Derek abrió los ojos de par en par y la miró.

—¿Cómo has dicho?

—Los asesinatos no solo se dan en vuestra ciudad. Los líderes de Hermes han empezado a enviar a indigentes y marginados a campos de trabajo. Y, una vez que entras, ya no sales. Así que, si esperáis que Hermes envíe recursos o personal a Apolo, estáis malgastando saliva.

Adan se apartó con evidente disgusto y Khalani dejó caer los hombros. Llegaban demasiado tarde. Iban a perderlo todo.

Todo.

—Pero quizá vosotros aún podáis lograrlo.

La voz del hombre llegó a través de la estática como un soplo de aire fresco.

Ella se aferró aún más al dispositivo.

—¿A qué te refieres?

—Hay un grupo de resistencia en Hermes que podría ayudaros. El incursor Brock era uno de ellos. Se encargaba de traer provisiones esenciales desde Apolo. Será mejor que vengáis a Hermes si queréis sobrevivir.

Junto a ella, Takeshi tensó todo el cuerpo. De repente, su energía se volvió opresiva y llenó la estancia entera con su presencia, como un depredador silencioso listo para atacar.

Y, por cómo la miraba, parecía que ella era la presa.

—No podemos escapar —susurró Khalani hacia el *walkie*—. Guardan los trajes antirradiación bajo llave y no sabemos el camino.

—Si queréis escapar, Brock es vuestra única oportunidad. Él os guiará hasta aquí, pero debéis hacerlo pronto, mientras dure el buen tiempo. Contactad conmigo cuando lleguéis al Gran Arco, y os introduciré en Hermes. Repito, es vuestra única oportunidad, así que aceptadla o morid. Adiós.

La comunicación se cortó.

Todos guardaron un silencio sepulcral e intercambiaron miradas de incredulidad.

—Mierda —susurró alguien.

—¿Creéis lo que ha dicho? —preguntó Khalani.

Adan alzó las cejas, confundido.

—No me ha parecido que estuviera mintiendo.

—¿Qué probabilidades hay de que Apolo y Hermes estén sufriendo el mismo fallo en los cultivos?

—Astronómicamente bajas —murmuró Derek.

Khalani se restregó la cara con una mano. La idea de hacer el trayecto hasta Hermes, de pisar la superficie… Era una locura.

—Dame el *walkie* —ordenó Takeshi, extendiendo la mano.

Ella vaciló, incapaz de interpretar su expresión imperturbable. Incluso ante las noticias más extraordinarias, Takeshi siempre guardaba la compostura; era imposible leer su expresión. En aquel momento, estaba fulminándola con una mirada impasible, y lo único que pudo hacer Khalani fue entregarle el aparato.

—¿Vas a denunciarnos? —le preguntó Khalani, paralizada por el miedo, al ver que guardaba el dispositivo en el bolsillo trasero.

Advirtió un ligero temblor en un músculo de la mandíbula de Takeshi.

—Escuchadme con atención. No habléis de esto con nadie, ¿de acuerdo? —ordenó mientras los miraba con severidad uno a uno, hasta que todos asintieron—. Y nada de hacer planes o tramar una fuga hasta que obtenga más información. ¿Entendido, Kanes?

Cerró los labios al ver que Takeshi la miraba con ferocidad. Era la última persona de la que deseaba recibir órdenes, pero no tenían alternativa.

—Entendido.

—Bien. Ahora, salid por esa puerta y no miréis atrás.

Su voz grave reverberó en el cuartito con tal autoridad que todos obedecieron enseguida y salieron de allí.

Notó la calidez que emanaba el cuerpo de Takeshi, y el recuerdo de su lengua lamiéndole el cuello hizo que se escabullera torpemente hasta la puerta a toda prisa. Ya en el exterior, se alisó el vestido, trató de calmar su respiración agitada y se apresuró a regresar a la cocina, temerosa de lo que podría pasar si volvía la vista atrás.

De vuelta a Braderhelm, continuó trabajando en piloto automático: físicamente estaba allí, pero tenía la cabeza en otra parte. No dejaba de darle vueltas a lo que había sugerido el hombre misterioso.

Escapar.

Dejar atrás Apolo y huir a Hermes en busca de refugio. Atravesar la letal superficie de la Tierra.

La opresión que sentía en el pecho se intensificó, no por miedo, sino porque la idea se le estaba enroscando en el corazón como si fuera una bocanada de aire fresco después de haber estado ahogándose en un mar de grava áspera.

Todo le indicaba que debía salir de Apolo, y las voces que siempre la habían exhortado a encontrar la verdad ahora se lo pedían a gritos. Las respuestas estaban ahí, ante ella. Hasta ahora, había cedido el control de su vida, pero no pensaba permitir que otro decidiera su final.

—Mira —susurró Serene—. Brock.

Khalani, Serene, Derek y Adan se encontraban en el rincón al fondo del foso. No tardaron mucho en convencerse de que esperar al capitán Steele o confiar en él no era una opción viable.

Necesitaban escapar de Braderhelm.

Por ellos. Por los demás. Incluso si eso significaba poner en riesgo sus vidas.

La suerte y la gracia divina nunca habían sido habituales en la vida de Khalani. De hecho, siempre había pensado que tenía a Dios en contra. Sin embargo, ahora, rodeada como estaba de personas dispuestas a sacrificar lo que les quedaba de vida por los demás, se sentía más afortunada que nunca.

Khalani se volvió hacia donde señalaba Serene y entornó los

ojos. Ahí estaba Brock, al otro lado del foso. Solo.

—Vamos.

Los músculos de los hombros de Brock se marcaban con cada una de las flexiones que estaba haciendo en el suelo. Tenía la espalda perlada de brillantes gotas de sudor. Clavaba los ojos con tanta intensidad en el suelo que Khalani, al recordar la rápida muerte que le había dado a su contrincante en el foso, pensó que tal vez no era buena idea interrumpirlo.

—Perdona que te moleste, Brock —titubeó—. ¿Podemos hablar unos minutos?

—No —gruñó Brock, bajando de nuevo hasta casi tocar el suelo.

Khalani miró a los otros con recelo, y Serene le dio un empujón poco sutil hacia delante.

—Es muy importante, y creo que te interesará.

—Lárgate, mocosa.

Khalani lo fulminó con la mirada y se agachó a su altura.

—Creo que tú y yo no nos llevamos más que unos pocos años, así que no me llames mocosa. Hemos logrado contactar con uno de los miembros de la resistencia en Hermes.

Dijo esta última frase apenas en un susurro.

Brock se detuvo a mitad de una flexión y se puso en pie de golpe. Se encaró a ella con aire enfadado, fulminándola con una mirada de ojos grises que la hizo estremecer.

—¿Cómo habéis contactado con Hermes?

Brock escuchó con atención mientras ella le relataba lo ocurrido en Génesis, echando un vistazo a su alrededor de vez en cuando para asegurarse de que nadie se acercaba lo suficiente como para oírlos. Cuando terminó, Brock apretaba la mandíbula.

—Sé lo que habéis venido a pedirme, y la respuesta es no. No puedo llevaros a Hermes.

Se cruzó de brazos.

—¿Cómo que no? —Adan se acercó a él—. ¿No puedes conseguirnos los trajes antirradiación?

Brock rio entre dientes.

—No tenéis ni idea de en qué os estáis metiendo. Los trajes antirradiación no son un problema porque ni siquiera son importantes.

Khalani dio un respingo.

—¿Qué demonios significa eso?

—Esta información supondría vuestro fin. Pero como, según dices, estaremos todos muertos dentro de un año… —Endureció la expresión—. Cuando regresaba a Apolo después de entregar las provisiones, me atacaron.

—¿Quién? ¿Otros incursores? —preguntó Derek.

—No. No sé quiénes eran. Probablemente, ciudadanos de Hermes que se las habían arreglado para escapar a la superficie. Me siguieron durante unos pocos días. Podéis imaginaros mi sorpresa al ver que no llevaban trajes antirradiación y que no presentaban signos de envenenamiento —admitió Brock con la mirada perdida.

—¿Estás seguro de eso? No es posible… —dijo Khalani boquiabierta.

Brock resopló.

—Estoy seguro, cariño. Conseguí dispararles antes de que me abatieran. Cuando regresé a Apolo, solicité ver al gobernador en privado. Le informé de todo lo que había visto y, una hora después, me metieron en Braderhelm sin tan siquiera juzgarme. El gobernador me salvó la vida porque no quería que mi muerte llamara la atención, y sabía que mis palabras no significarían nada aquí abajo.

Khalani miró al suelo, atónita. Todo lo que Winnie le había dicho era cierto. ¿Y si Timothy Talbot había existido realmente?

—¿Nos estás diciendo que la superficie es habitable? —exclamó Derek casi sin aliento, preso de la incredulidad.

—¿Ahora atas cabos? —soltó Brock.

—Pero eso no tiene sentido. Si es cierto, ¿por qué seguimos aquí abajo?

Brock ladeó la cabeza.

—Esa es la gran pregunta, ¿no creéis?

El ambiente se cargó de tensión ante lo que eso implicaba.

¿Los obligaban a vivir bajo tierra, privándoles de pisar la superficie de la Tierra, y todo por una mentira?

Le sobrevino una arcada, y Khalani se apartó un poco.

—Pero, si la superficie ya no está contaminada por la radiación, ¿por qué no quieres ayudarnos? —intervino Adan.

—¿Es que no has echado un vistazo a tu alrededor últimamente? Han doblado la seguridad. Existe una entrada secreta a la superficie, no muy lejos de Braderhelm. Es la que utilizamos los incursores, pero nos dispararían nada más vernos. Para que un plan de fuga fuera factible, necesitaríamos la colaboración de un guardia, y, por si no lo habéis notado, no hay muchos dispuestos. —Brock puso los ojos en blanco—. Se ha acabado. Aceptadlo. Yo ya lo he hecho.

Khalani se retorció las manos. Tenía la respuesta a sus problemas en la punta de la lengua, pero le daba miedo verbalizarla. Temía lo que eso supondría.

—Si encontramos a un guardia que colabore, ¿nos ayudarás?

Los otros se volvieron hacia ella sorprendidos, y Brock arqueó una ceja.

—¿Quién?

—De eso ya me encargo yo. Tú responde a mi pregunta —ordenó con un brillo de determinación en los ojos—. Sé que odias Apolo casi tanto como nosotros. Puedes quedarte aquí y pudrirte, o

luchar con nosotros y escapar.

—Ningún hombre ha conseguido fugarse de Braderhelm —señaló Brock, cruzándose de brazos—. No tenéis ninguna posibilidad de sobrevivir.

—Ah, ¿sí? —Se acercó a él, y Brock entornó los ojos febriles—. Eso es porque no lo ha intentado una mujer.

Brock la observó durante unos instantes y esbozó una ligera sonrisa.

—Te haces la valiente, pero podría matarte ahora mismo. Sin embargo, te daré la oportunidad de desafiar a la muerte. O más bien de intentarlo. Solo os ayudaré si lográis que un guardia nos ayude a escapar. De lo contrario, olvidaos de mí. No volváis a hablarme hasta que tengáis alguna novedad.

Brock se alejó.

Serene lo miró boquiabierta y luego se volvió hacia Khalani, incrédula.

—No te atreverás a decir lo que creo que vas a decir.

—Tiene que ser Takeshi —respondió ella con tono cortante, odiando las palabras que acababan de salir de su boca.

Todos se lo discutieron.

—Es el capitán. Y es un suicidio.

—Puede que no nos delatara, pero colaboró en la matanza de los prisioneros.

Ella alzó las manos.

—Créeme, sé exactamente lo que estáis pensando. Pero es el único al que podemos pedírselo. Si dice que no, nos veremos obligados a seguir el plan sin Brock. Tenemos que intentarlo.

Aunque todos se mostraron en desacuerdo, finalmente dieron su brazo a torcer.

Khalani tomó aliento, preparándose para enfrentarse a la única

persona capaz de desarmarla por completo.

El que había hecho que su corazón latiera de nuevo solo para hacerlo añicos con sus propias manos.

Era hora de encararse con Takeshi.

29

Desgárrame la mente y observa cómo un mar de ti
se derrama.

Sentada en la oscuridad de su celda, hizo crujir de nuevo cada uno de sus dedos. Los chasquidos resonaron contra los muros como una melodía distorsionada que anunciaba un aciago destino. Tenía la mirada clavada en las líneas de tiza de las paredes de piedra.

Khalani deseó haber conocido al prisionero que en el pasado había ocupado su celda. A la persona que había tenido la energía para contar sus días en la prisión de Braderhelm.

497. Ella misma los había contado muchas veces.

¿Había fallecido aquí dentro, al igual que sus sueños?

No se atrevió a contar los anhelos, creencias y deseos que habían perecido en el subsuelo.

Qué destino tan triste: nacemos con dolor solo para perpetuar el sufrimiento. Como si los humanos heredaran la miseria de sus madres y la transmitieran sin remedio.

Oyó unas fuertes pisadas procedentes del exterior.

Tensó la espalda. Nerviosa, frunció los labios al tiempo que se ponía en pie e iba hacia la puerta. Cuando se aferró a los fríos barrotes, lo vio.

Takeshi tenía los pómulos afilados más marcados que de

costumbre; unos mechones suaves y rebeldes de pelo negro le caían sobre el rostro. No por descuido o dejadez, sino de una manera natural y cautivadora, como si su belleza implacable se manifestara sin necesidad de atención.

Recorrió el pasillo con grandes zancadas mientras hacía el recuento nocturno. Vestido completamente de negro y con mirada inflexible, parecía un mensajero del infierno, dispuesto a aniquilar a sus enemigos.

—Takeshi —susurró Khalani cuando pasó ante su celda.

Él se quedó inmóvil de golpe. Cuando se volvió hacia ella, frunció aún más el ceño. Su mirada afilada y su expresión contenida hicieron que a Khalani se le acelerara el pulso. Los recuerdos de su beso la atravesaron como una lanza.

Por mucho que lo intentara, no lograba olvidarlo.

La forma en que buscaba sus labios y la acariciaba con ternura. La forma en que la miraba con sus ojos oscuros, como si la invitara, o más bien la advirtiera, sin su habitual sigilo y reserva. Cuando finalmente Takeshi se había rendido a sus deseos, no solo la había tomado.

La había poseído, demorándose en cada centímetro de su piel, hasta que había quedado claro a quién le pertenecía ella.

Y ella se había entregado por completo, encerrando todas sus dudas y miedos en un frasco. Sin embargo, él había cogido el frasco y lo había estrellado contra la pared.

A juzgar por la intensidad de su mirada fría, su vulnerabilidad también había acabado esparcida por los suelos de la prisión.

—¿Qué?

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —preguntó Khalani, aferrándose a los barrotes con manos sudorosas.

Él se acercó un paso, tenso y con evidente recelo.

—¿Te importaría entrar? —le pidió y, a continuación, movió los labios en silencio para pronunciar—: Preferiría que no nos oyeran.

Tras dudar unos instantes, sacó la pantalla táctil. Los barrotes se deslizaron y se abrieron enseguida, y Takeshi entró. Su enorme figura ocupó toda la celda, dominando por completo el espacio. Se cruzó de brazos, cauteloso y con los músculos tensos.

Ella se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja y permitió que esa mirada azabache la atravesara, provocándole un hormigueo de inquietud en la piel. Sin embargo, no tenía tiempo para plantearse las consecuencias de que Takeshi se negara… o algo peor.

Khalani respiró hondo para armarse de valor, enderezó la espalda y lo miró fijamente con una ferocidad que lo obligó a entornar los ojos.

—Hemos decidido dejar Apolo.

Takeshi no reaccionó, pero una tensión estática invadió la estancia, una presión angustiante que le aceleró la respiración a Khalani.

—Hemos hablado con Brock. Nos han estado mintiendo, Takeshi. Sobre la radiación en la superficie. Sobre los cultivos. Sobre todo. Pero tenemos un plan para escapar a Hermes. Existe una entrada secreta que conduce a la superficie no muy lejos de Braderhelm. Pero necesitamos tu ayuda para llegar hasta allí… Necesito tu ayuda, Takeshi —susurró Khalani, sintiendo que se le rompía el corazón al ver su expresión distante.

Él endureció la mirada.

—Kanes, ¿por qué nunca escuchas lo que te digo? ¿Para qué necesitas mi ayuda?

—Eres el capitán. Conoces los turnos de los guardias y todos los pasillos de Braderhelm. Eres nuestra única oportunidad de sobrevivir, porque, si nos quedamos aquí, moriremos. Y necesito creer que, en

lo más profundo de tu ser, todavía te preocupa evitar que eso ocurra.

Takeshi frunció el ceño mientras meditaba sus palabras.

—¿Qué te hace pensar que no le diré nada de vuestro plan al alcaide? Yo colaboré en la matanza de los prisioneros. Hasta tú crees que soy un asesino a sangre fría.

Cada palabra iba cargada de una ira profunda, y Khalani ahogó un grito ante su expresión amarga y cruda.

—Puede que sí lo seas. Nada puede excusar lo que ocurrió con esos prisioneros, pero en el fondo de mi ser aún confío en que la persona que intentó salvar a su madre, la que me salvó a mí, siga ahí. Que, pese a tus malas decisiones, aún seas capaz de hacer un acto de caridad. Y, aunque sé que entre nosotros ya no queda nada… —Se interrumpió un instante, con un nudo en la garganta—, no deseo perder a otra persona que, en algún momento, sintió algo por mí.

Takeshi arrugó aún más la frente y un destello extraño se reflejó en la negrura de sus ojos.

La miraba como si fuera más peligrosa que todos los enemigos y amenazas a los que se había enfrentado.

—Has olvidado una de las primeras lecciones que te enseñé.

Takeshi avanzó hacia ella lentamente, y Khalani entornó los ojos.

—¿Cuál?

—Que no perdieras el tiempo esperando algo aquí abajo.

—Y bien, ¿esa es tu respuesta? —replicó, mirándolo con la misma intensidad.

—Depende.

—¿De qué?

—Escapar de Braderhelm no resultará fácil, ni siquiera con mi ayuda. Y será un paseo comparado con la superficie. Morir es el

resultado más probable, un resultado que se precipitará si Brock miente sobre la radiación.

—No está mintiendo.

—Aun así, el riesgo existe. —Él bajó la cabeza—. ¿Estás lista para enfrentarte a esos peligros y salir con vida? ¿O solo estás buscando una mejor forma de morir?

Takeshi se encontraba tan cerca que casi podía saborear el aroma cálido y terroso que emanaba de su piel.

Khalani entornó los ojos al oír la pregunta, y sus recuerdos la transportaron a aquella fatídica tarde en el foso, meses atrás, a la primera vez que Takeshi le preguntó si quería morir. Entonces ya la había comprendido, ya había intuido lo que guiaba su alma: rendirse ante su vida tan injusta y escapar a través de la muerte.

Unos pensamientos tan oscuros y crueles como el número que le habían grabado en la muñeca.

Khalani resistió. Se tragó su orgullo. Y comprendió que había cosas por las que valía la pena dejarse la piel hasta sangrar.

—Tienes razón, Takeshi. No te hice caso, y debería haberlo hecho. Mi vida sería mucho más fácil y menos decepcionante si no esperara nada. Pero, al menos en esto, te he ganado. —Khalani alzó la cabeza y se encontró con su mirada afilada—. No seré capaz de tumbarte en un combate ni de dejar de sentir lo que siento, pero no me negarás que, cuando todo se derrumba a tu alrededor, se necesitan agallas para mantener viva la esperanza. Yo aún no me he rendido, y no pienso hacerlo ahora. Así que dime: ¿piensas ayudarnos o estoy malgastando saliva?

Su expresión cambió ligeramente.

—Y si dijera que no, ¿qué pasaría?

—Encontraría otra forma de escapar. Y ni siquiera tú podrías detenerme —aseveró, alzando la barbilla y desafiándolo a

contradecirla.

Takeshi levantó la comisura de los labios y un destello malvado brilló en sus ojos entornados.

—Casi me apetece dejar que lo intentes. —Guardó silencio unos segundos—. Pero has tenido suerte: te ayudaré.

Khalani soltó un largo suspiro. Un alivio frío le recorrió el cuerpo, pese a la inquietud e incertidumbre que le provocaba confiar en Takeshi.

—Gra…

—No —la interrumpió con vehemencia—. No quiero que me des las gracias. Porque estás equivocada.

—¿En qué?

—Mira, Kanes, por tu propio bien, no busques «lo bueno» en mí. Acabarás decepcionada.

Atónita, Khalani lo vio girar sobre sus talones.

—Entonces, ¿por qué has cambiado de opinión? —preguntó, incapaz de cerrar el pico.

Takeshi se detuvo en seco, aún dándole esa enorme espalda.

—Tengo mis razones. Puede que algún día te las diga. O puede que no.

Y sin más, sin tan siquiera dedicarle una mirada, se alejó.

Se sintió invadida por una oleada de emociones tan amargas e intensas que casi llegaba a saborearlas.

—Para ti no soy más que otro juego, ¿verdad?

La dolorosa pregunta salió de sus labios antes de que pudiera reprimirla.

Takeshi se detuvo, y Khalani permaneció en silencio, sin querer oír la respuesta, pero, al mismo tiempo, anhelando recibirla.

—Todo es un juego, Kanes. Y sí, he castigado, he matado, pero nunca he puesto en riesgo tu vida. —Se volvió y la miró fijamente—.

¿Puedes decir lo mismo?

Como respuesta, Khalani se mordió los labios.

—Justo lo que pensaba. —La miró con insolencia—. Te llevaré hasta la superficie. Con vida. Pero, si intentas que te maten, no esperes nada bueno de mí.

—No sería la primera vez que te veo enfadado.

—Te equivocas. Si me hubieses visto enfadado, ni siquiera te atreverías a estar en esta celda conmigo.

Ante el tono letal de Takeshi y el destello en sus ojos, Khalani tensó los músculos. Él bajó la cabeza hacia la pantalla táctil y abrió la celda. Acto seguido, los barrotes se cerraron con un suave sonido metálico y la dejó sola.

Khalani observó el lugar donde había estado unos segundos antes, reproduciendo la conversación una y otra vez en su mente. Si su plan funcionaba, no tendría tiempo de descansar ni de relajarse, no con Takeshi cerca. En el futuro, incluso podía convertirse en una amenaza mayor.

Se restregó las manos en las piernas, presa de una emoción aterradora y desconocida.

¿Sería capaz de matar a Takeshi si fuera necesario?

Entre las paredes de la celda, Khalani soltó una maldición.

Sí. Claro que sería capaz. No le quedaría otra opción. Porque, si los sentimientos que albergaba hacia su enemigo eran más fuertes que los que sentía por ella misma, ya podía darlo todo por perdido.

30

Sola, me derrumbo. Juntos, nos elevamos.

Desde la ejecución masiva de los presos, una oleada de ira silenciosa y solemne impregnaba el ambiente. Khalani recorrió el foso con la tensión adherida a la piel y un picor en las palmas de las manos.

Posó la mirada en la zona manchada de sangre y sintió un escalofrío espantoso, como si las almas de los muertos aún estuvieran allí. Observando.

Juzgando a las pocas criaturas del subsuelo que habían quedado con vida.

Todo el mundo parecía inquieto, incluso los guardias, cuyo número se había incrementado en las últimas semanas. Se estaban preparando. Quizá para un motín… o para algo peor. La idea la inquietó y aceleró el paso hacia el rincón del fondo, donde estaba Brock. Serene, Derek y Adan fueron tras ella, pisándole los talones.

A ninguno de ellos le hacía mucha gracia contar con la ayuda de Takeshi, pero habían acordado seguir con el plan sencillamente porque no tenían alternativa.

Brock estaba apoyado en el muro de piedra, observando a los prisioneros con atención mientras fumaba tan tranquilo.

¿Quién le había dado un cigarrillo?

—Vaya, qué pronto habéis vuelto. ¿No habéis encontrado la ayuda de ningún guardia y venís a suplicarme? —dijo Brock al ver que se acercaban.

El incursor exhaló una bocanada de humo.

—No, de hecho, venimos a decirte que hay uno dispuesto a ayudarnos.

Khalani se cruzó de brazos. Brock ladeó la cabeza y tiró el cigarrillo al suelo, apagándolo con un pisotón.

—¿Quién?

—Yo.

Khalani se quedó paralizada y se estremeció al oír esa voz tan grave y familiar.

Brock alzó las cejas casi hasta el nacimiento del pelo cuando vio que Takeshi se acercaba al grupo apiñado en el rincón.

Khalani intercambió una mirada con él y sus ojos profundos le aceleraron el pulso, como si la hubieran abierto en canal con unas afiladas cuchillas negras. Recorrió de arriba abajo su cuerpo atlético y su mirada se detuvo en la pistola que llevaba en la cadera; no era habitual.

Serene, Derek y Adan se pusieron tensos.

Tenía a Takeshi muy cerca, lo suficiente como para que sus dedos se rozaran, y no volvió a respirar hasta que él apartó sus penetrantes ojos de ella. El peso de su presencia la envolvía y le agudizaba todos los sentidos.

Brock dejó escapar un silbido bajo mientras escrutaba a Takeshi.

—¿Has conseguido que el capitán se ponga de nuestro lado? —dijo, volviéndose hacia Khalani—. No sabía que los favores sexuales se pagaban tan caro.

—Te sugiero que no digas ni una palabra más —le espetó Takeshi con voz aún más grave—. Para que el plan funcione, tienes que

estar vivo.

Lo amenazó con sus ojos de obsidiana, como si estuviera a punto de hacer pedazos a Brock.

Khalani intuyó que disfrutaría haciéndolo.

—Un momento… Puede que Khalani confíe en que nos ayudarás, pero yo no estoy tan segura. ¿Qué ganas tú con esto? —le preguntó Serene, observándolo con ojos incisivos y recelosos.

—No espero que confíes en mí. De hecho, te aconsejo que no lo hagas. —Takeshi desvió su intensa mirada hacia ella—. Pero, si quisiera verte muerta, ya no estarías aquí. Y puesto que soy tu única oportunidad de salir con vida, tendrás que conformarte.

Sobre ellos se cernía un ambiente hostil, como si llevaran unas cadenas de metal sobre los hombros. Serene tensó la mandíbula, resentida, pero acabó por ceder.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Derek con voz vacilante.

Takeshi lo escrutó.

—Dentro de dos días, unas horas antes del primer turno, desactivaré las cámaras y las alarmas. Esa es la parte fácil. Los túneles de Braderhelm son sumamente complejos, diseñados para que nadie que intente escapar encuentre la salida.

—Y supongo que tú conoces el camino —indicó Serene con el ceño fruncido, evidenciando la clara enemistad y desconfianza que le provocaba el capitán.

—Por supuesto —zanjó él—. A veces, liberamos un gas en las celdas para dormir a los presos y así poder transportarlos. Activaré las rejillas de ventilación y dejaré inconscientes al resto de los internos. No queremos interrupciones. Después, abriré vuestras celdas de forma manual y os quitaré los brazaletes para que no os rastreen. Una vez hecho eso, os guiaré hasta las puertas de Braderhelm.

—¿Y qué pasa con el resto de los guardias?

—La mayoría están dormidos a esa hora, así que no nos toparemos con muchos. Si sabemos la ronda que hacen, evitarlos nos resultará fácil. Sin embargo, en las puertas de Braderhelm hay dos centinelas. Cuentan con un sistema propio para dar la voz de alarma. Si lo activan, se nos echarán encima cientos de guardias en cuestión de minutos.

Todos tragaron saliva con un nudo en la garganta.

—Es imposible enfrentarse a ellos sin alertar a los demás —continuó Takeshi—. El riesgo es demasiado alto. Uno de vosotros tendrá que ayudarme a eliminarlos. Supongo que sabes usar un arma y que tienes puntería.

Con una tensión palpable en el ambiente, Takeshi se volvió hacia Brock.

—Supones bien —respondió el incursor, esbozando media sonrisa.

A Khalani se le erizó el vello de los brazos.

—Bien —asintió Takeshi—. Ambas armas llevarán silenciadores. Tenemos que acabar con ellos al mismo tiempo. Una vez que los guardias estén muertos, abriré las puertas y escaparemos en uno de los vehículos de transporte. ¿A qué distancia está esa entrada secreta que nos llevará a la superficie?

—No muy lejos. A menos de un kilómetro. Solo tardaremos unos minutos si vamos en uno de esos vehículos. En el túnel, hay un ascensor oculto que lleva a la superficie.

Takeshi guardó silencio durante unos instantes, escrutando a Brock con mirada recelosa.

—Bien, pues eso es todo. El viaje a Hermes es de dos semanas, así que conseguiré algunos víveres. Espero que estéis todos listos.

Lo dijo con una autoridad tan serena y una confianza tan firme

que hasta Khalani creyó que el plan podría salir bien.

Brock se cruzó de brazos.

—Casi todo depende de ti, capitán. Espero que seas tú el que está listo, o acabaremos formando parte de la larga lista de gente que has matado.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Takeshi.

—¿Y tú estás seguro de que los trajes antirradiación no son necesarios?

—No me cuestiones. Estoy seguro.

—Eso espero. —Takeshi se humedeció los labios y, con expresión maliciosa, añadió—: Si mientes, te arrancaré los intestinos y te los haré tragar.

—Ya me gustaría ver cómo lo intentas —siseó Brock, apretando los enormes puños a los costados de su cuerpo.

La cantidad de testosterona en el aire era asfixiante. Ambos hombres se fulminaban con la mirada, llenos de hostilidad, como si en cualquier momento fueran a enzarzarse en una pelea en toda regla.

Si tuviera que apostar, se inclinaría por Takeshi.

—Bueno, y ahora que ya habéis terminado de comparar el tamaño de vuestros penes, podemos volver al plan —se mofó Khalani.

Takeshi siguió mirando a Brock con expresión implacable y los músculos muy quietos, en esa calma silenciosa que precede al momento de apretar el gatillo. Khalani tuvo que sacarlo de esa fijación colérica gritando su nombre. Takeshi desvió la mirada del incursor y se volvió hacia ella con unos ojos tormentosos que la sobresaltaron.

¿Qué demonios le pasaba?

Sin embargo, Takeshi la ignoró y prestó atención al resto del

grupo.

—Dentro de tres días habrá una inspección, y los guardias estarán atentos. Por eso lo haremos antes, dentro de dos días. Tenéis que estar los cinco listos.

—Los seis —puntualizó Khalani.

Takeshi se volvió de golpe hacia ella.

—¿A qué te refieres con «seis»?

—Voy a pedirle a Winifred que nos acompañe —replicó en un tono que no admitía discusión.

No pensaba abandonar a Winnie.

—¿La bibliotecaria loca? —preguntó Brock, frunciendo el ceño.

—¿Por qué? —preguntó Takeshi, furioso.

—Sé que no lo entenderéis, pero es como si formara parte de mi familia. No supondrá una carga. Es lista. Y quiere irse —insistió Khalani.

Brock negó con la cabeza.

—Es una vieja. Nos hará ir más despacio.

Khalani endureció el semblante.

—Está fuera de toda discusión.

—De acuerdo. Pero nadie más —gruñó Takeshi. Volvió la cabeza hacia un par de guardias que se dirigían hacia ellos y añadió—: Basta de cháchara. Estad listos dentro de dos días.

Takeshi se encaminó hacia los guardias y se puso a hablar con ellos; el grupo tomó la dirección opuesta.

—Esto está ocurriendo de verdad —susurró Serene, como si hasta entonces no hubiera comprendido las implicaciones y el peligro que entrañaba el plan.

Al cabo de unos pocos días, o estarían de pie sobre la superficie de la Tierra respirando al aire libre o estarían enterrados bajo ella. No habría segundas oportunidades. Solo posibles comienzos y un

final asegurado.

Subió a toda prisa las escaleras de la biblioteca con los nervios a flor de piel. No había hablado con Winnie desde la última vez que habían discutido, y, con cada paso que daba, se le encogía más y más el corazón. Ni siquiera se molestó en llamar.

El familiar sonido de la música resonaba por la estancia, y Khalani inhaló profundamente. El cálido aroma de libros viejos y un tenue toque de perfume a rosas la envolvieron.

Una pequeña sonrisa se le formó en los labios, como si, por fin, pudiera volver a respirar. Khalani recorrió despacio el pasillo que formaban las estanterías entre las notas de una melodía delicada e inquietantemente hermosa. Al doblar la esquina, vio a Winnie sentada con los ojos cerrados, meciéndose y cantando. Se acercó a ella, haciendo crujir el suelo de madera.

Winnie abrió los ojos de golpe y se volvió hacia ella, sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Boquiabierta, se apresuró a ponerse en pie y a apagar el tocadiscos.

La mirada recelosa en los ojos de la anciana le llegó a lo más hondo del corazón.

—Hola —la saludó Khalani retorciendo las manos—. Me alegro de verte. Hacía unos días que no me pasaba por aquí.

Winnie asintió, y la soledad se hizo evidente en su mirada.

—Sí, así es.

Un silencio incómodo las engulló como harían las fauces de un monstruo hambriento.

Khalani se mordió el labio, sintiendo un vacío aún más grande en

el estómago.

—Winnie, he venido a decirte que lo siento. Lo siento muchísimo. Tenías razón. Sobre Apolo, sobre la superficie, sobre el gobernador. Sobre todo. Y ahora empiezo a creer que Timothy Talbot también estaba en lo cierto.

La anciana guardó silencio, impávida. La persona más radiante y llena de vida que había conocido parecía como anestesiada. Tenía los ojos hundidos y se la veía mucho más frágil que la última vez.

¿No estaba comiendo?

—Winnie ha esperado mucho tiempo a que lo dijeras. Pero tenías razón. No podemos hacer nada. Nunca podremos marcharnos —lamentó la anciana, cabizbaja.

—¡Eso no es cierto, Winnie! Tenemos un plan. Vamos a escaparnos mañana por la mañana. Brock conoce una entrada secreta a la superficie, y el capitán Steele va a ayudarnos. Y tú también vienes.

—¿Un plan? —preguntó, alzando la cabeza.

—Sí. —Khalani esbozó una sonrisa—. Vamos a abandonar este sitio para siempre.

Un leve destello de esperanza apareció en los ojos de Winnie, pero enseguida se esfumó. La anciana negó con la cabeza y bajó la mirada hacia sus manos.

—No hay ningún plan para Winnie, Khalani. Winnie se hace vieja. Sería una carga.

Khalani se abalanzó sobre ella y la agarró por los hombros.

—Ni se te ocurra decir eso. Ni se te ocurra pensarlo, porque ¡nunca serías una carga! Contigo lo he aprendido todo sobre el amor, el arte y la pasión. ¡Y son las cosas por las que vale la pena luchar, como dijo Timothy! No puedes rendirte ahora. Te quiero demasiado como para permitirlo.

A Winnie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Winnie ya no recordaba qué era que alguien te dijera que te quiere.

Khalani no pensó en otra cosa más que en abrazar a la anciana.

—Winnie, ya lo sabes. Te quiero.

La prisión había hecho mella en Khalani, casi hasta destrozarla, pero sus muchas cicatrices habían empezado a sanar cuando había conocido a Winnie. Y no porque hubiera olvidado el pasado. Sanar nunca era tan sencillo.

Era el perdón el que te confería la libertad.

La niña que se había quedado tumbada en el suelo tantos años atrás necesitaba saber que no había sido culpa suya. No había sido culpa suya que sus padres se marcharan. Y no había sido culpa suya recomponer los pedazos rotos de su existencia de la única manera que sabía.

—Winnie nunca podría reemplazar a tu madre, Khalani. —La anciana le sostuvo el rostro entre las manos, mirándola con dulzura —. Pero, igual que el de ella, su amor por ti no conoce límites. Si Sarah hubiese vivido hasta alcanzar tu edad, a Winnie le habría encantado que fuera como tú.

Con la barbilla temblorosa, Khalani reprimió todo el dolor que contenía en su interior y que en ese momento amenazaba con desbordarse.

—Por eso nos iremos de este lugar, Winnie. Juntas. El capitán Steele vendrá a buscarte mañana por la mañana y por fin seremos libres.

—Winnie no puede llevarse la máquina de escribir, ¿verdad?

A Khalani se le encogió el corazón.

—No. Pero, cuando la situación haya cambiado a mejor, volveremos a buscar tu historia y la terminaremos.

—¿Lo prometes? —preguntó.

—Lo prometo.

Permanecieron un buen rato abrazadas, llorando por lo que habían perdido y lo que habían ganado en Braderhelm.

Esa noche, Khalani fue incapaz de conciliar el sueño y no dejó de dar vueltas en la cama. Tras unas horas, se rindió. Salió de la cama y se sentó en el frío suelo, invadida por una expectación e inquietud crecientes.

Tomó aliento y escribió su último poema en Braderhelm.

Himnos de rendición

Las paredes de esta prisión me susurran,
anulando mi sopor, himnos de rendición.
Estos barrotes son el miedo que perdura,
y la música me llama a componer mi canción.

Es difícil dejarse ir, renunciar,
aferrarse al tiempo como si tuviera sentido.
Ahora sé la verdad y abro mis alas:
tras las barreras, el cuerpo con el que he nacido,
y en el cielo, mis sentimientos en libertad.

Cuando el alma se ahoga en mentiras dulces
y las dudas te atenazan,
no esperes a que las campanas repiquen.
Álzate y rompe las cadenas que te atan.

31

No te enfrentes al mañana con dulzura. Tómalo
con toda tu pasión y fuerza.

Khalani no dejaba de pasearse por la fría celda, dándose palmadas en el muslo. Después de tantas horas de esperar en la oscuridad, ya casi no le quedaban uñas.

Las luces de la prisión pronto se encenderían. ¿Dónde estaban Takeshi y el resto?

De repente, le llegó una tos apenas audible de la celda a su derecha y aguzó el oído. Un cuerpo se desplomó en el suelo.

Takeshi debía de haber abierto el gas.

Al cabo de unos minutos, el sonido amortiguado de unas pisadas activó todos sus sentidos y la puso en alerta.

Miró rápidamente hacia los barrotes metálicos. Takeshi emergió como un asesino letal en la noche. Sin apenas hacer ruido, la puerta se abrió y el capitán entró, acelerando el pulso de Khalani con su imponente presencia. Aunque su rostro quedaba oculto en la oscuridad, su característica voz grave atravesó las sombras.

—¿Lista, Kanes?

Khalani trató de calmar la respiración, pero sus pies parecían clavados al suelo. En cuanto cruzara esa puerta, ya no habría vuelta atrás.

—Ya pensaba que no vendrías —le reprochó Khalani.

—Como si eso fuera a detenerte.

Takeshi avanzó despacio hacia ella y sacó del bolsillo una especie de bolígrafo metálico. Khalani retrocedió instintivamente al ver que de la punta salía un brillante láser rojo. El capitán se detuvo y la miró sin pronunciar palabra, guardando silencio, como si quisiera recordarle que era libre de echarse atrás. Si lo deseaba, podía dejar correr ese plan insensato.

Sin embargo, Khalani tomó aliento, ahuyentó el miedo que sentía y levantó la mano.

Quitar el brazalete resultó mucho menos doloroso que ponérselo. Tras un leve clic, Takeshi desabrochó la fina banda metálica, revelando las púas ensangrentadas que antes se le incrustaban en la piel. Los diminutos agujeros le revolvieron las entrañas, pero él se apresuró a envolverle concienzudamente la muñeca con un paño beis para cerrar la herida.

Ambos guardaron silencio mientras Takeshi le rozaba la piel con gestos seguros. No tenía que mirarlo a los ojos para saber que estaban fijos en ella. Ante su aura embriagadora, le resultaba imposible pensar. Incluso respirar. Cuando terminó, Khalani carraspeó y se dispuso a salir de la celda.

—Espera. Toma —dijo Takeshi mientras sacaba una pistola negra del bolsillo y se la tendía.

Khalani la cogió frunciendo el ceño. El peso del arma en las manos y la sensación letal le provocaron un hormigueo en las palmas y un nudo en el estómago.

—No la necesito.

Trató de devolverle el arma, pero Takeshi la rechazó.

—Sí que la necesitas. No voy a permitir que vayas desarmada. Aquí está el seguro. Lo único que tienes que hacer es apuntar a tu

objetivo, ¿de acuerdo?

Por su tono, Takeshi no admitía discusión. No la dejaría marchar sin aceptarla.

Después de abrir la celda de Serene, el capitán las condujo a toda prisa hasta el final del pasillo, donde esperaban Derek, Adan, Brock y Winnie, con las muñecas vendadas de forma similar. En las otras celdas no había movimiento alguno y, en completo silencio, empezaron a recorrer los oscuros túneles.

Excepto Takeshi y Brock, todos iban ligeramente encorvados, lanzando miradas de soslayo, como si esperaran ver a un guardia apuntándolos en cualquier momento. Todos llevaban mochilas y Khalani se doblaba bajo el peso de la suya.

Al ver que iba armada, Brock miró con sorpresa a Takeshi, pero no dijo nada.

—En marcha —ordenó Takeshi.

Lo siguieron en silencio. Winnie le apretó la mano a Khalani.

Tal y como había prometido Takeshi, no se toparon con ningún guardia ni sonó ninguna alarma de camino al ascensor.

—Poneos todos detrás de mí —les ordenó el capitán cuando la cabina empezó a ascender.

El corazón de Khalani amenazaba con salírsele del pecho, y nadie se atrevía a pronunciar palabra. Como si unos demonios les pisaran los talones, el miedo se condensaba de forma tan abrumadora en el ambiente que resultaba difícil respirar.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Takeshi los guio a toda prisa a través de un laberinto de túneles. De vez en cuando, levantaba el puño y se detenía, comprobando el reloj y esperando durante minutos que se hacían infinitos a que pasara un guardia, para después continuar con la huida.

Recorrieron la maraña de pasadizos durante lo que pareció una

eternidad, hasta que llegaron a una pequeña abertura. A lo lejos, Khalani distinguió algo que no había visto desde que habían regresado de Génesis.

La entrada de Braderhelm.

Las enormes puertas de acero parecían aún más imponentes e intimidantes que la primera vez que las había visto. Dos corpulentos centinelas, con aspecto de ser capaces de partirla en dos en un abrir y cerrar de ojos, se apostaban en posición de firmes junto a ellas con los fusiles al hombro.

Con un ademán, Takeshi les ordenó que se agacharan y se ocultaran.

—¿Veis ese pilar rocoso de ahí? Bloquea su campo de visión, por eso hemos venido por este túnel. Brock y yo iremos hasta allí y dispararemos a los guardias. No salgáis hasta que yo dé la señal.

Takeshi los miró a todos con severidad y clavó los ojos en Khalani, que experimentó un cosquilleo nervioso.

Brock se colocó al frente y Takeshi le entregó una pistola con silenciador al tiempo que lo miraba con aire intimidante.

—Un paso en falso y acabaré contigo, incursor.

—No me des ideas, Steele. Terminemos con esto —siseó Brock, aceptando el arma con cara de pocos amigos.

Pese a sus recelos, Takeshi volvió a prestar atención a la puerta. Justo cuando se disponía a escabullirse hacia el pilar, levantó de forma abrupta el puño para indicarle a Brock que se detuviera. Un recién llegado se acercaba a los dos guardias desde el lado opuesto.

Los centinelas se cuadraron cuando el desconocido, ataviado con un traje impecable, se dirigió a ellos.

—¿Quién es ese? —susurró Brock.

Takeshi negó con la cabeza.

—Es el alcaide. ¿Qué está haciendo aquí? —murmuró para sí

mismo.

Todos se sobresaltaron cuando un estruendo se propagó por el túnel. Las puertas de Braderhelm se estaban abriendo lentamente. Pálida y boquiabierta, Khalani reconoció a la persona que las atravesaba: era Alexander Huxley.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuró Brock, furioso.

Escoltado por dos guardaespaldas, el gobernador fue al encuentro del alcaide y le estrechó la mano. Tras unos minutos, el alcaide les indicó al gobernador y a los escoltas que lo siguieran con un gesto, de modo que se acercaron peligrosamente a su escondite. Khalani y los demás se pegaron a la pared, casi tratando de mimetizarse con ella.

Khalani cerró los ojos y suplicó para sus adentros que no los descubrieran.

—Gracias por recibirnos, alcaide. —La voz inconfundible de Alexander Huxley resonó en la cueva—. Sé que no nos esperaba hasta mañana, pero, en vista de los recientes acontecimientos, tenemos mucho que discutir con el fin de encontrar otros usos para este espacio.

—Tiene toda la razón, gobernador Huxley. Ya sabe que sería un honor para mí servir como consejero y eliminar a los traidores —dijo el alcaide, riendo entre dientes.

Las pisadas se alejaron por una galería distinta, y la voz del gobernador se fue apagando poco a poco. Khalani soltó un suspiro de alivio. Takeshi seguía observando a los dos centinelas, aún apostados frente a las puertas.

—Ahora —le indicó Takeshi a Brock.

Ambos se escabulleron y se ocultaron tras el pilar rocoso.

Intercambiaron una mirada, asintieron y apuntaron a los guardias. Tras un segundo, dos zumbidos amortiguados salieron de

las pistolas. Ambos hombres se desplomaron en el suelo con un golpe seco.

Con los ojos abiertos de par en par, Khalani advirtió que Takeshi les estaba haciendo gestos.

—Moveos —los apremió.

Como si fueran las balas de un cañón, salieron disparados hacia la puerta abierta. Khalani corría a la máxima velocidad que le permitían las piernas, pero tropezó, perdió el equilibrio y cayó de bruces. Un brazo fuerte la levantó de inmediato.

—Muévete, Kanes —le dijo Takeshi, frunciendo el ceño y mirándola con expresión preocupada.

Ella se sacudió el polvo y siguió adelante. De repente, el ruido de unas pisadas amortiguadas resonó a sus espaldas.

Al volverse, vieron horrorizados a un guardia que salía de una de las galerías y contemplaba con ojos desorbitados la escena que tenía delante. El joven guardia divisó a sus compañeros muertos en el suelo y se apresuró a sacar un *walkie* del bolsillo.

—¡Código rojo! ¡Código rojo! Tenemos una fu…

Takeshi alzó el arma y le disparó en la cabeza. El muchacho se desplomó con una expresión de puro terror grabada en los ojos aún abiertos.

—¡Vamos!

Tomó del brazo a Khalani, que trataba de recomponerse del asombro, y se apresuraron hacia la puerta. La atravesaron a toda prisa y vieron cinco vehículos de transporte aparcados justo al otro lado, frente la entrada. Brock, Derek, Serene y Adan se subieron a uno; Winnie los esperaba en otro.

—Daos prisa —les urgió Winnie, haciéndoles señas.

Khalani y Takeshi fueron hacia el vehículo. Takeshi ocupó el asiento del conductor y, en cuanto ella se hubo sentado, arrancó.

El capitán pisó el acelerador y Khalani sintió el aire azotándole el rostro. Los latidos desbocados de su corazón se convirtieron en uno solo mientras se alejaban de Braderhelm por un largo y oscuro túnel.

Unos minutos después, Brock frenó de golpe. Takeshi lo imitó, y Khalani se vio obligada a sujetarse. Todos se apearon de un salto de los vehículos y el incursor empezó a palpar las paredes.

—Maldita sea, ¿dónde estás? —refunfuñó Brock.

Paralizada por la ansiedad, Khalani no dejaba de mirar atrás, en dirección a Braderhelm. Si algún guardia había llegado a oír el mensaje de alerta, aparecerían en cualquier momento.

—¡Aquí! —exclamó Brock.

Apretó un botón y se abrió una portezuela que reveló un teclado numérico. Rápidamente, introdujo una secuencia de cifras y retrocedió un par de pasos.

Pero no ocurrió nada.

—¿Dónde está la entrada secreta, Brock? —preguntó Khalani.

Brock frunció el ceño e introdujo los números de nuevo. Ni un movimiento. Ni siquiera un susurro.

—¡Mierda! —exclamó, golpeando el teclado—. Deben de haber cambiado la contraseña.

Takeshi renegó. El plan empezaba a hacer aguas y hundirse. No tenían refuerzos ni apoyo. No había forma de escapar ni lugar donde refugiarse.

—Aparta.

Adan hizo a Brock a un lado y empezó a manipular la parte trasera del panel, sacando cables y conectándolos entre sí.

El característico zumbido de unos vehículos de transporte que se desplazaban sobre imanes resonó en la cueva. Aterrorizados y con el alma en vilo, todos volvieron la cabeza en la dirección de donde procedía el sonido.

—¡Date prisa, Adan! —exclamó Serene.

—Un segundo —respondió él, completamente concentrado en los cables.

¡Pum!

Un disparo rebotó en las paredes y todos se agacharon al suelo, cubriéndose la cabeza. Los vehículos aparecieron a toda velocidad y los enfocaron con los faros.

No había lugar donde esconderse.

Unos cuantos disparos más resonaron a su alrededor, y Khalani oyó un gemido.

—¡Ya está! —exclamó Adan.

Una pequeña sección de la pared se abrió y, tras ella, apareció un ascensor.

Entraron a empujones, y Brock pulsó la letra S con brusquedad. Las puertas se cerraron justo ante los vehículos y, con una sacudida, la cabina comenzó a subir.

Khalani se apoyó contra la pared y soltó un enorme suspiro de alivio.

Lo habían conseguido.

—Khalani… —gimió Winnie.

Al volverse hacia ella, vio que tenía una mano temblorosa sobre la clavícula y el pecho manchado de sangre.

Khalani se quedó de piedra. Sin apenas poder respirar, se acercó a la anciana a toda prisa. La sangre seguía empapando el mono de Winnie y en el aire se percibía un intenso olor metálico.

—No, Winnie. No, no. Aguanta, por… por favor —balbuceó.

El terror la desgarró, como si le abrieran las entrañas con un cuchillo. No podía creerlo. Eso no podía pasar. No a Winnie.

El ascensor seguía ascendiendo a toda velocidad. Takeshi apareció de inmediato a su lado y sacó un trozo de tela de la

mochila.

—¿Dónde le han dado?

—¡No lo sé! —chilló Khalani, presa del pánico—. En el hombro, quizá. Hay mucha sangre.

—Distráela, Kanes. Va a ser doloroso —le dijo, mirándola con intensidad.

Temblando, Khalani guardó el arma en el bolsillo y sostuvo el rostro de la anciana con ambas manos.

—Escúchame, Winnie. Soy yo. Todo va a salir bien.

Estaba pálida y, cuando Takeshi empezó a vendarle rápidamente el hombro ensangrentado con la tela, le tembló el labio inferior.

—Winnie, mírame. Aquí. —Khalani se señaló los ojos—. Eso es. Estaba pensando en tu música, ¿sabes? En *Grease*. Cuando lleguemos a la superficie, tú y yo nos pondremos a cantar como Danny Zuko.

Winnie esbozó una sonrisa, que desapareció en el instante en que Takeshi tiró con firmeza del nudo. Su grito coincidió con la aguda campanita que indicaba que habían llegado. Las puertas del ascensor se abrieron. Un resplandor lejano iluminó sus rostros sorprendidos. Ante ellos había una puerta de cristal transparente. Detrás de ella, un túnel conducía a una abertura de la que emanaba la luz más radiante e intensa que jamás habían visto.

La superficie estaba al otro lado.

—Vamos, Winnie. Quédate conmigo —añadió Khalani al ver que la anciana se tambaleaba mientras unas gotas de sudor le perlaban el pálido semblante.

Khalani le rodeó la cintura con un brazo y la ayudó a salir del ascensor. En cuanto lo hubieron hecho, las puertas se cerraron y el aparato volvió al subsuelo.

—Hay que abrir esa puerta —dijo Brock, dirigiéndose a toda

prisa hacia un panel de mandos que había en el muro.

Adan se apresuró a ayudarlo.

—¿Lo ves, Winnie? Ya casi estamos —le susurró a la anciana, que se apoyaba en el muro de piedra.

Tenía las mejillas cada vez más pálidas y Khalani se volvió hacia Takeshi, desesperada.

—¿Se pondrá bien? —preguntó con voz temblorosa y conteniendo las ganas de llorar.

No aceptaría un «no» por respuesta.

Unos profundos pliegues se marcaron en la frente de Takeshi.

—Eso espero, Kanes.

—¡Allá vamos! —exclamó Brock al tiempo que las dos hojas de la puerta de cristal se separaban.

Takeshi se colocó al otro lado de Winnie y la ayudó a avanzar mientras el resto del grupo recorría el túnel a toda prisa.

Las puertas se cerraron a sus espaldas, y Khalani y Takeshi avanzaron lo más rápido posible con Winnie, que apenas podía caminar, a cuestas. Sin embargo, al ver cómo la luz del túnel se intensificaba, la anciana sintió que la esperanza la llenaba de energía y la impulsaba a seguir adelante.

Les llegaron unos gritos desde el otro lado del cristal. Khalani se volvió y vio al gobernador, al alcaide y a varios guardias que entraban en la cueva.

—¡Abre la puerta! —ordenó el gobernador a un guardia.

—¡No podemos hacerlo, señor! ¡La radiación nos matará! —objetó el guardia.

—Vamos, rápido —gruñó Takeshi.

Echaron a correr, casi llevando a la anciana en volandas.

—¡Estúpidos! ¡Quitaos de en medio! —gritó Alexander Huxley.

Las puertas de cristal se abrieron de golpe, y la adrenalina se

extendió por los músculos de Khalani, impulsándola a correr más rápido. Con el corazón desbocado, salió del túnel a una superficie arenosa y entornó los ojos. Una claridad cegadora los tragó por completo. El calor le acarició la piel y la envolvió como un manto.

La luz del sol la deslumbró, y Khalani hizo visera con la mano derecha.

—La superficie —murmuró Winnie con un hilillo de voz junto a ella.

Khalani bajó la mano y se quedó inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido.

No había ninguna cúpula gigantesca sobre ellos. La oscuridad no la envolvía. En la superficie de la Tierra, los cielos eran de un azul cristalino y el resplandor del sol casi la cegaba.

Miró a su alrededor, asombrada. Parecían estar en un desierto completamente llano, en el que se divisaban edificios derrumbados y escombros aquí y allá. También distinguió unos extraños vehículos oxidados, con el metal desgarrado y retorcido. Todo estaba abandonado y desolado.

Nunca había visto unas ruinas tan hermosas.

Khalani tomó aliento. Incluso el aire olía y sabía diferente. Libres. Eran libres.

—¡No deis ni un paso más! —gritó la voz de Alexander Huxley.

Se dieron la vuelta. El gobernador estaba frente a ellos, solo. Sin soltar a Winnie, Takeshi sacó el arma y lo apuntó.

Alexander levantó las manos con aire inocente.

—Estoy desarmado. He venido en son de paz. ¿Por qué no regresamos y tratamos de encontrar una solución? Puedo garantizaros vuestra libertad. A todos. No tendréis que volver a Braderhelm.

Sus mentiras le arañaron la piel. Khalani sacó la pistola del

bolsillo y dio un paso al frente.

—Lo único que haces es mentir. ¿Ha habido en algún momento radiación en la superficie?

Alexander curvó la comisura de los labios en una sonrisa torcida.

—Oh, te aseguro que una vez la hubo. Justo en el suelo que pisas, se libraron batallas. Apolo salvó incontables vidas, y esos instintos destructores solo pueden controlarse en el subsuelo. Como puedes ver, aquí fuera no hay nada, excepto la muerte.

—Es en Apolo donde no hay nada excepto la muerte. Fuiste tú, ¿verdad? Tú eres el único responsable de destruir los cultivos —soltó Khalani, sin poder contener la verdad.

El gobernador enarcó una ceja.

—Revelador. Casi… poético, ¿no te parece? Me ven como su salvador cuando lo único que he hecho es esperar el momento oportuno, el día de devolver el golpe.

—¿Por qué? —exclamó ella, aferrando el arma con manos temblorosas—. ¿Por qué lo has hecho?

—Ignoras muchas cosas, muchas más de las que imaginas —declaró Alexander con tono aburrido, como si estuvieran hablando de formaciones geológicas—. Puede que ahora no lo veas, pero lo que hago es por el bien de todos. Solo tienes que confiar en mí.

Khalani soltó una risa sarcástica.

—Solo un estúpido o un chiflado confiaría en ti. Llevamos décadas encerrados por culpa de tus mentiras. Pero esto termina hoy. Nos vamos, y proclamaremos a los cuatro vientos la verdad sobre la superficie y las atrocidades que has cometido en Apolo —siseó Khalani, aferrándose aún con más fuerza al arma.

La sonrisa glacial del gobernador se transformó en una expresión furiosa.

—Nada cambiará lo que está por llegar. Nada. Morirás igual que

todo el mundo, igual que tus padres.

La imagen de los rostros de sus padres le vino a la mente y la locura hirvió en su interior, empujándola a atacar y destrozar.

Ya no estaba vacía ni llena de huecos. El dolor y el sufrimiento que había soportado llenaban todas las grietas y recovecos, y la necesidad de violencia anulaba cualquier atisbo de compasión que aún existiera en su alma.

La Khalani del pasado habría sucumbido bajo el peso de la rabia, pero ya no estaba sometida a las reglas del subsuelo.

En la superficie de la Tierra, el mayor triunfo y la carga más pesada de la humanidad siempre había sido el libre albedrío.

Levantó la pistola y le disparó a Alexander Huxley en el pecho. El gobernador no se movió. No se desplomó al suelo.

Alexander bajó la mirada hacia su pecho y… esbozó una sonrisa.

—Eso no ha estado nada bien —dijo, sonriendo con suficiencia.

Con los ojos desorbitados, Khalani empezó a temblar.

Brock se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas y le lanzó un puñetazo a la cabeza, pero Alexander sujetó la muñeca de Brock como si no pesara más que una pluma. Con una sonrisa siniestra, le agarró el brazo y se lo dobló igual que un *pretzel*. Brock soltó un grito desgarrador. Takeshi, rápido como el rayo, cargó contra el gobernador, lo arrolló y ambos cayeron al suelo. Takeshi le golpeó el rostro de inmediato, pero el gobernador consiguió liberar un brazo y le dio un puñetazo en el mentón. La cabeza de Takeshi salió impulsada hacia atrás y Alexander lo aprovechó para tumbarlo en el suelo y ponerse a horcajadas sobre él.

Como si fuera un siniestro confeti, la sangre de Takeshi salpicó la arena ante la sucesión de puñetazos que le propinó Alexander en la cara. Khalani se sintió ella misma mutilada, golpeada, desgarrada por el terror.

No reflexionó. Arremetió contra el gobernador con una concentración digna de un láser.

—¡Suéltalo! —gritó brutalmente.

En un abrir y cerrar de ojos, Alexander Huxley le aprisionó la garganta con la mano que tenía libre. La violencia y la rabia invadieron sus gélidos ojos azules al apretar los dedos y comenzar a aplastarle la tráquea. Khalani sintió que su garganta quedaba reducida al tamaño de una pajita. De repente, se le nubló la vista y trató desesperadamente de inhalar un poco de oxígeno.

Pero no lo consiguió.

Como si fuera un animal salvaje que había caído en una trampa, arañó la mano que la sujetaba, pero los dedos oprimieron aún más. Sus movimientos se volvieron lentos, pesados. Un gorgoteo se le escapó de los labios y se le quedaron los ojos en blanco.

Y Khalani supo que era el final.

Por mucho que luchara, la muerte siempre volvía a por ella. Un rugido agudo y desgarrador interrumpió ese amargo momento de aceptación, y la mano letal que la agarraba se soltó de cuajo. Khalani cayó al suelo, tosiendo y jadeando como si tuviera la garganta llena de la abrasadora arena que los rodeaba. Un hilillo de saliva le cayó de la boca mientras unas manos suaves la abrazaban.

—Ya está, ya está. Ahora respira —dijo Derek con voz temblorosa.

Aunque apenas podía distinguirlo debido a la visión borrosa, reparó en que Derek no la miraba a ella.

Khalani se volvió hacia el lugar que había captado su atención.

El tiempo se detuvo por completo cuando vio a Takeshi junto al cuerpo sin vida de Alexander Huxley; sin vida en el sentido más literal y brutal, porque la cabeza del gobernador ya no estaba unida al torso.

Los ojos obsidiana de Takeshi no miraban al gobernador, sino a la figura encorvada de Khalani, hacia la que se dirigía corriendo y jadeando.

—¿Estás bien, Kanes?

Se arrodilló junto a ella, con una crudeza extrema grabada en el rostro ensangrentado y una determinación abrumadora.

—Sí.

Tosió y trató de moverse, pero fue en vano. Los fuertes brazos de Takeshi la sostuvieron y se incorporó, tambaleándose.

—Le has arrancado la cabeza —susurró Serene, alarmada, mirándolo boquiabierta.

—Chicos… —dijo Adan desde lejos.

Takeshi miró a Khalani y tensó la mandíbula al ver todas sus heridas. Acto seguido, se volvió hacia Serene.

—Y lo haría de nuevo —afirmó, apretando los labios y sin un ápice de arrepentimiento.

—Pero tú… Acabas de arrancarle la cabeza —repitió Serene, incrédula.

—¡Chicos! —gritó Adan—. Venid a ver esto.

Al oír la voz alterada de Adan, que estaba junto al cuerpo decapitado de Alexander Huxley, se acercaron. Derek ayudó a Winnie. Brock se tambaleó hasta allí, sujetándose el codo dislocado, y se quedó boquiabierto al llegar. Del cuello desgarrado del gobernador sobresalían unos bordes irregulares de metal y cables. Y de su cuerpo, que aún se sacudía, saltaban chispas eléctricas.

Khalani se volvió y miró la cabeza del gobernador.

Seguía observándola fijamente con esos ojos azules, sin vida. De no ser porque Takeshi aún la sostenía, se habría desvanecido.

—No es humano —murmuró Derek, atónito.

—Era una máquina.

Adan palideció.

En silencio, todos contemplaron el cuerpo sin vida del gobernador. Lo imposible yacía ante ellos, sacudiendo los cimientos de su realidad. Derribando todo lo que creían saber. El hombre al que ella había odiado con toda el alma, el que había controlado por completo sus vidas, nunca había sido una persona real, sino un retorcido amasijo de cables.

Ficción y realidad se fundieron, y Khalani se clavó las uñas en la palma de la mano con una fuerza brutal, como si quisiera comprobar si aún podía sangrar, si ella era real…

—Esto es una locura. Una auténtica locura. —Serene se pasó los dedos temblorosos por el pelo despeinado y, volviéndose hacia Takeshi, añadió—: ¿Tú lo sabías?

—No —negó rotundamente Takeshi—. Si lo hubiera sabido, lo habría matado a las primeras de cambio.

Habló con tanta intensidad y aversión que Khalani no dudó de que decía la verdad.

—Pero, entonces, ¿qué significa esto?

—¿Y qué más da? —gruñó Brock, y todos lo miraron sorprendidos—. No podemos volver a Apolo. Eso está claro. El camino a Hermes no ha cambiado y solo tenemos víveres para dos semanas. Tenemos que seguir adelante.

Todos guardaron silencio y ninguno de ellos se movió. Al cabo de un rato, Adan tomó la mochila y rodeó con un brazo protector a Serene, que, con la mirada perdida, empezó a caminar junto a su hermano. Khalani no pasó por alto la mirada llena de desconfianza que Adan le había lanzado a Takeshi.

Los demás recogieron sus cosas lentamente, aturdidos. Derek tomó a Winnie por la cintura y la ayudó. Sus amigos se movían como si no tuvieran alternativa.

Ahora las pesadillas vivían en la realidad, y la verdad habitaba en las fábulas. Y no se podía retroceder en el tiempo.

—No consigo entenderlo.

Khalani seguía con la mirada fija en la cabeza del gobernador, de cuyo cuello salían cables desgarrados.

—Yo tampoco. Pero esta… máquina nos ha estado impidiendo descubrir la verdad sobre la superficie. Y vamos a averiguar por qué —afirmó Takeshi.

Una sombra le cruzó el rostro al clavar sus ojos intensos en el gobernador y, después, en Khalani. Al posarlos en las marcas que tenía en el cuello, brilló en ellos un espeluznante destello de locura.

—¡Tenemos que irnos ya! —gritó Brock tras ellos, justo cuando Takeshi abría la boca para decir algo.

La cerró de golpe, negando con la cabeza. Aun así, esos ojos oscuros transmitían mucho más, como si ella fuera el sol abrasador y él, la fría luna: intensos y distantes, destinados a estar separados para siempre.

Khalani se debatía ante la imposibilidad de lo que estaba ocurriendo. Pese a que ante ellos solo había miseria, muerte y destrucción, en su mente bullían millones de preguntas. Sin embargo, no había alternativa: tenía que dejar Apolo atrás y, como si fueran unos versos aún no escritos, abrazar la tierra ante ella.

Y por cada obstáculo, fuera cosa o persona, que se atreviera a interponerse en su camino, dejaría su poema grabado en sangre.

CAPITULO EXTRA

Otro día en este cuchitril.
TAKESHI STEELE

Takeshi Steele abrió los ojos y contempló el techo rocoso de su habitación. Reconoció el profundo silencio, un silencio que se experimentaba más que se oía.

Por mucho que se dejara llevar por el sueño deseando que llegara la mañana en que su servidumbre en la prisión de Braderhelm por fin terminara, ese día prometido nunca llegaba.

Y nunca llegaría.

Vivir de esperanzas y rezar a Dios por la salvación era algo que, en el subsuelo, debajo de la superficie de la tierra, solo hacían los imbéciles sumidos en la desesperación.

Y Takeshi no era ningún imbécil.

Puede que no fuera un asesino de nacimiento, pero Apolo lo había entrenado para aplacar a rebeldes y castigar sin discusión a criminales. Ese era su trabajo.

«Es para lo único que vales», le habían repetido una y otra vez sus instructores. Solía dudar de la veracidad de sus palabras, pero Apolo había logrado borrar esa rebeldía infantil.

Takeshi apenas recordaba cómo era su vida antes de

Braderhelm. Y, siendo sincero, casi lo prefería.

El dolor habitaba en esos susurros amables. En los amigos ya olvidados.

En la pintura en sus manos. En su madre cantando…

«No. No pienses en eso».

Takeshi se puso en pie en la habitación apenas iluminada, el único lugar de Braderhelm donde encontraba un resquicio de paz, y se preparó para empezar con la rutina.

Se puso el uniforme negro, se ajustó el cinturón, sujetó la Glock bajo el chaleco, envainó los cuchillos y se ató los cordones de las botas. Sin embargo, había algo diferente.

Takeshi se detuvo, prestando atención a sus hombros, al ligero temblor provocado por su dedo índice. Soltó una maldición al reconocer las señales.

Necesitaba pelear. Los entrenamientos en la sala de culto no eran suficientes para saciar aquella creciente violencia.

Quizá Barron —esa rata llorica— se presentaría voluntario para que Takeshi se mojara los puños con su sangre en el foso. De haber sido por él, el guardia insubordinado ya habría muerto tiempo atrás.

Pero el alcaide ya lo había reprendido con dureza por haber matado a dos de sus compañeros hacía un par de semanas. Takeshi los había encontrado agrediendo a una joven prisionera.

No había reflexionado. Tampoco había dudado. Se había limitado a sacar su cuchillo favorito y les había grabado la justicia en la piel. Para cuando había terminado la carnicería, sus gritos hacía mucho que se habían extinguido.

Si tuviera oportunidad, le encantaría oír esos sonidos de nuevo. Matar era, al fin y al cabo, para lo único que servía.

Por desgracia, las voces letales que le susurraban que matara a cualquiera que se cruzara en su camino solo se habían intensificado

desde que había terminado su entrenamiento en Génesis. Sentía que perdía el control, como si un monstruo habitara en su interior, afilando las garras, sediento de sangre. Una vez se lo había dicho a sus superiores, que se habían limitado a sonreír.

—Aprovéchalo —habían señalado.

Takeshi no cuestionaba sus métodos.

Los soldados obedecían.

Y los soldados… no llegaban tarde, joder.

«Mierda».

Metió otro cuchillo en la bota por si las moscas y salió a los largos pasillos de Braderhelm.

Estaba acostumbrado al olor persistente de la muerte que flotaba en el aire, a las sombras danzarinas en los muros que susurraban actos crueles y terribles detrás de las puertas cerradas.

Ese era su hogar.

Y, aunque todos lo ignoraban, él también era un prisionero.

Sin prestar atención al tic nervioso que notaba en el ojo y a las manos inquietas, entró en el ascensor. Pulsó el botón del nivel siete y el aparato empezó a subir. Hizo crujir el cuello, revisó los cuchillos y se aseguró de que el arma estuviera cargada.

Sin embargo, las distracciones no funcionaban.

Quizá combatir en el foso no le bastaba. Habría demasiados testigos.

Debería invitar a Barron a la sala de culto y divertirse de lo lindo con él allí.

Takeshi se pasó la lengua por los dientes, sintiéndose algo mejor ante la idea de romper una pierna… y también unos pocos dedos. Pensó que cualquiera podría trabajar con una pierna buena y varios dedos.

La puerta del ascensor se abrió justo cuando la señal del cambio

de turno aguijoneaba el aire. Raymond, su ayudante, estaba allí esperando. El robusto guardia se cuadró, enderezándose todo lo alto que era, al mismo tiempo que Takeshi salía del ascensor como si fuera la personificación de la muerte.

—Buenos días, señor. ¿Ha dormido bien?

—¿Has acabado el recuento? —preguntó Takeshi, ignorando la pregunta mundana.

No estaba allí para hacer amigos. Tenía trabajo. Cuanto antes lo hiciera, antes podría volver a su habitación a esperar el día en que todo terminara.

—Casi, señor. Solo falta su bloque.

Takeshi asintió y le arrebató la pantalla táctil a Raymond, pero la voz grave del guardia lo siguió.

—Un momento, señor. Hay una nueva interna en su bloque. La número 317.

Takeshi enarcó una ceja y abrió rápidamente el expediente de la nueva prisionera para comprobarlo por sí mismo. Una chica enclenque con un pelo castaño andrajoso que le cubría gran parte del rostro apareció en la pantalla. O no se había dado cuenta de que le estaban tomando una foto o, simplemente, le daba igual.

Echó un rápido vistazo a las notas.

Khalani Kanes
Edad: 18
Ocupación: Repartidora de comida
Delito: Robo a pobres y hambrientos
Título: Ladrona
Estatus: Traidora de Apolo
Condena: Cadena perpetua
Número asignado: 317

«Robo a pobres y hambrientos». Esa era la línea que más le llamaba la atención. Takeshi no pondría la mano en el fuego por la honestidad del juez supremo con respecto al delito.

A veces, sospechaba que los crímenes de los prisioneros se exageraban con el fin de asegurar que los guardias no les tuvieran simpatía a los malhechores.

Pero no le correspondía a él cuestionar nada.

Si esa muchacha había robado a los más necesitados y esperaba una vida tranquila en la prisión, estaba a punto de llevarse una sorpresa muy desagradable.

—Ya me ocupo yo —dijo, pasando ante Raymond sin tan siquiera mirarlo.

Al doblar la esquina, se encontró con los internos del bloque 7 en pie sobre la línea amarilla, exactamente donde se suponía que tenían que estar.

Takeshi hizo rechinar los dientes y empezó el recuento. Ninguno de aquellos delincuentes lo miró al pasar.

Eran inteligentes.

Mantenían la cabeza baja, como si pudiesen sentir la oscuridad que había en su interior, verla reflejada en sus ojos.

Examinó a cada hombre y a cada mujer, el cambio más mínimo de postura o la más mínima llama de determinación tras sus expresiones serias. Cualquier cosa que indicara un posible ataque.

Pero nadie se atrevió a mover un músculo. Qué lástima.

Con el humor que tenía hoy, a Takeshi no le habría importado mostrarle a la nueva presa lo que pasaba de verdad en las profundidades de Braderhelm.

Y, como si fuera un faro en medio de la tormenta, la vio.

Khalani Kanes era mucho más bajita de lo que había esperado. Su cabeza apenas le llegaba al pecho. Aminoró la marcha y se

detuvo ante ella. A diferencia del resto, no tenía la vista clavada en el suelo. Miraba al frente con sus sorprendentes ojos verdes, tratando de proyectar confianza. Pero se dio cuenta del ligero temblor en sus manos, de la manera en que el pecho le subía y le bajaba rápidamente con cada respiración, de los ojos demasiado abiertos.

La muchacha parecía que fuera a desplomarse con un pequeño empujón, y tenía los ojos hinchados. Seguramente había estado llorando toda la noche.

Él lo veía todo.

Y la dio por muerta en una semana.

Sin embargo, no pasó de inmediato a la siguiente interna, de pelo azul.

Su perspicaz atención permaneció en ella por algún extraño motivo. La fotografía en el expediente no le hacía justicia.

El cabello castaño le caía en suaves ondas hasta la cintura, como si los mechones pidieran a gritos que los acariciaran. La palidez de su rostro no estaba fuera de lugar en el subsuelo, pero el rubor de sus mejillas y la curva elegante que formaban sus labios sí.

Khalani Kanes era hermosa, de una belleza natural. Pero no era solo una cara bonita. Esas esferas verdes albergaban un mundo entero, un millón de ideas que él no llegaba a interpretar.

Sin duda, entre ellas, había una fuga.

Las fosas nasales de Takeshi se dilataron cuando el hedor que desprendía su uniforme impregnó el aire, recordándole que tenía ante él a una sucia ladrona.

—Repugnante —murmuró, anotando su número en el dispositivo electrónico.

De pronto sintió que ella lo recorría con ojos curiosos. Probablemente buscaba alguna debilidad o un atisbo de bondad bajo

el uniforme para explotarlo.

Por desgracia para ella, no encontraría ninguno.

—Mira al frente, Kanes —le ordenó sin alzar la mirada.

Takeshi frunció el ceño al darse cuenta de que no había llamado a la interna por el número que le habían asignado. No sabía decir por qué. En la banda metálica que llevaba incrustada en la muñeca se leía con claridad.

Se dijo que quizá lo había hecho para causarle más dolor. Para recordarle con toda la crueldad del mundo lo que había perdido por sus actos egoístas.

Cuando la prisionera obedeció y clavó la vista al frente, Takeshi miró de reojo a las otras dos internas a su izquierda y dio por terminado el recuento. Los dedos le temblaban de nuevo.

«Mierda».

Necesitaba machacar a alguien. Y si no terminaba pronto sus obligaciones, le acabaría tocando a esa chica patética que tenía delante. No tenía ningún problema en castigar a los internos, pero era más reacio con las mujeres.

El único rasgo que sus superiores no habían conseguido arrancarle a golpes.

—¡Todo el mundo a sus tareas! —rugió Takeshi.

Los prisioneros comenzaron a moverse, agradecidos. Todos, excepto la chica bajita.

Nerviosa, observaba el pasillo con los ojos verdes muy abiertos, pero sus pies permanecían clavados al suelo y evitaba su mirada. Quizá no fuera tan estúpida, al fin y al cabo.

Casi sintió la tentación de esperar y ver qué hacía. ¿Cuánto tardaría en pedir ayuda?

Sin embargo, no pensaba desperdiciar ni un segundo en eso.

—Escucha con atención.

Se acercó a ella para asegurarse de que comprendiera lo poco que tenía.

La muchacha contuvo el aliento y lo miró con unos ojos aterrados.

Bien.

La curiosidad inicial que había despertado en él solo hizo que se materializara aún más la necesidad de doblegarla. Si no se pasaba de la raya y hacía exactamente lo que se le decía, no tendría que dirigirle de nuevo la palabra.

—El bloque 7 es ahora tu hogar. Estás aquí para pagar por lo que has hecho, y si no quieres que tu vida se convierta en un infierno, harás lo que yo te diga. ¿Entendido?

La observó atentamente, asegurándose de que captaba la amenaza que ni siquiera se molestó en disimular.

—S… Sí —balbuceó.

—Cada mañana te presentarás ante Marcela en los túneles del extremo norte. Trabajarás medio día allí y luego irás a la cantina, como el resto de los prisioneros. Esa será la única comida del día, nada de holgazanear. Después, te presentarás ante George en el Ala Sur A. Él te asignará la tarea de la tarde.

La muchacha asintió, repitiéndose las palabras en silencio, como si las memorizara. Ni siquiera se molestó en decirle que no servía de nada. Estaría muerta en un periquete. Y él retomaría su monótona existencia.

Por extraño que pudiera parecer, la idea intensificó la rigidez que sentía en los hombros, pero apretó los puños para ocultarla.

—Después del turno de la tarde hay un descanso de una hora en el foso —continuó con evidente fastidio—. Luego, regresa a la celda para el recuento nocturno. Y no llegues tarde, porque lo sabré, y te aseguro que pagarás las consecuencias.

La muchacha tragó saliva; evidentemente, se estaba dando cuenta de que, de todos los guardias que podrían haberle asignado para vigilarla, le había tocado el peor.

—¿Entendido, Kanes? —preguntó al ver que no respondía.

—Sí.

—Bien. Nada de peleas entre prisioneros. Si tienes un problema con otro interno, lo resuelves en el foso. Y no me vengas con historias porque no tengo tiempo para lidiar con tus problemas personales.

Aunque la muchacha frunció aún más el ceño, él prosiguió con voz indiferente:

—Obtendrás una ficha para ducharte dos veces por semana si cumples bien con tus tareas. Si fallas, tu hedor no será lo único que se esparza por esta prisión.

Takeshi paseó la mirada por su figura lamentable, desde los brazos esqueléticos y los hombros caídos hasta los tobillos delgados, que nadaban en unas zapatillas dos tallas más grandes.

Pese a ello, la patética criatura que tenía delante mantenía la cabeza alta.

—No esperes simpatía ni piedad porque no las recibirás. Ni de mí ni de nadie más aquí abajo. ¿Queda claro? —añadió por si acaso.

Advirtió que respiraba de forma entrecortada y que el terror glacial que había visto antes en sus ojos empezaba a cambiar. Takeshi, que estaba familiarizado con la furia en todas sus formas, reconoció un destello de ira apenas disimulada.

—Muy claro —soltó la prisionera, cruzándose de brazos.

A Kanes le gustaba jugar con fuego.

Pues le quitaría la rebeldía con fuego.

Takeshi se acercó hasta que apenas los separaba un centímetro. La prisionera retrocedió sutilmente, pero él avanzó, respirando su

aire, devorando su espacio vital.

El monstruo que habitaba en él la tenía en el punto de mira y no pensaba dejarla escapar.

—Si crees que tolero a las listillas, estás muy equivocada. Sigue las reglas o me ocuparé personalmente de que lo pagues caro —le susurró al oído, disfrutando al ver que se le erizaba el vello de la nuca.

Cuanto antes aprendiera cuál era su lugar, mejor para ambos.

Ni siquiera él deseaba matar algo tan hermoso.

Al ver que asentía, se relajó un poco. Dejó que la advertencia cuajara unos instantes, que calara y se le incrustara bajo la piel.

Sin embargo, cuando vio que se humedecía los labios resecos, tuvo que volverse de golpe.

Ya le había prestado demasiada atención.

—Vamos.

Recorrió el pasillo a grandes zancadas y en tiempo récord. Podía oírla, tratando de seguirle el ritmo, pero no disminuyó la marcha.

El mayor problema era el ascensor.

Pulsó rápidamente el botón que los llevaría a los túneles de trabajo.

Con un gruñido, el aparato empezó a bajar, aunque no lo suficientemente rápido.

Kanes se mantuvo lo más alejada posible, y Takeshi trató de concentrarse en otra cosa. En enfrentarse a Barron en el ring. En el satisfactorio crujido de los huesos y las salpicaduras de sangre que brotarían del cuerpo de aquel cobarde.

Pero, entonces, la chica movió los pies. Jugueteó con el pelo.

Y captó su atención como ningún preso lo había hecho en el pasado.

Eso lo irritó en gran medida e hizo que la despreciara aún más.

Salió del ascensor antes de que las puertas se abrieran por completo.

Solo unos minutos más y podría librarse de la chica de una vez por todas.

Quizá incluso muriera durante el primer turno.

Para un capitán como él, solo quedaba la esperanza.

El nudo que sentía en la garganta se hizo aún más grande cuando ella se empeñó en seguirle el ritmo en los túneles. Al avanzar, la observaba con el rabillo del ojo.

Khalani Kanes estaba demasiado delgada, más de lo que debería.

Si realmente era una repartidora de comida que robaba a los pobres, ¿por qué no había comido más? Bajo el remendado uniforme gris se le marcaban las costillas.

Pero, pese a la ansiedad y el miedo que acompañaban ese escuálido cuerpo como una sombra, albergaba en los ojos una fuerza silenciosa. Una voluntad obstinada de seguir adelante, sin importar el dolor que le deparara el mañana.

La muchacha se mordió el labio y lo examinó con la misma intensidad.

—¿Tengo monos en la cara, Kanes? —soltó.

—No.

Miró enseguida al frente, y Takeshi reparó en que un rubor le subía por el cuello. La nuez se le movió al tragar saliva. Advirtió que volvía a darle vueltas a algo, pero ¿qué más daba lo que pensara? Todos eran un medio para alcanzar un fin.

—El túnel del extremo norte está por allí —dijo, señalando hacia el largo pasillo—. ¿Alguna duda? Si quieres hacer alguna pregunta, ahora es el momento —añadió para poner fin a la inútil pantomima.

Ella vaciló durante un instante.

—¿Tienes nombre? —preguntó al fin.

Frunció el ceño. Eso no se lo esperaba. La pregunta lo había dejado tan sorprendido que le dijo la verdad.

—Soy el capitán de Braderhelm.

La prisionera soltó un bufido.

—¿Los capitanes no reciben un nombre?

—No necesitas saber nada más. No vivirás lo suficiente para pronunciarlo.

Se quedó boquiabierta, y un fuego caótico empezó a formarse en sus ojos. Takeshi advirtió que apretaba los puños a los costados y, sutilmente, cambió de postura, preparándose para abatirla ante un simple gesto.

Pero ella se limitó a observarlo como si fuera barro en sus botas.

—Claro, qué tonta. Aquí abajo numeran a los humanos y dan nombre a los monstruos.

Cada una de aquellas palabras iba cargada de veneno.

Durante un momento, Takeshi se quedó asombrado ante su audacia.

Aunque no le faltaba razón. En cualquier caso, tendría que castigarla. Y si Kanes quería un monstruo que la atormentara por la noche, eso era exactamente lo que obtendría.

Le agarró el brazo y lo rodeó con los dedos, como una mordaza.

Ella intentó zafarse, pero él le apretó con más fuerza la banda metálica que llevaba incrustada en la muñeca. Estrujó aún más, deseando hacerle daño.

Kanes no se daba cuenta de la suerte que tenía. Si le hubiera dicho eso a cualquier otro guardia, habría recibido un puñetazo en la cara. O algo peor.

—Repite eso —ordenó.

Le torció la muñeca y la muchacha se estremeció, pero se negó

a soltarla. Takeshi no toleraba la falta de respeto. Y no importaba lo encantadora que fuera. Sin duda, utilizaría esos grandes ojos verdes a su favor llenándolos de lágrimas y suplicándole que la soltara.

Se recordó a sí mismo que era una delincuente. Y si alguna vez quería salir de Braderhelm, necesitaba mantener a todos los prisioneros a raya.

Solo se permitió aflojar un poco cuando vio que a la chica le temblaba la barbilla.

—¿Ahora ya no dices nada? La única razón por la que no te rompo la muñeca es porque la necesitas para el próximo turno y porque no soportaría tus patéticos gritos. No tengo paciencia para eso. Así que, a menos que estés lista para las consecuencias, mantén la boca cerrada o me aseguraré de que un hueso roto sea el menor de tus problemas.

La soltó y retrocedió un paso mientras ella se agarraba la mano ahogando un grito de dolor.

—Hay algo que debes aprender, Kanes: Braderhelm no perdona, y a nadie le importan tus problemas. Obedece o encontrarás una muerte cruel y despiadada.

Esa advertencia era la última muestra de piedad que iba a tener con ella.

—¿Y por qué no me matas ahora? —soltó la muchacha con voz ronca alzando la mirada, en la que se percibía el destello de la muerte.

Él ladeó la cabeza, reconociendo un atisbo de verdad, de deseo, en sus palabras. Kanes quería morir. Y quería morir a sus manos.

Se quedó helado.

¿Esa chica testaruda con ganas de morir ya se estaba rindiendo?

Por principios, debería matarla. Podría hacerlo de forma rápida y sin dolor. Incluso podría considerarse más humano matarla ahora.

Pero, a pesar de sus pensamientos anteriores, descubrió que aún no estaba listo para dejar que su nueva prisionera muriera. Como mínimo, tenía que sufrir unas cuantas noches por sus crímenes.

—Buen intento —dijo entre dientes—, aunque confío en que antes completes unos cuantos turnos de trabajo. Pero, si sigues así, tus deseos serán concedidos. —«Quizá»—. Ahora, desaparece de mi vista.

El silencio se cernió sobre ellos e hizo que se le erizara el vello. La hermosa chica que había suplicado su muerte clavaba la mirada en sus ojos desalmados, como si pudiera ver todos los horrores que en ellos se escondían.

Apretó los puños y sintió que la oscuridad se adueñaba de su voluntad de nuevo. Por suerte, la chica retrocedió y echó a andar por el túnel.

Takeshi se dio la vuelta y tomó la dirección contraria, avanzando a zancadas por el pasillo hacia la sala de culto.

Lucharía para acallar las voces. Se destrozaría para sobrevivir un día más en Braderhelm.

Y si Khalani Kanes tenía algo de sentido común, se mantendría lejos de él. Porque, si no lo hacía, Takeshi también la destrozaría.

Y puede que incluso lo disfrutara.

LA AVENTURA CONTINÚA

us
deadly
few

AGRADECIMIENTOS

Mamá, gracias por ser mi principal admiradora y por cultivar mi amor por la literatura. Es gracias a ti que me he convertido en la escritora que soy. Tus lecturas y comentarios del libro han ayudado muchísimo a la trama. En realidad, necesitaría otro libro entero para enumerar todo lo que has hecho por mí. Te quiero. Por siempre y para siempre.

Papá, gracias por creer en mí y por hacerme sentir siempre que puedo lograr todo lo que me proponga. Tus sugerencias le dieron mucha más emoción a la historia y estoy muy agradecida de tener un padre tan implicado. Premio al Mejor Papá.

Christina, gracias por todos tus comentarios, incluso esos que decían «Puaj» y «Vomito». Ja, ja. Siendo sincera, has acentuado la crudeza y la intensidad del libro, y te lo agradezco de corazón. Eres la mejor hermana que podría pedir.

Rodney, gracias por tus sugerencias al principio, que me ayudaron a desarrollar mi escritura en términos de significado. De ti he aprendido que cada frase debe tener un propósito. Nuestros principios y nuestras vidas son importantes, y podemos marcar la diferencia. Gracias por mostrarme cada día cómo seguir adelante y no rendirme.

Kyle, ¡vaya! Este libro es muchísimo mejor gracias a ti. Gracias por ayudar a moldear a Takeshi Steele, por leer cada página y por pensar en el título. Te quiero con todo mi corazón y estoy muy

emocionada por todas las aventuras que nos esperan.

Angie, la agente más increíble que podría haber deseado. Llegaste a mi vida en el momento perfecto y has sido una de las mayores defensoras de mi trabajo; te estoy eternamente agradecida. Brindemos por seguir arrasando mucho después de que se haya pasado la última página.

Kristofer Mehaffey, ¡te menciono con nombre y apellido para que todos sepan quién ha diseñado esa increíble cubierta! Tienes tanto talento que me dejas sin palabras. Gracias por soportarme y por todos mis cambios de última hora. Te estoy muy agradecida y me alegro de que mi hermano tenga tan buen gusto en lo que se refiere a amistades. :)

Annie, gracias por tu apoyo desde que era niña y por animarme a seguir leyendo, incluso esos libros románticos algo picantes. Eres una gran inspiración y te quiero muchísimo.

Justine, gracias por tus constantes ánimos y por tus ediciones iniciales, que ayudaron a mejorar el libro. Eres maravillosa y estoy impaciente por compartir en el futuro muchas noches bailando música francesa y bebiendo vino sin preocupación alguna.

Abuelo, gracias por estar siempre ahí y por tu apoyo. Te quiero muchísimo.

Tom, ¡lo has conseguido! Estoy muy feliz de tenerte en mi vida. Gracias por tu apoyo.

¡GRACIAS!

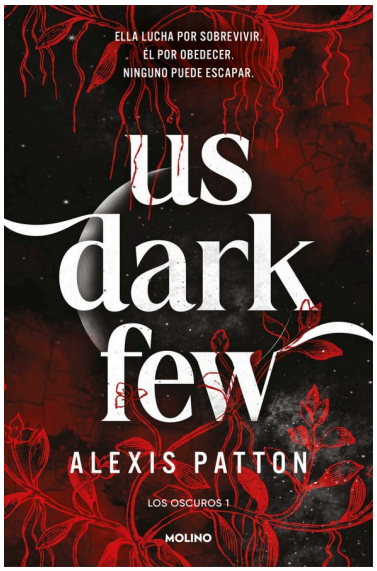
En el mundo hay muchos libros, y que hayas elegido el mío hace que se me ilumine el corazón y que brille con más intensidad que las estrellas. Si te lo has pasado bien leyendo *Us Dark Few*, por favor, deja una reseña para ayudarme a seguir creando y compartiendo historias como esta. Y no dejes de gritar a los cuatro vientos tu procedencia, creencias y sueños para que todos los oigan.

Con cariño,

Alexis Patton

Khalani es una prisionera. Takeshi es un guardia.

Y los dos están unidos por las sombras.



Khalani Kanes nunca ha pisado la superficie. Los seres humanos llevan siglos viviendo bajo tierra y jamás ha puesto un pie fuera de la ciudad de Apolo. Su máximo deseo es visitar Génesis, ese lugar idílico donde la humanidad vive bañada por el sol. Pero, cuando la condenan a cadena perpetua por un delito que no ha cometido, las pocas esperanzas que alberga se hacen añicos.

Cada segundo en la prisión de Braderhelm es una lucha por la supervivencia. Creía que los violentos reclusos serían la mayor amenaza, pero cuando se topa con Takeshi Steele, el capitán responsable de su sección, comprende lo equivocada que estaba.

Tan frío como implacable, Steele doblegará a Khalani antes que permitir que escape a la superficie, algo que ningún prisionero ha conseguido en el pasado.

En las sombras de la prisión la esperan trampas y secretos. Para sobrevivir, Khalani se verá obligada a luchar contra los criminales y a revelar la verdad tras el motivo de su encierro. De lo contrario, puede que la prisión se convierta en su tumba.

Bienvenidos a Braderhelm, el lugar en el que solo los más crueles sobreviven.

Alexis Patton creció en DeLand, Florida y siempre ha sido una ávida lectora: era de esos alumnos que se meten en problemas por leer en clase. Su escritura abraza la experiencia humana y explora temas de amor, pérdida y auto-descubrimiento.



Título original: *Us Dark Few*
Autopublicado originalmente en 2023 por Alexis Patton

Primera edición: junio de 2026

© 2026, Alexis Patton
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ángela Esteller García, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Antoaneta Lisak / Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5727-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Us dark few
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo extra
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alexis Patton
Créditos